

Juan Jacobo de Lara

SOBRE
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Y
OTROS ENSAYOS



Santo Domingo,
República Dominicana

**Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)**

**©1982, Univ. Nac. Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.**

INDICE

Presentación	7
Prólogo	13
Conferencia sobre Pedro Henríquez Ureña	19
Pedro Henríquez Ureña: Apóstol de América	29
Pedro Henríquez Ureña: El Orientador	41
Prosa y Estilo de Pedro Henríquez Ureña	43
Análisis del Pasado de América	47
Orientación del futuro de América	57
Nuestra Historia Literaria	65
La Lingüística a Hispanoamericana	79
Temas hispanoamericanos: nuestra América y su Literatura surgieron simultáneamente	87
Acerca de Sarmiento y su Facundo	97
Dos generaciones de costumbrista cubanos: José Victoriano y Luis Victoriano Betancourt	107
Dos costumbristas colombianos	121
Tabaré, el Gran Poema Epico de América	133

Una Novela de la Selva	145
Bosquejo Histórico del Santo Domingo Colonial como clave del Santo Domingo de hoy	153
Los primeros treinta años de la República Dominicana . . .	163
De la muerte de Heureaux hasta la Ocupación Americana .	181
Cervantes: rasgos característicos de su arte	193
Evolución de la Novela en la Lengua Española	205
Lope de Vega y Calderón de la Barca: estudio comparativo de su teatro en "Alcalde de Zalamea"	225
Larra y su Crítica Literaria	237
Costumbrismo Regionalista en algunas novelas naturalistas de España	245
Una Novela del Naturalismo Español	259
Lingüística: Léxico y Nomenclatura en Documentos del Descubrimiento.	267

PRESENTACION



REGORIO Marañón en su bien vertebrado estudio intitulado *Breve prólogo sobre mis prólogos*, ha considerado esta faena del espíritu como un género literario, y la supone dotada de individualidad suficiente para investirla de ese carácter.

De tal criterio hacemos una ecuánime ponderación, antes de poner un marco, — que no disuene con la jerarquía de esta obra —, como introducción a los sustanciales ensayos del pensador dominicano Juan Jacobo de Lara: *Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos*.

Shelley en su página clásica en *Defensa de la Poesía*, afirma que el genio creador de un prosista o de un poeta está provisto de la virtud de “hacer inmortal todo lo mejor y más bello del mundo” y aduce que tiene el hombre de letras la predestinación o el privilegio de hacer “salir de la caducidad los instantes en que el creador siente el roce de lo divino”.

Es evidente que esta obra suma nuevos lauros a la conspicua figura de Juan Jacobo de Lara en el ámbito continental, porque la temática de estos ensayos, en torno a producciones señeras de clásicos de la literatura española e

hispanoamericana, ofrece un nuevo testimonio de su portentosa erudición y de la profundidad de sus certeros juicios como crítico literario.

Como lo pusimos de resalto en un discurso en elogio del autor, en el homenaje que le tributó el Ateneo Dominicano y otras calificadas instituciones académicas y culturales del país, en diciembre de 1980, es una proeza digna de todos los encomios el haber lanzado a los cuatro horizontes de América y del mundo, en diez bien editados tomos, las obras completas de Pedro Henríquez Ureña. Esa acción es un hito cimero en la historia de la cultura dominicana. Esa taera benedictina de compilador y prologuista vincula el nombre de Juan Jacobo de Lara, como lúcido difundidor de suprema cultura, al prestigio universal de Pedro Henríquez Ureña, con altos y sonoros timbres de inmortal preeminencia. A él atañe la gloria de haber puesto al alcance de los estudiosos de la cultura americana tan portentosa colección.

La crítica continental ha puesto de relieve, desde otro ángulo, el renombre que ha conquistado Juan Jacobo de Lara con la edición del libro *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra*, estudio biográfico-crítico, escrito con gran emoción y fervor americanista. Nuestro alto poeta Domingo Moreno Jimenes ha señalado que "sólo la palabra emocionada es arte".

El Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, doctor Jaime Viñas Román, al ponderar con gran acierto la edición de las obras completas del humanista, afirma que tal empresa ha sido posible "gracias a la paciente y exhaustiva labor de investigación y acopio documental del profesor Juan Jacobo de Lara, sin dudas el dominicano que con mayor veneración ha escrutado la vida itinerante del maestro".

Como refulgente anverso de una dorada medalla, como complemento de la divulgación de las Obras Completas, el ilustre dominicano Juan Jacobo de Lara ha puesto al servicio de la cultura americana todas las fuerzas de su genio creador para compilar en tres hermosos tomos el *Epistolario íntimo de*

Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, con orientadores exergos, después de una fructífera búsqueda en fuentes primigenias.

En torno a esta ennoblecedora faena, presidida por tan diáfano patriotismo, Emilio Rodríguez Demorizi, humanista, historiador y crítico de universal relieve, puso gran énfasis al afirmar, en conmovedor panegírico en la Iglesia de Las Mercedes, el 11 de mayo de 1981, que "...uno de los máximos privilegios de la República, para mayor lustre de sus blasones, hoy enaltecidos y abillantados con la sorprendente aparición de las monumentales *Obras completas* del Maestro y del fascinante *Epistolario Intimo* entre Pedro Henríquez Ureña y su amigo y compañero incomparable el insigne mexicano Alfonso Reyes, gracias a la fervorosa labor dominicanista del Profesor Juan Jacobo de Lara, uno de los numerosos discípulos póstumos del Maestro que con mayor empeño se ha abrazado a la alta faena de difundir su obra en las nuevas generaciones". Y agrega el castizo y eminente polígrafo Rodríguez Demorizi: "... Con orgullo podemos proclamar que esas magistrales *Obras Completas* y el conmovedor *Epistolario* nacen, aquí, en tierra dominicana, como el homenaje más caro a los manes del egregio Maestro, por ello concide con su retorno a sus amados lares".

Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra, los diez volúmenes de las *Obras Completas* y el *Epistolario Intimo*, han conquistado al pensador dominicano Juan Jacobo de Lara un sitio preeminente entre los escritores hispanoamericanos contemporáneos.

El análisis de sus breves prólogos a las obras completas de Pedro Henríquez Ureña y al *Epistolario Intimo* entre el humanista azteca y el quisqueyano, así como la clásica arquitectura de sus ensayos históricos y de los estudios críticos divulgados en esta nueva producción literaria del fecundo escritor dominicano, nos revelan positivamente que la prosa de Juan Jacobo de Lara está enriquecida por los más impecables recursos estilísticos del idioma y que se identifica con ese "acento encantador" que descubrió Rubén Darío en la obra de Paul Verlaine.

De Lara representa un clásico de nuestras letras contemporáneas. Su estilo es dúctil, ameno, cristalino... Denuncia a todas luces estar nutrido por las sabias orientadoras de los clásicos griegos y latinos y por los primates hispanos del siglo de oro.

Juzgamos valederos los conceptos emitidos en nuestro discurso en elogio del conspicuo pensador. Omitimos las "comillas" para reafirmar nuestros propios juicios:

Como investigador de la historia y como acucioso documentalista, De Lara participa del criterio que expone Cervantes, con el genio clarividente de que hizo galas en su obra maestra: "...El poeta puede cantar o contar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna..." (El Quijote, II parte, Cap. III).

El ostenta el privilegio de ser uno de los puristas dominicanos con dominio absoluto de la difícil sencillez de escribir con galanura, con diafanidad, con la gracia resplandeciente que es timbre de excelstitud y conspícua reputación. Estamos frente a un escritor cabal, creador infatigable, representativo de esa clásica legión de los maestros de la lengua en nuestro exclusivo y selecto mundo literario. Su formación intelectual luce los arreos y los señeros perfiles de un consumado humanista; la jerarquía de un valor representativo del ensayo; la agudeza y la sobriedad de un crítico literario y la erudicción de un historiador de la cultura.

Estos méritos dan relieve a su personalidad y son a manera de cobertura de su grandeza de espíritu y de su nobleza, para tener derecho a poder exaltar, con propiedad y gallardía, los egregios perfiles de los escritores que como Pedro Henríquez Ureña, constituyen las más altas glorias del saber dominicano en esta parcela primigenia de la hispanidad.

Escribir con donosura no es el arte, —como creen algunos intonso—, de repartir en la prosa neologismos a diestro y siniestro; tapizar los discursos de adagios y proverbios latinos; abultar los párrafos con pertinaz e irreflexiva adjetivación o hacer abuso del hábito de esmaltar los tropos de dicción o los

giros estilísticos de gerundios y adverbios, —que son a manera de oscuros cortinajes—, que distorsionan y esconden la nítida esplendidez de la forma, la divina desnudez de la prosa y del verso, desnudez que siempre amó, hizo suya como a una virgen, y adoptó como su musa inseparable Juan Ramón Jiménez.

Todo purista debe quebrar lanzas contra el adjetivo y contra las metáforas. El filósofo argentino Francisco Romero en un estudio sobre Splenger de su libro *El hombre y la cultura* afirma que “nada hay más peligroso en ciencia y en filosofía que una metáfora”. Nuestro insigne Manuel Arturo Peña Batlle legó a la posteridad esta frase: “Antes de escribir una metáfora prefiero cortarme la mano”. El estudio tiene la virtud de ser cuanto más sobrio más castizo. Esta perfección, —huraña como una ninfa desnuda en la selva—, se alcanza cuando el escritor está dotado de la lucidez y del arte de decorar la prosa con la armonía y la musicalidad, inseparables del genio de la lengua. En apoyo de ese criterio el eminente Ramón Menéndez Pidal, cuando fungía como presidente de la Real Academia Española de la Lengua, escribió con acierto: “...en un estilo sobra todo lo que no hace falta”.

Juan Jacobo de Lara, escritor de relieve continental, concitará de nuevo laudos favorables de la crítica con este libro sobre *Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos*, que la editora de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña lanza a la publicidad. Coronado de laureles se hace acreedor, como postula el poeta y crítico argentino Arturo Capdevilla, al goce de sentir florecer en su espíritu la espléndida “primavera de la experiencia”, consciente de haber realizado una obra magnífica para conquistar el aplauso de las nuevas generaciones y de la posteridad, como si derribara con una nueva honda de David al gigante Goliat del olvido y poder proclamar como un reto y con olímpico orgullo, como Horacio en una de sus odas inmortales: “*No moriré todo entero, mi obra me sobrevivirá*”.

Manuel de Jesús Goico Castro.

PROLOGO



DESDE hace algún tiempo he querido reunir muchos de mis trabajos, más o menos cortos, en un volumen, y aquí aparecen al fin: unos inéditos y otros ya publicados. Publicados principalmente en la Revista *Aula*, órgano de la "Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña".

He dividido estos trabajos en tres secciones: la primera sección es un grupo de ocho trabajos sobre Pedro Henríquez Ureña; la segunda sección está formada por siete trabajos con temas hispanoamericanos, y la tercera sección contiene seis trabajos de temas españoles.

El grupo de la primera sección comienza con dos conferencias dictadas en la UNPHU y una especie de comentario adicional. A esos tres trabajos les siguen cinco ensayos sobre diferentes aspectos de la obra de don Pedro.(*)

Los temas hispanoamericanos se inician con el ensayo titulado "Nuestra América y su Literatura surgieron simultáneamente," el cual comienza diciendo que nuestra literatura hispanoamericana se inició, tanto como nuestra historia y nuestra cultura misma, el 12 de octubre de 1492,

* Para mayor información, referirse a *Pedro Henríquez Ureña, Su vida y su obra*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 176.

con los apuntes de Cristóbal Colón en su "Diario". En ese "Diario de Colón" encontramos la primera nota de literatura no ya europea sino americana.

De ese comienzo inicial de la literatura en nuestra América, pasamos a algunos escritores del siglo XIX. En primer lugar está el ensayo sobre "Sarmiento y su Facundo", pues la obra cumbre de Domingo Faustino Sarmiento fue *Facundo: Civilización y Barbarie*, perteneciente a su apasionada juventud.

Siguen dos ensayos sobre el costumbrismo en América, tema que tuvo su época en el mundo literario de España y América en el siglo pasado. Uno de esos ensayos trata sobre dos costumbristas cubanos y el otro sobre dos costumbristas colombianos.

Luego tenemos a *Tabaré, el gran Poema Epico de América*, poema que, como ha dicho Pedro Henríquez Ureña, es admirable por su constante invención de imágenes y su gracia musical que, sin estorbar el fácil fluir de la narración, realzan la riqueza de emociones y de sentimientos.

Sigue un ensayo o reseña sobre "*La Vorágine: Una novela de la Selva*", una de las más formidables novelas de Hispanoamérica de principios de siglo, y la que introdujo la novela hispanoamericana al mundo moderno, y causó enorme sensación en los círculos literarios del momento.

Y para concluir los Temas Hispanoamericanos están tres "Bosquejos históricos" de la historia dominicana: el primero es "Bosquejo Histórico del Santo Domingo Colonial como Clave del Santo Domingo de hoy".

El segundo trata de "Los primeros Treinta Años de la República Dominicana" que describe las luchas entre Santana y Báez en esos comienzos después de la Independencia.

El tercer bosquejo se titula "De la Muerte de Heraux hasta la Ocupación Americana" período tan turbulento de nuestra historia en los primeros lustros del siglo veinte, que culminó en la arbitraria dominación norteamericana del país, la cual duró ocho años.

Los temas españoles comienzan con un ensayo sobre "*Cervantes: Rasgos Característicos de su Arte*". El Cervantes inmortal se formó en la segunda mitad del siglo XVI, durante el largo reinado de Felipe III, durante la grandeza y el apogeo político de España. En sus últimos años, ya pasada la media centuria, escribió lo mejor de su teatro, sus novelas y el inmortal Don Quijote.

El segundo de los Temas Españoles es "*Evolución de la Novela en Lengua Española*" en que desarrolla el tema del título históricamente, desde que se inició el género a fines del siglo XV y durante el sigl XVI y su plenitud en el Siglo de Oro. Este es un extenso y bien documentado trabajo que termina con el desarrollo de la novela en la América Hispana, hasta culminar en la novela de la tierra que floreció hace medio siglo.

A continuación aparece un estudio comparativo del teatro de Lope de Vega y Calderón de la Barca en su obra "*El Alcalde de Zalamea*". Calderón repitió muchas de las comedias de Lope cambiando la trama y el estilo a su propio estilo elaborado y dramático. Lope inició el género de la comedia, y Calderón lo llevó a su mayor perfección. El drama de Calderón es la culminación de un rico proceso artístico y cultural; elevó el estilo sencillo y espontáneo de Lope al suyo de filigrana, de artificio.

Lope representa el espíritu espontáneo y apasionado del siglo diez y seis, mientras que Calderón representa el espíritu reflexivo y complejo del siglo diez y siete.

Avanzando en la cronología de los años llegamos al siglo diez y nueve, con Mariano José de Larra, considerado como el primer crítico moderno de España. En Larra y su grupo surgió un nuevo punto de vista, un estilo de crítica ideológica más bien que moralizadora y amonestadora, como había sido la de los siglos diecisiete y dieciocho.

Larra se consideró igualmente excelente como crítico teatral, literario, político y de costumbres. Su estilo fue por lo general satírico y entretenido.

Avanzando en nuestra cronología llegamos a los finales del siglo XIX y los costumbristas regionalistas de España y sus novelas. Se destacan sobre todo, tres novelistas en este grupo, y una novela en particular de cada uno. Cronológicamente está primero J.M. de Pereda, y su novela *Sotileza*. Le sigue doña Emilia Pardo Bazán con *Los Pazos de Ulloa*, y finalmente *La Regenta*, de Leopoldo Alas (Clarín) que es la novela de Asturias, de Oviedo, la ciudad del autor, que en la historia él llama Vetusta.

El movimiento Naturalista tuvo su mayor impulso en España con la distinguida escritora la Condesa de Pardo Bazán. Incluimos su novela *Los Pazos de Ulloa* entre las novelas costumbristas, pero el costumbrismo y el naturalismo tienen muchos puntos de contacto.

La novela de la Pardo Bazán que realmente pertenece al género naturalista es *La Madre Naturaleza*, que en realidad es una continuación de *Los Pazos de Ulloa*, pues es la misma trama, pero años más tarde: la historia de la nueva generación y las nuevas circunstancias. Ambas son novelas regionalistas que describen la decadencia gallega sobre un fondo de vida rural admirablemente descrito.

Volviendo al primer grupo de trabajos aquí incluidos, en los ocho dedicados a Pedro Henríquez Ureña, se analizan la valfa del gran dominicano en todos los aspectos de su obra.

Se considera a Henríquez Ureña como humanista y americanista, pero principalmente él fue un orientador de juventudes a todo lo largo de su vida.

También se le llama un apóstol de América en el siglo veinte, continuador de la obra apostólica de los del siglo anterior.

Indudablemente que habiendo vivido lejos de su patria la mayor parte de su vida, su perspectiva fue más amplia, debido a la distancia, que si nunca hubiera vivido fuera.

Pedro Henríquez Ureña fue un gran patriota y un gran americanista. Su americanismo, sin embargo, nunca opacó su dominicanismo. Fue un buen dominicano, nunca cambió su nacionalidad. Murió dominicano.

CONFERENCIA SOBRE
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA



HACE muchos años, cuando yo hacía mis estudios para el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Columbia, en Nueva York, tomé el primero de varios cursos en Literatura de Hispano América; y el catedrático habló y habló, muy elogioso e impresionantemente, de Pedro Henríquez Ureña, como el más importante y eminente ensayista crítico de la literatura hispanoamericana.

La elocuencia y entusiasmo del catedrático me cautivaron, y el hecho de que hablaba de un compatriota mío, me indujo a escribir mi tesis para su curso sobre "Pedro Hneríquez Ureña, Ensayista Crítico".

Así descubrí la figura literaria de quien ya era una importante personalidad en las letras y en el pensamiento hispánicos.

Mi interés por don Pedro continuó y creció, y al fin decidí escribir mi disertación doctoral sobre él, pero en forma panorámica a fin de icluir todos los aspectos de su vida y de su obra. El resultado fue un trabajo de orientación sobre el sujeto, titulado *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra* que años

* Dictada por Juan Jacobo de Lara en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, el 19 de abril de 1976.

después, salió a la luz pública en la prestigiosa casa de estudios que lleva su nombre, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

¿Cómo surgió y cómo se formó Pedro Henríquez Ureña? Surgió de un hogar de intelectuales y maestros, y se formó en medio de una vida de estudios y de esfuerzo.

Tanto de su padre, distinguido profesional y hombre de letras, como de su madre, poetisa y educadora, heredaron Pedro y sus hermanos su talento y su afán de saber.

De su madre heredó Pedro el amor a la poesía, y de su padre heredó el espíritu científico. De ambos, su devoción al magisterio y a las letras. Los dos fueron sus primeros maestros.

Su madre, la insigne Salomé Ureña de Henríquez, reconoció en Pedro cuando él era todavía un niño, lo que iba a ser, y lo vaticinó con increíble acierto.

*Mi Pedro no es soldado, no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.*

.....

*Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

Durante sus años adolescentes en Santo Domingo, antes de irse al extranjero, Pedro formó parte integrante de un grupo juvenil literario que se reunía diariamente y leía y comentaba obras clásicas y literatura contemporánea. Entonces tenía Pedro para el estudio todas sus horas. Luego, enfrentado con la lucha de la vida en tierras lejanas sólo tendría para el estudio algunas horas. Ya escribía crónicas, crítica literaria y teatral, y poesías.

A los diez y seis años, graduado de bachiller, partió para Nueva York; comenzaba su larga carrera de esfuerzos y triunfos en el extranjero, pero ya tenía cierta reputación literaria entre la juventud dominicana.

Los años formativos de Pedro en su patria habían terminado e iba a vivir en el extranjero el resto de su vida. Aunque siempre fue un buen dominicano, lo fue desde lejos.

Durante los tres años de esfuerzo y estudio que pasó Pedro entonces en Nueva York escribió algunas de sus mejores poesías y también escribió prosa. Todavía predominaba en él el poeta, pues no fue hasta el año 1904, al trasladarse a La Habana, cuando comenzó a imponerse el prosista.

En la Habana apareció su primer libro, *Ensayos Críticos*, en 1905.

Así encontramos a Pedro, a los veinte y un años de edad, un escritor de alguna reputación, autor de un libro, ensayista y crítico, colaborador de revistas y periódicos, y también poeta.

Leyendo hoy los ensayos críticos de ese primer libro nos asombra la penetración de sus juicios sobre temas entonces nuevos o desconocidos en nuestra América.

En la Habana, sin embargo, le faltaba a Pedro una orientación determinada y decidió irse a México.

Entonces se impuso en México, en seguida, dentro de un grupo literario de jóvenes, y pronto llegó a ser el Sócrates de esa juventud intelectual y estudiosa con sed de cultura.

Como ha dicho su hermano Max, "la personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de Maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, Maestro".

En esos primeros años en México la producción literaria de Pedro fue cuantiosa y aparecía en periódicos y revistas de México, Cuba y Santo Domingo, pero escribió ya muy pocas poesías. Al abandonar la poesía, sin embargo, había asegurado ya una posición sólida como escritor.

En 1910 apareció su segundo libro, *Horas de Estudio*, que tuvo tan buena acogida como había tenido el primero. Tanto en la América española como en España y hasta en París, recibió el libro merecidos elogios.

La fama de Pedro Henríquez Ureña como escritor joven, de talento y buen gusto, se había, pues, establecido en el mundo hispánico literario.

Hacia 1914, la situación política del país le obligó a salir de México y se fue otra vez a la Habana, desde donde siguió, a fines de ese año, hacia Washington, como corresponsal del *Heraldo de Cuba*.

En los años jóvenes de Pedro como escritor hubo dos elementos que son de vital importancia en la formación de un prosista: la poesía y el reportaje periodístico.

Pedro comenzó como poeta y aunque pronto dejó de escribir poesías, siempre la amó, a tal punto que mucho de su obra escrita es sobre versificación. La filología fue una de sus disciplinas favoritas.

Su reportaje periodístico, que ocupó siempre la mayor parte de sus escritos, aunque en realidad era ensayística, se sometía al estilo breve, conciso y claro que demanda el limitado espacio que permite un periódico o una revista. Aunque escribió tanto para periódicos y revistas, no fue un periodista sino un ensayista.

El ensayo fue el medio de expresión literaria y artística en que Pedro Henríquez Ureña presentó sus temas críticos, temas literarios y temas históricos.

Consideremos primero al ensayista crítico. En 1904 formuló juicios críticos sobre Rodó que hoy se le aplican al propio don Pedro. Dijo entonces que Rodó era el ensayista más brillante de la lengua castellana, y eso se ha dicho muchas veces de don Pedro posteriormente. Parece como si hubiera adoptado como norma propia, y con su superior maestría hubiera perfeccionado, el estilo literario de Rodó. Con marcada intención dió a su primer libro el título de *Ensayos Críticos*, porque decía que él no era un crítico sino un Ensayista crítico, que su género literario no era la crítica sino el ensayo.

Una cualidad que no se encuentra en el ensayo de Henríquez Ureña es la subjetividad. Siempre fue objetivo y mantuvo su criterio intelectual desapasionado. En un ensayo corto, pero magistralmente escrito, aprisiona él con claridad y precisión, lo que otros sólo pueden expresar en uno o dos volúmenes sin decirnos más ni decirnoslo mejor. Lo que don Pedro publicó fue siempre el resultado de sus detenidas reflexiones o de sus cuidadosas investigaciones.

La prosa perfecta de su plenitud, la logró por medio de su constante disciplina en el estudio y en su propia forma de expresión. Si de joven fue poeta y escribió algunas veces lo que podríamos llamar prosa poética, en su madurez su estilo fue siempre sobrio, objetivo y conciso. ¿Qué influencias pudieron determinar este cambio en su estilo? Para contestar esta pregunta se podría teorizar, pero no será posible encontrar la respuesta acertada. No sería tampoco posible llegar a conocer a fondo, a comprender, al verdadero Pedro Henríquez Ureña. Se escondía detrás de su cortesía, de la sonrisa benévola y prevenida con que siempre asentía sin ceder ni realmente asentir.

Esa personalidad de Pedro Henríquez Ureña junto con el hecho de que él daba su tiempo y su saber generosamente, hizo que todo el que le conoció le recuerde con una admiración que raya en veneración. Tanto en México como en la Argentina surge en el recuerdo la figura de un hombre grandioso, dentro de la más profunda sencillez. Es una inspiración el estudiar la vida y la obra de un hombre tan ejemplar, tan íntegro, tan fundamentalmente culto y caballero: un hombre de una moralidad y dignidad intachables, y de una intelectualidad cabal, innata, y absolutamente propia.

Hay que considerar a Pedro Henríquez Ureña en sus diferentes aspectos separadamente: como escritor, como maestro, como orientador y como humanista.

Su cuantiosa obra escrita lo establece como escritor, y la calidad de la misma lo consagra como buen escritor.

Su espíritu socrático se manifestó en él desde la infancia. Enseñar fue la motivación más poderosa de su vida; enseñar y orientar.

Se le ha llamado el continuador de los grandes pensadores de Hispano América, de aquéllos que forjaron el pensamiento hispanoamericano durante el siglo XIX. Bolívar, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí. Y de aquellos que fueron la transición entre los dos siglos: Darío y Rodó.

En sus famosos mensajes se dirige Henríquez Ureña a la juventud de América. En "El descontento y la Promesa" se refiere al descontento de cada generación joven contra la obra de sus mayores, y la promesa que hacen de lograr algo mejor. Es una síntesis panorámica del pasado de Hispanoamérica en sus luchas, buscando su propia expresión.

En "La Utopía de América" él mira hacia el futuro, a ese futuro utópico que nos forjamos en nuestros esfuerzos por lograr esa expresión propia y genuina de nuestra América. Tal mensaje va seguido de su corolario, "Patria de la Justicia", en que predica el ideal de justicia junto al ideal de cultura, y que para lograrlo hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días.

En uno de sus mensajes nos habla de "La América española y su originalidad" y en otro de los "Camino de Nuestra Historia Literaria". Ambos son mensajes orientadores, como lo fueron tantos de sus escritos, para alumbrar el camino de las generaciones jóvenes por la senda hacia una magna patria americana justa y libre.

Ensayo tras ensayo, insiste en el mismo tema: nuestra América; buscar en su pasado las corrientes espirituales que definan su presente y en nuestra expresión propia las fuerzas luchadoras que determinan el provenir.

En sus últimos años, en su plenitud como historiador y como orientador de nuestra América llegó don Pedro a su tesis fundamental: la busca de nuestra expresión en el estudio de nuestra historia, seguir las corrientes culturales, sobre todo literarias, en Hispanoamérica.

El americanismo orientador de don Pedro llegó a su plenitud en la Argentina, y se manifiesta en sus mensajes a la conciencia intelectual de América. Lanza su acto de fe: "Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización".

En 1928 publica don Pedro su libro *Seis Ensayos en busca de Nuestra Expresión*", cuyo tema es que nuestra América busca su propia, genuina expresión entre el concierto de naciones. Su mensaje va en busca de aquéllos que se preocupan por el problema espiritual de nuestra América, aquellos que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena.

Así orientó don Pedro en sus mensajes, continuando y ampliando la obra de Rodó. En su ensayo de 1905 dijo que a definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente del joven Pedro, pues a definir el ideal de Hispanoamérica tendió siempre él, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de América.

Su preocupación más honda fue el tema fundamental del espíritu de nuestra América. El tema americano es el que sobresale en toda su obra.

A fin de llegar a comprender la contribución de América a la cultura occidental, Henríquez Ureña siempre volvía al tema de nuestra identidad propia, nuestra genuina expresión americana dentro de esa cultura occidental.

Como historiador de Hispanoamérica, Pedro Henríquez Ureña estudió la historia literaria de España como base fundamental de la nuestra, y se remontó a la cultura griega como raíz de todas las civilizaciones posteriores en occidente. Temprano en sus escritos dijo que el pueblo griego introdujo en el mundo la inquietud del progreso; que descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es, y socialmente vivir mejor de como vive; que no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección; que juzga y compara; que busca y experimenta sin tregua; que no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás y crea l

historia. Mira al futuro y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano.

Los movimientos de cultura fue lo que fundamentalmente le interesaron. Tantos le han llamado un Humanista y, como tal, estudió la cultura universal, y sobre todo la española como base de la nuestra en Hispanoamérica. De modo que él fue en primer lugar un Hispanista, fundamentalmente un Americanista, y por último, un Humanista, un Humanista americano.

Queremos aquí repetir las palabras de Francisco Romero, el filósofo argentino: "El americanismo de Henríquez Ureña se fundía con su humanismo, sin mengua de su universalidad".

Fue, pues, un humanista, y también fue un Apóstol, un apóstol de nuestros tiempos.

Pedro Henríquez Ureña estudió el pasado y observó el presente. Al mirar hacia el futuro creó su utopía de América, utopía a la manera griega, utopía de una América mejor, utopía de la magna patria. En su mensaje predicó su fe en el destino de nuestra América y predicó la necesidad de una comunión espiritual de las naciones y de los hombres que la componen.

Predicó la necesidad de trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Trabajar por el ideal de la magna patria, de Nuestra América, dijo él, es el deber y el privilegio de todo buen hispanoamericano.

Cada día hay más conciencia de lo importante que es la unidad de nuestro continente. En su profundo americanismo Pedro Henríquez Ureña predicó esa unión de los pueblos de Hispanoamérica. Lo predicó siempre, con su obra y con su ejemplo, y dejó muchos continuadores que han seguido sus prédicas.

Este dominicano de nacimiento, y buen americano en el más amplio sentido de la palabra, ejerció su americanismo a todo lo largo de su vida.

Sus tantos viajes y su vasta cultura contribuyeron grandemente a la universalidad de Pedro Henríquez Ureña. Su gran patriotismo rebasó, desde muy temprano, las fronteras de su patria. México y la Argentina lo reclamaron como suyo, pero él fue un americanista consumado. Somos de ascendencia

española, decía, pero sobre todo somos indígenas, es decir, americanos. Y como americanos, él consideró que debíamos formar todas las naciones de habla española en América, una magna patria. Su tema principal fue el de orientar hacia esa identidad propia y universal de Hispanoamérica.

Don Pedro nunca cambió su ciudadanía. Murió dominicano. El americanismo y el universalismo tan profundos que sentía no empañaron el entrañable amor que sintió siempre por su país natal, por su patria dominicana.

Se le llama ciudadano de América y América fue su gran preocupación. Pero siempre llevó en el corazón la patria que le vio nacer. Sus numerosos trabajos sobre Santo Domingo, que se extienden a todo lo largo de su carrera, así lo atestiguan.

Don Pedro fue un hombre muy culto, un hombre sabio, un hombre bueno.

El magisterio era el principal vehículo de su expresión. Su cátedra y su pluma constituían los instrumentos de ese magisterio, el cual nunca dejó de ejercer y que animaba todas sus acciones.

Tal vez una de las más convincentes indicaciones de su valer es al extremo que han persistido y florecido los principios y objetivos que él valorizó y acentuó. Su excelencia fue de tipo quieto y penetrante; ni sorprendía ni deslumbraba, pero gradualmente, con el tiempo, transformó y sigue transformando el modo de pensar de Hispanoamérica. El nos confrontó con nosotros mismos: nada más valioso. Esa fue esencialmente, la contribución de Pedro Henríquez Ureña a su época.

¿Por qué viajó tanto don Pedro? ¿Por qué vivió en tantos países diferentes a lo largo de su vida? ¿Por qué abarcó su carrera tantos géneros literarios y académicos?

El siempre buscaba un ambiente espiritual e intelectual mejor. Buscaba su propio mejoramiento espiritual y material, pero no lo encontró ni en su patria, ni en Méjico, ni en Cuba, ni en los Estados Unidos. Solamente en la Argentina encontró el mejor de los ambientes, que no fue perfecto, pero sí el más propicio para sus aspiraciones y para sus afanes.

En su tanto viajar y cambiar de ambientes, don Pedro iba cambiando también, modulando su actitud y sus ideas a medida que seguía en su ruta de misionero intelectual, por las Américas.

El espíritu y el estilo poéticos de su juventud fue desapareciendo en sus escritos; y el espíritu científico se impuso por medio de la Filología, la cual influyó su estilo. Ese estilo que llegó a ser tan compacto, preciso y claro. Ese estilo en que podían aparecer residuos poéticos pero en el cual se imponía una prosa en la que ni sobraba ni faltaba nada.

De igual manera fueron moldeándose sus aspiraciones, sus propósitos, sus convicciones, culminando en los escritos de su época argentina, de su plenitud, en sus mensajes a la juventud que se inspira en él.

La mejor lección que nos dejó Pedro Henríquez Ureña fue su ejemplo. Su ejemplo tanto como su obra le hace inmortal.

Por lo que hizo y por lo que fue, se venera hoy en Hispanoamérica a Pedro Henríquez Ureña.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA APOSTOL DE AMERICA*



Pedro Henríquez Ureña se le llama Apóstol de América y se le compara con los apóstoles del siglo diez y nueve. Vemos en sus escritos cómo él se inspiró en Bolívar, Bello, Sarmiento, Hostos, Martí y Rodó. Se establecen comparaciones entre los escritos orientadores de éstos, y los de Henríquez Ureña, a fin de ver cómo llegó a ser la síntesis de los anteriores, un apóstol del siglo veinte.

El americanismo de Pedro Henríquez Ureña se inició desde sus escritos juveniles. En un artículo que escribió a los veinte años, sobre José Enrique Rodó y su mensaje orientador *Ariel*, dijo el joven escritor que al definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente de Henríquez Ureña, pues al definir el ideal de Hispanoamérica tendió en lo adelante en sus escritos, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de nuestra América. Al igual que Rodó, Henríquez Ureña llegó a ser un orientador de las generaciones nuevas de Hispanoamérica.

* Conferencia dictada en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, el 17 de marzo de 1978.

Como orientador de la obra de Rodó, como ensayista y como americanista, Henríquez Ureña se dedicó no solamente a definir el ideal de nuestra América, sino a buscar su identidad, su propia expresión.

En su artículo sobre el *Ariel* de Rodó declaró Henríquez Ureña que para nuestros pueblos ese momento histórico era crítico, porque la ley de la vida internacional les imponía ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los podía lanzar en una dirección feliz. Afirmó al mismo tiempo que la juventud posee esas fuerzas nuevas. Desde ese momento, el joven Henríquez Ureña encabezó esa juventud intranquila dondequiera que él se encontrase. Y concluyó el joven Pedro diciendo: "La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria".

Henríquez Ureña escribió del Rodó escritor y del Rodó orientador, y dijo que "en sus luminosas páginas se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de la América." En ese punto, diríamos que comenzó en el joven Henríquez Ureña su primera inquietud por nuestra América como una unidad de naciones. Él fue uno de los jóvenes que oyó la prédica de Rodó y que no la olvidó.

Cuando apareció el primer libro de Henríquez Ureña, Rodó fue de los que le escribió con entusiasmo.

¿Cómo era posible que un joven de veinte y un años mereciera elogios de la pluma de José Enrique Rodó? El libro de Henríquez Ureña apareció en la Habana a fines de 1905; indudablemente que un ejemplar le fue remitido en seguida a Rodó puesto que su carta es del 20 de Febrero y escrita en Montevideo. Rodó era, en ese momento, un pensador y un crítico de primera magnitud; su obra se leía y se comentaba en toda Hispanoamérica y en España. Henríquez Ureña, en cambio, era un joven casi desconocido de las Antillas. Los elogios de Rodó, por tanto, nacieron de su entusiasmo por la prosa de Henríquez Ureña: tanto las ideas como el estilo demostraban madurez y un criterio superior.

De todas partes recibió el joven Henríquez Ureña elogios por ese primer libro, que le dió a conocer en el mundo hispánico. Y fue en ese preciso momento cuando él decidió irse a México, después de más de un año en Cuba, en busca de horizontes más amplios, en busca del resto de América. Ya él era bien conocido en Cuba y en Santo Domingo por sus frecuentes escritos en revistas y periódicos; ya había vivido en Nueva York desde los diez y seis hasta los veinte años; ahora se iba a México con un concepto ya más amplio de una patria grande, hemisferial, americana, en contraste con su patria chica, la isla que le vio nacer.

En México vivió ocho años, de 1906 a 1914, y desde el primer momento ejerció allí una marcada influencia en la juventud intelectual; fue mentor del movimiento renovador que inició la Sociedad de Conferencias y, más tarde, el Ateneo de la Juventud. El Ateneo tenía por objeto el trabajar en pro de la cultura, pero Henríquez Ureña no se limitaba a lo mexicano; él inició el estudio de la literatura de España, que hacía un siglo se ignoraba en Hispanoamérica, como base fundamental de la nuestra; y se remontó a la literatura y la cultura griegas como raíz de nuestra civilización occidental. Su visión del mundo y de las cosas adquirió entonces dimensiones de tiempo y de espacio que sobrepasaban las ideas de su época.

Primero en México, después en los Estados Unidos, y más tarde en la Argentina, Pedro Henríquez Ureña enseñó en su cátedra la literatura española. Su interés por la literatura de España fue profundo, considerándola una base indispensable para el estudio de la literatura de la América hispánica. Este fue un punto de vista nuevo, revolucionario, puesto que desde la Independencia un siglo antes se había ignorado a España y todo lo español en las nuevas naciones de América, por un afán de absoluta independencia. Pero después de la derrota de España por los Estados Unidos al finalizar el siglo, España dejó de ser una amenaza para las naciones de Hispanoamérica y se le comenzó a reconocer como la Madre Patria. Henríquez Ureña fue de los primeros en estudiar y enseñar la valiosa literatura española.

Como anterior a la española y como fuente de todas las literaturas de occidente, él estudió también la literatura griega; se empapó de cultura griega y, de ahí en adelante, se remontó siempre a esos orígenes lejanos para formular sus juicios, y, como base de sus referencias. Enseñó pues, lo español y lo griego, y formó maestros en México y en la Argentina que propagaron luego su enseñanza.

Dijo el mexicano Antonio Castro Leal que como tantos misioneros del siglo XVI partió Pedro Henríquez Ureña de la pequeña isla de Santo Domingo para recorrer el inmenso continente americano. De cada país donde estuvo hizo su patria. Como los misioneros, sabía que un evangelio, el de la cultura, salvaría a nuestra América. Como los misioneros, no renegó de España, sino que alababa en ella lo bueno y temía el contagio de lo malo. Ha sido uno de los americanos más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes y de más fina sensibilidad de este siglo. Hay hombres preocupados por el destino de Hispanoamérica, cuyo pensamiento y acción rebasan las fronteras nacionales. Son redentores, como Bolívar y San Martín; apóstoles, como José Martí y José Vasconcelos; o evangelistas, como Andrés Bello y Manuel González Prada. A esta última categoría pertenece el gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña.

El entusiasmo de Castro Leal en su juicio de Henríquez Ureña es generalmente compartido por todos los que le conocieron en todos los países del hemisferio occidental. En juicios concretos, tratando del tema "La América española y su originalidad," dijo don Pedro que al hablar de la participación de la América española en la cultura intelectual del Occidente es necesario partir de hechos geográficos, sociales y políticos.

Considerando que desde el momento de la independencia política, la América española aspira a la independencia espiritual, Henríquez Ureña enumera aquellos escritores que han sobresalido durante los últimos cien años: Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó, Darío, los cuales pertenecen al grupo de los apóstoles del siglo pasado.

Antes de continuar analizando a Henríquez Ureña en su papel de "apóstol de América" vamos a mirar hacia atrás y a buscar sus puntos de contacto con los apóstoles del siglo pasado. El primero fue Bolívar. Simón Bolívar no solamente fue el genio militar que logró la independencia de medio continente sino que fue un visionario que se adelantó a su época; él aspiró a crear una gran nación consolidando las diferentes colonias que iba liberando; también inició la creación de una Confederación Panamericana de naciones. Ambos intentos fracasaron, pero su ideal persiste.

De los muchos escritos de Bolívar, el que nos concierne aquí es su carta de Jamaica, que él escribió durante su permanencia en dicha isla, a un caballero que se tomaba gran interés en la causa republicana en la América del Sur, y que está fechada el 6 de septiembre de 1815. Bolívar confiesa en esa carta que, aunque él desea ver formarse en la América española la más grande nación del mundo, comprende que eso es un imposible. Analiza cada uno de los países separadamente, como existían entonces en vísperas de su independencia, apuntando sus similitudes y sus diferencias. "Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto fue para los griegos!" dice Bolívar. Y ya en esa carta inicia su gran idea panamericanista, de que ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas de nuestro hemisferio.

Esta grandiosa idea fue llevada a cabo por el mismo Bolívar. Nueve años más tarde, siendo Presidente de Colombia, invitó a las nuevas naciones americanas a participar en un Congreso Internacional en Panamá, que se celebró en 1826. El resultado fue, desde el punto de vista práctico, un fracaso. En su Carta de Jamaica había previsto Bolívar las razones que impedían la unión panamericana de las nuevas naciones: falta de talentos y virtudes políticas; el despotismo imperante; la diversidad de climas, situaciones e intereses creados entre las diferentes regiones.

Lo importante del Congreso de Panamá fue que estableció un precedente; fue el primer esfuerzo hacia la unión espiritual de nuestra América, unión que un siglo más tarde predicó Pedro Henríquez Ureña en su mensaje "Utopía de América". Todavía no se ha logrado lo que quiso Bolívar pero su visión persiste; la han mantenido los otros apóstoles del siglo pasado que le siguieron y la recogió nuestro siglo. Se han celebrado muchos Congresos Panamericanos, con más o menos éxito, pero el resultado final, la visión bolivariana, se aleja todavía en la distancia.

El segundo de los grandes apóstoles, precursores de Henríquez Ureña, fue Andrés Bello, contemporáneo de Bolívar y su compatriota. Pero cuando Bolívar eligió la espada para liberar a América, Bello eligió las letras y por unos veinte años en que vivió en Londres estudió y escribió y se cultivó. Su obra y su reputación crecían. Llegó un día en que aceptó la invitación del Gobierno de Chile para ir a hacerse cargo de la educación del país, y dió el paso más importante de su vida. Se trasladó a Chile y, por treinta y seis años, fue desde allí el mentor de la cultura y del saber hispanoamericanos.

Bello fue, como Henríquez Ureña después, un Ciudadano de América. Viviendo en Londres recibía distinciones y se le ofrecían nombramientos desde Colombia, Perú, Argentina, Chile y otros países; su nacionalidad no importaba, él era un americano que se imponía por su superioridad y su saber. Lo mismo pasó con Henríquez Ureña en nuestro siglo, excepto que este último vivió y sirvió en muchos países a lo largo de su carrera. Pero la obra de uno y de otro no fue para un país exclusivamente sino para todo Hispanoamérica, ambos pensaron en términos americanistas más bien que nacionalistas.

En un largo poema, su primera "Silva Americana", Bello canta a ciudades, ríos y comarcas de su América, e inicia la literatura de temas americanos que él y muchos otros cultivaron luego. Esa primera Silva de Bello se considera como la proclamación de la independencia intelectual de la América española. A esa Silva siguió la segunda, "La agricultura de la zona tórrida". en la cual Bello pinta la riqueza natural de

las tierras tropicales de América y alienta a las jóvenes naciones a cultivar su suelo: realidad y alegoría que hicieron de esa Silva un canto precursor de la literatura romántica en Hispanoamérica, la literatura que buscó lo propio, que descubrió la naturaleza americana.

A la generación que siguió a la de Bello perteneció Domingo Faustino Sarmiento, de quien dijo Henríquez Ureña que "tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con viva percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento." Pero, agrega Henríquez Ureña, que Sarmiento, "con todos esos dones, no se resignaba a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española".

Cuando el joven Sarmiento se fue, desterrado, a Chile, escribió en los periódicos y tomó parte en la querrela de clásicos y románticos. Se iniciaron sus célebres polémicas con Bello, polémicas que engendraron la célebre generación del 42, importantísima en la historia de la literatura chilena. Sarmiento representaba la generación nueva, romántica; Bello pertenecía a la generación anterior, de formación clásica. El choque de sus dos personalidades, de sus dos épocas, estimuló las letras y el pensamiento en Hispanoamérica. Ellos representaron corrientes antagónicas: Bello, la tradición clásica; Sarmiento, la espontaneidad renovadora.

Bello fundó una Universidad. Sarmiento organizó la primera escuela normal de la América Española. Ambos fueron apóstoles de la educación tanto como lo fueron de la libertad y la cultura. La obra de ambos tiene muchos puntos de contacto, pero sus diferencias de personalidad, de temperamento, de generación, les separaron belicosamente. Sarmiento fundó el primer diario de Santiago de Chile y desde sus páginas lanzó sus continuos ataques a Bello. Desde entonces y para siempre, Sarmiento vivió con la pluma en la mano.

Pedro Henríquez Ureña que en tantos aspectos de su obra fue un continuador de esos dos grandes americanos, pareció reunir en sí mismo a ambos: la preparación profunda y clásica

de un Bello y la intranquilidad revolucionaria de un Sarmiento. En nuestro tiempo no se trataba de clásicos y románticos; la generación de principios de siglo, a la cual pertenecía el dominicano, se llamó modernista; pero él no se identificó con ninguna escuela, sino que orientó a su vez con el equilibrio intelectual de Bello y el entusiasmo civilizador de Sarmiento.

También orientó con la fe apostólica de Hostos. Eugenio María de Hostos fue de los últimos grandes pensadores del siglo diez y nueve en Hispanoamérica. Luchó con su pluma y por medio de su obra educadora, ejerciendo grandísima influencia en todo el continente. Siguió los pasos de Bello y hasta vivió en Chile por muchos años, escribiendo y enseñando, y siempre predicando la justicia y la verdad.

Henríquez Ureña dijo de Hostos que, aunque nació en Puerto Rico, reconoció como patria a la América española. Así él, que nació en Santo Domingo, también reconoció como patria a la América española. Hubo un contacto personal entre ellos, cuando uno había llegado al ocaso de su vida y el otro apenas comenzaba la suya. Hostos había sido más que un amigo en el hogar de los Henríquez Ureña, había sido un ambiente. Los padres y el tío de los Henríquez Ureña participaron de sus ideas apostólicas de libertad y educación, y en ese ambiente "hostosiano" se crió nuestro humanista.

Hostos, como pensador, fue esencialmente moral y, al mismo tiempo, racionalista, con una profunda fe en el poder de la razón para descubrir la verdad, según lo afirma Henríquez Ureña. Su filosofía racional se basaba no solamente en la verdad sino en el bien. El creyó en el destino de América como patria de la justicia, mensaje orientador que recogió Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña declaró en su mensaje orientador "Patria de la justicia", que el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura, que es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Ese afán por la justicia entre los hombres fue tesis fundamental en la obra de Hostos, y también en la de Henríquez Ureña. Ambos

predicaron, por medio de la cátedra y de sus escritos, su ansia de justicia y libertad.

En cuanto a la obra escrita de Hostos, explica el dominicano que todo, para este pensador, tiene sentido ético, que la armonía universal es, a sus ojos, lección de bien, pero que su ética es racional y cree que el conocimiento del bien lleva a la práctica del bien. Como la razón es el fundamento de su moral, Hostos difunde el culto de la razón al mismo tiempo que exalta la fe en la persecución y la adquisición de la verdad.

Las naciones de nuestro hemisferio buscan hoy la justicia y la verdad que predicaron Hostos y Henríquez Ureña; por eso sus congresos panamericanos, sus organizaciones y comités, y mucho de su literatura, buscan ideológicamente, el acercamiento común por medio de la verdad y la justicia. Hasta ahora se ha logrado poco. El triunfo de ese ideal pertenece al futuro. El mismo Henríquez Ureña lo comprendió así cuando dijo en su mensaje *Utopía de América*, "Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba a donde quiero".

Contemporáneo de Hostos fue José Martí, otro de los grandes apóstoles hispanoamericanos del siglo pasado. Martí no solamente fue el libertador de Cuba sino que ejerció una gran influencia en toda la América de habla española por medio de sus escritos, tanto sus escritos literarios como sus escritos políticos. Fue el último de los libertadores hispanoamericanos, aunque distinto a todos los que le precedieron. Luchó con su pluma por la libertad de su isla toda su vida y desde todas partes.

Pero no es como libertador que vamos a considerar aquí el americanismo de Martí sino como orientador, como apóstol, al igual que Hostos, al igual que Henríquez Ureña más tarde. Fue Martí quien acuñó la expresión "nuestra América" para designar la América española. Dijo Henríquez Ureña que Martí como escritor, es uno de los más admirables con que cuenta el idioma castellano: su estilo es invención constante, siempre feliz; grande es su riqueza de ideas; la variedad de sus emociones, su fe en la humanidad, la libertad, la justicia y el bien.

Martí fue también, como Hostos, un ambiente para los Henríquez Ureña, pues era amigo de su padre, y sobre todo de su tío Federico Henríquez y Carvajal, a quien le escribió su famosa carta antes de partir para Cuba a morir, la que se conoce como "el testamento político de Martí". Diez años más tarde, en 1905, viviendo por primera vez en Cuba, escribió Henríquez Ureña un trabajo titulado "Martí escritor". Habló del Martí pensador, y le llamó "paladín vehemente de las más avanzadas ideas y cruzado de todas las redenciones sociales", orador asombroso, gran poeta, y crítico dotado de vasta erudición y refinado sentido estético.

Lo que Henríquez Ureña urgía en Cuba en 1905 se ha hecho ya hace mucho, reconocer la importancia de Martí como escritor, y también como orientador no solamente, de Cuba y las Antillas sino de toda la América española.

Uno de los puntos de comparación entre Martí y Henríquez Ureña es el hecho de que ambos vivieron en los Estados Unidos y conocieron bien dicho país: sus costumbres, sus actitudes, su cultura, su política. Como escribió Henríquez Ureña, Martí supo fijar los rasgos salientes de un espíritu nacional tan complejo como el de los Estados Unidos. Otros pensadores hispanoamericanos que escribían y hablaban entonces se basaban en ideas y teorías, no en los hechos, como lo hacían Martí primero y el dominicano después.

Como Henríquez Ureña más tarde, Martí descubrió por primera vez el sentido continental de su América al vivir en México durante su juventud; desde entonces su pensamiento abarcó a toda la América Hispana y, con el tiempo abarcó a la América sajona también. El sentido del conflicto entre su América y la sajona fue interpretado en sus escritos, durante sus largos años de exilio en Norte América. Su obra literaria principal, entonces, se difundió por medio del periodismo, "pero, como dijo Henríquez Ureña, periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma".

Uno de los pensadores hispanoamericanos que siguió a Martí fue José Enrique Rodó, quien escribió de los Estados

Unidos por medio de su intelectualidad y no porque conociera a Norte América. Se dice que Rodó fue el último apóstol del siglo diez y nueve y primero del veinte. Su más importante mensaje mericanista, *Ariel*, apareció en 1900. En él se dirige a la juventud hispanoamericana y la exhorta a defender su América, a luchar por el ideal de la magna patria. Ese ideal lo recogió Henríquez Ureña y lo desarrolló más tarde en su mensaje "*Utopía de América*". Rodó representó la transición entre los dos siglos; Henríquez Ureña representó el siglo veinte. El uno fue el precursor del otro en su mensaje utópico al dirigirse a la juventud de Hispanoamérica para que concierten en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesarios para la magna obra; predicaron la comunión espiritual de las naciones y de los hombres de la América española, la necesidad de trabajar con fe, con esperanza, todos los días, por el ideal de la gran patria americana.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: EL ORIENTADOR



E me ha pedido que me refiera a la conferencia que dicté aquí, en este recinto, en marzo último, sobre el tema de PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: APOSTOL DE AMERICA. En esa ocasión enfoqué a nuestro gran compatriota como el continuador de la obra apostólica, en nuestro mundo hispanoamericano, de los grandes idealistas del siglo diez y nueve, y sobre todo, como el continuador de la obra de José Enrique Rodó. Rodó fue el último apóstol del siglo diez y nueve y primero del siglo veinte.

A manera de COROLARIO a esa conferencia, les hablaré ahora, MUY BREVEMENTE, de PEDRO HENRIQUEZ EL ORIENTADOR... *El orientador de juventudes* a todo lo largo de su vida... Desde niño, orienta a su hermano Max, quien siguió sus pasos en la carrera de las letras; y continuando, durante su adolescencia, como elemento directivo de una juventud inquieta por saber y cultivarse en su Santo Domingo natal.

Más tarde, en México, ejerció el papel de un Sócrates, de un mentor, de un grupo de jóvenes "con ansia de saber" y de fomentar un clima de intelectualidad en la capital mexicana que

* A manera de Corolario a lo anterior, dicho en el Coloquio sobre Pedro Henríquez Ureña, en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, el 13 de Noviembre de 1978.

culminó en la Sociedad de Conferencias y luego en el Ateneo de la Juventud. A la cabeza del grupo, Pedro ayudó a reorganizar la Escuela de Altos Estudios y enseñó en la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México.

Con sus escritos y con su cátedra siguió orientando juventudes: en Minnesota, en México, nuevamente, y finalmente en la Argentina. Tanto en México como en la Argentina formó generaciones de alumnos que luego se destacaron en el mundo de las letras, de la enseñanza, del saber; todos devotos de él, el maestro y orientador por excelencia.

No puedo dejar de mencionar la obra orientadora de Pedro Henríquez Ureña aquí en su patria amada.

Aunque lejos, durante casi todo el transcurso de su vida, del terruño que lo vio nacer, Santo Domingo fue su preocupación predilecta. Muchos de sus escritos fueron sobre temas dominicanos. Como dijo nuestro esclarecido historiador, Emilio Rodríguez Demorizi, en su famoso mensaje con el justo título de DOMINICANIDAD DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: "Si Venezuela y Colombia se ufanan de haber producido a Andrés Bello y a Rufino José Cuervo, así nosotros podemos señalar a Pedro Henríquez Ureña como el más docto continuador de ambos maestros". También afirmó Rodríguez Demorizi que podemos enorgullecernos de la aplicación, la fervorosa dedicación de su sabiduría a las cosas dominicanas.

El nombre de Pedro Henríquez Ureña brilla con creciente luminosidad en el horizonte intelectual y académico del mundo hispánico. El sigue orientándonos e inspirándonos con el ejemplo de lo que fue y lo que hizo, con su devoción a NUESTRA AMERICA y, sobre todo, su devoción a su tierra natal, *su Santo Domingo*.

PROSA Y ESTILO DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA



HENRÍQUEZ Ureña dijo, en 1904, que José Enrique Rodó era entonces “el estilista más brillante de la lengua castellana” y eso mismo se dijo años más tarde del mismo Henríquez Ureña. En su estilo y en su prosa hay también paralelismo y continuación entre ambos escritores. Rodó creó el estilo nuevo, fue el primer moderno, fue el primer escritor hispanoamericano que escribió en una prosa limpia, precisa, sencilla y directa, en contraste con la oratoria y prosa pomposa del siglo diez y nueve. Esa fue la prosa que Henríquez Ureña llevó a la perfección. “Prosa inmaculada la suya, castiza sin remilgos puristas”, dijo Alfonso Reyes, y agregó que Pedro Henríquez Ureña era uno de los escritores más firmes de la lengua.

Del “estilo nuevo” de Rodó dijo Henríquez Ureña que era “el estilo que deja de ser el hombre para ser más definitivamente su intelectualidad, aislada de su personalidad en cuanto ésta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión”.

Al hacer ese comentario sobre el estilo de Rodó el joven Henríquez Ureña, que entonces contaba solamente veinte años, parece que se hizo el propósito de seguir ese estilo nuevo. Alguien dijo que Pedro Henríquez Ureña fue un escritor

refinado y sobrio, que combatió la improvisación y la verbosidad, y que su prosa es sencilla y de extraordinaria claridad. "Si abunda la palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina", repetía insistentemente en la cátedra y en sus libros. Nos advierte Anderson Imbert que la prosa de Pedro Henríquez Ureña, siempre fue clara, concisa y elegantemente equilibrada, pero que llegó a alcanzar una sencillez tan extrema que parece, a primera vista, elemental.

Recordemos que Henríquez Ureña sabía conversar y lo hacía poniéndose a la altura de su auditorio; no imponía su saber sino que se adaptaba su interlocutor. No era nada sentimental, pero sí de gran sensibilidad. Apreciaba muchas cosas y muchos valores, pero amaba, por encima de todo, lo humano. En sus escritos y en sus juicios ni idealiza ni sentimentaliza, como hacen tantos escritores, sino que trata de juzgar siempre con objetividad desapasionadamente.

Su prosa, como su pensamiento, alcanzó la plenitud de su expresión propia: prosa contemporánea que había comenzado en Hispanoamérica con José Enrique Rodó y que Henríquez Ureña llevó a la perfección. Su prosa se ha descrito muchas veces, siempre en términos de justificado elogio; él logró un estilo donde ni falta ni sobra nada; logró expresarse con absoluta claridad y en un lenguaje bello e impecable que ha servido de inspiración y ejemplo a generaciones de hispanoamericanos.

Henríquez Ureña publicó unas páginas tituladas "En la orilla" que contenían axiomas y puntos de vista que, más o menos, influenciaron siempre sus ideas y sus escritos. Ahí es donde dice que el buen gusto es natural, que el mal gusto se adquiere por hábito, por diario contacto, desde la infancia, con las cosas mediocres. Y se pregunta: "Si el buen gusto es natural, por qué el mal gusto llega a formar escuela?" A lo cual responde: "Por acumulación: el primer error, abriendo camino a los inhábiles, a los torpes, engendra errores nuevos".

Su hermano Max dijo que el estilo de don Pedro, florido y rico en imágenes durante la juventud, alcanzó grado a grado más sencilla y armónica elegancia a la vez que gran mesura y

precisión. Anberto Zum Felde dice que Pedro Henríquez Ureña fue “un gran ensayista literario, un crítico de fondo, uno de los más serios que hayan tenido todos estos países, eso ha sido siempre, durante cuarenta años”. Y Medardo Vitier dice que Henríquez Ureña no tiende a revelar otra cosa que sus elaboraciones, de estudioso; de lo intelectual íntimo, casi nada; de lo emocional íntimo, menos aún. Y agrega que los escritos de e Henríquez Ureña indican su constitución mental; reflejan al hombre contenido a quien obedecen todas sus potencias, en bello equilibrio, uno de los dones del espíritu clásico. Dice que por eso compone pulcramente, sabiamente y llega a la difícil sencillez; una austeridad intelectual gobierna su prosa perfecta.

La prosa de este gran escritor fue esencialmente intelectual; “la comunicación del hombre no predomina en sus escritos”, dijo Vitier, y agrega que don Pedro lo fiaba todo a las ideas, a los asuntos, en su limpia objetividad. Don Pedro siempre decía a sus alumnos: “Sea objetivo! ” Y demostraba eso con su ejemplo. Como Rodó antes que él, en su estilo dejó de ser el hombre para ser más definitivamente su intelectualidad.

II

ANALISIS DEL PASADO DE AMERICA



EN los escritos de Pedro Henríquez Ureña podemos estudiar su visión del pasado de nuestra América. Su interpretación del pasado es importante puesto que Henríquez Ureña buscó las razones de nuestra historia, las raíces de nuestros problemas, a fin de orientarnos hacia el futuro. Dijo que “al hablar de la participación de la América española en la cultura intelectual del Occidente es necesario partir de hechos geográficos, sociales y políticos”.

Al enfocar la situación geográfica, Henríquez Ureña observó que la América española está a gran distancia de Europa y que en la zona de cultura europea de la América española falta riqueza de suelo y ambiente como la que nutre las creaciones arcaicas del indígena. En lo social, Henríquez Ureña distingue el indígena que conserva su cultura arcaica y produce extraordinaria variedad de cosas; y no sólo produce sino que crea. “La creación indígena popular nace perfecta, porque brota del suelo fértil de la tradición”. Pero la cultura colonial fue en gran parte obra de fusión de cosas europeas y cosas indígenas.

“No todo es fusión, desde luego, en la América española, ni la fusión es siempre completa”, nos advierte Henríquez

Ureña, y añade que "el problema de la América española es todavía integración social".

En el aspecto histórico, estudia las altas figuras de Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó, Darío, y antes que todos estos a Bello, desde el momento de nuestra independencia política, a fin de seguir la evolución de nuestra cultura.

Ha habido otras influencias, pero la francesa ha sido la más fuerte. Las repúblicas de Hispanoamérica han adoptado el sistema democrático republicano. Su historia ha sido a menudo violenta, pero "las formas políticas, en parte, se han modificado, adaptándose a la realidad, y la realidad también se ha modificado adaptándose al ideal de las constituciones y de otras leyes".

La explicación que persigue Henríquez Ureña es que, en un principio, la ley en Hispanoamérica es artificial pues representa casi exclusivamente el ideal de los intelectuales, pero que poco a poco y modificándose continuamente, ese ideal se va convirtiendo en realidad, se va aplicando a la realidad práctica de las diferentes naciones. "La ley, entre nosotros, ha sido profética y creadora".

Otro aspecto histórico social que analiza Henríquez Ureña apunta que, en la América española, la tradición criolla se mantiene, a pesar de una fuerte tendencia europeizante dentro de las clases altas de cada país. Nada, dice él, altera el tejido esencial de nuestra existencia. "Piénsese en sólo este ejemplo: la familia. Mientras en los Estados Unidos la unidad social es el individuo, entre nosotros lo es todavía la familia". Este es el tipo de observaciones que hace Henríquez Ureña con la mayor sencillez, pero que son el producto de sus observaciones y estudios. Por tendencia europeizante se entiende principalmente la influencia francesa, que dominó en las letras y la sociedad de Hispanoamérica durante casi todo el siglo diez y nueve, siglo en que se negó a España.

Durante ese período del pasado siglo como lo explica Henríquez Ureña, la literatura estuvo todavía íntimamente ligada a la transformación política y social. Tuvieron auge la

prensa y la oratoria. Fue la época del romanticismo, que “proponía a cada pueblo la creación de su propio estilo, con apoyo en sus tradiciones propias”. En conjunto, afirma Henríquez Ureña, la mejor literatura de ese período está en prosa; la novela de asunto indígena produce en ese período obras de calidad: *Cumandá*, *Enriquillo*, y *Aves sin nido*. Esta última pinta los sufrimientos de la raza indígena explotada en época contemporánea, tema que ha producido algunas de las mejores novelas de nuestra América durante el presente siglo. También en la poesía se utilizó el tema indio: sobresale el *Tabaré* de Juan Zorilla de San Martín, “poema admirable por su constante invención de imágenes y su gracia musical, que, sin estorbar el fácil fluir de la narración, realzan la riqueza de emociones y de sentimientos”.

Pero la gran originalidad poética de ese período está en los poetas gauchescos de la Argentina: José Hernández y Estanislao del Campo, que aunque fueron hombres de ciudad, escribieron en lengua campesina, con su *Martín Fierro* el primero y su *Fausto* el segundo.

El siglo diez y nueve termina, y el veinte comienza, con el movimiento literario que se ha llamado “modernista” y que fue una corriente que se inició en Hispanoamérica desde donde se extendió hacia Europa. Este movimiento, dijo Henríquez Ureña, renovó íntegramente las formas de la prosa y de la poesía.

De Rubén Darío, padre del modernismo y primer poeta de Hispanoamérica, ha escrito Henríquez Ureña varios trabajos. En 1905 dijo que Darío había llegado a ser el poeta representativo de la juventud de nuestro idioma en ese momento, pues ejercía verdadera y poderosa influencia en la literatura de España, al igual que en su América. En su último libro, cuarenta años más tarde, dijo Henríquez Ureña que Rubén Darío en realidad representaba el deseo, muy de nuestra América, de probar todos los frutos de la cultura, y que su viaje a España, adonde impuso la renovación literaria, le hizo sentirse poeta de la raza.

Pero en literatura, el movimiento modernista empieza a desintegrarse después de 1910: surgen disidencias. La

renovación la enfocó Enrique González Martínez con su "Tuércele el cuello al cisne" y la poesía del mismo Darío continuamente se renovaba; de él dijo Henríquez Ureña que su antigua alegría fue cediendo a la amargura de la vida que avanza, de la juventud que se va, y sus versos nos dan entonces notas profundas y dolorosas, de las más dolorosas y profundas que conoce la poesía castellana. A eso de 1920 encontramos nuevas escuelas en la poesía de Hispanoamérica, como por ejemplo las llamadas "creacionismo", "ultraísmo", "vanguardia". "De estos y otros movimientos surgió la poesía de los últimos cincuenta años".

A poco de la independencia el "romanticismo" comenzó a invadir a Hispanoamérica y comenzaron las generaciones románticas que duraron hasta fines de siglo. "El romanticismo despertaba las voces de los pueblos. Nos parecieron absurdos nuestros padres al cantar en odas clásicas la romántica aventura de nuestra independencia. El romanticismo nos abrirá el camino de la verdad". La inundación romántica, agregó Henríquez Ureña, duró mucho, demasiado.

Fue el romanticismo, en primer lugar, la rebelión que asaltó y echó a tierra el imperio clásico, culminando en lo que dijo Henríquez Ureña: "El problema de la expresión romántica". Pero los románticos, aunque buscaban su expresión propia, no dejaban de mirar hacia Europa e importaban sus ideas y sus formas, sobre todo de Francia.

Por un lado, siempre han existido los europeizantes, los que siguen e imitan a Francia y hasta escriben en francés; por el otro lado, encontramos a los criollistas y nacionalistas; pero entonces el problema es más complicado. "En literatura, el problema es complejo, es doble: el poeta, el escritor, se expresan en idioma recibido de España". Hay que reconocer que el escritor hispanoamericano se expresa en un idioma que no es nativo de América, pero que es el único idioma literario que tenemos. Las lenguas indígenas desaparecieron o son usadas por la población india que no crea ninguna literatura. La

posibilidad de crear idiomas nuevos en nuestra América “se ha disipado bajo la presión unificadora de las relaciones constantes entre los pueblos hispánicos”.

Henríquez Ureña examina las principales soluciones propuestas y ensayadas para el problema de nuestra expresión en literatura. Ante todo, la naturaleza. Explica cómo por largo tiempo se pensó que la literatura descriptiva habría de ser la voz del Nuevo Mundo y, sin duda, hay en nuestra literatura romántica tantos paisajes como en nuestra impresionista. Aunque pasó, al fin, ese entusiasmo, nos quedó “una vivaz colección de paisajes”.

Henríquez Ureña dice que basta detenernos a recordar para comprender, tal vez con sorpresa, cómo hemos conquistado, trecho a trecho, los elementos pictóricos de nuestra pareja de continentes y hasta el aroma espiritual que se exhala de ellos: la colosal montaña; las vasta altiplanicies de aire fino y luz tranquila donde todo perfil se recorta agudamente; las tierras cálidas del trópico, con sus marañas de selvas, su mar que asorda y su luz que emborracha; la pampa profunda; el desierto inexorable y hosco. Y explica Henríquez Ureña cómo nuestra atención al paisaje engendra preferencias que hallan palabras vehementes: tenemos partidarios de la llanura y partidarios de la montaña, tenemos el paisaje del trópico y el de climas templados.

Otra de las soluciones para el problema de nuestra expresión en literatura fue el primitivo habitante, el indio. “Ir hacia el indio! Programa que nace y renace en cada generación, bajo muchedumbre de formas, en todas las artes. En literatura, nuestra interpretación del indígena ha sido irregular y caprichosa”.

La descripción del indio americano comenzó con los conquistadores y cronistas de Indias; y según Henríquez Ureña, ellos acertaron a definir dos tipos ejemplares que Europa acogió e incorporó a su repertorio de figuras humanas; el indio hábil y discreto de civilización propia, y el bondadoso salvaje de virtud propia.

Después de la naturaleza y el indio, Henríquez Ureña considera una tercera solución literaria que se ha usado en Hispanoamérica, el criollo. Declara que el movimiento criollista ha existido en toda la América española con intermitencias, y ha aspirado a recoger las manifestaciones de la vida popular, urbana y campestre, con natural preferencia por el campo.

Henríquez Ureña admite que los límites de este criollismo son vagos, y también que su aspecto varía de región en región, pero declara que "no hay país donde la existencia criolla no inspire cuadros de color peculiar". La literatura gauchesca de los países del sur "ha sabido apoderarse de la vida del gaucho en visión honda como la pampa", según Henríquez Ureña, y "Facundo Quiroga, Martín Fierro, Santos Vega, son figuras definitivamente plantadas dentro del horizonte ideal de nuestros pueblos".

En nuestro siglo, durante los últimos cuarenta años, tanto el indio por un lado como el criollo por el otro, han predominado en la novela de la América española. Se trata de la novela social, la novela de la tierra, y demás tipos de novela que exponen los problemas sociales de cada región. Como ejemplos tenemos la novela de la Revolución mexicana, las novelas indigenistas del Perú y el Ecuador, la novela de la selva, y otras. La novela es el género literario por excelencia, en Hispanoamérica, para describir nuestros problemas sociales, raciales y económicos.

Existe otro americanismo, dice Henríquez Ureña, que evita al indígena, y evita el criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial; su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia. Y afirma Henríquez Ureña, que en esta fórmula sencilla como dentro de las anteriores, hemos alcanzado, en momentos felices, la expresión vívida que perseguimos.

Pero volvamos ahora la mirada hacia los europeizantes, con Henríquez Ureña, hacia los que, descontentos de todo americanismo con aspiraciones de sabor autóctono, descontentos hasta de nuestra naturaleza, nos prometen la salud

espiritual si mantenemos recio y firme el lazo que nos ata a la cultura europes. "Creem que nuestra función no será crear, comenzando desde los principios, yendo a la raíz de las cosas, sino continuar, proseguir, desarrollar, sin romper tradiciones ni enlaces."

Pero ningún extremo es la perfecta solución, ni el afán europeizante ni el criollismo puro. "Todo aislamiento es ilusorio," dijo Henríquez Ureña.

Aceptamos francamente, como inevitable, la situación completa, nos aconseja. Todo aislamiento es, naturalmente, ilusorio, sobre todo en nuestro siglo. Las rápidas comunicaciones del mundo presente lo impiden. No podemos negar a Europa puesto que hasta nos expresamos en un idioma europeo; no podemos negar lo criollo ni lo indígena o lo negro puesto que son todos elementos del ambiente en que vivimos y, a menudo, elementos que llevamos en la sangre. Es el conjunto de todos los elementos, nativos e importados, que debemos considerar en nuestras sociedades y en nuestra literatura.

La diferencia está en que lo importado "afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa. "Esa energía nativa y el ideal de independencia absoluta que nos ha dominado por más de siglo y medio nos han servido, en nuestro siglo, para desarrollar con éxito mucho de lo nativo en literatura y artes".

Cada fórmula de americanismo puede prestar servicios, concluyó por decir Henríquez Ureña, pero aconsejó evitar la fórmula mecánica, buscar la expresión propia, el ansia de perfección.

CONCLUSION

Hemos visto que Henríquez Ureña, al enfocar nuestro pasado, consideró hechos geográficos, sociales y políticos para formular su teoría del "descontento y la promesa" que acabamos de analizar. Su tema es que, desde la Independencia, cada nueva generación, olvidadiza y descontenta, provoca una insurrección contra sus mayores y ofrece la promesa de trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina. Vimos que el romanticismo pareció por un largo tiempo encerrar la solución a ese problema puesto que, repetimos, "proponía a cada pueblo la creación de su propio estilo, con apoyo en sus tradiciones propias".

Vimos que el modernismo suplantó al romanticismo, pero no fue tampoco la contestación definitiva, sino que el ciclo del descontento y la promesa se repite una y otra vez. Henríquez Ureña consideró los problemas siguientes: la lucha entre europeísmo y criollismo, la revolución romántica, el nacionalismo imperante, nuestro idioma europeo, nuestra diversidad de tradiciones. Como soluciones a esos problemas, nos dice que se han probado: la expresión y descripción del paisaje, del primitivo habitante, del criollo, el afán europeizante, energía nativa en su carácter original. Henríquez Ureña ofreció su propia solución, es decir, buscar nuestra expresión original y genuina.

III

ORIENTACION DEL FUTURO DE AMERICA



ON su traslado a Buenos Aires, en 1924, inició Pedro Henríquez Ureña la plenitud de su carrera, que duró hasta su muerte en 1946. Durante los años de su segunda permanencia en México se había ampliado y definido su americanismo, en un sentido hemisferial de nuestra América como una unidad. Sus escritos de esa época ya contienen algunos de sus mejores mensajes orientadores, dirigidos a la juventud de Hispanoamérica, los que fueron recogidos y fructificaron entre los que oyeron y siguieron la orientación que les daba Henríquez Ureña.

Un año antes de irse a vivir a la Argentina, Henríquez Ureña publicó en México un profundo ensayo de tema americanista que tituló muy apropiadamente "Orientaciones". Comienza diciendo: "Nunca, como ahora, necesita la América Latina normas, orientaciones, nuevo espíritu, definición de su vida propia". Continúa explicando por qué ese momento era tan importante para la orientación de Hispanoamérica.

La crisis de la civilización moderna, que se inicia en 1914 y se agrava día a día, ha dejado huérfana, espiritualmente, a nuestra América; la está obligando a buscar en sí misma sus normas. Hasta ayer, Europa había sido la maestra;

a ella le pedíamos la doctrina y la moda, el método y la máquina. Los Estados Unidos se iban convirtiendo en la maestra auxiliar. El origen extranjero, para las ideas o para los artefactos, era entre nosotros prueba de calidad. (El Universal, México, abril 12, 1923).

Henríquez Ureña advierte, sin embargo, que no hay que exagerar y creer que todos, y en todo, fuimos siervos de Europa, sino que nuestro americanismo, nuestro nacionalismos, no nacieron en este siglo: existen desde que alcanzamos la independencia política. Insiste en que en Europa no podemos buscar orientaciones, y en los Estados Unidos todavía menos; que no debemos escuchar la voz de apóstoles lejanos. Concluye afirmando que nuestra vida espiritual, nuestra existencia de naciones obligadas a sí mismas, exige que penetremos a lo hondo de la esencia de nuestro ser de pueblos.

Conozcámonos; sepamos cómo es la tierra en que vivimos, todo lo que encierra y todo lo que podrá recibir; sepamos cómo es el hombre que habita, qué tradiciones viven en él y lo impulsan o lo detienen; descubramos y unamos todo cuanto servirá para crear para instaurar la nueva civilización que ha de ser nuestra, la que debe dominar espiritualmente el porvenir.

Al año siguiente después de haber escrito ese trabajo, Henríquez Ureña resolvió su propio porvenir, espiritual y práctico, con su traslado a Buenos Aires. En México había creado ya, dos veces, un ambiente intelectual: primero con el grupo del Ateneo de la Juventud, y segundo con el grupo llamado "generación de 1915" que le alcanzó durante su segunda época en la capital mexicana.

Durante su visita inicial a Buenos Aires, formando parte de la Misión oficial mexicana que presidió Vasconcelos, dictó Henríquez Ureña una conferencia ante estudiantes de la Universidad de La Plata. Eso fue en octubre de 1922. En 1925 fue publicada esa conferencia con el título "La utopía de América" junto con otro trabajo, a manera de corolario, con el

título de “Patria de la justicia” que fue la tesis de un reciente discurso suyo. Esos dos trabajos encierran uno de los grandes mensajes orientadores que legó Henríquez Ureña a su América.

El tema de “La Utopía de América” es el futuro de Hispanoamérica; Henríquez Ureña recoge la clásica utopía de los griegos y la sigue al través de la historia y la desarrolla en su propia teoría utópica para la orientación del futuro de nuestra América. En primer lugar, para Henríquez Ureña su “Utopía de América” fue uno de sus autos de fe, pero cuando se vino a publicar ya él confesaba escepticismo y dudas porque a pesar del “desatado río de palabras que fluye sobre el ancho cauce de nuestra América” él miraba en torno y veía escaso empeño de dar sustancia y firmeza a los conceptos que corrían de pluma en pluma.

Su visión del futuro de Hispanoamérica era para él, la unión espiritual, económica, social y cultural de todas sus naciones, dentro de su historia común.

A mi no me interesa la unión como fin en sí: creo en nuestra unión y la deseo, contra todos los cortos de vista, pero nuestra unión, sea cualquiera la forma que asuma, será sólo medio y recurso para fines reales. En fin, es propósito válido, la conservación de nuestro espíritu con sus propias virtudes, el nacionalismo espiritual, contrario al político, que sólo se justifica temporalmente como defensa del otro, del esencial; y aun así me interesaría poco si hubiéramos de persistir en nuestros errores, en nuestra pereza intelectual y moral...

El peligro que veía Henríquez Ureña era el que no supiéramos vencer la desidia para revelarnos en perfección. Y dijo que nuestra indiferencia discurre sonámbula entre la guerra de todos que es la sociedad de nuestro tiempo. Pero esas dudas no evitaron el que él tuviera fe en que al despertar nuestra inteligencia nos abriría el camino de la unión y la justicia.

Debemos recordar que Henríquez Ureña había vivido dos veces en México y se había identificado en las dos ocasiones con el renacimiento cultural de aquella nación. Había vivido los primeros años de la revolución mexicana y luego años de lucha por la reorientación de la vida mexicana mientras ayudaba a Vasconcelos en su grandiosa obra educacional. Fueron los años en los que México creaba su vida nueva, afirmando su carácter propio y declarándose apto para fundar su tipo de civilización.

En ese proceso de buscar su identidad propia, México descartó la cultura prestada que venía de Europa durante el siglo diez y nueve, y se remontó a sus propias raíces, a su tradición antiquísima que había perdurado durante los siglos coloniales y el primer siglo de independencia. Buscando, pues, en su pasado remoto, el México de la Revolución orientó su cultura a lo suyo propio y comenzó a encontrar su expresión autóctona.

Henríquez Ureña participó de ese renacimiento mexicano y, para él, no fue una expresión nacionalista sino americana, que le infundió esperanzas de que ese ejemplo se siguiera en lo demás países de Hispanoamérica, a fin de encontrar cada uno de ellos una cultura peculiarmente suya. Aquellos países que no tuvieron la riqueza autóctona de México, pueden buscarse en su naturaleza, en lo que ya son, dentro de sí mismos y en relación con los demás países. Como dijo el mismo Henríquez Ureña, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Además, cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen.

La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización.

Henríquez Ureña nos advierte que la desunión es el desastre y nos insta a unirnos, a ensanchar nuestro campo espiritual; dice que llevemos el alfabeto a todos los hombres; que proporcionemos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; que nos esforcemos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; que avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.

En el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones; pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.

Así habló el gran humanista de América, en esa memorable conferencia de 1922, uno de sus actos de fe. Su visión utópica fue en el sentido griego; Grecia miró al pasado y creó la historia, miró al futuro y creó las utopías. Henríquez Ureña miró al futuro y creó su propia utopía de un mundo mejor basado en la unión y en la justicia.

El corolario a "Utopía de América" fue su discurso que tituló "Patria de la justicia". Comienza el corolario por declarar que nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea; que es inútil lamentar ahora el que no tuviéramos ninguna preparación para nuestra independencia cuando la conseguimos; pero que mejor fue la obra prematura que la inacción; y que, de todos modos, con el régimen colonial de que llevábamos tres siglos, nunca habríamos alcanzado preparación suficiente.

Se refiere a la visión bolivariana, a la "utopía" bolivariana, y dice que Bolívar, después de dar cima a su ingente obra de independencia, tuvo siempre, en los derroteros que debíamos seguir en nuestra vida de naciones hasta llegar a la unidad sagrada. Bolívar fue un precursor de Henríquez Ureña en la visión utópica. Pero después de Bolívar vino el caos; después de

la independencia vino el desorden. "Después se desencadenó todo lo que bullía en el fondo de nuestras sociedades, que no eran sino vastas desorganizaciones bajo la apariencia de organización rígida del sistema colonial".

Sarmiento formuló el conflicto como "civilización contra barbarie" pero Hostos lo veía como una de dos soluciones: "civilización o muerte". "Entre tanto, Chile, único en escapar a estas hondas convulsiones de crecimiento, se organizaba poco a poco, atenta a la voz magistral de Bello". Declaró Henríquez Ureña, que "los demás pueblos vegetaron en pueril inconciencia o padecieron bajo afrentosas tiranías o agonizaron en el vértigo de las guerras fratricidas".

A lo largo del siglo diez y nueve, no faltaron intentos civilizadores; y, declara Henríquez Ureña que al llegar el siglo veinte, la situación se define, pero no mejora. Suena la voz del último de los apóstoles del siglo pasado, José Enrique Rodó, otro precursor de Henríquez Ureña. Rodó lanzó el grito de alerta; "nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaban ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española".

Debemos llegar a la unidad de la magna patria, declaró Henríquez Ureña, pero que deberá unirse para la justicia. "El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura; es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual".

Concluye Henríquez Ureña su "Patria de la Justicia" asegurándonos que nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro, cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia. Afirma que nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores. Si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los

capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves. Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días, por el futuro de América, de nuestra América.

Vamos a analizar el enfoque que dió Henríquez Ureña, en sus mensajes orientadores, al futuro de Hispanoamérica. Los más importantes de esos mensajes, que acabamos de analizar, los escribió entre 1922 y 1925; esos años representan un aumento trascendental en su vida, el momento en que dos importantes decisiones suyas cambiaron definitivamente el rumbo de su vida: el matrimonio y su traslado a la Argentina. Cuando Pedro Henríquez Ureña se casó con la mexicana Isabel Lombardo Toledano, él tenía casi treinta y nueve años, y cuando al año siguiente se fue a la Argentina era ya un hombre de cuarenta años, un hombre que había alcanzado su plena madurez. El enfoque que entonces dio a sus ideas fue su visión definitiva, enfoque y visión que saturó todo su trabajo posterior.

En 1922 abogó por una utopía salvadora, por la solidaridad entre las naciones de nuestra América; en 1923 explicó cómo, después de la primera guerra mundial, había cesado la dependencia que sentíamos con respecto a Europa, de modo que ya teníamos que mirar a nuestro alrededor; Hispanoamérica tenía que buscarse a sí misma, y por último, en 1925, definió su visión utópica como una "patria de la justicia" —como una magna patria— y dijo que el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura. Así vislumbró y definió Henríquez Ureña el futuro de su América.

IV

NUESTRA HISTORIA LITERARIA



PEDRO Henríquez Ureña se destacó como historiador, sobre todo como historiador de nuestra cultura e historiador de nuestras letras. Estudió nuestra literatura a fin de buscar el camino que hemos seguido al perseguir nuestra propia expresión; sus dos últimos libros, *Las corrientes literarias en la América hispánica* y su *Historia de la cultura en la América Hispánica*, se refieren a este tema. Vamos analizar el estudio que hace Henríquez Ureña, en sus escritos, del desenvolvimiento de nuestra cultura según se manifiesta en nuestra historia literaria.

En 1925 escribió Henríquez Ureña las siguientes palabras: “Todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra”. Cuando le sorprendió la muerte, veinte años más tarde, ya él lo había logrado, pues había aparecido su libro sobre nuestras *Corrientes literarias* y había concluido su libro póstumo con la *Historia* de nuestra cultura. Ambos libros contienen una síntesis de nuestra historia literaria y cultural, vista por el autor.

En su trabajo de 1925 titulado "*Caminos de nuestra historia literaria*" Henríquez Ureña consideró las tablas de valores con que se debía hacer historia. La historia literaria de la América española debe escribirse, dijo él, alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó.

Consideró dos clases de nacionalismo en literatura: uno espontáneo y natural; otro perfecto, la expresión superior del espíritu de cada pueblo.

Del nacionalismo espontáneo y natural dice que se le ha convertido en problema de complicaciones. Las confusiones empiezan en el idioma, pues cada idioma tiene su color, resumen de larga vida histórica, pero cada idioma varía de ciudad en ciudad, de región en región, y a las variaciones dialectales, siquiera mínimas, acompañan multitud de matices espirituales diversos.

En la práctica, todo el mundo distingue el español del hispanoamericano: hasta los extranjeros que ignoran el idioma. Apenas existió población organizada de origen europeo en el Nuevo Mundo, apenas nacieron los primeros criollos, se declaró que diferían de los españoles; desde el siglo XVI se anota con insistencia, la diversidad. En la literatura, todos la sienten. Hasta en don Juan Ruiz de Alarcón: la primera impresión que recoge todo lector suyo es que "no se parece" a los otros dramaturgos de su tiempo, aunque de ellos recibió —rígido ya— el molde de sus comedias; temas, construcción, lenguaje, métrica.

También explica Henríquez Ureña que los hispanoamericanos constituyen, lingüísticamente, cinco grupos regionales diversos, cuyos matices trascienden a la literatura, siendo posible descubrir fácilmente cuando el escritor es rioplatense, chileno, o mexicano.

Otro tema que toca es el de "América y la exuberancia", que se refiere a los caracteres de exhuberancia que se nos atribuyen en nuestra literatura, falso juicio que han usado los

mismos hispanoamericanos. Henríquez Ureña no cree en la teoría de que nuestra exuberancia es fecundidad, no somos exuberantes; no somos, los de América, escritores fecundos. Nos falta la vena, probablemente; y nos falta la urgencia profesional: la literatura no es profesión, sino afición, entre nosotros". Pero después que él escribió esas palabras, hace medio siglo, ha surgido la literatura como profesión en los países de la América Hispánica.

Henríquez Ureña se pregunta si exuberancia es verbosidad, y concluye que en cualquier literatura, el autor mediocre, de ideas pobres, de cultura escasa, tiende a ser verboso. Dice que en América tropezamos con la ignorancia y, en ese caso, si abunda la palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina. También se pregunta si exuberancia es el énfasis. Pero concluye que "ni todos hemos sido enfáticos, ni es éste nuestro mayor pecado actual". Después de la era romántica la tendencia es de serenidad, refinamiento, sobriedad.

Igualmente discute Henríquez Ureña otra falsa teoría, la de la "América buena y América mala" que distingue entre una América de clima templado y países grandes, la buena, y una América tórrida, de países pequeños, la mala. "No hay una literatura de la América tropical, frondosa y enfática, y otra literatura de la América templada, toda serenidad y discreción."

Explica Henríquez Ureña que la divergencia de las dos Américas, la buena y la mala, en la vida literaria, sí comienza a señalarse, y todo observador atento la habrá advertido; pero en nada depende de la división en zona templada y zona tórrida, sino en la diversidad de cultura.

Durante el siglo XIX, la rápida nivelación, la semejanza de situaciones que la independencia trajo a nuestra América, permitió la aparición de fuertes personalidades en cualquier país: si la Argentina producía a Sarmiento, el Ecuador a Montalvo; si México daba a Gutiérrez Nájera, Nicaragua a Ruben Darío. Pero las situaciones cambian: las naciones serias van dando forma y estabilidad a su cultura y en ellas las letras se vuelven actividad normal; mientras

tanto, en "las otras naciones", donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de los vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear.

Esa división, como la vió Henríquez Ureña entonces, se ha perfilado mas y mas. Hoy Buenos Aires y Ciudad de México son dos grandes centros editoriales que compiten con Madrid por la hegemonía literaria del mundo hispánico. Otros países, tales como Chile, Perú y Colombia, tienen considerable actividad literaria, y hasta los países mas pequeños tienen hoy, en mayor o menor grado, fecunda actividad literaria. Son muy pocos ya los países de Hispanoamérica donde no se escriba mucho y no se publican muchos libros. Un vaticinio de Henríquez Ureña no va a convertirse en realidad; él dijo que en la "América mala" sean cuales fueren los países que al fin la constituyen, las letras se adormecerán gradualmente hasta quedar aletargadas. Siguiendo los países de la América hispánica sus presentes derroteros, no habrá ningún país adormecido, literariamente, hasta quedar aletargado.

En una comparación feliz que hizo Henríquez Ureña en un discurso suyo el Día de la Raza en 1933, refiriéndose a la España republicana de entonces, dijo que era la mas antigua de las naciones y la mas joven de las repúblicas que forman nuestra comunidad espiritual hispánica. Agregó que ya se había desarrollado la conciencia de nuestra comunidad espiritual, de la unidad esencial de los pueblos hispánicos.

A propósito de la ocasión, explicó Henríquez Ureña que se trataba de una "raza" ideal mas bien que real, que se trata de lo que une y unifica nuestra comunidad de cultura, nuestra familia de naciones, y que eso está determinado de modo principal por la comunidad de idiomas.

Cada idioma lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos. Así,

el latín ha sido en Occidente el vehículo principal de la tradición romana: la tradición persiste, a través de todas las evoluciones, dondequiera que persistió el latín.

Luego, el contacto entre España y América ha dado gradualmente al espíritu español amplitud y vastedad, agregó Henríquez Ureña, y estas amplitud y vastedad van en progreso; la amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva.

Los celos del siglo diez y nueve entre España y la América española se van tornando, en nuestro siglo, en una especie de comunión espiritual que se refleja en la literatura tanto de la península como de Hispanoamérica.

Sobre la novela en América hizo Henríquez Ureña algunas observaciones. Dijo que cuando se recorre la historia literaria de la América española, se advierte en seguida que la novela tiene escaso florecimiento y que su aparición es tardía. "Durante la época colonial, se dice, no hubo novelas: la afirmación, rotunda, es aceptable."

Es bien sabido que la primera novela que se publicó en la América española fue *El Periquillo Sarniento*, en México, durante la guerra de independencia, la cual tuvo también la peculiaridad de ser la última novela picaresca publicada en español. La razón de por qué no se publicaron novelas durante la época colonial hay que buscarla en disposiciones legales de 1543 que prohibieron, para todas las colonias, la circulación de obras de imaginación pura, en prosa o en verso. Esas disposiciones también ordenaban que las autoridades no permitiesen que se imprimieran o se trajeran de Europa.

Los habitantes de las colonias, que vivían cercados de prohibiciones, se volvieron peritos en contrabando; novelas y poema impresos en España penetraban en América, a pesar de frecuentes pesquisas y secuestros en las naves. La

extensa circulación del Quijote lo demuestra. Pero las imprentas del Nuevo Mundo no podían violar la ley: eran demasiado pocas, demasiado pobres en equipo y personal, demasiado sujetas a vigilancia, para que se arriesgaran a intentar ediciones clandestinas de libros novelescos.

Con tales antecedentes, se comprenderá por qué la novela ha ido surgiendo lentamente después de la Independencia. Durante el siglo diez y nueve faltaba todavía la tradición novelesca, faltaban centros editoriales. Las pocas novelas que aparecieron fueron solamente esfuerzos precursores de la novelística que existe hoy en Hispanoamérica.

Pero el que no hubiera novela en la América colonial no quiere decir que no hubiera literatura. “En cuanto a la literatura, desde la época colonial ha sido muy abundante en la América Latina. En aquella época se escribían muchos versos, mucha literatura religiosa y mucha historia; se componían también obras teatrales”.

Henríquez Ureña se remontó al Descubrimiento mismo para encontrar la literatura de América. “Colón había hecho el primer intento como escritor, de interpretar con palabras el Nuevo Mundo por él descubierto... Lo descubrió para la imaginación de Europa”. Lo que se conoce de las cartas y comentarios que escribió Colón desde su primer viaje, describe el paisaje y el indio americano así como sus costumbres. Toda Europa leyó la carta de Colón sobre el Descubrimiento. Y así comenzó la literatura de América.

De los primeros y más importantes escritores de América fue Bartolomé de las Casas, quien en 1502 llegó a La Española como joven abogado; poco después se ordenó de sacerdote y más tarde se consagró a la defensa de los indios deviniendo en un escritor fecundo. Fue Las Casas quien dio a conocer el Diario de Colón. Lo más importante de su obra escrita fueron sus dos grandes libros: *Historia de las Indias* y la *Apologética Historia de las Indias*, donde rivaliza con Oviedo en la descripción geográfica, botánica y zoológica del Nuevo Mundo. En la poesía se destacó Alonso de Ercilla con su grandioso poema épico *La*

Araucana que, como dice Henríquez Ureña, hoy día sobrevive principalmente como la epopeya nacional de Chile. Pero el más importante de los primeros escritores de América fue el Inca Garcilaso de La Vega, hijo de india y nacido en el Nuevo Mundo. El Inca Garcilaso consagró su vida a la literatura. "La belleza de su prosa sobresale en aquella edad de excelentes escritores".

Las letras prosperaron en la América española colonial porque, como ha dicho Henríquez Ureña, "la literatura y las artes encontraron el apoyo de las universidades y escuelas, de los conventos, de las autoridades políticas y eclesiásticas".

Otro americano que sobresalió en las letras fue el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, nacido en México pero que bien joven se fue a España. Ruiz de Alarcón se destaca en el teatro español del Siglo de Oro, a pesar de que vivió y escribió sus comedias en la época de Lope de Vega y Tirso de Molina. Henríquez Ureña escribió un serio trabajo sobre Alarcón en 1913 durante su primera etapa mexicana.

En medio de la opulencia del teatro español en los siglos de oro; en medio de la abundancia y el despilfarro de Lope, de Calderón y de Tirso, el mexicano don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza da una nota de discreción y sobriedad.

Henríquez Ureña explica que Alarcón "entróse como aprendiz por los caminos que abrió Lope" y que aunque no es rico en dones de poeta ni es audaz y pródigo como su maestro y enemigo, Lope, es, como mexicano al fin, discreto. Y son también de mexicano los dones de observación: las observaciones breves, las réplicas imprevistas, las fórmulas epigramáticas.

Otra eminente figura literaria mexicana del siglo diez y siete fue Sor Juana Inés de la Cruz, a quien se ha llamado "la Monja de México" y también "la décima musa". Henríquez Ureña siempre estuvo interesado en ella; en 1914 publicó un

trabajo con el título "En pro de la edición definitiva de Sor Juana" que dió impulso luego a los especialistas y a los editores de la monja para reunir su obra y publicarla apropiadamente.

En 1938, Henríquez Ureña colaboró, en Buenos Aires, en la edición y prólogo de *Obras escogidas* de Sor Juana, y siempre, al través de su largo magisterio, estimuló al estudio de la obra de la monja mexicana. Dijo Henríquez Ureña que Sor Juana Inés de la Cruz fue el último de los grandes poetas de la lengua castellana en los Siglos de Oro.

Escribió poesías delicadamente expresivas de sentimientos de amor o de devoción religiosa, o exquisitamente imaginativas, o ingeniosas, como su célebre defensa de las mujeres; escribió comedias y autos sacramentales a la manera de Calderón, villancicos para iglesias y cartas magníficas, sobre todo la autobiografía, en que cuenta la singular historia de sus estudios.

Durante el siglo diez y ocho, las colonias españolas de América seguían las ideas revolucionarias que llegaban de Europa y de Norte América; las revoluciones de Norte América y de Francia afectaron profundamente el pensamiento y las letras al fin de siglo. El terreno estaba preparado para las guerras de independencia, que estallaron a principios del siglo diez y nueve. Comenzaron a surgir las repúblicas de Hispanoamérica tal como existen hoy, y con ellas comenzó a surgir, poco a poco, su literatura.

Según Henríquez Ureña, los próceres de la independencia fueron, en su mayor parte, hombres de pensamiento a la vez que hombres de acción; el pensamiento preparó y dirigió la acción. Hubo gran abundancia de literatura, pero fue, en su mayor parte, literatura de intención política o social. La poesía se pone al servicio de la libertad, dijo Henríquez Ureña, añadiendo que la poesía culta celebró los triunfos de la revolución y que se escribieron muchos himnos y odas.

La difusión de las nuevas ideas, y la "ilustración" y educación del pueblo, en oposición a la cultura restringida y anticuada que había prevalecido en los tiempos coloniales, juntamente con la perfección de la libertad individual por la abolición de todas las formas de esclavitud y servidumbre, se concebían como concomitantes naturales de la libertad nacional.

El nuevo clima social, después de la independencia, produjo una nueva literatura; la independencia política produjo la independencia intelectual e inició la literatura nueva, la literatura de Hispanoamérica. "Durante este breve período se introducen muchas novedades en nuestra literatura; el deseo de independencia e innovación crece y se difunde". También explica Henríquez Ureña que en este período, como en el de las campañas de independencia, la literatura estuvo íntimamente ligada a las transformaciones política y social; abundaron los periódicos y la oratoria y, poco más tarde, llegó el romanticismo. "Ahora el romanticismo proponía a cada pueblo la creación de su propio estilo, con apoyo en sus tradiciones propias".

El movimiento romántico adquirió fisonomía propia en la América hispánica. Antes que nada, en su ruptura con todo el bagaje de reglas neoclásicas, nuestros románticos intentaron realmente deshacerse de todo canon. No quiere decir esto que siempre lo consiguieron de un modo claro... La anarquía era tan frecuente en la literatura como en la vida pública.

Uno de los aspectos de la literatura romántica impuesto como "un deber que había de cumplirse religiosamente" fue la descripción de la naturaleza, y llegó a ser "un dogma" el que nuestros paisajes sobrepasaban a todos los demás en belleza". Es interesante lo que afirma Henríquez Ureña.

Nuestros poetas y escritores intentaron, y prácticamente llegaron a realizarla, una conquista literaria de la naturaleza en cada uno de sus aspectos: nuestras interminables cordilleras, las altas mesetas de claros perfiles, el aire transparente y la luz suave, selvas tropicales, desiertos, llanuras como mares, ríos como mares, y el mismo mar resonante.

El romanticismo se hizo una tradición en la literatura de la América hispánica. “Prosiguió las tareas que se había trazado: la conquista del paisaje, la reconstrucción del pasado, la descripción de las costumbres”. Los poetas conservaron las mismas imágenes, el vocabulario y las formas métricas de la primera generación romántica. Pero hubo brotes nuevos: en la Argentina surgió la literatura gauchesca, por ejemplo, que es genuinamente americana y que produjo sólidas obras que se consideran hoy como clásicas en su género. Hubo un brote de literatura indigenista, que también produjo grandes obras; entre éstas sobresalen la novela *Enriquillo*, de Galván, y el poema *Tabaré*, de Zorilla de San Martín. De *Tabaré*, dice Henríquez Ureña, que es una de las obras más originales de nuestra literatura.

Pero a fines de siglo, el romanticismo fue suplantado por el modernismo, movimiento poético nacido en Hispanoamérica y que dominó el momento literario en el mundo hispánico. Hoy se acepta como fecha inicial del modernismo el año 1882, que fue cuando se publicó el *Ismaelillo* de José Martí. Martí fue uno de los precursores del nuevo movimiento, junto con Casal, Gutiérrez Nájera y Silva, pero fue Rubén Darío quien le dio ímpetu y forma definitiva; y quien lo llevó a Europa y conquistó a España; fue “el regreso de los galeones” en que de América iba la nueva literatura a arraigarse en la Madre Patria. Darío mismo fue también cambiando, dentro del movimiento literario modernista, la forma y la esencia del estilo.

Durante el apogeo de su carrera, Darío fue considerado “como el más alto poeta del idioma desde la muerte de Quevedo”. La “poesía pura” del modernismo produjo un cambio total

en temas, estilo, vocabulario y formas poéticas. "En metros y formas poéticas la riqueza de la innovación fue extraordinaria, y se debió en muy gran parte a Darío. La variedad de las formas estróficas se hizo infinita".

En prosa, los modernistas de la América española abandonaron la lenta y difusa solemnidad del discurso académico, que había invadido muchos campos además de la oratoria, y el forzado anticipado humor de los cuentistas. Adoptaron un tipo de período breve y simple; en esto les habían precedido hombres como González Prada y como Varona. Perdieron sabor, sin duda, y elocuencia, pero adquirieron, en cambio, nueva elegancia, desconocida hasta entonces en el idioma, una fina libertad de movimiento y una delicada destreza en matices de ritmo.

También explica Henríquez Ureña que en el terreno de la ficción, las preferencias de los modernistas confluyen en un tipo de narración breve, concebida y desarrollada poéticamente. Como ejemplo podemos citar los cuentos de Martí en *La Edad de Oro* y los de Darío en *Azul*. El modernismo alcanzó también a la novela, pero muy poco: el mejor ejemplo es *La gloria de don Ramiro* de Larreta.

Henríquez Ureña escribió un trabajo sobre Rubén Darío que apareció en su primer libro en 1905. "Con el cincel del estilo modela Darío el tosco mármol de la versificación, y crea la estatua, ya deidad olímpica, ya miniatura alada, plástica y rítmica como las cosas vivas". Henríquez Ureña habla del primer Darío, el niño pasmoso de *Azul*; del joven mundano y galante de *Prosas profanas*; del hombre pleno y melancólico de *Cantos de vida y de esperanza*; y también habla extensamente de la parte meramente literaria, de versificación, de la obra de Darío. Henríquez Ureña concluye declarando que Rubén Darío ha sabido encontrar la nota genuina en cada modalidad de su talento.

La generación siguiente se rebeló también y prometió algo mejor; el mismo Rubén Darío cambiaba, lograba mayor

madurez. El grito de protesta lo dió González Martínez con su "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje" y lo recogieron los poetas jóvenes; el movimiento modernista comenzó a desintegrarse.

En 1915 escribió Henríquez Ureña un trabajo sobre Enrique González Martínez, a quien llamó "el poeta del día en México". Afirma que González Martínez fue el poeta del momento, el poeta a quien admira y prefiere la juventud intelectual, el amado y preferido por los jóvenes que se inician.

La autobiografía lírica de Enrique González Martínez es la historia de una ascensión perpetua. Hacia mayor serenidad, pero a la vez hacia mayor sinceridad; hacia más severo y hondo concepto de la vida. Espejo de nuestras luchas, voz de nuestros anhelos, esta poesía es plenamente de nuestro siglo y de nuestro mundo.

Al modernismo y a González Martínez siguieron diversos movimientos, unos vagos y otros confusos, pero poco a poco se fue desarrollando la literatura de hoy. "Gran parte de la mejor literatura de la América hispánica expone hoy problemas sociales", dijo Henríquez Ureña en 1940.

El hábito y el sentido común han ido reduciendo gradualmente nuestros "problemas raciales" a sus fundamentos culturales y económicos. Ya hemos visto que los indios han conservado una gran parte de sus antiguas culturas, fundiéndola en la escasa porción de civilización europea que recibieron. También los negros trajeron consigo mucho de sus culturas tribales africanas. En ambos casos acostumbrábamos considerar estas supervivencias como problemas; pensábamos que no lograríamos un desarrollo social perfecto mientras el indio y el negro no se "europeizaran" complementamente... Ahora tenemos una idea más justa.

Pero uno de los problemas que ha servido de tema a muchas novelas es el viejo problema de la explotación de los indios en países como México y Perú, Ecuador y Bolivia. Otro tema de novelas ha sido la lucha del hombre contra la naturaleza a fin de dominarla; el mejor ejemplo de este género de novela sigue siendo *La vorágine*, del colombiano José Eustaquio Rivera.

En sus dos últimos libros, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* y la *Historia de la cultura en la América Hispánica*, el tema de Pedro Henríquez Ureña fue el tema fundamental de toda su obra: seguir las corrientes relacionadas con la busca de nuestra expresión genuina en Hispanoamérica; él buscó en nuestro pasado las corrientes espirituales que definen el presente, y buscó en nuestra expresión propia las fuerzas luchadoras que determinen nuestro porvenir.

Que esas obras orientadoras de Henríquez Ureña fueron acertadas lo demuestra el que cada día se estudien más y más, en cursos académicos y como referencia, en las universidades de ambas Américas. Los trabajos anteriores, sueltos o en libros, fueron en cierto sentido preparatorios para los dos libros mencionados, pero también conservan hoy, cada uno en su tema sus méritos propios.

LA LINGUISTICA HISPANOAMERICANA



DESDE muy temprano se manifestó en Pedro Henríquez Ureña su interés por la lingüística. Siempre, meticulado del lenguaje, estudió la filología a fondo. Escribió valiosos trabajos sobre cuestiones métricas y desempeñó un papel importante en la lingüística española e hispanoamericana. Toda su obra de maestro y de escritor estuvo respaldada por el filólogo.

Hizo sus estudios del Master y del Doctorado en la Universidad de Minnesota sobre la versificación castellana. Su disertación doctoral, *La versificación irregular en la poesía castellana*, sigue siendo un trabajo fundamental para el estudio de la lírica española.

Después de tan extensos estudios sobre la versificación española, Henríquez Ureña se puso a estudiar e investigar la lingüística de Hispanoamérica; unió a España y América, lo antiguo y lo moderno; escribió nuevamente sobre Rubén Darío; inició sus "Observaciones sobre el español en América" y, cuando inició sus relaciones con el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, comenzó a publicar sus trabajos sobre lingüística hispanoamericana. En 1925 publicó "*El supuesto andalucismo de América*" que años más tarde amplió y volvió a publicar con el nombre de *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*.

En ese trabajo sobre el supuesto andalucismo de América, aclara Henríquez Ureña que la tendencia a identificar la América española con Andalucía en el orden lingüístico, con apoyo en el supuesto predominio de los andaluces en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, es cosa antigua ya, pero carece de fundamento sólido. Ya él había tocado ese tema en sus "*Observaciones sobre el español en América*" en 1921; dijo entonces que el tal andalucismo puede estimarse como desarrollo paralelo y no necesariamente como influencia del Sur de España.

Henríquez Ureña afirma que la América española ofrece demasiada variedad de fenómenos para encerrarse en fórmulas simples; y se propone estudiar e investigar los comienzos del español en nuestra América. Divide a la América española en cinco zonas lingüísticas, caracterizadas por tipos de vocabularios: 1) México, América Central; 2) Antillas, Venezuela, costa Norte de Colombia; 3) Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia; 4) Chile; 5) Río de la Plata. Dice que esas zonas lingüísticas están caracterizadas por tipos de vocabularios y que dentro de cada una de ellas tienden a definir dos tipos de pronunciación: la de tierras altas y la de tierras bajas; en estas últimas es donde se encuentra el llamado andalucismo, pero no hay pruebas que permitan atribuir a razones de población las manifestaciones lingüísticas de nuestra América, que coinciden, en parte, con las de Andalucía.

Debido a la polémica filológica que produjo el tema del supuesto andalucismo de América, Henríquez Ureña investigó más las fuentes a su alcance y publicó su trabajo sobre los "*Comienzos del español en América*". Incluyó en ese trabajo extensas listas de nombres, y clasificaciones de los puntos de partida de cada uno de los españoles que vinieron a América durante la conquista. Estudiando los orígenes de los peninsulares que poblaron las Américas durante los primeros ciento cincuenta años de la época colonial fue posible investigar los comienzos del español en América.

Posteriormente se han hecho más amplios estudios en ese campo. Rafael Lapesa dice, en la edición de 1959 de su *Historia*

de la Lengua Española, que un nuevo cómputo, operando con una masa documental por completo el aspecto de la cuestión: en los primeros años de la colonización, entre 1493 y 1508, el sesenta por ciento de los que pasaron a Indias eran andaluces; y en el decenio siguiente las mujeres del reino de Sevilla sumaron los dos tercios del elemento emigrado.

Las "Observaciones sobre el español de América" de Henríquez Ureña abarcaron diferentes aspectos del mismo tema: 1) zonas dialectales, 2) lengua criolla, 3) distribución geográfica de los fenómenos fonéticos, 4) el pronombre "vos" y la conjugación, y 5) distribución geográfica del "voseo". Debemos recordar que Henríquez Ureña fue un iniciador en esos estudios modernos de nuestra lingüística.

En un trabajo titulado "El español en la zona del mar Caribe" explica Henríquez Ureña los hechos políticos y circunstancias geográficas que influyeron en la formación de esas zonas lingüística. La zona del Mar Caribe, dice él, fue en el Nuevo Mundo la primera donde se asentaron los españoles: y detalla los hechos históricos relacionados con los principios de la conquista y colonización de las nuevas tierras en el Nuevo Mundo. Podemos decir, pues, que el primer idioma español de América fue el de las Antillas, desde donde salían los españoles, y el idioma español, a conquistar y colonizar las demás tierras de las Indias.

Henríquez Ureña explica que a la zona del Mar Caribe le daba unidad la Real Audiencia de Santo Domingo, establecida en 1511, que ejercía jurisdicción sobre las demás Antillas; de modo que, en realidad, la lengua tanto como el gobierno de las Antillas, tenían su centro en la ciudad de Santo Domingo durante los primeros tiempos del siglo diez y seis.

En 1938 publicó el humanista dominicano varios trabajos con estudios de palabras que, según dijo, eran esfuerzos preparatorios para el Diccionario Histórico de Indigenismos circulantes en el español, diccionario que proyectaba el

Instituto de Filología de Buenos Aires. Estos trabajos son de mucho interés lingüístico por los datos y observaciones que en ellos incluyó Henríquez Ureña. (1)

En "*Papa y batata*" nos explica Henríquez Ureña que la historia lingüística de la batata es compleja; es un vocablo taíno, que aprendieron los primeros descubridores en la Isla Española.

La papa, en cambio, la descubrieron los españoles en el Imperio de los Incas, en la vecindad de Quito. De ahí la confusión de nombres que ha existido entre la papa y la batata desde el mismo siglo XVI.

En "*El enigma del aje*" lo explica el sabio aclarando que el aje fue la primera planta de América que nombran los descubridores, y hoy nos preguntamos qué sería. Se encuentra mucho ese término en los primeros escritos de Indias, pero desde el siglo XVIII la palabra deja de usarse. Cuando en el siglo XIX se trató de identificar el aje, se dividieron las opiniones. Encontramos hoy, dice Henríquez Ureña, dos problemas en torno del aje: uno botánico, otro lingüístico. ¿Se resolverán algún día?

En cuanto al vocablo "boniato" explica Henríquez Ureña que en el taíno de las Antillas el vocablo se aplica a variedades dulces o suaves de frutos o de raíces o de tubérculos comestibles. Como con las otras, él sigue la palabra a través de los documentos de Indias y fuentes más recientes, y con muchas referencias bibliográficas también.

El más interesante de los trabajos fue el que se refirió al término "caribe".

"Ya comenzaba la colonización", continúa Henríquez Ureña, "se extendió el nombre de caribes a todos los indios indomables que se oponían a los conquistadores", y se les definió como "gentes bárbaras, enemigas de los cristianos, repugnantes la conversación de ellos, e tales, que comen carne

(1) Cinco de estos trabajos fueron recogidos en volumen por el Instituto de Filología, ese mismo año, en su Anejo número tres, en el orden siguiente: "Papa y batata", "El enigma del aje", "Boniato", "Caribe" y "Palabras Antillanas".

humana". Así fue como "caribe" identificó su significado con el de "antropófago", y con él duró hasta el siglo XIX, en que "caníbal" reapareció para desplazarlo.

En el último de los trabajos, "*Palabras antillanas*", Henríquez Ureña comienza aclarando que son tres idiomas las fuentes principales de las palabras indígenas de América en el español: en orden cronológico de conocimiento e influencia: el taíno, de las Antillas; el náhuatl, de México; el quechua, del Perú. El taíno es una lengua extinguida pero dejó muchos, muchos términos en el español. El autor estudia muchos de esos términos en este trabajo sobre palabras antillanas en nuestra lengua española.

En colaboración con Amado Alonso, publicó Henríquez Ureña su *Gramática castellana*, lanzada por la Editorial Losada de Buenos Aires, que se ha reimpresso multitud de veces pues se usa desde entonces como texto en las escuelas argentinas y también en otros países. El primer tomo apareció en 1938 y el segundo 1939. Aunque en Hispanoamérica se suele decir "el castellano" o la "lengua castellana" el significado es "el español de América".

Los autores dan cabida, en su gramática, a los resultados de la lingüística moderna siempre y cuando puedan tenerse como seguros y sean fáciles de exponer, y, especialmente, a los que coinciden, por lo menos en su orientación, con los que obtuvo, hace más de un siglo, Andrés Bello, el más genial de los gramáticos de lengua española y uno de los más perspicaces y certeros del mundo.

Advierten los autores que, aunque parezca difícil prescindir de nociones con las cuales se ha trabajado durante años, ellos adoptaron las que son para los alumnos simplificaciones, y representan ahorro de mucho trabajo mental inútil.

Esa *Gramática castellana* ha tenido un grandísimo éxito: por su claridad, su buena organización, y la excelente materia literaria que aparece en los ejercicios.

Otro libro de texto, que publicó Henríquez Ureña en colaboración con Narciso Binayan, fue *El libro del Idioma*, para uso en el quinto y el sexto grado en las escuelas de Buenos Aires

y las provincias argentinas. La selección del contenido y la organización del método son excelentes. Cada capítulo tiene sus ejercicios correspondientes, y los temas son todos de interés para el estudiante: geografía, historia, héroes, leyendas, poesías, cartas; también temas sobre la patria, la cultura, los productos y el comercio de la Argentina.

Entre los muchos trabajos que Henríquez Ureña dedicó a su patria, a lo largo de su vida, se destacan los lingüísticos. El más importante es *El español en Santo Domingo*, volumen quinto de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, de 1940.

La tesis principal de *El español en Santo Domingo* es que al español de Santo Domingo lo caracteriza su aire antiguo, que en ocasiones llega al arcaísmo. Para demostrarlo, Henríquez Ureña ha reunido ejemplos de palabras, giros, frases proverbiales y refranes. Parte del material, admite el autor, está francamente anticuado; otra parte, la mayor, no lo está. En suma: gran número de expresiones tradicionales que corren normalmente en Santo Domingo no se oyen en la mayor parte del mundo hispánico, aunque se encuentren aquí y allá, aisladas y sueltas. Cada una de esas expresiones, si se toma por sí sola, existe en tal o cual lugar, pero ninguna región conserva tantas como Santo Domingo.

En primer lugar, Henríquez Ureña analiza a "Santo Domingo y la zona del Mar Caribe"; esta zona incluye las tres Antillas españolas: Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico; gran parte de Venezuela y la costa atlántica de Colombia. Entonces apunta el papel de Santo Domingo en la historia lingüística de América y comienza a desarrollar su tesis: el núcleo de población, relativamente numeroso, que se formó en Santo Domingo durante los quince años siguientes al Descubrimiento, estableció la base lingüística que se extendió por toda la América que colonizaron los españoles.

Pero después de su esplendor inicial, Santo Domingo cayó en el aislamiento y el olvido, y por tres siglos tuvo bien poco contacto con España y con las otras colonias. Ese aislamiento

tuvo por resultado que el idioma se conservara más o menos igual al del siglo diez y seis, mientras en otras partes cambiaba continuamente. Así se explica el carácter arcaico del vocabulario y de la sintaxis en Santo Domingo, sabor de antigua herencia, la herencia del pasado colonial. Eso incluye los indigenismos.

Las palabras que el indio arahuaco de Santo Domingo debía darle al conquistador se las enseñó en los años inmediatamente posteriores al Descubrimiento. Hacia 1540 el habla taíno estaba ya en vías de extinción.

El tiempo del habla dominicana es, en general, lento: en contraste con el "allegro" del habla cubana, particularmente de La Habana. Henríquez Ureña habla de las variaciones fonéticas. "El vocabulario y la sintaxis del español son, en Santo Domingo, de fuerte tinte castellano; pero la fonética, queda dicho, tiene semejanzas con la andaluza". Luego analiza la influencia que la tradición negra habrá tenido en la fonética del español en Santo Domingo.

Por último, nuestro humanista trata extensa y separadamente de la onomástica, la toponimia, la semántica, y la sintaxis, con mucha información sobre cada una. Y también incluye un capítulo de "Observaciones históricas". Dice Henríquez Ureña que no abundan los documentos literarios para estudiar el desenvolvimiento histórico del español en Santo Domingo, pero sí abundan los documentos políticos, aunque sólo están publicados extensamente los del siglo XVI, cuando el español de Santo Domingo está todavía sujeto a las influencias del ir y venir de las corrientes humanas en busca de asiento. No existen muchos escritos de los criollos de Santo Domingo, y en el siglo XVI el lenguaje de los escritores criollos no se aparta en nada perceptible del español literario de la Metrópoli.

Henríquez Ureña sitúa a Santo Domingo como centro de la zona lingüística del Mar Caribe, y explica el papel que desempeñó en la historia de la lengua durante la colonia. Explica su tradición colonial: primero, su época gloriosa como capital y punto de partida del Nuevo Mundo; segundo, casi tres

siglos de aislamiento, pero manteniendo la supremacía intelectual y académica en toda la región del Mar Caribe. Como lo analiza Henríquez Ureña, uno de los resultados de esta tradición colonial en el español de Santo Domingo es su arcaísmo.

TEMAS HISPANOAMERICANOS

NUESTRA AMERICA Y SU LITERATURA SURGIERON SIMULTANEAMENTE



NUESTRA literatura hispanoamericana se inició, como nuestra historia y nuestra cultura misma, el 12 de octubre del año 1492, y de todo ello fue el iniciador Cristóbal Colón. Sin saberlo y sin ser español siquiera, trasplantó Colón la lengua y la cultura de España a un mundo nuevo. En las entradas que hace en su "Diario" acerca del Descubrimiento, y que son páginas llenas de entusiasmo y de colorido tropical, encontramos ya la primera nota de literatura no europea sino americana.

A partir de Colón, los cronistas de Indias van dándoles a sus escritos matices literarios que los diferenciaban de los cronistas de otros temas en la península. Con la América tropical como escenario, Colón y los que le siguieron fueron imprimiéndoles a sus crónicas las tonalidades del ambiente. Así comenzó la obra literaria de Hispanoamérica, escrita por peninsulares que al cruzar el Atlántico vinieron a ser ya los primeros hispanoamericanos. El idioma también, al cruzar el Atlántico se adaptó y se identificó con el mundo americano. Aunque sin modificarse básicamente, la lengua de Castilla adquiría estilo y

* En *Aula*, UNPHU, No. 28, 17, pág. 4-57.

vocabulario nuevo cada día, a medida que penetraba por estos nuevos mundos, inspirándose en la expresión del ambiente y su marcada influencia.

No fue que desaparecieron las influencias europeas: ni medioeval aún reciente ni clásica, que el Renacimiento estaba por entonces reviviendo. En los escritos del mismo Colón, pero sobre todo en los del Padre Las Casas, predominan estas influencias preponderantes en Europa. Vivían ya en el Renacimiento, pero en espíritu eran aún medioevales, esos hombres que vinieron a América en la primera oleada de la conquista.

Ese año de 1492, que marcó el nacimiento de nuestra América, se distinguió también en la historia de España por dos hechos trascendentales. El uno, de importancia política, fue la unificación española que al fin lograron los Reyes Católicos. El otro, de importancia cultural, fue la publicación de la primera Gramática de una lengua romance: la famosa *Gramática castellana*, escrita por Nebrija.

El completarse la Reconquista y la unificación de España en el mismo momento en que Colón descubría, para España, un mundo nuevo, fue una de esas coincidencias que tienen gran significación histórica. La consecuencia fue que los españoles mudaron el teatro de sus conquistas y aventuras de la península a las Indias. Su nuevo escenario fue, en vez del Mediterráneo, el Mar Caribe.

La aparición de la Gramática de Nebrija fue como la consagración del castellano como lengua nacional, como lengua europea, más bien que un dialecto peninsular. Al pasar a ser lengua "española" el castellano había completado su formación orgánica, y fue ésta otra coincidencia histórica, de índole cultural y lingüística, que en ese preciso momento cruzara la lengua de Castilla el Atlántico y arraigara en los nuevos mundos de América. Si antes se había ido enriqueciendo a costa de las otras lenguas de la península, en América se enriqueció en vocablos y en ideas a costa de las lenguas del mundo nuevo. A partir del 1492 comenzó la formación estilística de la lengua, y en América se fue desarrollando, como será fácil imaginarse, con

denotaciones propias: la formación estilística de la lengua castellana en América, lenta durante la Colonia, vacilante durante el siglo pasado, y ya más firme y distintiva en nuestro siglo. La lengua de Castilla se fue apoderando de todo lo americano y América se apoderó de la lengua de Castilla y la hizo suya.

El tema americano es la esencia de la literatura de América. La rica literatura hispanoamericana de los últimos treinta años es el resultado de los cuatro siglos de evolución "americana" del castellano, de esa evolución nuestra que comenzó con el "Diario" de Colón en 1492.

Colón describió en su "Diario" sus experiencias y observaciones de cada día, en estilo elocuente y espontáneo y con curiosidad ingenua. Aunque los escritos de Colón son inexactos en mucho de su contenido, y a pesar de que el español no era su lengua nativa, su obra constituye el primer documento histórico y literario de América, y en su día inició la literatura de Indias. Los cronistas que le siguieron se basaron en los escritos de Colón, aclarando muchos de sus errores informativos y ampliando sus descripciones.

Bartolomé de las Casas parece haber tenido en su poder el "Diario" de Colón en su original, pues sólo extractado por él lo conocemos hoy. Las Casas vivió una gran parte de su larga vida en el Nuevo Mundo, sobre todo en Santo Domingo, y allí conoció y trató a Colón y más tarde a su hijo Diego, el segundo Almirante, de modo que tuvo amplia oportunidad de estudiar la personalidad y los escritos del Descubridor antes de embarcarse en su propia carrera literaria, la cual fue larga y extensa, mas bien podemos decir que fue formidable. Este fanático militante de España y América, no solo escribió profusamente de las Indias, sino que abogó apasionadamente por los indios. Su obra literaria en defensa de éstos, contra el abuso a que los sometían los españoles, provocó la llamada "leyenda negra" en la historia de España en América. El Padre Las Casas fue, pues, el primer indianista de talla, en el sentido moderno de la palabra. Su defensa de los indios se puede comparar con la abundante obra literaria de los indianistas contemporáneos sobre el mismo tema.

Resulta interesante comparar la actitud mental de un Bartolomé de Las Casas, espíritu que todavía vive en las fronteras entre la edad media y el Renacimiento... En la prosa ruda, pero llena de calor patético, de Bartolomé de Las Casas aparece por primera vez la visión idílica de lo indígena, la pintura de un mundo de inocencia que fue sustituido por un mundo de crueldad...(1)

Otro cronista de Indias de la época fue Gonzalo Fernández de Oviedo, que como el Padre Las Casas, escribió mucho de las Indias donde vivió una gran parte de su vida. Oviedo fue por muchos años Cronista Real, y como tal tuvo acceso a considerable información de índole oficial y privada, pero lo más interesante de su obra literaria fue la parte sobre la naturaleza y las cosas de las Indias, de las que escribió con minuciosidad. Oviedo vivió por muchos años en Santo Domingo, después de su estada en la Tierra Firme; cruzó el Caribe muchas veces y el Atlántico muchas más. Como ha dicho Menéndez y Pelayo, su vida fue “de monstruosa actividad física e intelectual, (que) da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna”. Y agrega que Oviedo “todo lo registró y puso por escrito”. (2)

Entre Oviedo y el Padre Las Casas se entabló una de las primeras polémicas político-literarias de América. Pero de Oviedo dice Menéndez y Pelayo que “como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica... dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor”.(3) Pero todo eso, y el no conocer las ciencias de su tiempo, y el no saber latín, que le criticaba “su implacable detractor, Fr. Bartolomé de Las Casas”

(1) Mariano Picón-Salas, *De la conquista a la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pág. 40.

(2) Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, Santander, 1948, vol. I, p. 287.

(3) *Ibid.*, p. 288.

fue lo que le permitió escribir sus crónicas libre de los prejuicios de la época, "entregado a los solos recursos de su observación espontánea y precientífica... de un modo enteramente empírico... con descripciones que no son las de un naturalista, pero que los naturalistas reconocen como muy exactas". (4)

En nuestro concepto, Bartolomé de Las Casas personifica, dentro de un ropaje renacentista, el espíritu moribundo de la Edad Media: un espíritu medioeval que aún abunda en España, que no se deja morir. Fernández de Oviedo, en cambio, personifica el espíritu moderno que observa e interpreta empíricamente y se inspira en la realidad y en el futuro más bien que en ideas y prejuicios del pasado.

Pero volvamos a Colón. Además del viaje del Descubrimiento, hizo Colón tres viajes más a las Indias. Cada uno de esos viajes tiene una distintiva interpretación, de parte de Colón, que los distingue de los otros. Cada uno es una página literaria de tonalidades particulares; cada uno es un retrato diferente en que se perfilan las experiencias por que pasa y relata el autor. Es innegable que Colón descubrió "literariamente" a América cuando la descubrió geográficamente. Su "Diario" del descubrimiento es, desde el momento que pisó la primera isla, un himno entusiasta a las Indias y a los indios, aún cuando "su lenguaje peca en ocasiones de monótono, con repeticiones de fórmulas hipérbolicas, porque no era hombre de letras y no disponía de un gran caudal de palabras; pero consigue efectos deliciosos con su escaso vocabulario. (5)

Igualmente, sus descripciones podrán parecer artificiales pero sólo porque las hace siguiendo la moda literaria de su época, a la que prestaba obediencia, aún cuando no era gran lector. Todo paisaje, para ser perfecto, tenía que ser un jardín de eterna primavera. El Paraíso mismo no se había concebido de otra manera durante muchos siglos. (6)

(4) *Ibid.*, p. 289.

(5) Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, 1949, p. 14.

(6) *loc. cit.*

Y así nos describe el Paraíso Terrenal que encontró durante su tercer viaje. Para referencia, y soporte de sus disquisiciones, hace mención nuestro Descubridor a Plinio, Aristóteles, y un número de figuras históricas y legendarias, a fin de concluir asegurándonos: "yo muy asentado tengo en el ánimo que allí donde dije es el Paraíso Terrenal y descanso sobre razones y autoridades sobrescripta".(6) Descripciones de esta índole, repetidas por tantos otros cronistas de Indias luego, encendieron la imaginación europea y crearon una visión exagerada de ese mundo nuevo; una visión que, sin ser falsa, ignoraba las realidades que luego confrontaron a tantos ilusos, como confrontaron a Colón mismo.

En la crónica de su cuarto y último viaje, en cambio, nos dejó Colón una de las más patéticas páginas de la "literatura americana" de todos los tiempos: la conmovedora relación de su naufragio y de sus tormentos en la Isla de Jamaica que se alterna, sin embargo, con su relación de la visión que tuvo en que una "voz muy piadosa" le habló y le consoló. Su relato se atropella con tantas desdichas que él mismo pregunta: "Quién creyera lo que yo aquí escribo?" (7) Y a poco agrega: "A visión profética se asemeja esto".(8) Comentarios que indican bien que el mismo Colón distinguía entre la realidad y sus exageraciones literarias.

En suma, las crónicas de los viajes de Colón representan en sí un ciclo literario de temas americano. La crónica del primer viaje descubre la cortina que cubría un mundo desconocido y describe dicho mundo nuevo tal como lo vió, o lo quiso ver, el insigne navegante. El segundo viaje nos revela ya los problemas que presenta ese mundo nuevo para el hombre europeo. El tercero, confirmando los problemas, nos revela allí el Paraíso Terrenal que la mentalidad medioeval católica buscaba aquí en la tierra. Y por último, el relato de su cuarto viaje, es una síntesis del quijotismo fanático de Colón, con tufillo de

(6) Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*, Buenos Aires, 146, p. 11.

(7) *Ibid.*, p. 204.

(8) *Ibid.*, p. 205.

predestinación sobrenatural, que iba a repetirse tantas veces entre los héroes o víctimas de la conquista de América. No cabe duda de que los escritos de Colón iniciaron la historia y la literatura de América.

Tras el efímero revuelo que levantaron las noticias... de Colón, vino un período de calma. Durante algún tiempo se pensó que el Descubrimiento había sido un fracaso... Pasaron quince años, y los españoles no habían colonizado más que la Española... Y de pronto el relato de los viajes de Américo Vespucio... volvió a despertar el interés de los lectores europeos. Sus descripciones del Brasil parecen como variaciones sobre temas de Colón.(9)

Agrega Henríquez Ureña que “a partir de Vespucio, Europa no dejó ya de mirar hacia Occidente. La información fluía de muchas fuentes. La más rica de todas fue *De Orbe Novo* de Pedro Mártir”, (10) Fue Pedro Mártir de Anglería de nacimiento italiano, como Colón, pero también acabó sirviendo a los Reyes Católicos y, antes de su muerte que acaeció en Granada en 1526, había escrito sus famosas *Decadas del Nuevo Mundo*, para mejor título, puesto que separó su “Crónica de Indias” y la presentó por décadas, incluyendo los primeros treinta años de España en América. Como dijo Henríquez Ureña, Pedro Mártir fue un “humanista con vocación de periodista (que) ofreció a sus lectores un espectáculo pleno y brillante” del “Orbe Novo” que describía. (11)

En cuanto al tercer italiano que debemos incluir entre estos primeros cronistas de Indias o cronistas de América, al que honró la historia y la Europa de su tiempo dándole su nombre al continente nuevo, dejemos hablar a la más reciente autoridad en la materia.

(9) Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 16.

(10) *Ibid.*, p. 18,

(11) *loc. cit.*

Amerigo Vespucci se ha visto glorificado con todo un continente... Dos cartas de Vespucci, la que se llama "Mundus Novus" escrita a Pier Francesco de' Medici, y la del relato de sus cuatro viajes, dirigida a Piero Soderini, constituyen los dos éxitos literarios más resonantes del siglo XVI. (12)

El éxito de Vespucci no fue de índole heroíca como el de los conquistadores, ni se debió a las noticias y crónicas de sus viajes que, de por sí, nada tuvieron de espectaculares. Su éxito se debió al hecho de "hacer su grande afirmación: que las nuevas tierras cuyo camino había abierto el genio de Colón, no eran el Asia, como lo creía el genovés, sino un continente nuevo. Esta fue su gran noticia, y la razón de su gloria". (13)

Encontramos muchos otros nombres inmortalizados en la literatura de Indias, sobre todo después de las conquistas de México y del Perú, pero los que hemos incluido en este ensayo forman, en conjunto, el primer aliento de literatura americana.

Si Cristóbal Colón fue el iniciador de todo en América, su historia, su cultura, su literatura, Santo Domingo o Española fue la cuna, el primer asiento de todo en el Nuevo Mundo. Allí comenzó la historia, la cultura, y las letras de América. El mismo Colón la prefirió por sobre todas las otras islas y tierras de las Indias, y allí vivió y allí reposan sus restos. Colón fue el primer cronista de América y Santo Domingo fue su "musa" predilecta. En la Española vivieron y escribieron el Padre Las Casas y Fernández de Oviedo. Allí pronunció Fray Antonio de Montesinos, en noviembre de 1511, su memorable sermón en defensa de los indios, y allí dijo Fray Bartolomé de Las Casas la primera misa nueva de América. De allí partieron los exploradores conquistadores que, en los primeros años, revelaron los secretos y portentos de las Indias. La Española fue el primer puente entre España y América, y allí se acrisoló

(12) Germán Arciniegas, *Amérigo y el nuevo mundo*, México, Ed. Hermes, 1955, p. 9.

(13) *Ibid.*, p. 13.

primero la literatura de América, esa literatura nuestra que en nuestro siglo, hoy, habiendo ya completado su ciclo evolutivo, ha logrado su identidad propia; esa literatura que al fin ha “descubierto” a América como la descubrió Colón en 1492, que ha “descubierto” al indio, tal como lo descubrió Las Casas hace más de cuatro siglos; y que ha “descubierto” ese Mundo Nuevo nuestro que ya descubrió Amerigo Vespucci también “ha llegado” a su punto de partida; a donde ir , es una pregunta que nos contestará oportunamente el porvenir.

ACERCA DE SARMIENTO Y SU FACUNDO*



La obra cumbre literaria de Domingo Faustino Sarmiento, el gran argentino del siglo XIX, fue y sigue siendo su "*Facundo: Civilización y Barbarie*"

—pues a pesar de que en su prolífica y larga carrera escribió mucho más y con mucho mayor cuidado, nada superó esta obra de su juventud. Fue la obra de sus apasionadas convicciones, fogosidades, rebeldías, y entusiasmos primeros. Por lo mismo de haber sido escrita con espontaneidad y sin pulimento, contiene la fuerza dinámica y luchadora de Sarmiento en todo su apogeo.

Sarmiento (1) fue hombre de pensamiento, palabra, pluma y acción.(2) Según Pedro Henríquez Ureña:

"A su propio período inicial pertenecen sus tres libros mejores, Facundo, Recuerdos de provincia, Viajes. Están sólidamente contruidos; los escribió de prisa, pero concibió su estructura íntegra y armoniosa desde el principio. Hechos y teorías, en ellos, marchan de la mano. Todo hecho que observa — y observa mucho— está

* En *Aula*, UNPHU, No. 29, 1979, p. 27-34.

(1) Nació en San Juan (Argentina) en 1811. Murió en 1888.

(2) Antología del Pensamiento Hispano Americano, ed. José Gaos, Editorial Séneca, México, p. XLVII.

siempre, implícita o explícitamente, en relación con un amplio y coherente sistema de ideas. Todo lo que atrae su atención lo espolea a pensar". (1)

Su *Facundo* no es precisamente una novela, ni es sólo una biografía, ni es un tratado, sino todo eso junto y muchas cosas más: es una colección de ensayos, más bien un ensayo fabuloso que encierra artículos de costumbres, artículos literarios, políticos, históricos, y sociológicos. Además, el Juan Facundo Quiroga de la historia antes que nada es un gaucho, es el precursor del gaucho como sujeto literario. Sarmiento, pues, fue el precursor de lo que se denomina la novela gauchesca.

Por encima de todo, se impone en la obra de Sarmiento su filosofía, su entusiasmo furioso por la libertad y la democracia. Si el primer tema, y más importante, del *Ensayo Hispanoamericano* es la libertad, también lo es de Sarmiento. La libertad, simbólica e ideológicamente, no es para Sarmiento sólo un concepto sino un hecho práctico indispensable. El subtítulo de *Facundo* nos revela su otra obsesión: la pugna y rivalidad entre la ciudad y el campo —entre la Civilización y la Barbarie.

Ya desde las primeras páginas de *Facundo* (2) delinea Sarmiento esta parte de su tema: el contraste entre civilización y barbarie:

"La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. (3)

A las ciudades del interior:

(1) *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, p. 138.

(2) Ed. M. Alfredo Angulo, Colección "Letras de Oro", Buenos Aires.

(3) p. 14.

"El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas (en Argentina) apenas interrumpido por una que otra villa... (3)

Y en cuanto al habitante de esa pampa inmensa:

"La vida del campo, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ningunas de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza; es fuerte, altivo, enérgico. (4)

Para juzgar a Sarmiento y a su Facundo hay que tener presente dos cosas: primero, quién y qué era Sarmiento, y segundo, cuando y como escribió el Facundo. Domingo Faustino Sarmiento nació con más genio que abuelo y se educó por su cuenta, con más ahínco que disciplina. En una descripción de sí mismo, él se catalogó de bravo, fuerte, luchador, estoico, y sincero. En verdad que poseía esas virtudes y muchas más, y dedicó su vida a perseguir sus ideales de libertad y democracia, de civilización y progreso para su país y para toda la América meridional.

A pesar de poseer solamente una cultura rudimentaria y de faltarle una educación académica, o tal vez por eso mismo, dedicó Sarmiento una gran parte de sus esfuerzos a implantar y hacer avanzar un sistema de educación en la Argentina. A pesar de haber sido catalogado como un bárbaro genial de ignorancia crasa en que lo grandioso y lo vulgar se manifiestan a relámpagos, Sarmiento fue un genio de muchas facetas que sobresalió igualmente como escritor, educador, y estadista.

Sin llegar a ser un pensador, sino más bien improvisador, y habiéndole faltado en su preparación el período clásico del siglo anterior, el de los diccionarios y las enciclopedias,

(3) p. 15.

(4) p. 22.

Sarmiento fue fundamentalmente un típico romántico de su época. Se le acusa de no haber avanzado ni con los años ni con los tiempos, y que aún después de cuarenta años de la más prolífica carrera literaria seguía exponiendo las ideas de su juventud, seguía siendo romántico y desorganizado y que poseía la misma violencia impulsiva y exaltada. Pero Henríquez Ureña dice que Sarmiento:

"sobresale entre todos sus contemporáneos de la América española como escritor de genio, por su fertilidad de ideas, su vivacidad de imaginación y su riqueza expresiva". Y sobre Facundo, que es una "soberbia descripción de la vida social y política de la Argentina, con penetrante inquisición sobre las causas y atrevida predicción sobre su porvenir inmediato". (1)

Aún muy joven y debido a sus ataques al tirano Rosas, escapó Sarmiento al destierro en Chile, el que duró quince años, pero quince años muy fructíferos en su labor periodística y literaria.

"En Chile provoca las célebres polémicas con don Andrés Bello, temperamento y espíritu opuesto al suyo, que dominaba el ambiente cultural de la época; la polémica engendra la célebre generación del 42, importantísima en la historia de la literatura chilena". (2)

"Sarmiento y Bello representan, para nosotros, en el siglo pasado, poderosas corrientes antagónicas que significan posibilidades espirituales de organización de la cultura americana. Bello aporta la serenidad de la tradición clasicista, quizá demasiado atenta a lo gramatical y normativo; Sarmiento, indisciplinado e incorrecto,

(1) Historia de la Cultura en la América Hispana, ed. Tierra Firme, México, 149, p. 102.

(2) Lecturas Americanas, ed. Roque Esteban Scarpa, Chile, Zig Zag, 1948, p. 501.

caprichoso e instintivo, opone a aquella doctrina su pasión, es espíritu de libertad renovadora". En el año 1842 se enfrentan estas dos concepciones..." (3)

El movimiento literario que nació entonces, iniciado por dichas polémicas, sirvió de estímulo a las ideas y las letras de la época en la América Hispana. Esos años jóvenes, fructíferos, bajo el amparo de paz y libertad que presta el destierro, sirvieron de estímulo al mismo tiempo al carácter y a las facultades de Sarmiento. Entonces comienza a batir las alas de sus ideas y convicciones. Y escribe su *Facundo: Civilización y Barbarie*, del cual dice Henríquez Ureña:

"Este libro poderoso es la obra maestra de su tiempo en América. Ha sido la obsesión de muchos lectores cuya preocupación esencial es el problema de la causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española". (4)

Como un cuadro de costumbres, *Facundo* es una obra maestra de verdad. Es una colección de ensayos en los que el elemento costumbrista alcanza maravillosa intuición que llega hasta lo psicológico en su exposición de los dos mundos en lucha: la civilización de la ciudad y, sobre todo, la barbarie del campo. Predominante en tal barbarie el caudillismo, el gauchismo en que la astucia y la fuerza se imponen. Sarmiento presenta a *Facundo* como el caudillo gauchesco característico, sin control ni racionalismo alguno, guiado solo por su naturaleza e instinto durante su fabulosa carrera de triunfos brutales, los triunfos efímeros del despotismo gauchesco de la pampa fronteriza contra el despotismo cultivado (civilizado) de la ciudad. Herencia, este último, del despotismo monárquico de la colonia.

(3) *Ibid.* p. 497.

(4) *Las Corrientes Literarias*, p. 136.

La historia biográfica de Juan Facundo Quiroga puede reducirse a pocas palabras, pero de las fuerzas que le empujan y de sus efectos pueden escribirse muchos volúmenes. Nació Facundo, de familia pobre, en La Rioja. Recibió nuestro héroe la limitada instrucción de una escuelita de pueblo; desde muy joven se lanzó a la vida violenta del peón, del gaucho, del militar. Desde el primer momento manifestó Facundo ser “un tipo de la barbarie primitiva... el hombre bestia aun, sin ser por eso estúpido... Incapaz de hacerse admirar, o estimar, gustaba de ser temido”. (1) Pronto fue conocido y temido en La Rioja. Aquí termina la historia de La Rioja. “Lo que sigue es la historia de Quiroga”. (2) Lo que sigue es la historia del progreso triunfal y cruel de Facundo Quiroga después de haber dominado su provincia y de dirigir sus fuerzas y sus maquinaciones contra las ciudades que, instintivamente, odiaba. Ese odio lo hace avanzar, a todo costo, en la dirección del mismo Buenos Aires: que ejerce la fascinación del odio supremo, del enemigo poderoso, en la mente de Facundo. Tal vez él mismo hubiera racionalizado sus intentos “que las provincias (con él al mando) vendrían un día a castigar a Buenos Aires por haberles negado su influencia civilizadora, y (como pasó en Roma hace muchos siglos con los bárbaros germánicos) que, a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habrían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte”. (3)

Facundo vivía, como el tigre, siempre en acecho y dispuesto al ataque. Pero como el otro “Tigre de los Llanos” cayó él al fin, víctima de un asalto alevoso y calculado que puso fin a su espectacular carrera. Y aquí termina la historia de Juan Facundo Quiroga — pero no la del ensayista Sarmiento, que después de algunos párrafos o tal vez páginas, nos dice con suave sarcasmo: “Si el lector se fastidia con estos razonamientos, contaréle crímenes espantosos”. (4) Y procede a contarnos

(1) Facundo, p. 73.

(2) *Ibid.*, p. 83.

(3) Facundo, p. 126.

(4) *Ibid.*, p. 161.

mayores horrores que los que nos había intercalado en las páginas anteriores. Y cuando creemos que nos ha regalado con el horror máximo, exclama: como si aquello no fuera nada. "Pero hubo un día de terror glacial que no debo pasar en silencio". (3) La historia entera de un Facundo Quiroga es, como la cuenta Sarmiento, de un terror glacial, pero a poco inyecta el mismo Sarmiento una nota de optimismo, un rayo de esperanza: "Pero no hay males que sean eternos..."(4)

Cuando Sarmiento se desvía de su tema y nos ofrece algunas de sus magistrales descripciones, sean de costumbres o sean del paisaje, es como si nos brindara un vaso de agua fresca en medio de la jornada candente de su narración de Facundo Quiroga. Así comienza el libro mismo, con una (a manera de ensayo) descripción geográfica de la Argentina.. Introduce al pueblo argentino como "poeta por carácter, por naturaleza" y hasta ilustra su tema con versos. Versos prestados, pues Sarmiento no tuvo don de poeta, pero que ilustran su descripción de como el Paraná y el Uruguay:

*se encuentran,
y reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas,
se derraman en el Plata.* (5)

En otro punto, a mitad del libro, se detiene de contar los horrores de Facundo para deleitarnos con una bellísima descripción de Tucumán que comienza, con entusiasmo poético, así:

"Es Tucumán un país tropical, en donde la Naturaleza ha hecho ostentación de sus más pomposas galas; es el edén de la América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Imaginaos los andes cubiertos de un manto verdinegro de la orla de este vestido doce rios que corren a distancias

(3) *Ibid.*, p. 167

(4) *Ibid.*, p. 183.

(5) Facundo, p. 26 y p. 28.

iguales en dirección paralela, hasta que empiezan a inclinarse todos hacia un rumbo..." (1)

Y toca en lirismo cuando describe "los bosques que encubren la superficie del país" y nos asegura que:

"esta vegetación que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riquezas de colorido, revoloteaban enjambres de mariposas doradas, esmaltados picaflones, millones de loros color de esmeralda, urracas azules y tucanes anaranjados. El estrépito de esas aves vocingleras nos aturde todo el día cual si fuera el ruido de una canora catarata".

Pero apenas comenzamos a deleitarnos en uno de esos oasis descriptivos, cuando nos embiste nuevamente el autor con algún otro "ensayo" de horror. Tal vez nos habla de cómo un pueblo, su pueblo argentino, vivió con "extraño y sistemático desquiciamiento".

De repente se veían las gentes disparando por las calles, y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de manzana en manzana, de calle en calle. ¿De qué huían? ¿Por qué se encerraban en mitad del día? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían... que se divisaba un grupo... que se había oído el tropel lejano de caballos. (2)

Eran los jinetes del apocalipsis que siempre se vislumbran en la distancia en su galope macabro, dispuestos a acercarse al menor provocamiento. Facundo fue, por un momento, el prelude de la cabalgata apocalíptica que se oía en la distancia. ¡Y pensar que por tales circunstancias han pasado tantos de los pueblos hispanoamericanos tantas veces!

(1) Facundo, p. 197.

(2) *Ibid.*, p. 173.

Tal vez la fuerza literaria de Facundo se deba a su espontaneidad y sinceridad, ya que en el estilo no hay nada científico ni cultivado. Aparece como si Sarmiento lo escribió al azar, como con un descuido que si acierta es por casualidad. Pero sea cual fuere el secreto, y han habido incontables opiniones (tantas, tal vez, como lectores) en los ciento y más años desde su publicación, acerca de Sarmiento y su Facundo, ambos (autor y libro) se imponen aún como cimas en el horizonte literario de Hispano América.

DOS GENERACIONES DE COSTUMBRISTAS CUBANOS*

JOSE VICTORIANO BETANCOURT

Y

LUIS VICTORIANO BETANCOURT



El costumbrismo que floreció en la literatura española a mediados del siglo pasado extendió su influencia a la América hispánica. Vamos a estudiar esa influencia en Cuba, que aún era colonia de España y por tanto debía seguir más de cerca las corrientes de la península. Entre los costumbristas que se destacaron en la isla nos hemos interesado particularmente por José Victoriano y Luis Victoriano Betancourt, padre e hijo. El hijo siguió los pasos del padre en el cultivo del género costumbrista, y al estudiar la obra de ambos podremos apreciar y comparar los estilos de esas dos generaciones de costumbristas cubanos del siglo pasado.

Antes de entrar en un estudio crítico de los Betancourt debemos delinear brevemente la época literario-costumbrista en que vivieron, a fin de mejor poder interpretar sus obras. Además, se debe tener en cuenta que ambos fueron patriotas cubanos, que pertenecieron a los que pueden llamarse precursores de la independencia; su personalidad y su obra literaria transpiran ese patriotismo por encima de todo. Otras similitudes que se pueden tomar en cuenta son el que ambos fueron abogados de

* En *Aula*, UNPHU, No. 33, 180, p. 27-38.

profesión y ambos cultivaron la poesía además de la prosa. Pero sobre todo, la fuerza mayor que los guió siempre fue el deseo de mejorar en algo la sociedad en que vivieron, por medio de su obra patriótica y literaria.

Hay un sentido amplio del término Costumbrismo. "Se designa con este vocablo la tendencia a reflejar en obras de arte las costumbres de la época y del ambiente en que vive el artista que las crea". Pero el costumbrismo de los Betancourt se perfiló más bien dentro del creado costumbrista de Larra. "Reinos de las ridiculeces, ésta es nuestra divisa; ser leídos, este es nuestro objeto; decir la verdad, este es nuestro medio". (1)

Los costumbristas cubanos de la época se inspiraban, como ya hemos insinuado, en el costumbrismo peninsular. En España culminó la corriente costumbrista en la ambiciosa obra *Los españoles pintados por si mismos* que presentó, en colaboración, un panorama de tipos de la Sociedad española, sobre todo de tipos populares. En América aparecieron imitaciones de dicha obra. En Cuba vieron la luz *Los cubanos pintados por si mismos* y *Las habaneras pintadas por si mismas*. Esta última "no pertenece de pleno derecho al grupo de obras que nos ocupan por no ser de colaboración... Tampoco el texto responde al género". *Los españoles pintados por si mismos* fue el modelo que siguieron fielmente los costumbristas de la isla en la preparación de *Los cubanos pintados por si mismos*, que "es obra de colaboración amplia y va ilustrada con grabados". Aunque comparado con el original español *Los cubanos* deja mucho que desear, el que apareciera entonces tuvo marcada significación literaria. "Colaboran veintitrés escritores, entre los que se cuentan personalidades destacadas del costumbrismo cubano". Uno de esos colaboradores, y de los más destacados, fue José Victoriano Betancourt.(2)

(1) Germán Bleiberg, "Costumbrismo" en *Diccionario de Literatura Española*, Madrid, Revista de Occidente, 1953, págs. 16-70.

(2) Margarita Ucelay Da Cal, *Los españoles pintados por si mismos*, México, 1951, págs. 193-95.

JOSE VICTORIANO BETANCOURT

Su mejor ganada fama la mereció como escritor de costumbres. Fue, sin duda, el primer costumbrista de su tiempo. A la abogacía consagró Betancourt sus esfuerzos mejores. Muchos de sus artículos de costumbres están referidos a este sector de su actividad. El alma nacional, con todas sus implicaciones, fue el tema preferente de su labor de articulista. Censuró y ridiculizó el vicio. Toda su producción escrita se caracteriza por eso: por un definido afán de perfección social, de mejoramiento colectivo.
(3)

Analizando los artículos de José Victoriano separadamente, creemos poder obtener mejor perspectiva de la obra en conjunto. Y si hacemos lo mismo con los artículos de su hijo, concluiremos por formarnos un juicio comparativo de los dos hombres y de su obra costumbrista, es decir, del valor comparativo de las dos generaciones. El mismo José Victoriano nos dejó, en uno de sus artículos, su credo como escritor de costumbres.

Las costumbres forman, por decirlo así, la fisonomía moral de los pueblos, siendo un tipo muy exacto para servir de base a las observaciones de los que se dedican a esa tarea. Útil a todas luces es investigar las costumbres populares cuando el observador tiene por objeto influir en la mejora del pueblo cuya índole caracterizan... (4)

Vamos a analizar los artículos. El primero de la serie que tenemos a la mano es el titulado "Velar un mondongo" (1838) que trata de la costumbre de limpiar y preparar el mondongo cuando se matan los cerdos para consumo de la familia. Participan en esta actividad las mujeres de la cocina, el hombre (u hombres) que mata y desuella el animal, los niños, y hasta los

(3) José Victoriano Betancourt, *Artículos de costumbres*, La Habana, 1941, págs. 7-11.

(4) *Ibid.*, págs. 12-13.

perros de las cercanías, y sobre todo para Navidades y otras celebraciones anuales esta costumbre adquiere un aire festivo y pintoresco, y se practica hoy día aún en los campos y las casas solariegas de los pueblos, tal como lo describe Betancourt hace más de un siglo.

"*El médico pedante y las viejas curanderas*" (1839) es un cuadro al estilo de Mesonero Romanos, en que los personajes resultan auténticos y la escena tiene naturalidad. Es una crítica aguda a la pedantería de los ignorantes, tanto del mediquillo mequetrefe como de las viejas parlanchinas y comadras, Comienza con una observación del autor que es muy del caso. "Es hábito muy antiguo entre las gentes tomar cartas en los asuntos ajenos y esta propensión va creciendo con los años; por esto es que las personas de edad se creen autorizadas para juzgar al prójimo..." y aunque las viejas y el mediquillo han conseguido aprovechar la oportunidad de lucir su elocuencia y sapiencia respectivas, la intervención del Dr. Experiencia evitó que dieran aquellos con el pobre enfermo en la tumba. De estilo fácil y humorístico, este cuadro presenta sus tipos tan bien acabados que podría colocarse la escena en cualquier parte, ya que presenta una escena bien universal y humana: el triángulo del enfermo asustado, el médico ignorante, y las comadres curanderas: o sea el caso bien común del miedo a merced de la charlatanería.

En *Los cubanos pintados por si mismos* apareció un artículo de Betancourt bajo el título "El escritor novel" que ya había aparecido antes con el título "Me están imprimiendo" (1846) y que es el retrato de un tipo, más bien que un cuadro o una escena de costumbre. El estilo es divertido, y la técnica se asemeja al "Romanticismo y los románticos" de Mesonero Romanos, lo suficiente para no cabernos dudas de que sirvió de modelo para éste. En la versión cubana se trata de un jovencito que escribe versos y que al fin consigue que le publiquen uno en el periódico local. Tras el triunfo viene el desengaño, y al fin y a la postre se cura de su manía literaria.

El artículo llamado "La solterona" (1846) es un verdadero ensayo humorístico. El autor comienza definiendo ese elemento de nuestra sociedad que es el sujeto del título y de la tesis del artículo, en varias páginas llenas de un humor sabroso y elocuente. Para personificar su descripción, nos presenta luego el autor a una hipotética Doña Desesperada, una jamona cuarentona y gorda y (como es natural) ridículamente ansiosa de encontrar marido. "Doña Desesperada no escarmienta... y de ensayo en ensayo, de tentativa en tentativa, va entrando en años, pero no en desengaños". Para ser "cuadro" le falta un poquito de trama; pues ameno como es, no deja de ser una simple disquisición sobre la jamonería.

En muchos de sus artículos, como en el "Don Tragalón" (1848) la falta de trama y el exceso de disquisición sobre el tema, hacen del artículo un retrato exagerado que no se puede fácilmente identificar con la realidad, como lo logra Larra: que exagera sus tipos lo suficiente para presentarlos con humor o con sarcasmo, pero no tanto que los lleve a la inversomilitud.

En su estilo y técnica sigue Betancourt mas bien los pasos de Mesonero Romanos, pero sin alcanzar la soltura y maestría de "El curioso parlante" madrileño. "El pica-pleitos" es un artículo sobre dicho tipo que, contrario a lo que dice Betancourt, existe aún hoy en todas partes. El artículo fue publicado en 1848 y advierte el autor que el pica-pleitos iba ya desapareciendo en La Habana. "Este artículo fue escrito en el año 1836, época en que existía el pica-pleitos habanero. Hoy (1848) por fortuna, casi no existe esa plaga".

Adolesce el "Don Crispín o El gran guagüero" (1848) del mismo grado de exageración en la descripción del retrato (que peca de inverosímil) tanto que el mismo autor, después de páginas y páginas describiendo un tipo que nadie puede cabalmente identificar con ningún tipo real, pregunta: "Habrás dos D. Crispín en el mundo?" Y, desde luego que no. Y ahí está la mayor falta de muchos de estos artículos, en que el retrato del tipo descrito no se pueda identificar con el tipo real

que se quiere criticar. Por tanto, el artículo puede resultar entretenido, pero no tiene la inmediata eficacia que tendría si el retrato, humorístico y fácil, se pudiese identificar fácilmente.

Al leer el título "Flaquezas de un abogado padre" (1848) se sospecha en seguida que es un artículo biográfico, pero no parece serlo. Lo mismo hubiera sido, en cuanto al tema, cualquier otro título, pues se trata de padres consentidores y termina el artículo con una advertencia a los mismos. "Un niño mimado, en su infancia es aborrecible; en su adolescencia, indomable; y después, un déspota..." y más y más advertencia de estilo didáctico dieciochesco; técnica de la que adolecen a menudo los artículos de costumbres.

En los artículos de José Victoriano escasean los tipos populares de las clases bajas de La Habana. Uno de los pocos que realmente describe las costumbres de cierto segmento bajo de la población habanera, es el titulado "Los curros del Manglar o el triple velorio" 1848. El primer título se refiere al grupo social más que los otros, la técnica del cuadro de costumbres. El segundo título se refiere a la costumbre que sirve de tema al artículo. Otra de las características del cuadro de costumbres es el reproducir el lenguaje típico de los personajes. Betancourt lo hizo en este, recogiendo bastante de la conversación y de la personalidad de los "curros" por medio de la escena dialogada. Es una lástima que no usara más, en otros artículos, de esa técnica. Ese cuadro de "los curros del Manglar" reúne otra cualidad más que lo recomienda como digno representante del género, y es que reproduce un segmento de la población habanera que estaba llamado a desaparecer.

En "El juego de mates" (1849) encontramos el cuadro de costumbres con casi todos los elementos del género: la escena viva y dialogada, absoluta verosimilitud en cuanto a los personajes y a la trama, y autenticidad en cuanto a la contemporaneidad del tema, y del lenguaje. Solo lo echa a perder las reflexiones moralistas del autor que no puede resistir, entre párrafo y párrafo, el intercalar sus consejos y sus juicios. Pero si se ignoran éstos, resulta "El juego de mates" uno de los mejores cuadros de Betancourt, digno de compararse con los

mejores del género. Casi lo mismo podría decirse de "La vecina pobre" (1852) y es que en estos artículos ya revela el autor la experiencia y la madurez de técnica y estilo que había logrado.

La elocuencia didáctica y la oratoria dieciochesca de que adolecieron muchos de sus artículos, eran parte del estilo de la época, tales digresiones, sus cuadros ganaron mucho en técnica. Lo mismo que al valerse del lenguaje apropiado, en el diálogo, sus escenas ganaron vida. La Doña Gorgorita de una de las escenas, por ejemplo, es un tipo lleno de autenticidad. Es la vecina chismosa, destructora de la honra ajena, que personifica el subtítulo del artículo: "Falsedad en el trato social" y que encontramos na de las mejores caracterizaciones del autor.

En otro de los últimos artículos, nos anuncia que va "a presentar un tipo del hombre cazuelero" a sus lectores, y lo hace por medio de un cuadro vívido, de diálogo picante, en que la acción y el lenguaje reproducen admirablemente el tipo y su ambiente. El elemento de la exageración queda disimulado por el diálogo apropiado. Lo que en boca del autor resultaría fastidioso, de parte de los personajes resulta interesante.

LUIS VICTORIANO BETANCOURT

José Victoriano Betancourt tuvo once hijos, uno de los cuales fue Luis Victoriano (1843-1885) que, como su padre, fue poeta y escritor ilustre y también se distinguió como costumbrista. Como su padre, fue también abogado, habiéndose graduado de licenciado en 1866. Las actividades de su profesión y de su pluma, sin embargo, sufrieron la interrupción provocada por su campaña política durante la llamada Guerra Grande de la lucha separatista que se llevó a cabo entonces en Cuba. Se dice que volvió de la tal campaña "triste, desencantado y nostálgico: como aquél que dejara allá, muy lejos, alguna ilusión perdida, algún ideal muerto". (4)

(4) Federico Córdova, *Luis Victoriano Betancourt* (Discurso) La Habana, 1943, p.11.

Escribió Luis Victoriano mucha poesía llena de ternura y de inspiración patriótica, pero el género suyo que nos interesa aquí es el de sus artículos de costumbres, por medio de los cuales se propuso influir a la sociedad en que vivía.

Se propuso modificar los malos hábitos públicos, reformando así la sociedad en que naciera; pues que aunque no había sido hecho, según decía, ni para moralista ni para legislador, tampoco era de la materia que sirve para hacer a los indiferentes... (5)

Comenzó Luis Victoriano Betancourt su carrera literaria bien joven, pues según explica su prologuista la mayoría de los artículos de costumbres que aparecen en la edición reciente que tenemos a mano, los publicó hacia 1867, cuando tendría unos veinte y cuatro años de edad solamente.

El cultivo de la poesía y de la crítica de costumbres venía solicitando desde el año 1863 las actividades mentales de Luis Victoriano Betancourt, predestinado en estos aspectos, al igual que en casi todos los de su vida, a seguir las rutas de ilustre padre. (6)

Tanto en la técnica como en el estilo superó el hijo al padre en su obra costumbrista. Como humorista también supo amenizar mejor el mensaje moralizador de sus artículos. Apreciaremos estas y otras diferencias al analizar, a continuación, los artículos del hijo. (7) El primero se titula "Los Primos". Trata de los jóvenes que, bajo la excusa del parentesco indicado en el título, se introducen en las casas donde hay muchachas y se gastan toda clase de travesuras encubiertas por

(5) Federico Córdova, *Luis Victoriano Betancourt* (Discurso) La Habana, 1943, p. 11.

(6) *Ibid.*, p. 22.

(7) E. s. Santovenia, "Introducción" de los *Artículos de Costumbres*, de L.V. Betancourt, La Habana, 129, p. xi.

(8) Luis Victoriano Betancourt, *Artículos de Costumbres*, La Habana, 1929.

la hipocresía. El autor introduce al "primo Pepe" en la escena, para crear la trama, y se introduce a sí mismo como testigo ocular de la escena. Con esta técnica, logra Betancourt en este y otros artículos un gran éxito estilístico.

El segundo artículo trata de otra plaga social semejante a la anterior: "Los pollos" o jovencitos que se meten en todas partes con el mayor descaro y desenfado, sobre todo donde haya bailes y tertulias. El diálogo es típico de "la pollada" y hay escenas o conversaciones entre pollo y pollo, entre pollo y polla, que revelan como tal juventud llega al colmo de lo ridículo en sus afectaciones y precocidades de mal gusto.

"Un estudiante en el campo" es el relato humorístico y animado del viaje de un estudiante al campo, según lo relata él mismo en una carta que el autor encuentra en un coche: otro artificio feliz del autor. En "el parque" se sitúa Betancourt nuevamente como mero espectador y nos cuenta lo que ve y lo que oye, en términos salpicados de humorismo y penetración. Dice que la conversación de las niñas o pollas que van al parque revela que "mientras la mujer no reciba una educación a prueba de insulceses y de tonterías" se expresará solamente por medio de insulceses y de tonterías. Y éste fue uno de sus temas favoritos, pues fue Luis Victoriano un feminista militante, abogando siempre por la emancipación de la mujer.

Algunas veces su composición literaria deja mucho que desear. El artículo "El matrimonio" es no solamente una perorata bastante absurda, sino hasta algo incoherente. Otro artículo, llamado "Geografía" es un minucioso pero disparatadísimo diálogo crítico sobre numerosos defectos de que padecía La Habana entonces.

En "Carta a Sempronio. Habana y marzo 12 de 1863" se sirvió el autor de la técnica epistolar, la cual ha tenido tanto éxito en los artículos de costumbres, pero que en este caso ha servido a Betancourt para ejercitar cierta acrobacia literaria que, a pesar de su intento humorístico, no llega a decir nada, realmente, en las siete páginas que componen la epístola. En cambio "Gente ordinaria" es uno de sus mejores artículos: pues reúne todos los requisitos del cuadro de costumbres en cuanto a

la técnica y resulta interesante y divertido en cuanto al estilo. El autor describe una familia habanera de "gente ordinaria" en toda su salsa, y concluye diciendo: "el cuadro de costumbres que he pintado es, sin duda, un cuadro de brocha gorda, pero así debe ser. Cada paisaje tiene su pincel, y cada situación sus colores". Y en éste, los colores tuvieron que ser bien chillones, como son la gente ordinaria del cuadro.

En "Poesía popular" critica Betancourt la calidad de la poesía popular de salón, que por su aire musical es agradable al oído, pero por su letra es generalmente absurda y "no la entienden ni las mismas que la cantan". Insistentemente ataca el autor el baile y el canto: lo primero le parece una amenaza a la moralidad y lo segundo una afrenta a la inteligencia. En muchos de sus artículos, tal como lo había hecho su padre, se dirige Luis Victoriano a las mujeres en particular. En "Yo quiero ser novelista" lo hace específicamente al comenzar: "La idea que me tomó por asalto fue la de hacer una novela; sí, lectoras, quería ser novelista". Por lo demás, el artículo no tiene nada que ver con el título, el cual solo sirve de inspiración al autor para una excursión nocturna y el relato de la vida ruidosa y pendenciera de cierta cuadra de barrio a donde fue a parar.

En "La Habana de 1810 a 1840" se trata de dos mujeres cincuentonas que se encuentran después de muchos años sin verse, y se ponen a hablar de su pasada juventud. Sus reminiscencias justifican el título del artículo y el diálogo resulta sumamente interesante.

Y vuelta al baile, que es anatema para nuestro moralista Luis Victoriano. En muchos de sus artículos ataca dicho pasatiempo. En "Una rumba" o fiesta bailable, describe y critica los pésimos modales de la juventud que asiste a dichas fiestas, y también el atropello y desorden con que suelen concluir. En el artículo "El baile" penetra nuestro autor en un salón de baile, observa y critica, y emite el credo costumbrista: "El creerse alguien ofendido con las palabras de este *artículo de costumbres*, antes supone delito en quien las recusa, que injusticia en el que las escribe". Y en otro artículo, que se llama "Baile de máscaras" y trata de dicho tema, llega Betancourt al

colmo de su crítica contra el baile en general y contra el baile de máscaras en particular, del cual dice que “es la fiesta de la locura, que se casa con la corrupción” y concluye con la increíble sentencia: “Maldita sea la fiesta!”

En “La moda del tupé” comienza el autor diciendo que “toda tiranía es mala; pero la tiranía de la moda es pésima; es la peor de las tiranías, porque es la que más ridículos amontona sobre aquellos que a su yugo voluntariamente se someten”. Procede entonces con sus críticas de todos los peinados en general y del tupé en particular, llenando muchas páginas de harta elocuencia y de poco interés.

Es “El Diablo y la Mujer” uno de sus artículos de índole feminista. Para identificar el primero de estos personajes del título, dice Betancourt que “el diablo existe” y que hay diablo. “Yo lo he visto... en las calles de La Habana, con su paquete de recibos arruinando el prójimo; detrás de un mostrador, engañando al público; a la cabecera de un enfermo, despachando pasaportes para el otro mundo; de rodillas en el templo, dándose golpes de pecho; en su bufete, tragándose huérfanos y viudas como si fueran sardinas” y afirma que “el diablo, pues, existe y ha existido siempre”. Para introducir el segundo personaje del título, en cambio, comienza diciendo que: “Pérfida, inicua, endiablada ha sido la conducta que ha observado el diablo respecto de la mujer”. Y de ahí procede, en muchas páginas, a describir históricamente la esclavitud en que el hombre, o sea el diablo, tuvo siempre a la mujer, hasta que vino Jesucristo a romper esas cadenas y a enjugar las lágrimas de la mujer. Por senda tan escabrosa se interna Betancourt el feminista sin llegar a conclusión alguna, desde luego, pero poniendo al lector en mucho que pensar, lo cual es después de todo la finalidad de todo artículo de costumbres.

Como continuación natural del artículo anterior, y como conclusión de la serie, nos regala el autor con los “Consejos del Diablo”. En éste se apodera el diablo del autor y le dicta el artículo. Los “consejos” parecen, a primera vista, bien disparatados, pero tienen en el fondo bastante sustancia diabólica.

CONCLUSIONES

Luis Victoriano Betancourt escribió artículos de costumbres con una maestría que su padre no alcanzó. Podemos razonar que el hijo encontró el género ya bien desarrollado, pero lo cierto es que tanto en la técnica como en el estilo superó al padre. En sus mejores artículos, Luis Victoriano desarrolló bien la trama del "cuadro" y escogió temas de actualidad, hizo buen uso del diálogo y del lenguaje popular, con mucho más frecuencia que su padre, logró el humorismo fino y el interés de tesis que son tan importantes en el artículo de costumbres. Con menos frecuencia que su padre pecó de didáctico. Solamente en algunos de sus artículos encontramos las páginas de prédica edificante y moralizadora que abundan en los artículos de su padre.

Habiendo analizado los "artículos de costumbres" del padre, y los del hijo, podemos ver que la segunda generación dominó mejor dicho género literario. En un aspecto importante, sin embargo, hay que considerar a los Betancourt en conjunto: su patriotismo. Fue éste, para ambos, la más grande influencia en sus escritos y en sus vidas mismas. Al ideal de la patria dedicaron sus inspiraciones y sus esfuerzos. Sus "artículos de costumbres" tuvieron por principal objetivo el llevar a la conciencia pública, bajo un ropaje de literatura humorística, aquellas costumbres propias que por sus defectos debían corregirse a fin de mejorar la sociedad en que vivían. Ese afán por el mejoramiento social constituyó pues la esencia del costumbrismo y del patriotismo de los Betancourt. Contribuyeron a despertar la conciencia pública hacia esos hábitos y costumbres que, aunque arraigados por el tiempo y la tradición, necesitan corregirse para el bien común.

En el teatro literario del siglo de su isla resaltan figuras muy significantes de su siglo, sobre todo en el género costumbrista de que nos venimos ocupando. Al juzgar sus artículos comparativamente encontramos la inspiración de Mesonero Romanos en el tema y la técnica estilística, pero el patriotismo romántico de Larra puede compararse con el patriotismo

dominante en los Betancourt. Pero sobre todo, cualquier comparación que se haga dentro de su patria y de su tiempo resultará favorable para José Victoriano y Luis Victoriano Betancourt.

DOS COSTUMBRISTAS COLOMBIANOS



UANDO el género costumbrista cobró forma y floreció en la literatura española a mediados del siglo pasado, su influencia se dejó sentir en Hispanoamérica. En algunos países gozó de más popularidad que en otros, y en técnica y estilo adquirió tonalidades distintas de acuerdo con el ambiente social y literario. Nos vamos a ocupar aquí del costumbrismo en Colombia. De los muchos escritores colombianos que cultivaron dicho género literario durante la segunda mitad del siglo, dos nos han parecido los más representativos y los más interesantes: José María Vergara y Vergara y Ricardo Silva. Analizaremos sus "Cuadros de Costumbres" para mejor poder apreciar su obra.

Antes de entrar en el estudio crítico de la obra de estos dos ilustres costumbristas, debemos mencionar otro escritor igualmente ilustre, Eugenio Díaz, que originó el lema costumbrista por el que se guiaron los demás: "Los cuadros de costumbres no se inventan, se copian". Dicen que Díaz se presentó un día a Vergara, con su traje de campesino, y le llevó sus manuscritos. Entusiasmose Vergara y el resultado de aquella entrevista fue la fundación de "El Mosaico" en seguida. "El Mosaico" acogió a los escritores de la época, a los conocidos y a los por conocer, y allí vie-

ron la luz muchos de los mejores cuadros y artículos de costumbres de Colombia.(1) La fama principal de Eugenio Díaz se debe a su obra *La Manuela*, que no es más que una colección de cuadros de costumbres campesinas, como lo son sus otros cuadros también.(2)

José María Vergara y Vergara (1831-1872 fue el alma de "El Mosaico" y allí publicó sus numerosos artículos "que fueron principal fundamento de su reputación en el mundo de las letras... De su ingenio flexible y voluble, que se acomodaba fácilmente a diversos tonos, da testimonio la rica variedad de sus artículos"(3)

Ya nos hace reir sabrosamente con la descripción de las tres épocas que caracterizan Las tres tazas; ya nos hace pensar y nos inspira sentimientos benévolos en Los buitres; ya nos conmueve con el delicioso cuadro de Un par de viejos; ya nos eleva a altas regiones del sentimiento y de la literatura en Un manojito de hierba.(4)

Con motivo del centenario de su nacimiento, se publicaron en 1931 las *Obras escogidas* de Vergara y Vergara en cinco volúmenes. El primer volumen comprende sus "Cuadros de Costumbres" que "si no siempre son modelos de estilo, sí lo son de gracia exquisita y de suma facilidad". (5) El segundo volumen comprende sus "Artículos literarios" no costumbristas; el tercero comprende "Biografía" y los dos restantes su "Historia de la literatura en Nueva Granada". Considerando su corta vida, Vergara dejó una producción literaria cuantiosa, y fue un "elemento influyente en el movimiento intelectual de su época

(1) J.J. Ortega, *Historia de la literatura colombiana*, Prólogos de A. Gómez Restrepo y de D. Samper Ortega, Bogotá, 135, p. 220.

(2) Eugenio Díaz, *Una ronda de don Ventura Ahumada, y otros cuadros*, (Biblioteca Aldeana de Colombia, "Cuadros de Costumbres" No. 23, Bogotá, Ed. Minerva, 1936, págs. 5-8.

(3) Ortega, *Historia de la Literatura Colombiana*, p. 308.

(4) *Loc. cit.*

(5) *Loc. cit.*

en Colombia. Alentó a muchos escritores principiantes y dió estímulo a todo esfuerzo literario". (6)

Dice su prologuista que las páginas de Vergara "reunen belleza, candor y sentimiento en la proporción necesaria para dejar una enseñanza y despertar a la vez en todo lector una sonrisa cuando no una lágrima". (7) Dicho comentario encierra el propósito costumbrista y explica el éxito de Vergara con sus artículos de costumbres.

Vamos a analizar, a continuación, los "cuadros de costumbres" de Vergara incluidos en la colección que tenemos a la mano, Las páginas que citemos corresponderán a la misma obra: *Las tres tazas y otros cuadros*, que acabamos de citar. El primer trabajo está dedicado a Ricardo Silva, el otro costumbrista que vamos a analizar en este estudio. Ese primer trabajo es el mejor de la colección, como obra costumbrista y como obra literaria. La técnica que usa Vergara es simple y genial a la vez. El autor se describe hojeando un album de tarjetas y de entre ellas acaba por separar tres invitaciones que corresponden a tres períodos de la vida del autor y de la vida de la ciudad. Cada uno de los tres períodos se describe en uno de los tres "cuadros" que forman el conjunto. Los símbolos distintivos, que determinan la escena, son: primero, la taza de chocolate, café, o té que respectivamente se ofrece como "refresco" y, segundo, el nombre sucesivamente aplicado a la ciudad y que sirven de subtítulos.

La primera invitación, en los lejanos tiempos de "Santafé" era para tomar "una taza de chocolate" como era la costumbre entonces. Desde el primer momento, el estilo es ameno y la descripción interesante. Leemos cómo la preparación del cacao es un arte y que también lo es la confección del chocolate, artes que se perdieron con los cambios de la moda. La escena nos presenta una reunión social en los últimos días coloniales de Santafé. (págs. 13-20).

(6) José María Vergara y Vergara, *Las tres tazas y otros cuadros*, (Biblioteca Aldeana de Colombia, "Cuadros de Costumbres" No. 24.) Bogotá, Ed. Minerva, 1936, p. 8.

(5) *Ibid.*, p: 9.

La segunda invitación, de años más tarde, era para tomar una taza de café. Según el autor fueron los ingleses que vinieron con Bolívar quienes introdujeron el uso del café, el cual vino a suplantarse al chocolate como "refresco" de la sociedad. La ciudad también ha alterado su identidad y se llama Santafé de Bogotá. (21-32).

Con estilo satírico de buen tono describe Vergara las nuevas costumbres impuestas por la moda, evitando ridiculizar exageradamente lo que describe. Las siguientes líneas ilustran su estilo.

Unas dos contradanzas y unos tres vales redondos se habrían bailado cuando en un interregno se apareció en la sala mi amigo el de las Viñas, y con su misma cara de alma de cántaro que conservó hasta la muerte, adornada en ese momento con sonrisa de gala, dijo en voz alta: Señores, vamos a tomar café! El golpe estaba dado, la situación era dramática. Por pronunciar dos zetas y la palabra café había gastado Viñas cincuenta pesos redondos. (25)

En un momento de reminiscencia se lamenta el autor de que aquella era también pasado. "Triste campo el de los recuerdos! Cada vez que entra uno entre su triste memoria, se espanta de ver tantas lápidas". (p. 32)

La tercera invitación, la del mundo moderno, es a tomar una taza de té. Y no sólo fue la moda del té, la innovación que asaltó la sociedad entonces. Todo lo europeo, especialmente lo francés, se puso de moda. Mientras más vocablos extranjeros se usasen en la conversación de mejor tono resultaba. Los hábitos, el vestuario y hasta los nombres propios debían europeizarse. La ciudad ya sólo se llamó "Bogota" y dicho nombre, así como muchas de esas costumbres que alarmaron al autor entonces, se conservan hoy tal como él las describió hace casi un siglo. Dejémosle hablar a él mismo.

Cuando los bailarines acabaron de echar parva, se bailó un muy indecente baile, cuyo nombre ignoro y que consiste en bailar extremadamente abrazados, con otras circunstancias desplorables. Hice algunas consideraciones científicas entre las cuales merecen especial lugar las siguientes: Todas las mujeres hablaban de la guerra de Austria y de la política de Napoleón como de una cosa familiar. Todos los hombres hablaban de las modas de París para mujeres, como de una ciencia conocida. Cada tres palabras, se atravesaba algún equívoco insoportablemente libre, y las mujeres se reían de él acaso más que los hombres. (43-44)

Y para concluir debemos nuevamente dejar hablar al autor, que resume sus tres cuadros, *Las tres tazas*, de la manera siguiente:

En 1813, se convidaba a tomar una taza de chocolate, en taza de pista, y había baile, alegría, elegancia y decoro. En 1848, se convidaba a tomar una taza de café, en taza de lozas, y había bochinche, juventud, cordialidad y decoro. En 1866, se convida a tomar una taza de té en familia, y hay silencio, equívocos indecentes, bailes de parva, ninguna alegría y mucho tono. (44-45)

En otros de sus artículos no tuvo Vergara tan buen acierto. El llamado "El último Abencerraje" o como lo indica el subtítulo, la biografía de sus caballos, aunque ameno no es propiamente del tipo costumbrista. Lo mismo pasa con "Un manojito de hierba" que es un interesante y bello artículo epistolar en el cual el autor relata su viaje por Europa y concluye con su visita a la tumba de Chateaubriand, todo muy poético y romántico, pero no costumbrista. El artículo "La política" promete, con su título, algo de las malas prácticas y costumbres que se asocian en nuestros países con el arte de la política. Aunque el estilo es ameno y contiene un diálogo entretenido, le falta el elemento costumbrista lo suficiente para no pertenecer tampoco a dicha categoría; este artículo ni

describe ni critica una costumbre, y lo mismo pasa con "El alma y el cuerpo" que le sigue en la serie. El título promete algo picante cuando menos, pero el artículo resulta edificante y aunque su estilo fabulado está bien desarrollado, tampoco pertenece al establecido tipo de cuadro de costumbres.

Sigue el artículo "Los buitres" y aquí la alegoría es completa, cuando dice que mirado de cierto modo, el buitre era una notable figura, el tipo de un pájaro distinguido o de un pájaro público, (p. 121) Describe el autor la escena del buitre acechando y luego devorando su presa, y de cómo sólo por medio de algún ardid pueden los incautos salvarse de sus garras. La alegoría adquiere tonalidades casi humanas.

"Consejos a una niña" está dedicado a Elvira Gómez, que es la niña a quien le escribe la epístola. Tampoco encontramos en este artículo los ingredientes que componen un cuadro de costumbres. Se trata de algo como una preceptiva para la perfecta doncella, o de consejos para ser una mujer virtuosa, o algo así como una plegaria que dirige el autor a la mujer en general y a Elvira Silva, la niña que lo inspira, en particular.

El último artículo está integrado por tres "cuadros" en que se describen tres casas. El tema justifica el título "Lenguaje de las casa" y la técnica es semejante al primer artículo, el de "las tres tazas" aunque este otro no alcanza a tener los méritos del primero. El simbolismo de los tres nombres que identificar las épocas a que se refieren estos cuadros se repite aquí. La primera casa es de Santafé. "La casa santafereña" conserva su ambiente y su apariencia colonial dieciochesca, el espíritu de otros tiempos. La segunda es una casa de Santa Fé de Bogotá, en que habita una distinguida pero empobrecida familia después de la Independencia. El ambiente en esta casa es de dignidad, flores y sol que entra por puertas y ventanas abiertas. Por último, cuando ya la ciudad es simplemente "Bogotá" nos describe el autor la tercera casa: una casita nueva. Este último es el mejor de los tres cuadros. La descripción de la casita repleta de curiosidades frágiles y la descripción de la pareja joven que la habita en ese año de 1865, las pinta el autor con brocha fina. En estos cuadros las casas son los personajes, y estas tres casas nos

hablan, a través del autor, cada una en su lenguaje diferente que evoca su época respectiva. En ese sentido imaginativo podemos considerar las tres descripciones como "cuadros de costumbres" pero no en el sentido aceptado del género.

Don Ricardo Silva pertenecía a la misma escuela política que Juan de Dios Restrepo, pero su carácter de hombre de mundo,

sus aficiones de gentleman, su genio alegre de bogotano auténtico, lo alejaron de la sátira amarga y lo llevaron al estudio,

y la crítica risueña de pequeños vicios e imperfecciones sociales, y a describir tipos graciosos... La literatura fue para Silva una distracción elegante. (8)

Ricardo Silva dedicó sus *Artículos de Costumbres* a su hijo, el famoso poeta José Asunción Silva. Sus cuadros no dejan de tener algunos descuidos e incorrecciones, dice José Manuel Marroquín, pero serán siempre contemplados con admiración "sean bellos o deformes, simpáticos u odiosos los objetos representados. Ni habrá época en que la lectura de esos artículos de Silva deje de servir de delicioso deshaogo". (9)

Ricardo Silva nació dentro de una familia acomodada. A los veintiocho años, cuando su padre y su tío murieron asesinados por ladrones, heredó nuestro autor fortuna y responsabilidades. Dice su prologuista que "la holgura económica de que don Ricardo disfrutó y su carencia de vanidad literaria explican la perfección de sus cuadros de costumbres, muy superiores a los contemporáneos suyos de mayor renombre". (10) Con razón, como veremos al analizar sus artículos, debe considerarse a Ricardo Silva como "el maestro por excelencia del género costumbrista" en Colombia. También fue apreciadísimo en la sociedad bogotana por lo elegante, refinado, y culto (11).

(8) Ortega, *Historia de la Literatura Colombiana*, p. 295.

(9) *Loc. cit.*

(10) Ricardo Silva, *Un domingo en casa y otros cuadros*, (Biblioteca Aldeana de Colombia, "Cuadros de Costumbres" No. 25). Bogotá, Ed. Minerva, 1936, p. 10.

(11) *Ibid.*, p. 11.

Su primer artículo, *Un domingo en casa*, tuvo un éxito inmediato y rotundo, en 1859. Si sus contemporáneos y la posteridad han considerado este "cuadro" de Silva como el mejor de él y del género, nosotros no podemos menos que corroborar ese justo dictámen. *Un domingo en casa* es una joya entre los verdaderos y mejores cuadros de costumbres en cualquier parte y en cualquier tiempo. El tema es perfecto por lo sencillo. El autor decide pasar un domingo en casa, descansando. La escena en el cuadro revela las mil y una vicisitudes de la vida diaria que le impidieron lograr su propósito. La acción es natural y animada. La caracterización y el diálogo no dejan nada que desear. Los hábitos y costumbres se retratan por medio de la acción y el diálogo, con animación y naturalidad. El artículo reúne todos los atributos del aceptado cuadro de costumbres.

El segundo cuadro de la colección, *El portón de casa*, es del mismo delicioso estilo que el primero. Uno no puede dejar de entusiasmarse con estos magníficos cuadros de Ricardo Silva. Es más, si el costumbrismo es un arte, Silva fue un inspirado intérprete de dicho arte.

El niño Agapito tiene otros méritos. No se compara con los cuadros anteriores en cuanto a la acción y la escena animada, pero en cambio ofrece otro elemento importante del costumbrismo, vocablos y lenguaje característicos de los tipos populares que figuran en el cuadro. La escena se desenvuelve con la facilidad amena que caracteriza los "cuadros" de Silva. Le sigue *Un remiendito* (1876) que es otra joya del costumbrismo en el más amplio sentido de la palabra. El argumento dice que si uno empieza por hacer un remiendito a una casa vieja, acaba por gastar más que si la hiciera nueva. La viuda e hijas de esta historia empiezan por hacer unos remienditos al caserón en que viven, el cual acaba por consumirles sus economías, comprometerles el caserón mismo, acabar con la pobre viuda, y dejar las huérfanas en la miseria. Los personajes y la acción se mueven con perfecto acierto, desde el principio hasta el fin. En este cuadro, como en casi todos los de Ricardo Silva, ni falta ni sobra nada.

En cambio, *Mi familia viajando* no alcanza a igualarse con los otros, aunque no deja de ser bueno como artículo de costumbres. La costumbre que satiriza el autor aquí es la de irse una familia al campo cerca de la ciudad, donde les agobian innumerables vicisitudes, siendo la no menos enojosa las continuas visitas de los amigos que al no salir de la ciudad se aprovechan para pasarse allí el día, o la tarde cuando menos. *La cruz del matrimonio*, que es el título del artículo siguiente, resulta ser la lucha con las sirvientas, el entra y sale de éstas, y las impertinencias que hay que soportarles. La segunda parte de este artículo describe algunas de las escenas características, que por medio de la acción y el diálogo ofrecen al lector un cuadro casero lleno de animación, naturalidad, e interés.

En el artículo sobre *Las llavecitas* (1879) se cuenta de como éstas, habiendo suplentado las llaves grandes de antaño, ocasionaban los más frecuentes trastornos en los hogares modernos por el simple hecho de perderse con la mayor facilidad. Y una vez perdidas las llavecitas, lo cual sucede varias veces al día, el ritmo del hogar se interrumpe, la familia entera se altera y todo queda en suspenso, o mejor dicho, todo se dialoca hasta que aparecen las llavecitas.

Se lamenta el autor de que "vino el progreso moderno que todo lo ha invadido llevándose de paso los rasgos característicos de nuestras sencillas costumbres; dejándonos en cambio sin fisonomía propia". (12) Y se queja sobre todo de la moda por todo lo extranjero, por todo lo europeo, por todo lo francés. El tema favorito de Silva es el de toda persona que se va poniendo vieja, que echa de menos los viejos tiempos cuando las costumbres y la gente eran mejores que ahora, y lamenta, critica o ridiculiza las costumbres y las gentes del presente. Esta actitud, sin embargo, produjo en el caso de Ricardo Silva estos magníficos cuadros de costumbres.

El tema del último de los artículos lo explica el título, las *Tres visitas*. Aquí se repite la técnica de *Las tres tazas*, en que

(12) *Ibid.*, p. 128.

cada visita corresponde a una casa que representa cierta época determinada de la ciudad. La primera visita fue a un viejo caserón de Santafé, donde vivía un viejo regañón y honradote, enchapado a la antigua, que le confesó al autor: "Yo, como viejo santefereño, no estoy al corriente de las modas bogotanas". (13)

De allí salió el autor para hacer su segunda visita a una casa de Santafé de Bogotá. Allí sufrió las necesidades de una señora parlanchina y de sus tímidas "niñas" cuarentonas antes de poder escaparse. Dice: "Por fin salí de la casa de Santafé de Bogotá y me dirigí a la linda casita, de Bogotá, en donde viven los novios a quienes debía visitar". (14) En esta casita bogotana la conversación fue a dos tonos, por un lado "los novios" alababan todo lo europeo, e imitaban todo lo francés; por el otro lado, criticaban todo lo del país con el más soberano desdén.

Ese último es el único de los cuadros de Silva que nos deja sin entusiasmo, tal vez porque después de haber leído el magnífico cuadro de Vergara y Vergara, *Las tres tazas*, con un tema análogo, es inevitable que el de Silva sufra ante la forzosa comparación. Pero aparte de esa sola excepción, dentro de los ocho "cuadros" que hemos analizado, Ricardo Silva logró escribir, no cabe duda, muy atinados e interesantes cuadros de costumbres que sobresalen por su estilo ameno y provocativo.

Si algo fuéramos a criticar en estos "cuadros" tendrá que ser el que sólo tratan, en conjunto, de hábitos y costumbres más o menos superficiales; en muchos casos son problemas domésticos más bien que problemas sociales; en otros se critican modas pasajeras más bien costumbres nuevas; y en general, no se trata de problemas serios ni importantes que criticar, sino de ejercitar el ingenio literario en un ameno género costumbrista. De Silva lo dice así su prologuista.

Cuando se emprenda el estudio del ingenio bogotano, de ese don especialísimo que caracteriza a los habitantes de la capital y que les permite enfocar risueñamente cualquier

(13) *Ibid.*, p. 148.

(14) *Ibid.*, p. 153.

situación, por grave que ella sea, o cualquier personaje, por solemne que parezca, el librito de cuadros de costumbres de don Ricardo Silva suministrará al que tal estudio acometa materiales de tanta excelencia... (15)

(15) *Ibid.*, p. 11.

TABARE, EL GRAN POEMA EPICO DE AMERICA



UN hoy, un siglo después de su publicación, sigue siendo el poema "Tabaré" el más grande poema épico de la América Hispana. Podemos muy bien preguntarnos: ¿Y que es Tabaré? Y habrá que confesar que Tabaré lo es todo: es poesía lírica, es poesía romántica, es leyenda y es historia. Es un estudio morfológico, es un ensayo sociológico, etnológico, es ciencia y también es música. Es —en resumen— un monumento literario.

Sentimos hoy, al leer Tabaré, (1) el mismo placer que sentimos cuando lo leímos por primera vez (en nuestra adolescencia ya lejana) y que sintieron generaciones anteriores. Tabaré embriaga a la juventud adolescente con su lirismo y su romance, y nos inspira y entusiasma a todos como "poema admirable por su constante invención de imágenes y su gracia musical, que, sin estorbar el fácil fluir de la narración, realzan la riqueza de emociones y de sentimientos". (2)

Su autor, el uruguayo Juan Zorilla de San Martín, nació en 1857. (3) Pasó sus años más jóvenes en Chile, donde cursó

(1) Edición de la Librería Nacional, A. Barreiro y Ramos, Montevideo 1923.

(2) Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la Cultura en la América Hispana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1949. p. 122.

(3) *Ibid.*

estudios. A su regreso al Uruguay escribió versos del estilo romántico de la época y entró en la vida pública y política de su país. Todavía bien joven, en 1886, publicó a Tabaré.

A pesar de sus cortos años, Zorrilla de San Martín había recorrido ya, cuando escribió su obra cumbre, los diversos crisoles de toda una carrera poética. Se había iniciado en la escuela romántica de Bécquer con musicalidad en sus versos y con insinuaciones de simbolismos. Fue su obra de juventud adolescente. Pronto el romántico cedió el puesto al patriota. Ya no canta el poeta al amor sino a la patria. En 1879 publica su "Leyenda Patria" como un himno de libertad conmemorando la independencia uruguaya. Fue ya la obra madura que revela maestría y que acabó de consagrarle como una figura poética de talla en su país. Pero aún avanzó más en su ciclo evolutivo, y entonces publicó Tabaré, y se consagró como el poeta épico de América.

Hay música y hay ciencia en el poema de Zorrilla. Hay música porque como tal suena al oído y llega al alma, y hay ciencia porque el gran cúmulo de datos científicos que contiene revela todo un antecedente de investigación minuciosa llevada a cabo por el autor, y porque es un magnífico estudio psicológico. Es la leyenda de una época en que se efectuó el choque histórico de dos razas. El autor, además, desarrolla su tema sin justificación ni defensa del indio ni del español, sino la narración en poesía épica de cómo una raza desaparece y es suplantada por otra? el proceso histórico-etnológico por el que han pasado todas las tierras del mundo —pero contado todo en un poema de tales dimensiones, en versos de una musicalidad incomparable, que ocupará siempre el Tabaré un sitio prominente en la literatura de la lengua. Ya dijo un ilustre crítico español de la época que:

"Sin pretensión pedantesca, sino del modo propio de la poesía, hay y se agitan en el poema "Tabaré" grandes problemas de libre albedrío, predestinación, determinismo

y vocación de las razas: psicología, teodicea y filosofía de la historia. Al leer el poema, se levanta el espíritu del lector a estas altas especulaciones". (4)

El poema de Zorrilla es, incuestionablemente, un trabajo de gran envergadura. Además de su vigorosa fuerza épica, contiene en su forma la sutileza y suavidad del romántico, y también incontables metáforas de extraordinaria audacia que, con su acertada diversificación en la métrica del verso, sirve para mantener no sólo la robustez sino la armonía del poema. "En Tabaré, la más sencilla asonancia va enlazando los versos y exige muy poco esfuerzo del lector. Fue un acierto feliz. Pero la sencillez va acompañada de una rica variedad de matices musicales, que incluyen el empleo de un estribillo". (5)

Lo cierto es que, aunque Zorrilla fue catalogado como romántico, muy temprano ensayó formas originales suyas y, cuando publicó a Tabaré dos años antes de aparecer el "Azul" de Rubén Darío, ya poseía cualidades modernistas. En su poema, se asomó Zorrilla al modernismo dariano que ya se vislumbraba en el horizonte literario y fue, en realidad, un precursor de Darío.

Tabaré, por primera vez, impone el indianismo americano, y lo logra con los versos más lindos que se han escrito sobre dicho tema — versos que nadie ha podido igualar y tema que hasta entonces había sido sólo la tradición romántica del relato. "El poeta tenía el don del pathos, pericia narrativa y descriptiva, y una fertilidad en la creación de imágenes libre de la manida ornamentación de tantos de nuestros románticos. Tabaré es una de las obras más originales de nuestra literatura". (6)

(4) Tabaré, "Carta de don Juan Valera", p. 25.

(5) Pedro Henríquez Ureña, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, México, 1949, p. 154.

(6) *Ibid.*

La introducción del poema comienza con una nota de perfecto romanticismo, con la promesa del poeta de que va a cantarnos una canción excelsa, cuando grita: "Dadme la lira, y vamos". Nos hace sentir el tempo de su canto cuando advierte que es la lira:

*Que silba en las tormentas,
La de cantar, sentado entre las ruinas,*

Y nos deleita:

*Al desgranarse las potentes notas
De sus heridas cuerdas.*

Luego nos habla, el poeta, recogiendo las "voces extinguidas" de los indios muertos. Y qué generación joven, de los tiempos modernos en Hispano América, no ha escuchado y recitado la exaltada invocación del poema:

*Vosotros, los que amáis los imposibles,
Los que vivís la vida de la idea;
Los que sabeis de ignotas muchedumbres,
Que los espacios infinitos pueblan,
Y de esos seres que entran en las almas,
Y mensajes oscuros les revelan...*

Y quien no ha seguido al poeta:

*hasta saber de esas historias
Que el mar, y el cielo, y el dolor nos cuentan,
La triste historia de una raza muerta.*

Es la trágica historia de la raza charrúa que:

*Es la raza indomable,
que alentó en esta tierra.*

Y así comienza la historia del poema, con la llegada al río de la nave inmensa:

*Que, como garza enorme
Flotaba entre la niebla.*

Y de cómo el cacique Caracé y sus indios guerreros:

*Al ver, sobre la arena,
Como descienden, de la extraña nave,
Los hombres blancos de la raza nueva,*

Los atacan con sus saetas:

*Y, los que no cayeron,
Huyen, despavoridos por las breñas
Dejando sangre en la salvaje playa,
Y una mujer en la sangrienta arena.*

Y luego:

*Caracé, que a su lado se detiene,
Con avidez felina la contempla.*

Y concluye esa primera parte de la historia con el simbolismo metafórico del tema:

*¡Cayó la flor al río!
Los temblorosos círculos concéntricos
Balancearon los verdes camalotes,
Y en el silencio del juncal murieron.*

Y así concluye:

La flor ha muerto!

Pero quedó el pequeño Tabaré, y como herencia le deja la española madre sus azules ojos y el cristiano bautismo que improvisa con el agua del río americano. Y cuando la noche llega, duerme la madre blanca, para siempre, y duerme el indio huérfano —el indio de pupilas claras y alma incierta.

Y entonces comienza la elegía del charrúa Tabaré. Zorrilla nos presenta a Tabaré, no como víctima sino como símbolo: el eslabón transitorio, trágico pero fugaz, del contacto entre la raza vencida y la raza nueva. Siguiendo un movimiento literario, el autor lo superó inyectando a su indianismo un elemento cultural más bien étnico. Lo trágico y fugaz es el episodio histórico del charrúa Tabaré, que aunque da una impresión de vaguedad, de sugerencias que quedan flotando en el poema, nos deja emocionalmente pensativos, nos revela un sueño poético.

Zorrilla logra ser desapasionadamente neutral, sin idealizar ni al indio ni al español. Su tema no es el indianismo de hoy, del indio de ahora, sino el indianismo histórico que nos cuenta de una cultura muerta:

*"De aquella raza que pasó, desnuda
Y errante, por mi tierra".*

Si la introducción del poema tiene un marcado sabor romántico, las descripciones del Libro Segundo y de los que siguen lo tienen de modernismo. Es el tema del hombre y la naturaleza de las cosas en el escenario salvaje de una tierra nueva, pero por encima de todo es la literatura psicológica del hombre como sujeto, y en esto también se adelantó Zorrilla a su tiempo. No hay nada becqueriano en las descripciones bélicas de los caciques muertos a quienes proclama:

*Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas!
Estirpe lentamente sumergida
en la infinita soledad arcana!*

Ni tampoco en las descripciones de los indios vivos:

*Quedan indios aún para la muerte,
Que cautelosos por los bosques andan,
Cual rebaños de tigres, que, en el pueblo,
Siempre encendidas, las pupilas clavan.*

El uso de variados ritmos en las estrofas mantiene un elemento de cadencia y tono en el poema, un elemento de vivacidad. En vez de la monotonía que resultaría de una métrica uniforme, resulta una elegancia lírica típicamente modernista. Zorrilla lleva la lengua a su mayor perfección y refinamiento poético. Con el diálogo y el tema nos interpreta el poeta el alma del indio Tabaré. La descripción física del charrúa en seguida pone de manifiesto los elementos del problema íntimo, de la angustia incomprensible:

*¡Extraño ser! Que raza da sus líneas
A ese organismo esbelto?
Hay en su craneo hogar para la idea,
Hay espacio en su frente para el genio.*

*¿No hay en el fondo de esos ojos claros,
Un ser oculto con los ojos negros?*

Así observan los españoles del fuerte al charrúa, distinto a sus compañeros, que se destaca con sus ojos azules, su esbeltez, su palidez, y su tristeza:

*Y en su azorado aspecto,
Hay algo misterioso*

Algo misterioso que intriga a la joven española Blanca, hermana del jefe de la plaza, don Gonalo. Al verla, el indio prisionero:

*Clava en ella los azules ojos,
Cual poseído de un pavor intenso.*

*Parece interrogar algo invisible,
A sí mismo, a su sombra, a su recuerdo.*

Y es que han vuelto a su mente los recuerdos confusos de su madre muerta y cree por un momento que la blanca española es la misma que ha visto siempre en sus sueños y que le ha confortado en los peligros y le ha inspirado en sus plegarias. Pero se da cuenta de que es otra, y cuando se encuentran y se hablan, explota su secreto de sus labios en un tropel de recuerdos:

*Era así como tú... blanca y hermosa;
Era así... como tú,
Hoy vive en tu mirada transparente,
Y en el espacio aul...
Era así como tú, la madre mía,
Blanca y hermosa... pero no eres tú!*

Y en seguida confiesa el tumulto de su terror interno:

*Yo, temiendo tu sombra,
Tiemblo y huyo de tí.*

El desenlace del encuentro es lo inevitable; libre Tabaré por orden de Gonzalo, no puede volver a lo que fuera antes:

*Ya una mujer, de la enemiga raza,
Es libertad para él, y cielo, y nubes,
Y hogar nativo, y selvas, y batallas:*

Y Tabaré:

*huye, como la fiera perseguida,
Y se interna en la selva solitaria...*

Tabaré va empujado por una fuerza irresistible hacia la tumba de su madre. Allí se desploma inerte y habla con ella. Mientras tanto, sucesos extraños turban el silencio de la noche al otro lado de la selva. Ha muerto el viejo cacique y en medio

del “extraño funeral” se presenta el joven cacique Yamandú y reclama el mando haciendo gran alarde de sus proezas.

*Un murmullo de asombro se difunde
por aquella asamblea;
La tribu, fascinada y aturdida,
Nuevo cacique en el salvaje encuentra.
Yamandú enciende
Los fuegos de la guerra;*

Y se revela el plan siniestro del salvaje, es decir: durante la conmoción de un asalto al pueblo de los blancos, robarse la virgen española a quien una vez vió y, al verla, codició.

Los indios atacaron, Gonzalo y sus soldados corrieron a la defensa de sus casas y sus vidas, y Yamandú huye en la sombra:

*Miradlo: entre los brazos
Se lleva a la española:
Ella, que se retuerce,
y forceja, y se ahoga,
En ese nudo de viviente hierro,
Lleva tan solo, de su lecho aun tibio,
Las desceñidas ropas*

Lo que ya fue del espíritu moderno en la poesía, lo que no había sido antes posible, lo adoptó Zorrilla en Tabaré. Poetizó el lenguaje común, usó palabras simples en sus versos. Introdujo la originalidad de las palabras e ideas de uso familiar en su poesía, situándose ya con Darío y los otros precursores de la renovación modernista que transformó la poesía de fin de siglo. Pero volvamos al relato. Al pasar el asalto y enterarse el español del rapto de su hermana, pensó en seguida en Tabaré.

Gonzalo suplica en su dolor y ordena, en su rabia, que vayan todos con él al rescate de Blanca. Pero Yamandú se la ha llevado a lo mas hondo de la selva, y allí al fin vuelve ella del letargo.

*Un hondo grito de terror y angustia
Blanca por fin exhala;
Con las negras pupilas luminosas
En lascivia empapadas,
Vió el rostro abigarrado del salvaje.
El grito de la virgen se ha extinguido.*

Pero allá en su sopor junto a la cruz solitaria lo ha oído Tabaré. Salta y corre. La dramática escena de los dos indios rabiosos peleando a muerte por la virgen blanca tiene una fuerza épico-poética extraordinaria. Y el pobre Tabaré, enamorado, estrangula al último enemigo de la raza blanca. Así termina la historia de la raza muerta. A poco terminará el relato del poema, del charrúa Tabaré. Hay páginas y páginas en el poema, en que Zorrilla describe con inusitada belleza el diálogo de amor, terror y llanto entre Blanca y Tabaré. Comprende ella como él la amba y que ella también lo ama.

*La niña vió la luz en el abismo;
Y alguien, que habló en su alma:
"Esa es, le dijo, tu soñada lumbre;
Pero ese abismo, solo Dios lo salva."*

*Y, con Blanca en los brazos
El indio no descansa;
Camina lento, sin cesar camina,
Dejando atrás las lomas solitarias.*

Muy pronto llegan al fin de la jornada. Allí espera Gonzalo lleno de desesperación endemoniada y se desahoga imprecando al monje anciano.

*Sobre el callado anciano
Va a lanzarse frenético,
Pero los hombres de armas se interponen,*

Pero no se interponen cuando con “rabia y júbilo” se lanzó el hidalgo sobre el indio que llega y le atraviesa el pecho con su espada. Así tuvo que terminar el poema, el simbolismo trágico del soberbio hidalgo que puso fin al último vestigio del indio salvaje y que puso fin al amor imposible de la española blanca y tronchó con la muerte ese primer conato de unión de las dos razas.

*El indio oyó su nombre,
Al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca, desde la tierra, lo llamaba;
Lo llamaba, por fin, pero de lejos...*

Y así del indio, de sus odios, de su amor, y de su raza sólo quedan los ecos. ¿Y quien puede odiar ecos? Con su muerte cesaron ya los odios, y del bosque solo brotan, trémulos y solemnes, los murmullos “de la oración del monje por los muertos.”

UNA NOVELA DE LA SELVA



LA Vorágine (1) fue la única, pero formidable novela del colombiano José Eustasio Rivera. (2) No es de extrañar que fuera ésta la que introdujo la novela latino-americana al mundo moderno y que causara enorme sensación en los círculos literarios del momento pues además de ser un cuadro vivo de la selva amazónica, magistralmente presentado, contiene un potente mensaje — expone las condiciones espeluznante de esclavitud y atropello en que viven los caucheros de esa región, sujetos enteramente al capricho brutal de los propietarios y capataces de las plantaciones de caucho.

Dice Antonio Gómez Restrepo, en su “introducción” a la edición AGUILAR de La Vorágine (3) que la obra es “ante todo, una obra de arte puro; pero es también un documento humano, cuyo valor sociológico no puede ni debe desconocerse. Rivera descubre con mano ruda el velo que cubre esas regiones misteriosas e incógnitas y nos pinta un mundo, un estado social de que apenas se tiene idea en los centros de la civilización, pues allí hay déspotas y esclavos, allí se trafica con la carne humana; y el ligero tinte de cultura que ostentan ciertos comerciantes

(1) Publicada en 1924.

(2) Nació en Colombia en 1888 y murió en Nueva York en 1928.

(3) Madrid, 1933.

solo sirve para aguzar su malicia y refinar sus instintos lúbricos y sanguinarios.”

Si la descripción de la selva y de la historia resultan un tanto exagerada y artificial, ello se debe a dos razones atenuantes: la primera es que Rivera no había vivido en la selva, sólo la había visitado, y por eso exagera el paisaje y comunica al lector su terror fatalístico hacia la selva misteriosa y salvaje; la segunda razón es que para surtir el efecto deseado, el autor desnuda ante el mundo, con persistente determinación, las condiciones inhumanas de esclavitud a que un puñado de déspotas ávidos de lucho arrastran a toda una población de seres indefensos cuya única protección y esperanza de salvación es la de envilecerse y embrutecerse ellos mismos.

El tema de la novela es la selva misma, la vorágine de la selva formidable y demoníaca que atrae a los hombres con promesas ilusorias y los atrapa, se los traga, los devora en sus entrañas salvajes. Las descripciones que Rivera hace de la selva son basadas en las que hizo en sus cartas cuando la visitó, y tal vez por eso se percibe un cierto conflicto entre las descripciones de la selva, a veces de gran belleza poética, y la narración de la trama con sus crudezas de frontera social y política.

Acaso es la presencia del autor en el relato lo que provoca cierta disparidad, ya que nuestro héroe se ve compelido a saltar de su exaltación imaginativa, bajo la cual nos describe la selva en todo su esplendor, a la acción e incidentes de la trama, sólo para volverse a extraviar de súbito en la selva dominante. Lo cierto es que ni la trama, ni la presencia del autor en el relato tienen gran importancia en la novela, son solamente soportes del tema principal - la selva - la selva con sus ríos, con sus cienegas, con sus innumerables peligros que imponen el salvajismo y la crueldad a los hombres, sino la muerte misma. No cabe duda de que las admirables y vívidas descripciones de la selva implacable, de sus furias contra el hombre, prestan a la obra de Rivera su mayor belleza. La selva de Rivera, sin embargo, es una selva idealizada, mas imaginada que vivida, mas símbolo que realidad - un paisaje salvaje de tinieblas vaporosas, de senderos

escondidos - es la selva que atrapa a los hombres y los devora, que los reduce a un desespero enloquecedor, y que devora hasta al autor. La selva de Rivera es el cementerio del hombre temerario e iluso que se atreve a penetrarla.

Resulta muy significativo y revelador el que antes de haber visitado la selva, Rivera la llamó en su libro de poesías, "Tierra de Promisión", (4) pero después de haber palpado por sí mismo la realidad la llamó tierra de maldición. La fuerza de su desilusión, de su asombro vaporoso ante la realidad inesperada, prestó a sus descripciones esa cierta exageración impetuosa del visitante sorprendido. Tal vez por eso mismo Rivera salta una y otra vez del relato a su tema de la selva, al problema social, político, y humano que la selva representa. Rivera pinta su selva con los diversos matices de sus emociones; con poesía lírica inmortaliza su grandiosidad; con brutalidad reveladora expone su voracidad, como atrapa a los hombres, los embrutece, los endurece, los aniquila, y como el autor mismo, se los traga en lo desconocido, sea ya que los mate pronto o que los deje vivir un poco más.

La *Vorágine* es típica novela de la tierra - el hombre no es protagonista, sino que lo es la naturaleza de las cosas y la naturaleza misma por ser responsable a veces por las condiciones y tradiciones de una tierra. En la *Vorágine* la protagonista es la selva, la selva que es imposible domesticar y que cual fiera salvaje provoca en la vida de los hombres que la penetran la lucha desigual del fuerte contra el débil, la injusticia social - en que además de las arbitrarias relaciones entre los seres humanos que la habitan, existe la lucha embrutecedora contra la naturaleza en el desigual, sobrehumano esfuerzo para dominarla. La *Vorágine* enfoca la lucha del hombre insignificante contra la selva poderosa, y de como la selva lo aniquila y lo vence.

En la narración de la novela seguimos a los principales personajes a través de sus aventuras y vicisitudes. La trama comienza con la huida de los amantes, sus zozobras y sus temores, su anhelo de perderse, de hundirse en la inmensidad de

(4) Publicado en 1921.

la selva. Pronto aparecen los opuestos caracteres del don Rafo, de contagiosa simpatía y benevolencia, y el "Pipa" de alevosa malicia. También aparece pronto el contraste de los "pantanos inmundos, llenos de fango, que rodeaban el monte en que pusieron el chinchorro" (5) y el espejismo en que "parecían surgir en el horizonte ciudades fantásticas." (6) El contraste entre la realidad y la fantasía.

Fué el filosófico y genial don Rafo quien condujo a los fugitivos a La Maporita y los dejó allí con Griselda y Franco, seres buenos pero vulgares y prosaicos como las escenas y los diálogos que los acompañan en la narración. Alicia en cambio, como una sombra indefinida, es la única alma noble que salva la decencia humana de la gente de la historia. El mismo Arturo no es mas que una mente agitada, una mente enloquecida por sueños fantásticos, a veces macabros, a veces pueriles. La Clarita tipifica la mujer caída, pero con alma y aún con ilusiones. Y Barrera, el mas auténtico de todos, de quien comenta Antonio Gómez Restrepo en su introducción al decir que "el personaje de Barrera no es una ficción, está tomado de la realidad, y el narrador ha sabido caracterizarlo con breves, pero sugestivos rasgos: bajo sus apariencias melifluas se esconde la crueldad de un negrero africano." (7)

Encontramos durante la narración coincidencias demasiado oportunas, lo cual roba a la verosimilitud de la escena y a veces para en cómico mas bien que en dramático. Hay escenas, sin embargo, que alcanzan un marcado efecto dramático, como el contraste de la reacción de los dos maridos al cerciorarse de la fuga de sus mujeres. El llanero Franco, lleno de pasión, y acción y lealtades definidas, prendió fuego a su propia casa. En cambio Arturo, el poeta de ciudad, se entregó característicamente a una demente orgía de pensamientos inquietos, frutos de su espíritu incierto y desequilibrado.

La segunda parte de *La Vorágine* comienza con las declaraciones apasionadas del autor a la selva, como si

(5) página 24.

(6) Pág. 23

(7) pág. 10.

fuesen a una mujer amada que que lo cautiva, encarcela, le aprisiona en su amor inmolador. "Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde?" (8) Continúa con cierto misticismo sus lamentos de encarcelado. "Tú eres la catedral de la pesadumbre... Déjame huir, oh selva! Déjame tornar a la tierra de donde vine..." (9) Pero con el fatalismo del desespero los hombres se entregan a lo inevitable. La acción se renueva con el simbólico acto de "licenciar sus caballos" y dejarlos recobrar la "pampa virgen" mientras que ellos, los hombres ya indefensos y solos "con la amargura del condenado a muerte que se resigna a su sacrificio" y que ante la angustia de partir con su alazán, ven roto el último eslabón que los unía a la civilización, y se resignan a enfrentársele al mundo incierto y aterrador de la selva. (10)

La fuerza poética se repite en la descripción de la bacanal a que se entregaron los indios y sus mujeres y que termina en un "alarido retumbador, que estremecía las selvas y los espacios como una campanada siniestra y lúgubre" y el autor reflexiona qu "así olvidarían sus pesadumbres y le sonreirían a la vida otra vez siquiera." Pero su filosofía no tarda en tornarse en fatalismo, y su lamento parece acusar la "misma pena recóndita, cual si a todos les devorara el alma un sólo dolor. Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas" y era semejante al sollozo del autor, ese sollozo de sus múltiples aflicciones que suele repercutir en el corazón aunque los labios lo disimulen. (11)

Al grito de impotencia de los indios se une el del héroe de la historia. Los unos tanto como el otro se sienten vencidos por un mundo hostil que los ha impulsado al margen de la selva, de la selva seductora que ses abre sus brazos invitadores para atraerlos a su seno verde y atraparlos, y reducirlos a la impotencia irreparable.

(8) pág. 115.

(9) pág. 116.

(10) pág. 118-1.

(11) pág. 133.

En mitad del libro aparece el viejo Silva, símbolo de la tenacidad del hombre en su determinación de vencer la selva. Su filosofía nace de sus duras experiencias, de tantos años de lucha en aquel infierno. El viejo explica a Arturo cómo “la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos mas inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino de zarzamora, y la codicia quema como la fiebre.” (12)

Hablando de los peones, dice que “la selva, por destruirlos, les arma el brazo, y se roban y se asesinan, a favor del secreto y de la impunidad, pues no hay noticias de que los árboles hablen de las tragedias que provocaron...” (13) Y como para corroborar sus reflexiones, el pobre viejo horrorizado al enterarse de su última ignominia, de que tenía gusanos en las piernas, solo pudo exclamar: “Engusanado, engusanado y estando vivo!” (14)

El desenlace de la odisea de don Clemente Silva es que después de su larga y dolorosa búsqueda, en vez del hijo perdido sólo encontró sus huesos, si es que acaso lo eran. El viejo no pudo irse, no pudo salir. El embrujamiento de la selva lo detuvo. No importa el gritar: “Huyamos!” ¿A donde huir? A la perdición! Tener a la selva por enemigo es no saber a quien combatir, es caer en su vorágine.

La mas espeluznante de sus aventuras fué el episodio de las tambochas, la invasión de hormigas carnívoras, la devastadora avalancha que “pone en fuga pueblos enteros de hombres y bestias.” (15) Desde su improvisado refugio, enterrados hasta los hombros en el pantano infestado de sanguijuelas y otras amenazas, vieron los fugitivos pasar el gigantesco ejército. “Un temblor continuo agitaba el suelo, cual si las hojarasca hirvieran solas. Por debajo de troncos y de raíces avanzaba el tumulto de la invasión... como cáscara

(12) Pág. 166.

(13) pág. 167.

(14) Pág. 168.

(15) Pág. 225.

movediza que iba ascendiendo furiosamente...” (16) Nada dejan las tambochas a su paso, solo desolación. Lo devoran todo, dejando sólo, los huesos limpios y los troncos desnudos.

“¿Cuanto tiempo duró el martirio de aquellos hombres, sepultados en cieno líquido hasta el mentón, que observaban con ojos pávidos el desfile de un enemigo que pasaba y pasaba y volvía a pasar? Horas horripilantes en que saborearon a sorbo y sorbo las refinadas hieles de la tortura!” (17) De una tortura que les desequilibró la razón, que no los mató pero les hizo matarse. Pero ni las tambochas ni la locura mataron al viejo Silva, ese símbolo de la perseverancia humana que sobrevive a los peligros y las vicisitudes para seguir buscando tal o cual quimera, para perseguir cualquier ilusión.

Siempre esperando al viejo Silva como su última esperanza de salvación, y habiendo encontrado nuevamente a su Alicia, nuestro héroe Arturo Cova “tuvo el presentimiento de que su senda tocaba a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibió la amenaza de la vorágine.” (18)

“¿Por qué los árboles silenciosos han de negarse a decirle al hombre lo que debe hacer para no morir?” (19) Al contrario, la selva los llama y les brinda el espejismo de un refugio. Y cansados de esperar el socorro que no llega, y huyéndole a los peligros inmediatos, Arturo Cova y sus compañeros se internan selva adentro. “En nombre de Dios!” (20) Y así termina el relato, quedando sólo el libro de Arturo por detrás, pero “cuantas páginas en blanco, cuanta cosa que no se dijo!” (21) Y “en vano búscalos Clemente Silva. Ni rastro de ellos! Los devoró la selva!” (22)

(16-17) pág. 234.

(18) pág. 306.

(19) Pág. 232.

(20-21) Pág. 310

(22) Pág. 311.

BOSQUEJOS HISTORICOS*

CONTENIDO

1. Bosquejo Histórico del Santo Domingo Colonial como Clave del Santo Domingo de hoy.
11. Los Primeros Treinta Años de la República Dominicana (1844-1874).
111. De la Muerte de Heureaux hasta la Ocupación Americana.

BOSQUEJO HISTORICO DEL SANTO DOMINGO COLONIAL COMO CLAVE DEL SANTO DOMINGO DE HOY



I el pasado es la clave del presente. Un breve bosquejo histórico del Santo Domingo colonial nos ayudará a comprender mejor la cultura y los conflictos de la República Dominicana como resultado de los acontecimientos, las tradiciones, y la política que durante los trescientos años de dominación española moldearon el pueblo dominicano. Un pueblo que ni la Noche Negra de la ocupación haitiana pudo después cambiar. Una ojeada al pasado nos ayudará también a comprender el hecho de que dos naciones tan opuestas como Haití y la República Dominicana ocupen la isla de Santo Domingo.

* Aparecieron en *Cifó*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, Año XLIII, No. 131, 175.

La historia nos revela la continua tensión y rivalidad que ha existido entre haitianos y dominicanos desde sus tempranos días coloniales; nos revela que tal grado de contraste y rivalidad no son precisamente de índole racial, sino un conflicto fundamentalmente político y cultural.

Aquí dos estados independientes están encerrados dentro de los confines de una sola isla. En el oeste está Haití -negro de raza, negro en su manera de vida, a pesar de una tradición francesa superficial y a pesar del uso del francés; en el este está la República Dominicana, principalmente de mulatos, pero esencialmente hispana en su manera de vida.
(1)

La isla de Santo Domingo, que Colón llamó La Española, fué la primera colonia de España el nuevo mundo y como tal prosperó. En el momento del Descubrimiento, la isla estaba muy poblada, pero debido al duro trato de los europeos y a las enfermedades que estos introdujeron entre los nativos, la población indígena se mermó rápidamente.

Hasta que llega un día, en 1510, en que un frailecito dominico, el Padre Montesinos, en su convento de la ciudad de Santo Domingo, cabecera de la colonia, alza su voz celosa en defensa de los indios, denunciando los excesos de los conquistadores.

Por el mismo tiempo Fray Bartolomé de Las Casas, inspirado en el mismo celo, lleva sus quejas hasta el propio monarca.

Ni una ni otra (protesta) consiguieron salvar de su destrucción a los indios (de la Española).(2)

(1) James, Preston E., *Latin America*, New York, The Odyssey Press, 1942, p. 758.

(2) Galíndez, Jesús de, *La Aportación Vasca al Derecho Internacional*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1942, p. 73.

Pero estos primeros defensores de los indios inspiraron mas tarde a otro apóstol de la causa.

El sobresaliente genio de la época, Francisco de Vitoria, cuyas cátedras inmortales, conocidas como De Indis y que él enseñó en 1532, establecieron el derecho de los indios a sus territorios y sus leyes. (3)

Fué el Padre Vitoria quien en sus cátedras

defendió el derecho a la libertad de todos los pueblos, grandes y pequeños, creyentes o infieles; que afirmó la igualdad de todos ellos; y sentó el principio de la solidaridad universal. (4)

Como ha dicho Jesús de Galíndez, la protesta del Padre Montesinos “pareció perderse en el cielo azul del trópico” pero la del Padre Las Casas “trajo los esclavos negros a América.” (5) Desde los primeros años del siglo diez y seis se introdujeron los esclavos negros en el Nuevo Mundo para reemplazar a los indios en el duro trabajo de las minas. Luego, al florecer las plantaciones de azúcar, se aumentó la importación de negros, los cuales muy pronto ocuparon el lugar de los extintos indios en la estructura social de la isla de Santo Domingo. En menos de medio siglo desaparecieron los indios en la historia de la colonia, y con el tiempo los mestizos fueron asimilados, desapareciendo también como grupo étnico.

Su población aborígen no fué lo único que la isla perdió tan rápidamente. Su importancia y supremacía como primera colonia del Nuevo Mundo también desapareció bien pronto. La ciudad capital, Santo Domingo, de Guzmán, fué construida casi como una corte virreinal con magníficos palacios, iglesias y

(3) Madariaga, Salvador de, *The Rise of the Spanish American Empire*, New York, The Macmillan Company, 1949, p. 13

(4) Galíndez, Jesús de, *El Derecho Vasco*, Buenos Aires, Editorial Vaska Ekin, 1947, p. 151

(5) Galíndez, *La Aportación Vasca*, p. 73.

edificios públicos y privados. Muchas de estas imponentes estructuras existen hoy, algunas aún en uso y otras como interesantes ruinas históricas. Este esplendor, sin embargo fué de corta duración.

En unos cuarenta años después de su descubrimiento, Santo Domingo pasa el cenit de su gloria. Méjico y Perú absorben la atención de España y Santo Domingo cayó a una posición de insignificancia política y económica. (6)

De aquí que la obra de España en la colonia, sobre todo en su desarrollo cultural, se enmarca en medio siglo de eminencia y gloria y dos siglos y medio de negligencia. Pero durante esos siglos de vida colonial una estructura social interna se iba formando dentro de la isla, y la amalgamación de las razas sigue su curso, aumentándose continuamente la proporción de mulatos debido a que durante esos siglos de aislamiento y pobreza de la colonia los blancos y los negros, en más o menos igual número, "mantienen forzosamente más íntimas relaciones y dependen, ambos grupos, de su ayuda y compañía mutua." (7) Al correr del tiempo había allí más gente de color "libre" que esclava y, lo que es aún más significativo, la mayoría de unos y de otros eran nacidos en el país y no traídos del Africa. La razón fundamental de esta situación era la política de España en sus colonias.

Los códigos españoles eran muy humanos para con los esclavos y favorecían la emancipación. Al fin del periodo colonial mas de la mitad de los negros en Latinoamérica eran libres." (8)

(6) Schoenrich, Otto, *Santo Domingo*, New York, The Macmillan Company, 1918, p. 21

(7) Hazard, Samuel, *Santo Domingo, Past and Present*, New York, Harper & Brothers, 1873, p. 103.

(8) Rippy, J. Fred, *Historical Evolution of Hispanic America*, New York, F. S. Crofts & Co., 144, p. 110.

No toda la isla de Santo Domingo era española hacia el fin del periodo colonial. La parte occidental era una colonia francesa que tuvo su origen en la pequeña isla de "La Tortuga" (9) -a principios del siglo diez y siete. Allí se refugiaron muchos aventureros europeos, desertores de las colonias y esclavos fugitivos, de modo que muy pronto su número creció a tal punto que se establecieron en la costa noroeste de Santo Domingo y con el tiempo fueron ocupando más y más territorio en la parte occidental de dicha isla. Allí podían cultivar la tierra y, sobre todo, dedicarse al "bucanerismo y filibusterismo. El ganado de Santo Domingo se tornó contra España." (10) El elemento francés preponderaba entre ellos y estos consiguieron interesar al Rey de Francia hasta el punto de reconocerlos y extenderles su protección. En 1697 cedió España a Francia, bajo el tratado de Rynswick, la parte occidental de la isla, que pasó a ser oficialmente la colonia francesa de Santo Domingo.

Con la organización de la nueva colonia, se trasladaron de Francia, además de las autoridades correspondientes, muchas familias y otras personas que formaron el núcleo colonial francés. La importación de esclavos creció rápidamente.

La colonia francesa inmediatamente entró en una era de prosperidad que pronto la convirtió en el país mas rico de las Antillas. (11)

Su economía descansaba en las grandes plantaciones, de modo que era la colonia mas próspera y rica para los pocos blancos dueños de todo, pero la mas pobre y cruel para los negros esclavos que alcanzaban, al fin del período colonial, un número exorbitante. A continuación se puede ver la diferencia entre las poblaciones de las dos colonias (el Santo Domingo español y el Santo Domingo francés) para entonces, lo cual revela la diferencia fundamental entre las opuestas estructuras sociales ambas.

(9) Peña Batlle, Manuel A., *La Isla de La Tortuga*, Madrid, Ediciones Cultural Hispánica, 1951, p. 121

(10) *Ibid*, p. 122.

(11) Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 28.

Colonia	Año	Blancos	Negros Libres y Mulatos	Esclavos(12)
Española	1794	35,000	38,000	30,000
Francesa	1789	30,826	27,548	465,429

A medida que las ideas y fermento de la revolución francesa se filtraban en la colonia occidental, los negros, influenciados por el elemento mulato, se inquietaban. En 1791 se inició su rebelión con la famosa masacre de los blancos. Durante años reinó el terror en Santo Domingo, hasta que al fin, después de haber visto evaporarse la gran armada de Napoleón Bonaparte en su vano atentado de recapturar la colonia, quedó firmemente establecida la república negra de Haití.

Si desde sus comienzos las dos colonias habían tenido conflictos fronterizos, se empeoró este problema al ser Haití independiente y tener sus gobernantes la ambición de dominar toda "la isla de Haití sola e indivisible" para el logro de lo cual atacaban e invadían la parte oriental repetidas veces, cometiendo invariablemente grandes atrocidades en sus reriradas. Estas invasiones y sangrientas retiradas de los haitianos fueron preludios del "capítulo negro" por el que pasaron los dominicanos más tarde.

Durante los últimos años del siglo diez y ocho y principios del diez y nueve, hubo cambios políticos en Santo Domingo que fueron el reflejo de los cambios políticos en Europa.

En Julio, 1795, España firmó un tratado de paz con Francia y, entre otras concesiones, cedió a esta última la parte oriental de Santo Domingo. (13)

Los habitantes de la colonia resistieron el traspaso a Francia, pero aún no se les ocurría pensar en su independencia. Además, vivían en constante terror a causa de las invasiones haitianas y sentían la necesidad de protección de parte de una

(12) James, *Latin America*, p. 76.

(13) Rippey, J. Fred, *Latin America in World Politics*, New York, F. S. Crofts & Co., 138, p. 17.

potencia europea. Los partidarios de la restauración a España iniciaron y fomentaron un movimiento revolucionario. En 1809 fueron derrotadas las fuerzas francesas de ocupación en un encuentro con los revolucionarios. Al mando de estos estaba el General Sánchez Ramírez, de gran fama por su clásica arenga de "pena de la vida al que volviese la cara atrás." (14) Al rendirse los últimos franceses, restauró Sánchez Ramírez la colonia a España, pero a una España demasiado absorbida en sus luchas e intrigas internas y externas para prestar gran atención a Santo Domingo.

A esta nueva época de dominación española se le dió el apropiado nombre de "el período de la España Boba" (15) por lo poco que apreció la madre patria el retorno de la colonia. Aumenta el descontento, aumenta la inquietud por causa de los rumores de invasiones haitianas, aumenta la miseria pública, y aumenta la indiferencia de la Metrópoli.

Las noticias que llegaban acerca de la emancipación sudamericana y el convencimiento que tenía el pueblo de que al lado de España nada tenía ya que esperar la colonia, afirmaron la idea de emancipación. (16)

A la cabeza del movimiento separatista figuraba el Licenciado José Núñez de Cáceres, letrado y jurisconsulto, quien declaró la independencia, deportó al Gobernador español, y solicitó el amparo de la Gran Colombia. Bolívar no pudo prestar mas atención a Santo Domingo que la que le había prestado España, absorbido como estaba el libertador en sus propias luchas e intrigas. La prematura independencia resultó efímera. La falta de protección de la Metrópoli expuso a los dominicanos al ataque de los haitianos, y a su vieja ambición de "una e indivisible" isla de Haití.

(14) Pichardo, Bernardo, *Resumen de Historia Patria*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Americalee, 147, p. 5.

(15) Incháustegui, J. Marino, *Historia de Santo Domingo*, México, Gráfica Panamericana, 152, p. 9.

(16) Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, p. 63.

Subsecuentemente, el Presidente Boyer de Haití ocupó la parte oriental de la isla en febrero de 1822 y puso fin a la nueva situación al capturar la ciudad de Santo Domingo. Por veinte y dos años dominaron los haitianos la isla de Santo Domingo y trataron de trasformarla en una república negra unificada." (17)

La ocupación haitiana de Boyer fué una larga Noche Negra para los dominicanos, pero como todo pueblo oprimido, mantuvieron latente la esperanza de su eventual liberación. Los abusos y atropellos cometidos por las autoridades haitianas de ocupación, su hostilidad hacia los dominicanos y todo lo dominicano, su oposición al idioma y a las costumbres españolas, todo aumentó el descontento y fomentó las ideas separatistas entre los dominicanos. En 1838 se fundó en Santo Domingo una sociedad revolucionaria secreta llamada La Trinitaria con fines de organizar y llevar a efecto un movimiento independentista. A la cabeza del grupo fundador figuraba Juan Pablo Duarte, un joven aristócrata que acababa de regresar al país después de cursar estudios en Europa y quien, con absoluta abnegación y con gran celo, dedicó su talento, su fortuna, y su vida a la causa de liberación de la patria.

El 27 de febrero de 1844 dieron los trinitarios el grito de independencia en la ciudad de Santo Domingo y proclamaron la República Dominicana. Se unificaron todas las provincias y obtuvieron los dominicanos fáciles victorias, en varias famosas batallas, sobre las fuerzas haitianas. Ese mismo año se inauguró la nueva República, pero Duarte, su fundador, pasó el resto de sus días en el destierro, destino característico de los libertadores hispano-americanos.

Desde su formación, la República Dominicana ha tenido una historia tempestuosa, llena de revoluciones, constituciones, corrupción, y despotismo, pero a través de tanta inestabilidad política y social vive, en el corazón de los dominicanos, el lema

(17) Robertson, William Spence, *History of the Latin-American Nations*, New York, D. Appleton & Co., 1932, p. 578.

sagrado de Duarte: *Dios, Patria y Libertad*. Ha pasado mas de un siglo, pero siempre existe el temor de las posibles "hordas negras" que vuelvan a ocupar y profanar el suelo dominicano. La línea de división entre la República Dominicana y Haití existe de hecho, y como ha dicho Preston James, "esta es la tierra que hoy está ocupada por dos pueblos de fuertes contrastes, cuyas tradiciones, cuyas capacidades, cuyas actitudes básicas son tan diferentes que la frontera política que los divide ha venido a ser una frontera cultural también." (18) Las relaciones futuras de las dos naciones dependen del grado de progreso y bienestar que alcancen y mantengan en el futuro. Ambos países están aumentando su población rápidamente. Hay que convenir en que la distribución de la población en la isla constituye un serio problema social y político.

La expansión (de los haitianos) hacia el este está supuesta a detenerse en la arbitraria frontera política que divide ambos países, frontera arbitraria en el sentido de que no está demarcada por ninguna barrera natural. Compelidos a permanecer dentro de su territorio nacional los haitianos pueden alcanzar una densidad de población que llegaría a ser explosiva. La situación no deja de tener peligro. (19)

Mientras tanto los dominicanos siguen esforzándose por ocupar su sitio en el concierto de las naciones, prerrogativas que defendió Francisco de Victoria siglos atrás cuando "defendió el derecho a la libertad de todos los pueblos, grandes y pequeños." (20)

El pueblo dominicano ha vivido una historia llena de crisis y vicisitudes, pero, a pesar de todo, de sus invasiones y sus revoluciones, el pueblo dominicano es, étnica y culturalmente el producto del amalgamiento de razas, de los acontecimientos, de las tradiciones, y de la influencia de los tres siglos de dominación colonial española.

(18) James, *Latin America*, p. 762.

(19) *Ibid.*, p. 775.

(20) Galíndez, *El Derecho Vasco*, p. 151.

LOS PRIMEROS TREINTA AÑOS
DE LA REPUBLICA DOMINICANA
(1844-1874)



Para conseguir su independencia, la nueva nación se enfrentó al problema de establecer un sistema de gobierno que le permitiera lograr una estabilidad social, política y económica. El establecer tal sistema de gobierno, sin embargo, resultó una imposibilidad. Habían dos razones, comunes a la mayoría de las naciones de la América española a raíz de su independencia, que impedían una forma estable de gobierno en la República Dominicana: primero, la falta de experiencias de los criollos en gobernarse durante los siglos del sistema colonial absolutista de España y los años de la dominación haitiana; segundo, las ambiciones de hombres despóticos que, echando a un lado a los hombres honestos y patrióticos, asumían las riendas del poder.

En la República Dominicana, durante los primeros treinta años de independencia, alternaron en el poder dos hombres despóticos: Pedro Santana y Buenaventura Báez. Ambos gestionaron la anexión del país a un poder extranjero con el pretexto de protegerlo de las invasiones haitianas pero en realidad por ganancia personal. La lucha política y la influencia

de estos dos hombres influenció la historia de la República Dominicana por décadas.

Los veinte y dos años de dominación haitiana acondicionó al pueblo dominicano a una tiranía cruel, y los habían preparado para la tiranía de sus caudillos, que asumieron el poder desterraron a Juan Pablo Duarte y persiguieron a los verdaderos patriotas.

Los iniciadores de la absoluta independencia de la República, que sólo habían sido responsables en levantar el espíritu nacional de los dominicanos del letargo en que los había sumido los veinte y dos años de sujeción al dominio haitiano, fueron eliminados del escenario político. Indudablemente que la historia de la República hubiera sido bien diferente si durante los primeros años de su vida independiente hubiera sido gobernada por un patriota con los ideales y la pureza de propósitos manifestados por Duarte durante toda su vida. (1)

Al momento de su independencia, los dominicanos no tenían ninguna experiencia de ninguna clase de gobierno propio. Como todas las colonias españolas, Santo Domingo había sido gobernada durante más de tres siglos por el poder absolutista de la Corona. En todas las colonias, cada aspecto de gobierno se llevaba a efecto en nombre del rey, de modo que cuando la Corona española dejó de ser la cabeza del gobierno había que improvisar alguna clase de gobierno en las nuevas naciones de la América española. La adopción general del sistema republicano dió lugar a una orgía de constituciones. Ilusos idealistas, los gobernantes trataron de crear utopías por medio de la mera promulgación de leyes". (2) Este idealismo tan poco práctico de los latinoamericanos sin experiencia ha sido responsable de mucha de la inestabilidad política de su historia.

(1) Summer Wells, *Naboth's Vineyard, The Dominican Republic*, New York, Payson & Clarke Ltd., 128, 9. 71.

(2) J. Fred Rippy, *Historical Evolution of Hispanic America*, New York, F. S. Crofts, 144, pp. 175-76.

Si la política colonial española había sido absolutista e injusta en Santo Domingo, la dominación haitiana fue despótica y cruel. De modo que no solamente les faltaba a los dominicanos experiencia en gobernarse ellos mismos, sino que se les había extirpado toda iniciativa para lograrlo. Los ideales de libertad y democracia predicados por Duarte y sus compañeros no tuvieron oportunidad de desarrollarse en tan estéril suelo. Después de 1844 los "caudillos" gobernaron.

El más fuerte y más agresivo de todos, Pedro Santana, asumió el poder inmediatamente después de desalojar los últimos haitianos del país. Asumió el poder por el simple método de sacar a todos los demás y él fue el primer presidente de la nueva república bajo los términos de la primera constitución, de fecha 6 de noviembre de 1844. Santana asumió poderes dictatoriales en seguida a fin de suprimir toda posición.

Santana triunfó sobre todos sus enemigos y completó su término en el poder a pesar de apenas prestarle ninguna atención a los problemas de reconstrucción económica tan urgentes. Su sucesor apenas duró unos meses; entonces Santana dirigió una revolución con éxito y se instaló nuevamente en la presidencia. Esta vez ni se molestó en pretender que obedecía la forma establecida de gobierno constitucional' (3)

El gobierno bajo Santana no fue muy diferente de lo que había sido bajo los despóticos haitianos, pero nunca habiendo conocido la libertad, los dominicanos aceptaron el cambio, un despotismo nacional en vez de un despotismo extranjero, sin gran diferencia en los métodos de persecución y opresión. Inicialmente, en teoría, fue un gobierno republicano legítimo con un poder judicial, un congreso y una constitución bellamente redactada. Todo eso, sin embargo, no significó gran cosa. Todo el poder estaba en las manos del dictador, Pedro

(3) Austín F. Macdonald, *Latin American Politics and Government*, New York, T. Y. Crowell, 14, p. 573.

Santana primero y luego otros, de modo que desde el principio una forma democrática de gobierno fue imposible en la República Dominicana. Santana y sus sucesores establecieron el precedente del tipo de gobierno despótico de un dictador, tipo de gobierno que prevaleció durante el siglo XIX en la historia dominicana. Conspiraciones y revoluciones estaban a la orden del día.

Parecería que habían suficientes causas para estos desórdenes políticos: la herencia española de no tener experiencia política, la intolerancia, estafa administrativa, y el caciquismo: las décadas de opresión sofocante bajo la dominación haitiana; la larga lucha por la independencia que desarrolló tantas ambiciones en los jefes militares; y la casi constante amenaza de intervención de los haitianos.
(4)

Durante el movimiento de independencia, antes del 1844, Duarte y los otros fundadores de la República Dominicana tenían la visión de un gobierno republicano a lo largo del sistema de libertad y democracia introducido por las revoluciones de los franceses y los americanos a fines del siglo XVIII. Se olvidaron de que la revolución francesa había acabado en Napoleón. Olvidaron también que para que una democracia funcione debe tener una base histórica, y experiencia con la forma representativa de gobierno, como fue el caso con los Estados Unidos. Las colonias norteamericanas se habían gobernado ellas mismas en cuanto a sus asuntos locales; de modo que los habitantes, al obtener su independencia, simplemente continuaron conduciendo sus gobiernos locales y eligieron sus representantes ante el gobierno federal. En la República Dominicana no existía ninguna política nacional; solamente los deseos de Santana. Y en cuanto a una política extranjera, Santana trató desde el principio de interesar a algunas de las

4) Rippey, *Historical Evolution*, p. 216.

potencias extranjeras en patrocinar la República, aún hasta el punto de una anexión:

Después de la independencia surgió inmediatamente una cuestión que llegó a ser uno de los factores más prominentes en la futura historia del país. Aunque había aquellos que querían ver el país establecido como una república independiente, había muchos otros, inclusive los elementos más conservadores de la población, que favorecían la anexión a algún poder fuerte. Una cosa que temían era el peligro haitiano. (5)

Santana envió, en 1845, un convoy especial a los Estados Unidos para establecer relaciones más estrechas con el gobierno americano. En 1846 el gobierno americano envió un agente especial para examinar y observar la isla y reportarle sus impresiones. Entre otros comentarios que ese agente especial hizo a Washington en cuanto a la política y al gobierno de la República Dominicana él dijo que en su opinión la constitución era como si nunca se hubiera adoptado; hizo mención del artículo 210 que daba el Presidente autoridad para hacer lo que él quisiese, y habla de "sabidos casos cuando los más escandalosos abusos de poder se habían cometido en ocasiones en que no eran para nada necesarios". (6)

Siguiendo su "política extranjera" de buscar reconocimiento y aceptación por parte de las potencias extranjeras Santana envió sus delegados diplomáticos a las cortes de Europa al mismo tiempo que a los Estados Unidos. "El 21 de enero de 1849 el ansiado reconocimiento fue extendido oficialmente a la República Dominicana por los gobiernos de Francia e Inglaterra". (7) Las potencias europeas, sin embargo, no parecían estar interesadas en las proposiciones

(5) Charles Edward Chapman, *Republican Hispanic America*, New York, The Macmillan Company, 137, p. 204.

(6) Charles Callan Tansill, *The United States and Santo Domingo, 1798-1873 A Chapter in Caribbean Diplomacy*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1938, p. 128.

(7) Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 91.

de Santana; ellos parecían determinados a impedir que los Estados Unidos intervinieran en los asuntos dominicanos.

En 1849 Santana eligió a uno de sus ministros, Buenaventura Báez, como su sucesor a la presidencia. "Báez comenzó su primer período como presidente de la República Dominicana el 24 de diciembre de 1849". (8)

Báez, que iba a figurar prominentemente en la historia de su país durante los siguientes treinta años era el antítesis de Santana en modales y en educación. Su padre le había enviado a Europa a estudiar y él volvió uno de los más pulidos y educados dominicanos de su tiempo. Durante el gobierno haitiano él fue miembro del congreso haitiano de ocupación y también de sus asambleas constitucionales. Después de la declaración de independencia él fue miembro de la primera asamblea constitucional y presidente del primer congreso. Hasta que vino a ocupar la presidencia Báez era un amigo íntimo de Santana. (9)

Mientras que Santana era un tipo pintoresco, producto enteramente local, poderoso en su provincia debido a sus grandes propiedades y su gran habilidad para mandar el ejército, Báez, en cambio, era un ciudadano del mundo. En su trabajo sobre la historia de la República Dominicana, *Naboth's Vineyard*, Summer Wells dijo lo siguiente acerca de Buenaventura Báez.

Mejor preparado por su habilidad natural y por su educación en Europa que la mayoría de sus compatriotas, y favorecido por sus misiones diplomáticas, pudo juzgar mejor que sus predecesores en la presidencia la actitud de las potencias europeas hacia su país. Todas sus ventajas quedaban anuladas ante su tremenda avaricia, la cual no le

(8) Otto Schoenrich, *Santo Domingo. A Country With A Future*, New York, The Macmillan Company, 118, p. 4.

(9) *Ibid*, p. 4.

permitía interesarse por el bienestar de su país ni entonces ni nunca. Sin embargo, por casi treinta y cinco años de la historia de su nación, por medio de las desmesuradas ambiciones que engendró en otros, y de las intrigas, que eran su especialidad, logró mantenerse siempre como la más poderosa y la más perniciosa influencia en la República Dominicana. (10)

Tal fue el hombre que Santana escogió como su sucesor para la presidencia. Báez asumió muy pronto poderes dictatoriales y comenzó una rivalidad entre él y Santana. Ambos hombres eran tenaces. Ambos tenían poderosos adherentes. Por muchos años, entre revolucionarios y exiliados, uno y otro gobernó el país. Mientras vivieron ningún otro hombre pudo llegar al poder y cuando uno de los dos estaba en el poder el otro pensaba suplantarlo.

No eran solamente Santana o Báez quienes querían la protección de un poder extranjero; muchos de sus adláteres, y muchos de sus enemigos también, llegaron a pensar que esa era la mejor de las alternativas.

Por el momento, toda idea de mantener la independencia del país parece haber sido abandonada por los principales hombres del país. Las doctrinas de los liberales eran descartadas. La predilección de Báez por Francia era aparente, mientras que Santana hacía esfuerzos por obtener la protección de España, según se venía rumorando. (11)

Respectivamente uno y otro se dirigió a los gobiernos de dichos países por medio de agentes personales o de vías diplomáticas promoviendo tratados hacia intervención parcial o total del país. La amenaza haitiana les ofrecía una buena excusa

(10) Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 96

(11) *Ibid.* p. 92

o pretexto para sus negociaciones. Antes y durante enero de 1850 había Baez estado haciéndole insinuaciones al gobierno americano a este respecto.

El emperador hatiano, Faustino, estaba haciendo horrosas amenazas contra la República Dominicana... por lo cual el gobierno dominicano el 22 de febrero de 1850, dirigió notas idénticas a los representantes de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, solicitando una intervención y mediación en común. Así vino el asunto a tomar un carácter internacional, y durante los dos años subsiguientes estos tres poderes ejercieron presión sobre el Emperador de Haití en favor de una política conciliatoria hacia la República Dominicana. (12)

Así comenzó un período de paz que permitió al país un poco de sosiego. Al concluirse los cuatro años del período de Báez fue electo presidente Santana otra vez y asumió el poder el 15 de febrero de 1853. Fue una de las ocasiones, tan raras en la historia dominicana, en que un presidente sirvió su término y personalmente entregó el poder a su sucesor. Por varios años Santana venía sintiendo celos ante la extensión de la influencia de Báez y furia ante el espíritu independiente desplegado por su antiguo protegido... y ordenó su destierro. Báez huyó del país... y el rompimiento entre los dos hombres fuertes fue completo. Santana también rompió con el congreso y desterró o fusiló a sus principales adversarios. (13)

El intensificado despotismo de Santana causó tal desatisfacción que los amigos de Báez tuvieron la oportunidad de conspirar a su favor. Hacia 1856 estaba Báez de nuevo en la presidencia y Santana en el exilio. Otro movimiento revolucionario siguió muy pronto. La revolución se extendió y al fin Báez tenía solamente la ciudad de Santo Domingo.

(12) Tansill, *The United States and Santo Domingo*, p. 136.

(13) Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 51.

Los revolucionarios comenzaron el sitio de la ciudad de Santo Domingo hacia el fin de julio de 1857 y luego Santana llegó y asumió el mando de las operaciones militares. Báez se resistió por once meses, y cuando la ciudad llegó al punto de inanición él al fin cedió a los ruegos de los cónsules extranjeros y capituló el 12 de junio de 1858. Tan pronto como Báez se embarcó para Curazao el General Santana marchó dentro de la ciudad con su ejército victorioso. (14)

Santana, desde luego, fue electo presidente, y aplastó cualquier atentado de revolución fusilando los líderes. Entonces, él se dedicó a procurar la anexión a España. Como su antagonista Báez, Santana estaba ansioso por vender su país a quien le pagara mejor, para su ventaja personal, mientras pretendía que solamente le preocupaba el bienestar del país y por eso buscaba intervención extranjera. "Santana tuvo mucho cuidado de atraerse los jefes militares locales hacia sus ideas. En 1860 se dirigió personalmente a la reina de España y le propuso una unión más estrecha". (15)

Miedo a la influencia americana, y tal vez miedo de una ocupación americana, fue una razón poderosa para que el gobierno español decidiera volver a ocupar su antigua colonia. Los Estados Unidos parecían preocuparse más y más por el Caribe porque era la ruta de comunicación entre su costa del Pacífico y su costa del Atlántico, y España aún tenía sus últimas dos colonias, Cuba y Puerto Rico, en el Caribe. En 1861 Santana consiguió llegar a un acuerdo con el gobierno español, y la República Dominicana vino a ser una dependencia española una vez más, pero solo para caer en años de lucha antes de que los dominicanos logaran su libertad nuevamente.

El gobierno americano estaba debidamente inquieto con respecto a la intervención en Santo Domingo, pero en ese momento se desencadenó la guerra civil en la república del norte impidiendo ninguna intervención en esa situación.

((14) Ibid, pp. 53-54.

(15) Ibid, p. 56.

La guerra civil de los Estados Unidos, de 1861 a 1865, presentó la oportunidad a las potencias navales de Europa que nunca habían reconocido la Doctrina de Monroe, y que la violarían cada vez que les conviniera. Fueron España y Francia, en Santo Domingo y en México, quienes se aprovecharon de la nueva oportunidad de establecer protectorados o colonias en países con gobiernos republicanos en ruinas en el Nuevo Mundo. (16)

La Doctrina de Monroe de los Estados Unidos era un aviso a las naciones de Europa de no intervenir en los asuntos de las Américas. Manteniendo una vigilancia sobre las repúblicas de Latino América, la nación del norte asumía el papel de un protector grande y poderoso. Si algún poder iba a intervenir en Latino América, particularmente en el Caribe, que fueran los Estados Unidos. Esta política había dado resultado hasta el momento de la Guerra Civil. Logrando mantener alejadas las potencias europeas, fuera con diplomacia o por medio de amenazas, los Estados Unidos habían conseguido quitarle a México, su débil vecino, medio continente. Así logró extender sus fronteras de océano a océano y su influencia de polo a polo.

Tan pronto como la Guerra Civil comenzó, un ejército francés invadió a México y la reina Isabel II de España proclamó la reanexión de Santo Domingo.

El gobierno de Isabel II había coqueteado por mucho tiempo con los monárquicos de México. Originalmente esa intervención tuvo una sanción tripartita —Francia, Gran Bretaña, España— bajo el pretexto de asegurar el cumplimiento de justas reclamaciones por daños causados a sus nacionales en México. La fuerza británica se retiró tan pronto como se dieron cuenta de los verdaderos designios de los franceses. Muy pronto se vió España

(16) Samuel Flagg Bemis, *The Latin American Policy of the United States*, New York, Harcourt, Brace & Co., 1943, p. 108.

enteramente ocupada con Santo Domingo; y también retiró sus fuerzas de la peligrosa empresa mejicana. (17)

El Emperador de Francia, Napoleón III, puso un emperador de linaje europeo en el trono de los aztecas, el Archiduque Maximiliano de Austria. Los mexicanos se alzaron contra los invasores, y bajo el mando de su indomable Benito Juárez nunca cesaron de luchar por su libertad. Al terminar la Guerra Civil, el gobierno americano ejerció presión sobre Napoleón III y las tropas francesas salieron de México, dejando a Maximiliano solo hasta confrontar su trágico fin.

En Santo Domingo, una inmediata rebelión de la población contra el régimen español desmintió la pretensión de la Corona de España y de Santana y su grupo de que la ocupación había tenido lugar en respuesta a la petición de los dominicanos.

Aunque España había situado 25,000 soldados en la isla hacia 1864, no pudo vencer la resistencia de los nativos, ayudados por los estragos de la fiebre amarilla, ese leal aliado de la independencia del Caribe. Después de sufrir tremendas pérdidas de vidas y de fondos el gobierno español se vió obligado a retirarse, lo cual llevó a efecto en Mayo de 1865.(18)

El fin de la Guerra Civil en los Estados Unidos coincidió con el fin de la reanexión de Santo Domingo por las fuerzas de la corona española.

La victoria del gobierno de Washington al fin de la Guerra Civil fue el triunfo de la Doctrina de Monroe. La Doctrina se hizo sentir hasta el Perú.

En la primavera de 1864 una fuerza naval española ocupó las islas guaneras del Perú, las Chinchas, como represalia

(17) *Ibid*, pp. 110-111.

(18) *Ibid.*, 108

por un ataque brutal a unos españoles que trabajaban en su plantación en el interior del país. El Comandante Naval, que también tenía el título de Comisionado, anunció que España nunca había reconocido la independencia del Perú y por lo tanto podía recuperar sus derechos en las islas —presumiblemente en todo Perú. (19)

Los Estados Unidos protestaron dicha ocupación por medio del Ministro americano en Madrid, declarando al gobierno español que no podían ver con indiferencia un atentado de reducir el Perú por medio de conquista, y el reanexarse sus territorios.

Ese era el lenguaje de la Doctrina Monroe, directa y claramente. El Primer Ministro español inmediatamente aseguró al Ministro americano que la Doctrina de Monroe no tendría que apelarse por ningún proceder de España con el Perú. En 1865 España dejó las islas. Evidentemente lo que se aplicó al Perú se aplicaba, en principio, también a Santo Domingo: y sin duda tuvo su efecto influenciando a España para retirarse de su fracaso en la isla. (20)

Después de la Guerra Civil en los Estados Unidos ningún poder europeo se atravió a intervenir en la política dictada por la Doctrina de Monroe. Los Estados Unidos estaban nuevamente en posición de mantener su supremacía, de ejercer su poderosa influencia, y de extender su actitud proteccionista sobre todas las naciones del Hemisferio occidental.

Al comenzar la ocupación española en Santo Domingo el General Santana fue nombrado Gobernador General de la colonia. Muy pronto, sin embargo tuvo choque o conflictos con los españoles en comando.

(19) *Ibid.*, pp. 112-13.

(20) *Ibid.*, p. 113.

La fricción resultó en la renuncia de Santana el 7 de enero de 1862. El, evidentemente esperaba que la reina le pediría que reconsiderara y que le daría carta blanca en asuntos dominicanos, pero su renuncia fue aceptada, aunque suavizando esa aceptación al conferirle el título de Marqués de las Carreras y una pensión vitalicia. Sus sucesores en el mando fueron altos oficiales del ejército español. (21)

A medida que el descontento y la revuelta se extendían las pérdidas españolas tanto en hombres como en dinero subían. La posición de Santana se empeoró debido a su actitud de arrogancia amargada.

El General Santana, ahora Marqués de las Carreras, recibió el comando de una fuerza española a fin de poner fin a la insurrección en el Este, pero insistiendo en seguir su propio plan de campaña, desobedeció órdenes y contestó rudamente a las amonestaciones del Gobernador General y fue prontamente destituido de su posición. Con gran enojo se retiró a la Capital, y se rumoró que el Gobernador intentaba embarcarlo para Cuba, pero el 14 de junio de 1864 Santana murió de repente después de una enfermedad de apenas unas pocas horas. (22)

En 1865 salieron los últimos españoles de la isla y Buenaventura Báez estaba de regreso y nuevamente en el poder. “La vida de Buenaventura Báez parece haber sido una sucesión de caídas violentas y de triunfantes retornos”. (23)

Durante el período de la ocupación española Báez vivió en Europa, gozando de un amplio subsidio otorgado por la Corona española y hasta fue ascendido al rango de Mariscal de Campo en el ejército español. Después que comenzó la

(21) Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 57.

(22) *Ibid.*, p. 58.

(23) Macdonald, *Latin American Politics*, p. 573.

insurrección en Santo Domingo contra la dominación española, Báez renunció su comisión de Mariscal de Campo e hizo planes para regresar a la isla, adonde sus habilidades eran muy bien reconocidas. (24)

Báez fue elegido Presidente en diciembre de ese mismo año, pero no duró mucho en el poder. Apenas unos meses más tarde estalló una revolución que prontamente asumió proporciones tan alarmantes que Báez renunció y salió del país. A principios de 1868 los amigos de Báez fomentaron una revolución y quitaron el presidente del momento. Establecieron un gobierno provisional y llamaron a Báez. El 4 de mayo de 1868 Báez vino a ser presidente de la república por la cuarta vez. Esta vez, sin embargo, logró permanecer en el poder por casi todo su término de seis años que se conoce en la historia dominicana por

...el terrible período de los seis años. (25)

Báez pudo realizar lo que era el sueño dorado de los diferentes gobiernos desde el comienzo de la República, contratar un préstamo extranjero. Una firma de banqueros de Londres convino en poner en circulación bonos de la república pero con una tarifa ruinosa. El sueño se convirtió en pesadilla, porque cuando el gobierno anuló el contrato... los banqueros continuaron emitiendo los bonos y quedándose con el producto de la venta. (26)

Báez se tornó a los Estados Unidos. A pesar del fracaso de Santana con la ocupación española, Báez estaba más determinado que nunca vender su país lo más ventajosamente posible. Esta vez sus gestiones fueron con el Presidente Grant de los Estados Unidos. El Presidente Grant quería mucho la

(24) Tansill, *The United States and Santo Domingo*, p. 223.

(25) Bernardo Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, Pub. Buenos Aires, Talleres Americalee, Ed. 147, p. 1958.

(26) Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 63

anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos. El y Báez casi llegaron a lograrlo.

Báez continuaba activamente las negociaciones para la anexión... En noviembre 29, 1869, se firmaron dos tratados en Santo Domingo entre representantes de los gobiernos americano y dominicano. (27)

Las negociaciones entre los dos gobiernos continuaron, pero la escena se trasladó de Santo Domingo a Washington.

El Honorable Charles Sumner, Senador de Massachusetts, había sido uno de los más fuertes promotores del General Grant al comienzo de su administración, pero él era el presidente del Comité de Relaciones Extranjeras en el Senado, y como tal tenía que reportar sobre los tratados y la propuesta anexión, "pero la honesta convicción a que había llegado con respecto a la propuesta medida le hizo imposible continuar cooperando con los directivos de su propio partido". (28)

El 21 de diciembre de 1870 el Senador Sumner pronunció en el Senado su famoso discurso "Naboth's Vineyard" protestando virógorsamente contra la propuesta anexión de Santo Domingo y denunciando el proyecto como las maquinaciones ambiciosas del Presidente Báez y el Presidente Grant. La ocasión del discurso fue la introducción, por otro Senador, de una resolución autorizando al Presidente Grant a nombrar una comisión que hiciera una visita de investigación a Santo Domingo con el propósito de estudiar las condiciones de la República Dominicana y Haití. Haití entraba en el objetivo de anexión que tenía el Presidente, lo cual probó Summer al indicar las claras implicaciones contenidas en los documentos oficiales que tenía a mano.

El senador comenzó su ataque con energía declarando que la resolución ante el Senado comprometería al Congreso a una medida de violencia y de sangre, y expresó su convicción de que

(27) *Ibid.*, p. 63.

(28) Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 293

la isla de Santo Domingo no debía nunca llegar a ser una posesión de los Estados Unidos. El simbólico pasaje de "Naboth's Vineyard" tomado de la Biblia por el Senador Sumner para ilustrar su argumento resultó muy apto bajo las circunstancias. El alcanzó grandeza cuando abogó por los pequeños vecinos, cuando dijo al mundo que bondad, caridad, ayuda, asistencia, protección, todo eso que significa ser un buen vecino es lo que debemos dar, libremente, en abundancia; y continuó, afirmando que su independencia era tan preciosa para los dominicanos como lo era para ellos, los americanos. El Senador Sumner luchó con toda la fuerza y energía de sus convicciones a fin de salvar "Naboth's Vineyard" de las garras de un poderoso y rapaz vecino. (29)

El tratado de anexión no pasó en el Senado. Por resolución del Congreso el Presidente fue autorizado a enviar una comisión a Santo Domingo. El reporte de la comisión fue transmitido al Congreso, y el Presidente Grant aun hizo una nueva petición por la anexión de Santo Domingo. El Congreso, sin embargo, no tomó ninguna acción". (30)

Cuando el Presidente Báez estuvo seguro de que nada resultaría de su plan de anexión. rentó la península de Samaná a una corporación americana. El contrato fue firmado el 28 de diciembre de 1872. En su mensaje al Senado dominicano el 2 de enero de 1873 el Presidente Báez "aseguró a los senadores que él consideraba más de acuerdo con el progreso de la civilización y los verdaderos ideales del pueblo dominicano el entrar en un acuerdo con una compañía privada para el arrendamiento de ese territorio". (31)

Los enemigos de Báez no estaban quietos. El 25 de noviembre de 1873 estalló una revolución que se propagó tan rápidamente que la poca resistencia que Báez pudo ofrecer fue vencida y éste se vió forzado a capitular el 31 de diciembre. En enero 2 de 1874 el Presidente Báez renunció y, como de

(29) Charles Sumner, *Speeches*, "Naboth's Vineyard", Washington, Debates of Congress, 1870.

(30) Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 64.

(31) Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 405.

costumbre, se fue convenientemente al exilio. Como político y como diplomático, Buenaventura Báez fue un hombre típico de su era. Su carrera fue paralela con, y un símbolo de, las primeras décadas de la historia dominicana. Su política extranjera siguió las tendencias de mitad de siglo de ser influenciado por los Estados Unidos más bien que por Europa.

Después de los primeros tempestuosos treinta años de su Historia, la República Dominicana iniciaba una nueva era. Hombres nuevos, después de Santana y Báez, iban a tener la oportunidad de llevar las riendas del poder. Desgraciadamente, la experiencia que los dominicanos tuvieron con su gobierno y su política entre 1844 y 1874 no los preparó para ninguna forma estable de gobierno.

Durante muchas más décadas la historia dominicana iba a ser una serie de tiranías, revoluciones, y nuevas constituciones; también una plaga de corrupción política. Los dominicanos, sin embargo, nunca perdieron la fe en su propio destino; añoraban los ideales de libertad y de democracia predicados por Duarte y los demás fundadores de la patria; seguían añorando que un día podrían y debían alcanzar estabilidad social, política y económica.

III

DE LA MUERTE DE HEUREAUX HASTA LA OCUPACION AMERICANA

Bosquejo histórico de la República Dominicana durante los primeros años del siglo veinte, desde el fin de la era de Ulises Heureaux hasta el arribo de las fuerzas americanas de ocupación.

"Ningún otro país de Latino América ha sufrido más que la República Dominicana a causa de desórdenes internos, explotación financiera, e intervención extranjera". (1)



El fin del siglo diecinueve marcó también el fin del régimen de "Lilis" (General Ulises Heureaux) en la República Dominicana. El General Heureaux había estado en el poder por casi veinte años, y como presidente absolutista vitalicio por doce años, hasta su muerte el 26 de julio, 1899. A pesar de cierto grado de bienestar aparente durante los años de "Paz y orden" del período de Heureaux, el país se encontraba en un crítico estado financiero. Al desfalco crónico que siempre había caracterizado al gobierno dominicano durante su medio siglo de existencia, se agregaba la intensificada crisis diplomática provocada por las demandas que hacían los varios gobiernos extranjeros cuyos nacionales tenían

(1) Munro, Dana G., *The United States and the Caribbean Area*, Boston, World Peace Foundation, 1934, p. 101.

reclamaciones, de préstamos vencidos y otras deudas, contra la república.

De acuerdo con la política internacional de la época, los mismos designios motivaban los varios gobiernos extranjeros —con el pretexto de respaldar oficialmente las reclamaciones de sus nacionales contra el gobierno dominicano, iniciaban acción de fuerza que indudablemente tenía por objetivo el apoderarse del país, o cuando menos de la estratégica bahía de Samaná. La rivalidad que tal objetivo ocasionaba entre las potencias extranjeras, igualmente interesadas, prevenía que ningún país pudiese efectuar con éxito una intervención de fuerza.

En los Estados Unidos se había organizado, hacía algunos años, la Santo Domingo Improvement Company. Esta compañía operó como “consejeros y asociados de Heureaux en una serie de operaciones financieras que pronto crearon una deuda extranjera excesiva que el Gobierno no podía satisfacer. Por medio de corporaciones subsidiarias, compraron y vendieron bonos dominicanos, condujeron la construcción del Ferrocarril Central Dominicano, y supervisaron los cobros de aduanas, así como generalmente actuaban como agentes fiscales de la república”. (2) Las reclamaciones de esta compañía fueron más tarde un pretexto principal para la intervención del gobierno americano en los asuntos de la república. La Improvement Company lanzó tantas emisiones de bonos como demandas por dinero les hacía Heureau, cada vez con mayor tipo de interés. “La compañía completó el ferrocarril de Puerto Plata a Santiago, lo cual fue la única obra de mejoramiento público que efectuó en la república, y esto lo hizo con dinero dominicano”. (3)

El Gobierno de Heureaux había experimentado con emisiones de papel moneda, pero las “papeletas de Lilis” nunca valieron nada y sólo empeoraron una situación que ya estaba en crisis. Heureaux pudo pagar con sus “papeletas” sus deudas internas y personales, pero la deuda extranjera que ascendía a

(2) *Ibid.*, p. 103.

(3) Schoenrich, Otto, *Santo Domingo. A Country With a Future*, New York, The Macmillan Company, 1918, p. 356.

unos diez millones de dólares seguía pendiente. La situación vino a ser caótica: el Gobierno acusando a la Improvement Company y esta acusando al Gobierno.

El movimiento revolucionario que puso fin a Heureaux llevó a la presidencia a don Juan Isidro Jiménez, quien hacía años vivía exiliado en el extranjero. La inauguración del gobierno de Jiménez prometía ser el comienzo de una era de paz y bienestar para la república, pero en seguida se vió el nuevo presidente asediado por las deudas y demás complicaciones de índole internacional que su gobierno había heredado del de Heureaux. Sin fondos a su disposición y sin acceso a las entradas aduaneras, el Presidente Jiménez no pudo satisfacer las demandas de sus acreedores. El Cónsul francés fue el primero en asumir una actitud beligerante y no solamente hizo amenazas, sino que las respaldó con la presencia de tres buques de guerra franceses anclados frente a la ciudad capital mientras llevaba a cabo sus negociaciones. "La presencia 'oportuna' de un vapor de guerra americano que tres días más tarde también ancló frente al puerto, hizo que el Cónsul francés asumiera una actitud conciliadora y concluyera sus negociaciones amigablemente con el gobierno dominicano". (4) A raíz de este incidente, el Presidente Jiménez se vió obligado a firmar un nuevo contrato con la Improvement Company, lo cual fue perjudicial en todo sentido pues no se mejoró el desfaldo del gobierno ni se alivió la cuestión de la deuda extranjera; se provocó, en cambio, gran indignación pública. Los dominicanos querían, sobre todo, ver el fin de la Improvement Company y de la continua amenaza de intervención americana que la misma representaba.

A este punto "el gobierno se vió envuelto en lo que tenía todo indicio de llegar a ser una disputa internacional" cuando el gobierno belga protestó y el americano también protestó y el Banco Nacional fue declarado en quiebra y por decreto de enero 10, 1901, la Improvement Company fue excluida de má participación en los cobros aduaneros". (5) Al

(4) Wells, Sumner, *Naboth's Vineyard, The Dominican Republic*, New York, Payson & Clarke Ltd. 1928, p. 558.

(5) *Ibid.*, p. 563.

fin del litigio la compañía "consintió en vender" sus intereses al gobierno dominicano, y se firmaron nuevos contratos con los intereses franceses y belgas.

La política interna del país, entretanto, se había deteriorado rápidamente y las relaciones entre el Presidente Jiménez y el Vice-Presidente, General Horacio Vásquez, alcanzaron un alto grado de tirantez. A principios de 1902 la crisis culminó en una revolución con la caída de Jiménez quien se volvió al destierro. Triunfantes los revolucionarios instalaron a Vásquez como presidente provisional y "quedó la opinión pública del país dividida en dos banderías: una la de los "Jimenistas" que se llamó "bolo" y que, como lo indica su primera denominación, mantuvo como Caudillo al derrocado ex-Presidente Jiménez, y otra que de hecho conservó como Jefe al General Horacio Vásquez y que se bautizó con el nombre de "Horacista" o "colúa". Es curioso observar como las intransigentes ideas políticas de la época escogieron como simbolo al gallo, animal de combate". (6)

No tardaron en iniciarse movimientos revolucionarios. Las rencillas de los varios grupos, y de los políticos entre sí, impidieron la estabilidad del gobierno provisional de Vásquez y la tranquilidad del país. El General Vásquez se vió obligado al fin a renunciar la presidencia y embarcarse también, una vez más, hacia el destierro. Elegido por la revolución asumió el poder como presidente provisional, El General Alejandro Woss y Gil, quien fue también elegido, al celebrarse elecciones, como presidente constitucional, y prestó juramento como tal. Su gobierno, sin embargo fue de corta duración. "Disconformes los partidarios del General Vásquez con la caída de su Caudillo, y descontentos los "jimenistas" porque el esfuerzo realizado no aprovechó a su Jefe, hicieron alto en la tarea de recriminarse recíprocamente y se unieron para laborar en el sentido de derrocar al Gobierno de Woss y Gil. En octubre se dió en Puerto Plata el grito de insurrección, constituyéndose un Gobierno

(6)s, Pichardo, Bernardo, *Resumen de Historia Patria*. Buenos Aires, Talleres Americalee, 1947, p. 224.

Provisional Revolucionario bajo la Presidencia del ciudadano Carlos F. Morales Languasco. Unidos, pues, momentáneamente, bolos y colúos, se efectuaron pronunciamientos, y después de una corta resistencia por parte del gobierno de Woss y Gil, este capituló, y se trasladó a la Capital el gobierno provisional de Morales". (7)

Morales fue elegido como presidente constitucional con Ramón Cáceres como vicepresidente, y tomaron posesión el 19 de junio de 1904. Morales, como sus predecesores, tuvo que confrontar las demandas de los gobiernos extranjeros que en representación de sus nacionales acreedores de la república, mantenían sus tácticas de agresividad hacia el gobierno deudor y de rivalidades entre si.

Ya el año anterior "en abril 2, 1903, desembarcaron tropas de los Estados Unidos para proteger intereses americanos y un vapor de guerra alemán desembarcó 150 hombres para proteger los consulados alemán y británico. Buques italianos y holandeses también entraron al puerto" (8) La situación parecía insoluble. El control de las aduanas de Santo Domingo y San Pedro de Macorís se le había cedido a Francia y Bélgica, pero sin las entradas de las mismas, el gobierno no podía sostenerse. Otras entradas estaban igualmente "controladas" por Alemania, España e Italia. "Hacia fines del mismo año, 1903, fuerzas americanas, francesas, e italianas desembarcaron para "proteger" intereses extranjeros". (9)

El Presidente Morales inició extensas negociaciones con los Estados Unidos con el fin de conseguir protección para su gobierno al mismo tiempo que una solución al agudo problema de la deuda extranjera. Theodore Roosevelt, justificándose con su "corolario de la doctrina de Monroe" manifestó en su mensaje de febrero 15, 1905, "que las condiciones de la República de Santo Domingo habían empeorado, que habían allí muchos disturbios y revoluciones,

(7) *Ibid.* pp. 232-233.

(8) Jones, Chester Lloyd, *The Caribbean Since 1900*, New York, Prentice-Hall, 1936, p. 102.

(9) *Ibid.*, p. 103.

que era imposible para el país pagar su deuda extranjera, que la única manera de los acreedores obtener su dinero era adquiriendo territorio o tomando posesión de las aduanas del país, que su gobierno (de los Estados Unidos) haría lo que fuera necesario para la rehabilitación financiera de la república, que la justificación (de los Estados Unidos) para intervenir en los asuntos dominicanos era la de evitar que otros gobiernos interviniesen, que las condiciones de la república no sólo constituían una amenaza a las relaciones de los Estados Unidos con otras naciones extranjeras sino que también concernían a la prosperidad de los habitantes de la isla, y también a la seguridad de intereses americanos..." (10)

El Senado americano, sin embargo, no le dió curso al proyecto del Presidente Roosevelt, y este, impaciente por evitar que algún cambio en la situación (dominicana) impidiera sus planes de intervención y control, "autorizó la promulgación inmediata de un "modus vivendi" por el cual, bajo la dirección de un representante del Presidente de los Estados Unidos, todas las entradas de los puertos del sur y del norte de la República Dominicana serían recaudados; 45 o/o entregados al gobierno dominicano, y 55 o/o para distribuirse entre los acreedores..." (11) Los dichos acreedores, con la excepción de la Improvement Company, aceptaron el plan de Roosevelt y el "modus vivendi" fue aprobado. El representante del Presidente Roosevelt se hizo cargo de las aduanas y las reorganizó de acuerdo con un decreto preparado y promulgado por el gobierno de Morales el 31 de marzo. La Receptoría de Aduanas "actuó pronta y eficientemente, y hacia el 5 de septiembre, del mismo año 1905, Roosevelt notificó a su Secretario de Marina que diera instrucciones a su Almirante Bradford de parar cualquier revolución que surgiera en Santo Domingo, y que él (Roosevelt) tenía toda intención de mantener la isla en "statu quo" hasta que el Senado procediera con el tratado..." (12)

(10) Wells, *Naboth's Vineyard*, pp. 621-23.

(11) *Ibid.*, p. 627.

(12) Callcott, Wilfred Hardy, *The Caribbean Policy of the United States. 1890-1920*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1942, pp 194-95.

Es fácil imaginarse la inquietud con que veían en Santo Domingo y en el exterior la intervención de los Estados Unidos en los asuntos de la isla y del Caribe en general. Hay que tomar en cuenta que Santo Domingo, situado entre Cuba y Puerto Rico, se consideraba en aquel momento como la siguiente víctima de la política imperialista del “aguila” del norte. “Roosevelt consideraba que su intervención (en Santo Domingo) era inevitable ... La guerra entre España y los Estados Unidos había pasado hacía poco. Esta guerra había sido seguida del control americano en Cuba, de la anexión de Puerto Rico y las Filipinas, de la Zona del Canal de Panamá, y de la entrada de los Estados Unidos, de lleno, en la política y los problemas mundiales. También siguió un cambio de actitud de parte de los Estados Unidos hacia el Caribe. Nuevas posesiones, nuevas responsabilidades, parecían demandar una extensión de su autoridad en el Caribe. Por eso también sus esfuerzos en anticiparse a las potencias europeas y asiáticas y prevenir que extendieran (las otras) sus influencias o control en esas aguas”.

(13)

Mientras tanto el gobierno de Morales había alcanzado tal estado de crisis política, que éste se vió obligado a dejar la presidencia y salir del país. Le sucedió el vicepresidente, General Ramón Cáceres, con quien iba a gozar el país un largo período de paz y prosperidad desconocidas hasta entonces en los anales de la historia dominicana. El Ministro de Hacienda, don Federico Velázquez y Hernández, debidamente autorizado por su Gobierno, efectuó varios viajes a los Estados Unidos para representar los intereses nacionales ante el gobierno americano. El 8 de febrero, 1907, se firmó la famosa Convención Dominico-Americana, “en cuya virtud el Gobierno Americano asumió el servicio de la deuda exterior. Logró el señor Velázquez reducir dicha deuda de \$30,000,000 a \$20,000,000 – y por medio de un Plan de Ajuste se procedió a satisfacer los

(13) Moore, David R., *A History of Latin America*, New York, Prentice Hall, 1946, p. 709.

diversos acreedores con mayor o menor éxito". (14) La Convención fue aprobada por el Senado americano el 25 de febrero, y por el Congreso dominicano el 3 de mayo de 1907.

En julio de 1908 fue reelecto el Presidente Cáceres para un nuevo período. El historiador dominicano Bernardo Pichardo se expresa en los siguientes términos respecto a la era de Cáceres. "No se puede negar que durante ese período recibió el progreso del país los más vigorosos impulsos que se le hayan impreso... Se construyeron carreteras, estaciones radiotelegráficas, líneas férreas, importantes puentes; se realizaron estudios científicos para la irrigación de regiones abrasadas; se crearon Granjas-Escuelas ; se científicó nuestra Estadística; se protegió la publicación de obras nacionales; se reedificaron edificios públicos; se mejoraron las redes telegráficas y telefónicas, y dentro de un plan de regularidad económica, se atendía holgadamente a los servicios públicos, gozando además, la Justicia de un prestigio y protección no igualados antes ni después. Baste decir que era tal el crédito de que disfrutaba la administración, que casas extranjeras y obreros nacionales se disputaban los pedidos y contratos, persuadidos de que el dinero con que se les pagaría existía abundantemente en las arcas nacionales. Las fuentes maravillosas que desata la cautela y discreción en el manejo de los fondos de un Estado, auguraban días de esplendor y bienestar para la República..." (15)

Los "días de esplendor y bienestar para la República" duraron seis años. No habían faltado intrigas políticas. El 19 de noviembre, 1911, fue asesinado el Presidente Cáceres por un grupo de jóvenes, frente a Güibia, a su regreso de un paseo en coche a San Gerónimo. Irónica coincidencia el que Mon Cáceres sufriera el mismo fin que, a la cabeza de un grupo de jóvenes también, diera él mismo a Lilis doce años atrás en las calles de Moca. El General Alfredo Victoria, Comandante de Armas de la Capital, asumió el poder, pero siendo demasiado joven para ascender a la presidencia, impuso a su tío el Senador Eladio

(14) Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, p. 246.

(15) *Ibid.*, p. 24.

Victoria, de Santiago, y fue elegido éste como Presidente Provisional tomando posesión el 6 de diciembre. "Militarizados todos los servicios, los empleados públicos tenían que atender de preferencia a las indicaciones de la Comandancia de Armas de la Plaza de Santo Domingo, centro de todas las combinaciones militares y políticas... Y así transcurieron los dos primeros meses, convocándose a la postre los Colegios Electorales existentes, que eligieron, como era lógico presumirlo, al Señor Victoria, Presidente de la República, y este eligió a la cabeza de su gabinete a su sobrino el General Victoria como Ministro de Interior y Policía y Guerra y Marina". (16)

Una oposición general a la presidencia de Victoria, y sobre todo a la manera de cómo había sido elegido, se manifestó en levantamientos revolucionarios en las provincias, sobre todo en el Cibao. La lucha se extendió por muchos meses. Ante tales condiciones, llegó a Santo Domingo una comisión americana con el propósito de mediar y buscarle alguna solución al caos reinante. Se efectuaron una serie de conferencias y al fin se llegó a un acuerdo con el Gobierno y con los revolucionarios por el cual el Congreso aceptó la renuncia del Presidente Victoria y eligió como presidente provisional al Arzobispo de Santo Domingo, Monseñor Adolfo A. Nouel, por un período de dos años. El nuevo presidente prestó juramento el primero de diciembre de 1912. "Interpretaron las revoluciones la presidencia de Monseñor Nouel como una tregua, y no como el saludable y definitivo paréntesis en que la Justicia operaría el milagro de establecer la Paz. Después... ¡ah! Después, lo acostumbrado..." (17) Y muy pronto el pobre arzobispo no pudo más, y agobiado por la lucha gubernamental y las intrigas políticas, renunció y se fue...

"Cuando Woodrow Wilson ocupó la presidencia (de los Estados Unidos) en marzo, 1913, la República Dominicana estaba una vez más al borde de la anarquía". (18) Al fin,

(16) *Ibid.*, p. 256.

(17) *Ibid.*, p. 262.

(18) Bemis, Samuel Flagg, *The Latin American Policy of the United States*, New York, Harcourt-Brace, 1943, p. 190.

después de larguísimos y sofocados debates, el Congreso Nacional eligió como presidente provisional por un año al General José Bordas Valdés, Senador de Monte Cristi, quien tomó posesión el 14 de abril. Casi en seguida estallaron movimientos revolucionarios en las provincias del Cibao. El Presidente Bordas, acompañado del General Pedro María Rubirosa y de un contingente de tropas, salió para el Cibao y con refuerzos de La Vega y Santiago puso sitio a Puerto Plata, donde se acuartelaron los revolucionarios. El sitio de Puerto Plata fue largo y penoso. La situación del gobierno se agravó a tal punto por falta de fondos disponibles que "se puede asegurar que aquel gobierno llegó a la bancarrota, no obstante haber actuado durante el año en que fueron más crecidas las entradas aduaneras". (19) La revolución continuó y se extendió.

Al haber ya pasado el término de la presidencia de Bordas, se mantenía este en el poder ilegalmente bajo el amparo de la revolución. En julio intervino el Presidente de los Estados Unidos y se suspendieron las hostilidades temporalmente para recibir y estudiar el famoso "Plan Wilson" que dos comisionados americanos llevaron, con instrucciones de aplicarlo de cualquier modo. "En resumen, el 'Plan Wilson' requería la retirada del Presidente Bordas, el nombramiento de un Presidente Provisional apoyado por los Estados Unidos, y nuevas 'elecciones libres y legales' del Congreso y del Presidente, enteramente bajo la supervisión de representantes americanos" (20) A los pocos días de haber llegado los comisionados y de haber sometido el plan, fue este aceptado. El Presidente Bordas presentó su renuncia, y el mismo día, 27 de agosto, tomó posesión el Doctor Ramón Báez como Presidente elegido por los Jefes de los partidos políticos. Don Juan Isidro Jiménez y Velázquez se unieron contra Vásquez y triunfaron. El 5 de diciembre de 1914 prestó juramento don Juan Isidro Jiménez como Presidente de la República, por segunda vez, y

(19) Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, p. 269.

(20) Knight, Melvin M., *The Americans in Santo Domingo*, New York, Vanguard Press, 1928, p. 5.

nuevamente pareció que el país entraba en una era de paz y prosperidad. Pero tampoco esta vez fue así.

Desde un principio se encontró el gobierno de Jiménez en una situación precaria. Por un lado lo amenazaban las continuas intrigas y revueltas de los políticos, y por el otro el peligro de la actitud cooperadora americana, que enfáticamente ofrecía "cualquier ayuda que necesitara para infundir el respeto a su administración... sea que los ataques que le hacían fueran directos o indirectos, abiertamente o secretos. En repetidas ocasiones el gobierno americano le ofreció a Jiménez desembarcar sus tropas para poner orden y proteger su gobierno, pero conociendo lo arriesgado de tal paso rehusaba la protección ofrecida." (21)

El 28 de julio de 1915 ocuparon las fuerzas militares americanas a Haití. La guerra europea seguía agravándose y cada día parecía más inevitable que los Estados Unidos tendrían que intervenir. Por lo tanto, cada día aumentaba la importancia estratégica del Canal de Panamá y la necesidad de defenderlo. Históricamente, desde los días de Colón, la Bahía de Samaná había sido codiciada por todos los países interesados en el Caribe. La República Dominicana era el último baluarte que necesitaba el gobierno americano para completar su muralla protectora en las Antillas. De todo esto se daba cuenta el Presidente Jiménez, y del peligro que corrían su gobierno y su patria. Pero los numerosos generales y políticos rehusaban comprenderlo y sus agitaciones seguían fomentando insurrecciones, revoluciones, y violaciones a la ley y al orden público.

En realidad no había escapatoria, no había alternativa. Si el Presidente Jiménez aceptaba la ayuda del gobierno de Wilson, el precio era la intervención de fuerzas americanas en el país, y si rehusaba se empeoraba la situación y se exponía el país a la intervención a la fuerza, como resultó al fin... pues ya estaba decidida en Washington, y era inevitable. "Para muchos dominicanos, el Tío Sam era un lobo en busca de un corderito

(21) Munro, *The United States and the Caribbean Area*, p. 123.

para devorar, y para la mayor parte de los demás era un asno caprichoso cuyas patadas había que temer. La deuda (dominicana) en unos siete millones de dólares. Esta suma era exagerada, pero la situación no tenía remedio y no importaba la cifra..." (22)

El momento crítico llegó en mayo de 1916. Amenazado por sus oponentes a tal punto que tuvo que abandonar la Capital y refugiarse en San Gerónimo, el Presidente Jiménez aún rehusó la ayuda de tropas americanas. Acuartelados en la Capital los de la oposición, no cedían en sus demandas. El Presidente Jiménez fue quién cedió, presentando dramáticamente su renuncia y saliendo nuevamente hacia el destierro, pero su sacrificio fue inútil pues los marinos americanos ocuparon de todos modos la ciudad de Santo Domingo, el 15 de mayo, y durante el mes de junio ocuparon los puertos del norte y todos los puntos de importancia del interior. La ocupación militar americana de Santo Domingo se había efectuado al fin, después de medio siglo tramándola numerosos gobernantes y políticos de ambos países.

(22) Knight, *The Americans in Santo Domingo*, p. 64.

CERVANTES

Rasgos Característicos de su Arte*

*Cervantes es un genio inmortal
y su Quijote es la obra maestra
de la literatura occidental.*



LOS genios no se forman, nacen! Miguel de Cervantes Saavedra, que nació en 1547 y murió en 1616, y cuya vida fue una continua lucha contra el infortunio, es una de las grandes figuras de la literatura universal. Su obra maestra, *Don Quijote*, es la obra literaria universal por excelencia: se lee y se aprecia y se estudia en el mundo entero. Esta obra maestra nos presenta un rico y variado panorama de la España de la época: de cualquier país en cualquier época, por lo humano y porque, al mismo tiempo, es la síntesis de los géneros novelísticos del Siglo de Oro. Cervantes mezcla el realismo y el idealismo del siglo XVI y crea la novela moderna. "Su obra es el vértice a que llegan todas las tendencias de la literatura narrativa anterior y del que parten todas las de la literatura que le siguen."(1).

* En *Aula*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, No. 32, 1980, pp. 21-32.

(1) Angel Río, *Historia de la literatura*, 1-207.

Su creación artística abarca todos los géneros literarios, no solamente la novela. Escribió poesía, pero él mismo reconoció que no tenía el don poético según lo afirmó en los siguientes versos:

*“Yo que siempre me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo. (2)*

La obra dramática de Cervantes es de primera magnitud, y a no haber surgido Lope de Vega en ese momento su importancia en el teatro español sería mucho mayor. Se le ha considerado el más importante de los dramaturgos pre-lopistas, pero en realidad el teatro cervantino tuvo dos épocas y en el intervalo surgió Lope, “monstruo de la naturaleza... y alzóse con la monarquía cómica” (3) y creó el teatro español moderno. Pero el género literario en que Cervantes fue un genio es el de la novela

La biografía de Cervantes nos parece hoy como una de sus propias novelas, producto de una pluma cervantina, pero fue que sus experiencias personales fueron la mejor escuela en que su genio aprendió a interpretar el mundo. Además su vida no deja de ser típica de un hidalgo pobre de la España de su tiempo. Don Miguel de Cervantes Saavedra siguió el vaivén político-social de su época; se distinguió en las armas durante su juventud y conoció a Italia; conoció la esclavitud en Africa, y la injusticia y la pobreza en su propio país; pero escribió y escribió, siempre con inagotable optimismo, sin ilusiones pero con absoluta fe en sí mismo, en el mundo, y en su creación artística.

El Cervantes inmortal, el creador de un arte nuevo, se formó pues durante la segunda mitad del siglo XVI, en el largo reinado de Felipe II, durante la grandeza y el apogeo político de España. Pero su papel fue bien insignificante en este grandioso escenario. Su papel fue, durante ese medio siglo, el de observador; y si estuvo siempre pobre de recursos, era rico de ingenio. Ese ingenio y sus propias experiencias y observaciones le permitieron, en sus últimos años —ya pasada la media

(2-3) Cervantes, *Obras completas*, Aguilar, 1956, págs. 66.

centuria,— escribir lo mejor de su teatro, sus novelas, y el inmortal *Don Quijote*.

Esos últimos años de Cervantes, los de su grandiosa y cuantiosa producción literaria, coinciden con el momento del apogeo de la literatura española del Siglo de Oro. Era el momento en que también Lope de Vega escribía su obra inmortal y creaba un arte nuevo: el teatro moderno. Cervantes y Lope, y sus contemporáneos, marcan el punto de división entre lo anterior y lo moderno en las letras españolas, y si buscamos una división más estrecha podemos decir que ese momento pone fin a la literatura renacentista e inicia la literatura barroca. Pero "Cervantes no es ningún barroco y por consiguiente tampoco es un autor barroco." (4) En Cervantes y en Lope "todas las tendencias de la época aparecen aún equilibradas. En sus continuadores el equilibrio se rompe determinando los fenómenos artísticos extremos del barroco." (5)

Si la obra de Cervantes nos asombra por su universalidad y su modernidad es precisamente porque él se salvó de la tendencia barroca y sin embargo, al mismo tiempo, hay elementos barrocos en su obra de madurez, pero armoniosamente integrados a su arte propio que recoge y funde toda la tradición literaria española anterior.

La obra de Cervantes, diversa y contradictoria, nace toda del mismo espíritu creador, y, vista en conjunto, muestra la amplitud del genio de su autor, el hombre que acumuló tantas lecturas y tantas experiencias vitales, y que no consideró nada ajeno a su arte; el que, arraigado profundamente en la literatura del pasado y fecundado por la vida, inventó un arte nuevo capaz de contener en sí la totalidad de la vida y la literatura. (6)

* * *

(4) Ludwig Pfandl, *Historia de la literatura nacional española en la edad de oro*, Barcelona, 152, p. 321.

(5) del Rfo, *Historia*, 1-288.

(6) Federico de Onís, *España en América "Cervantes"*, U. de P.R., 155, p. 331.

La creación artística de Cervantes abarca todos los géneros literarios anteriores y crea uno nuevo.

El primer trabajo importante de Cervantes fue *La Galatea* (1585) un romance pastoril que fue bien recibido por el público y le dió de seguida cierta fama. Se ha dicho que *La Galatea* es una obra fría, sin vida y sin habilidad en el artificio (7) — pero fue la obra de su juventud, predilecta del autor, que siempre prometió escribir una segunda parte y que aún en su lecho de muerte lo decía. Es significativo que el amor es el tema constante en esta obra de Cervantes joven, el amor platónico, y todas las demás preocupaciones de la vida parecen olvidadas — es el idealismo renacentista — era el momento en que estaba en boga la novela pastoril, y en toda la obra de Cervantes se notará una inclinación a lo bucólico, al idealismo como escape de la realidad. *La Galatea* es un temprano esfuerzo literario del futuro genio, pero no debemos olvidar que por eso mismo revela candorosamente el idealismo innato del autor.

Del teatro que escribió Cervantes en esa primera época han quedado *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia*. Esta última es la obra maestra del teatro cervantino de esa época. Cervantes pintó la tragedia de Numancia tan a lo vivo que se sienten las fuerzas apocalípticas que a título de heroísmo destruyen un pueblo. “Las escenas de hambre y amor de la ciudad sitiada, en versos que producen su efecto, son excelentes, patéticas e inolvidables.” (8) Pasaron muchos años. Sin duda escribió Cervantes sus obras teatrales en diferentes épocas, pero sólo en 1613, cerca del fin de su vida, aparecieron sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*. El entremés es una pieza teatral corta de género cómico, y los entremeses de Cervantes son de los mejores.

Dos años antes de publicar las ocho comedias y ocho entremeses, sacó Cervantes a la luz sus *Novelas ejemplares* (1613), a las que llamó “ejemplares” porque no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso” y con su genial candidez agrega Cervantes en el prólogo que su ingenio las engendró, y las parió su pluma. (9) Afirma también que él es “el pri-

(7) Cervantes, *Obras* p. 605.

(8) Cervantes, *Obras*, p. 146.

(9) Cervantes, *Novelas ejemplares*, Barcelona, Sopena, 148, p. 10-11.

mero que ha novelado en lengua castellana.” (10) Se trata de doce novelas cortas que “por la riqueza imaginativa, la calidad del estilo, la variedad de personajes y la capacidad extraordinaria para pintar toda clase de ambientes, es consenso de la crítica que las *Novelas ejemplares* sólo ceden en importancia al Quijote dentro de la producción cervantina.” (11)

Su última novela fue su obra póstuma *El Persiles* “terminada — apresuradamente — con su vida, aquella en que su autor decía confiar más, es una novela de aventuras, una novela bizantina, deliberadamente inverosímil...” (12) *El Persiles* es la historia de Persiles y la vida de Cervantes acabaron juntas. Y ahora debemos comentar la obra en que Cervantes alcanza su plenitud, la obra cumbre de todas las literaturas, el incomparable *Don Quijote*.

Aunque toda la vida y toda la obra de Cervantes son importantes al estudiar los rasgos característicos de su arte, es necesario ahondar, estudiar detenidamente su *Don Quijote*, que es la síntesis de su genio creador. Sobre Cervantes y su Quijote se ha escrito demasiado durante los tres siglos y medio desde su creación, y se escribirá mucho más durante los siglos venideros. En nuestro siglo se ha revalorizado la obra de Cervantes, sobre todo el *Quijote*, y muchos pensadores, académicos y otros hombres de letras han publicado valiosos estudios, unos de conjunto y otros de análisis. Cervantes mismo fue el primero en escribir sobre su creación: “no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante” —y procede a hablar de Don Quijote como de un hijo que él engendró. (13) Diez años más tarde, en el prólogo de la segunda parte, dice que esa segunda parte de su *Don Quijote* “es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera” y dice también que nos da a su Quijote “finalmente, muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios” (14) — pero al sepultar Cervantes a su héroe, se lo dió al mundo por los siglos de los siglos, y tanto el autor como su creación lograron la inmortalidad.

(10) *Ibid.*, 11.

(11) del Río, *Historia*, págs. 23-40.

(12) *Diccionario de literatura española*, Revista de Occidente, p. 146. Cervantes, *Obras*, p. 1525.

(13) Cervantes, *Don Quijote*, Ed. M. de Riquer, Barcelona, 150, p. 1.

(14) *Ibid.*, p. 55

Don Miguel de Cervantes Saavedra escribió la primera parte de El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha a los cincuenta y ocho años de edad, y la segunda diez años más tarde, en plena madurez.

Indudablemente, el *Quijote* es una obra de madurez: madurez del autor y madurez de la literatura como expresión artística de la ficción y de la vida, como síntesis de todo lo anterior: el romance, el idealismo y el realismo del siglo XVI y, al mismo tiempo, algo nuevo. Un género literario que encajó tan bien en el mundo moderno que ya se vislumbraba, que su herencia e influjo se han dejado sentir desde entonces, y la creación literaria y la crítica que Cervantes y su obra han provocado no ha cesado ni cesará nunca.

Cada siglo ha interpretado a *Don Quijote* a su manera, como cada individuo en cada época lo ha interpretado a su manera. Su influencia ha sido universal. El *Quijote* se tradujo a lenguas extranjeras en seguida y se ha traducido a casi todas las lenguas del mundo. La crítica también ha seguido las corrientes e influencias de cada época dentro y fuera de España. Tenemos a la vista docenas de obras, más o menos recientes, sobre el *Quijote* y, o aspectos de uno u otro. Unas revelan el clima literario en que se escribieron, otras son de género enteramente personal. Las tenemos en español (15) en inglés (16) y en francés (17). Pero las hay en todos los idiomas.

(15) Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, en *Ensayos*, ed. Aguilar, 1951

José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, ed. Revista de Occidente, 1956.

Salvador de Madariaga, *Guía del lector del "Quijote"*, ed. Sudamericana de Buenos Aires, 1947

Ramiro de Maeztu, *Don Quijote...* ed. Espasa-Calpe, 1948

Ramón Menéndez Pidal, *De Cervantes y Lope de Vega*, ed. Espasa-Calpe, 1940.

F. Rodríguez Marín, *Estudios cervantinos*, Madrid, 1957.

F. Rodríguez Marín *Viaje del Parnaso...*, Madrid, 1935.

F.A. de Icaza, *El Quijote...*, Madrid, 1935.

Homenaje a Cervantes, Madrid, ed. Insula, 147, con artículos de A. Castro, J. Casaldueiro, y muchos otros.

(16) Aubrey Bell, *Cervantes*. W. J. Entwistle, *Cervantes*. M. Van Doren, *Cervantes across the Centuries*, 147, con artículos de Unamuno, Menéndez-Pidal, Castro, Casaldueiro, y muchos otros.

(17) Paul Hazard, *Don Quijote de Cervantes*, París, ed. Mellottée.

La interpretación del Quijote se hace más profunda a partir de Menéndez Pelayo, y, sobre todo, a raíz del 98. Es desde entonces cuando se empieza a conceder verdadero simbolismo racial a la figura de Don Quijote. (18)

Miguel de Unamuno con su *Vida de Don Quijote y Sancho* y Ortega y Gasset con su *Meditaciones del Quijote* encabezan la lista de grandes plumas de nuestro siglo que estudian la obra cervantina. Ambas obras son básicas para que el lector se oriente en la interpretación contemporánea del *Quijote*, del quijotismo y del cervantismo. Casi todo el criticismo posterior sobre el *Quijote* cita a Unamuno o a Ortega o a ambos. El tema central de la *Vida* y las *Meditaciones* es, en realidad, la preocupación con el destino de España que dominaba el pensamiento de la generación del 98 y la siguiente. Ambos, como tantos otros, analizan el *Quijote* en su afán de buscar la realidad de España.

A propósito de la realidad de España que existe en el *Quijote*, está tanto en lo profundo de la obra como en lo superficial: por ejemplo, hay toda una serie de cuadros de costumbres de la época, intercalados dentro del paisaje de España — por el que pasan los dos protagonistas, los dos símbolos del idealismo y del realismo español: Don Quijote y Sancho. Y como el realismo de Sancho se deja influir del idealismo del ingenioso soñador es uno de los temas que alcanza al alma española, y que se ha discutido tanto y se discutirá mucho más. Pero el idealista muere y arregla sus cuentas con Dios, y el realista Sancho vive, aunque queda bajo la influencia del Caballero andante de la Triste Figura a tal punto que ya siempre será parte integrante de su ser: de España. Ya nunca podrá deshacerse del quijotismo que se le ha pegado en sus andanzas.

El desengaño, la verdad, y la muerte precipitan el fin del Caballero, de la caballería, del medievalismo. Todo ha sido un sueño. Pero de ese sueño le queda a Sancho, el mundo real, una herencia imperecedera: el quijotismo es una realidad estética no solamente española sino universal. El quijotismo es la humanidad en busca de su ideal.

¿Y qué decimos de los duques y su corte en la alegoría cervantina? ¿No parecen ser el mundo exterior que se divierte a costa de nuestro quijotismo sin comprender sus raíces, su fundamental valor humano? ¿Sin comprender que la realización de nuestros ideales simplemente los destruye? Y fijándonos en otro momento de la novela, ¿qué pasa cuando Don Quijote y Sancho han logrado sus respectivos ideales? El uno está en el castillo de los duques y el otro en su ínsula. Pero en vez de ser felices sienten una soledad, angustia y tristeza que al fin los hace buscarse nuevamente. ¿No es que el idealismo y el realismo se necesitan uno al otro para lograr una totalidad de nuestra realidad tanto la realidad del individuo como la de la sociedad? y en el mundo de Cervantes como en el nuestro?

El relato en *Don Quijote* sólo abarca un corto período de tiempo, “pero simboliza en su proceso rápido el curso total de la vida humana.” (19) ¿Y cuál es la esencia del carácter de Alonso Quijano y de don Quijote? ¿Y de Sancho? ¿Qué es lo que mantiene nuestra fe en nuestros semejantes?

La bondad es lo único que no sufre rectificación y que es válido a través de la locura y la cordura, de la vida y de la muerte; fue el lazo que unió tan estrechamente a Don Quijote y Sancho hasta hacerlos uno mismo, y es el que une a toda la humanidad con ellos. (20)

No entramos en las diferencias que hay entre las dos partes del *Quijote*. Lo tratamos en un sentido de conjunto, como en un pazo más amplio tratamos la obra toda de Cervantes en su valoración total.

Uno de los rasgos característicos de la obra cervantina es que, en conjunto o en partes, se presta a infinidad de interrogaciones. El *Quijote* es sólo comparable a la *Biblia* como inagotable fuente de sabiduría humana.

No solamente cada lector encuentra sus propias interpretaciones sino que como ya hemos anotado, muchos pensadores han buscado en la obra inmortal de Cervantes el alma de su nación. Y si se ahonda en el *Quijote* se encuentra el alma toda de España.

(19) de Onís, España en América, págs. 338 y 33.

(20) de Onís, España en América, págs. 338 y 33.

... concentremos en el Quijote la magna pregunta : Dios mío, ¿qué es España? ... ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental? (21)

Cervantes reunió en su obra todos los elementos en que divide Manuel de Montoliu el título de su obra *El alma de España* : (22) el alma imperial, el alma caballescra, el alma picaresca, el alma estoica y el alma mística.

El alma imperial aparece en la vida misma de Cervantes con su participación en la batalla de Lepanto, experiencia fundamental en su vida. En su obra puede citarse *El cerco de Numancia*, en que "la Fama canta, ya al final, la victoria de este pueblo hispano y anuncia las futuras glorias de la historia patria." (23)

El alma caballescra, el alma picaresca, y el alma estoica son elementos fundamentalmente integrantes del alma del *Quijote*, del alma de España. Y el alma mística la inspira el Quijote mismo, Alonso Quijano el Bueno, a tal punto que le dedicó Rubén Darío, en nuestro siglo, su "Letanía de Nuestro Señor Don Quijote" en que un alma americana le pide, al alma española pintada por Cervantes, que ore por nosotros.

*Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios. (24)*

Ya otro americano, José Enrique Rodó, había unido a Cervantes y la América en un concepto histórico-espiritual. Dijo que hay "entre el genio de Cervantes y la aparición de América en el orbe, profunda correlación histórica."

(21) Ortega, *Meditaciones*, p. 76.

(22) Manuel de Montoliu, *El alma de España...* Barcelona, Editorial Cervantes, sin fecha.

(23) Cervantes, *Obras*, p. 146.

(24) Rubén Darío, *Obras poéticas completas*, Madrid, Aguilar, 1949, p. 750.

El descubrimiento, la conquista de América, son la obra magna del Renacimiento español, y el verbo de este Renacimiento es la novela de Cervantes... (que es el ideal) que determina el sentido de la vida en aquel triunfal despertar.. con que se abre en Europa el pórtico de la edad moderna.
(25)

Y reafirmó Rodó que "la filosofía del *Quijote* es, pues, la filosofía de la conquista de América." Que "América nació para que muriese Don Quijote; o mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas..." Que con Alonso Quijano murió el sueño de la caballería y de la ilusión del pasado, y con América nació un mundo de realidades del futuro. "Así, el sentido crítico del *Quijote* tiene por complemento afirmativo la grande empresa de España, que es la conquista de América." (26)

Ce livre est immortel. (27)

Vamos a resumir, en conclusión, los rasgos característicos del arte de Cervantes situándolo en relación con la tradición literaria española, las literaturas renacentista y barroca en España, y su herencia e influjo.

En la tradición literaria española, Miguel de Cervantes Saavedra representa la cima adonde llegaron las corrientes anteriores de la literatura narrativa y desde donde desciende la narrativa moderna. Cervantes fundió todo lo anterior: lo medieval y lo renacentista, lo real y lo ilusorio, lo divino y lo humano, y, con su genio, creó un arte nuevo. Esa creación artística fue la novela. Su obra maestra, *Don Quijote de la Mancha*, es la síntesis de la narrativa española del Siglo de Oro. Cervantes creó su novela y escribió su *Quijote* en su madurez. Su biografía, llena de aventuras, fue característica de la tradición española de la época. Todo lo que aprendió de la vida, lo vació Cervantes en su *Quijote*.

(25) José Enrique Rodó, *Ariel* y el ensayo "El centenario de Cervantes desde América" págs. 125-2), fechado en Montevideo, 115) Buenos Aires, ed. "Cultura del pueblo p. 127.

(26) *Ibid.*, págs. 128-29

(27) Paul Hazzard, *Don Quichotte de Cervantes*, Paris, ed. Mellottée, p. 361.

La creación artística de Cervantes se manifiesta, cronológicamente, entre el Renacimiento y el Barroco en España: durante el apogeo del Siglo de Oro pero en el umbral de la decadencia española. Cervantes adivinó los males de la decadencia y del barroquismo, como adivinó tantas cosas — fuera por boca de Quijote o de Sancho — del mundo y de la vida, y de ahí su universalidad. En el *Quijote*, y en su obra toda, recoge Cervantes la esencia de todas las corrientes literarias del Renacimiento. No se deja influir por el barroquismo incipiente, pero aprovecha elementos barrocos en sus últimas obras. Como verán los siglos posteriores, que cada vez que surjan nuevas corrientes literarias, encontrarán sus propios elementos ya en la obra de Cervantes. De ahí su inmortalidad.

La herencia e influjo de Cervantes son universales e inmortales. Por los siglos de los siglos será el *Quijote*, como la Biblia, una fuente inagotable de sabiduría. ¿Qué no se encuentra en el Quijote? Como en la Biblia, allí encontramos todas las verdades. Pero específicamente, en nuestro tiempo, se ha buscado en el *Quijote* el alma de España, la “realidad” de la patria de Cervantes es la síntesis de la España del Siglo de Oro, su *Quijote es la síntesis de la España* de todos los tiempos y la síntesis de la vida humana. El alma de España y el alma de América y el alma de cada uno de nosotros se encuentran en el *Quijote*. Es herencia que nos dejó Cervantes.

EVOLUCION DE LA NOVELA EN LA LENGUA ESPAÑOLA*



A “novela” es un género literario moderno, que no llegó a su plenitud hasta el siglo XVI. Vamos a enumerar rápidamente sus antecedentes durante la Edad Media, y sus titubeos durante el Renacimiento, para entrar de lleno en el desarrollo de la “novela moderna” en lengua española. La novelística, como el drama, no alcanza su mayoría de edad en España hasta el Siglo de Oro.

Alfonso El Sabio dió un grandísimo empuje a las letras, y específicamente a la prosa castellana, en el siglo XIII. Su sobrino, el Infante don Juan Manuel, escribió mucha prosa de estilo cultivado y original. Su obra maestra es el *Libro de los ejemplos del Conde Lucanor et de Patronio*, título generalmente abreviado a *Conde Lucanor*, que según don Marcelino Menéndez y Pelayo tiene tanta importancia en la tradición literaria y en la novelística universal que “figura acaso como el primer libro ori-

* En Aula, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, No. 30-31, 17, pp. 37-55.

ginal de cuentos en prosa..." (1) Mucha literatura posterior se ha inspirado en los temas del *Conde Lucanor*, o simplemente se los ha apropiado para vestirlos con ropajes nuevos que no logran esconder su procedencia. (2)

La obra literaria más simpática del siglo XV es el *Libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita, que aunque escrito en "cuaderna vía" contiene muchos elementos novelísticos que siglo y medio más tarde aparecerán en *La Celestina* y mucho más tarde aún aparecerán en el género costumbristas del siglo pasado. "Escribió el Arcipreste en su libro multiforme la epopeya cómica de una edad entera, la *Comedia Humana* del siglo XVI... el abigarrado y pintoresco espectáculo de la Edad Media en el momento en que comenzaba a disolverse y desmenuzarse." (3)

Aquí debemos mencionar el primer libro español de caballerías, la *Historia del Caballero de Dios que había por nombre Cifar*, cerca del 1300, que "en conjunto es una obra de carácter misceláneo, confusa, sin gran unidad, pero llena de episodios y elementos interesantes: mezcla de lo maravilloso y lo real, de lo religioso y lo profano, de lo oriental y lo occidental." (4)

La novela de caballerías alcanzó grandísima popularidad en esos últimos siglos de la Edad Media y llegó en España a su culminación con el famoso *Amadís de Gaula*. (5) "Cuando ya los ideales caballerescos de la Edad Media se apagaban en los umbrales del mundo moderno, España los resucita con un espíritu nuevo, por medio de la pluma elegante y un tanto artificiosa de este (Montalvo) regidor de una ciudad castellana." (6) Durante

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, Buenos Aires, Ed. Glem, 1943, 1-161.

(2) Juan Manuel (1282-1348) terminó su *Libro de Patrimonio o Conde Lucanor* en 1335.

(3) *Orígenes*, 1-165.

(4) Angel del Río, *Antología General de la Literatura española*, Nueva York, Dryden Press, 1954, 1-74.

(5) *Ibid.*, 1-258. (A Garci Rodríguez o Garci Ordóñez de Montalvo, regidor de Medina del Campo, se debe la redacción definitiva, escrita hacia 1492 y publicada en 1508, de *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*.

(6) Angel del Río, *Historia de la literatura española*, New York, 1953, p. 1-110.

los siglos catorce y quince se traducían muchos libros de caballerías del francés y del italiano. Con los nuevos géneros literarios que aparecieron durante el siglo XVI los libros de caballerías perdieron terreno, y a fines de este siglo les dió Cervantes el "tiro de gracia" que acabó de desacreditarlos.

La obra más importante de la primera mitad del siglo XV que podemos citar como antecedente novelístico es *El Corbacho* o *Reprobación del amor mundano* (1438) de Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera.

Salvo algunos textos históricos, cuya excelencia es de otra índole, no hay prosa del siglo XV que ni remotamente pueda compararse con la sabrosa y castiza prosa del Corbacho. Castiza he dicho con toda intención, porque en sus buenos trozos no hay vestigio alguno de imitación literaria, sino impresión directa de la realidad castellana. Es el primer libro español en prosa picaresca :la Celestina y el Lazarillo de Tormes están en gérmen en él. (7)

A mediados del siglo XV aparece la llamada novela sentimental o amorosa. "La obra principal del género en la literatura castellana es la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, escrita hacia 1465 y publicada en 1492... La *Cárcel de amor* y sus varias imitaciones son de forma algo torpe y no logran cristalizar en un estilo enteramente moderno." (8) Pero el género sentimental o amoroso tomó nuevos rumbos y alcanzó grande glorias en la novelística del siglo XVI.

Ahora corresponde mencionar "la primera obra realmente clásica de la literatura española" *La Celestina* o *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, por Fernando de Rojas, editada en Burgos en 1499. "Clásica porque en ella, mucho más definitivamente que en otros precedentes señalados, se contienen los gérmenes de la novela y el drama del Siglo de Oro: la picaresca, Cervantes, el teatro de Lope y sus continuadores." (9) El calificativo mismo de "tragicomedia" fue algo nuevo y revolucionario en que unía

(7) *Orígenes*, I-194.

(8) A. del Rífo, *Historia*, I-99.

(9) *Ibid.*, I-112.

los dos géneros del teatro clásico que se habían mantenido separados. En cuanto a su clasificación genérica han surgido infinidad de argumentos y controversias: que si es un poema novelado, que si es drama novelado, que si es teatro o novela o poesía, que si es esto o aquello... pero *La Celestina* es todo, y como *El Quijote* un siglo más tarde, marcó un paso de avance trascendental en la literatura española en general y en la novelística en particular, e influyó en todo lo que se escribió después. “La influencia de esta obra fue general y su huella quedó estampada en multitud de producciones, ya con influencia de conjunto, ya con reminiscencias de frases. Tan universal es el tema...”(10)

La Celestina pone un punto final a la literatura de la Edad Media e inicia la literatura española moderna. En ella se recogen los elementos más avanzados del medievalismo y se mezclan con valores renacentistas; se plantean los conflictos que han influido tanto en el drama y la novelística desde entonces.

Todos los géneros literarios florecieron en el siglo XVI, y las letras españolas alcanzaron un apogeo (paralelo con el apogeo cultural y político de la España imperial) que duró mucho más de un siglo y se ha denominado el Siglo de Oro de la literatura española. Durante este Siglo de Oro surgió la novela española moderna. A lo largo del siglo XVI cogió forma dentro de dos corrientes principales, dos fuerzas genéricas: la novela sentimental y la novela realista — proceso embrionario de lo que es la novela contemporánea.

Todos los valores humanos y de la época se reflejan en la literatura de esa era brillante de las letras españolas que produjo lo que hoy llamamos la “literatura clásica española” y a manera de síntesis de los varios componentes de este fenómeno quiero citar la clasificación que hace Manuel de Montoliu en su obra *El alma de España y sus reflejos en la literatura del siglo de oro*, Barcelona, Ed. Cervantes. Como el título ya lo indica, el tema de Montoliu es el alma de España; ahora bien, el alma de España sigue muchas rutas (literarias) que él estudia separadamente: el alma imperial, el alma caballeresca, el alma picaresca, el alma estoica, el alma mística... y cada una de estas rutas nos lleva a

(10) Eduardo Julia Martínez, “La literatura dramática peninsular en el siglo XV” en *Historia general de las literaturas hispánicas*, de Guillermo Díaz Plaja, Barcelona, Ed. Berna, 1951, II-290.

un género literario diferente, algunos directamente influyentes en la novela (de que nos venimos ocupando) y otros que la influyen indirectamente, pero todos relacionándose entre sí. Volviendo a la clasificación básica de la novela: la sentimental y la realista, debemos detenernos en sus manifestaciones máximas de la época — la novela pastoril y la novela picaresca.

La novela picaresca que originó el género, *Lazarillo de Tormes*, anónimo, 1554, fue un fenómeno aislado, pues aparecieron otras novelas picarescas hasta las postrimerías del siglo. En cambio, la novela pastoril se inició en 1559 con la *Diana* de Jorge de Montemayor y gozó en seguida de gran popularidad en los círculos cultos. La *Diana* nace de la poesía bucólica. “La aventura entre pastores, la égloga, se perfilaba entre los distintos estilos: el italiano, representado por Garcilaso, y el de raíces medievales.” (11)

La *Diana* no solamente gozó de gran popularidad en España sino que fue traducida al francés, al inglés, al italiano y al alemán, e influyó la literatura de todas esas lenguas. Dos datos interesantes y que nos conciernen deben mencionarse: el primero es que “después de muerto Montemayor fue intercalada en su novela (Valladolid, 1561-62) la deliciosa narración de Abindarráez y la hermosa Jarifa” (12) que quedó definitivamente incorporada a la *Diana* ya y a la literatura española, pasando luego al teatro de Lope; lo segundo es que de las muchas imitaciones que siguieron a la *Diana* la única digna de mención, la obra maestra de la prolífica descendencia que tuvo, fue la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo, un valenciano que recoge todos los personajes de la obra de Montemayor pero los sitúa en un fondo suyo, de Valencia.

En la novela pastoril el tema es el sentimiento del amor, los personajes son pastores, pero pastores cultos que cantan y lloran y se enredan en un laberinto de amor continuo. Es la novela sentimental, y muy artificial, por excelencia. La novela

(11) Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*, Madrid, Clásicos castellanos, 1954, p. LIV.

(12) *Historia General de las literaturas hispánicas*, 11-790.

picaresca, por el contrario, es la última palabra en realismo: enteramente subjetiva, de forma autobiográfica, de crítica social, de ambiente bajo y necesidades elementales, principalmente el hambre, como razones para vivir de la malicia en vez del trabajo. Esto último es lo único que un pícaro nunca hará, porque si trabaja honestamente dejaría de ser un pícaro.

Se ha dicho mucho que la picaresca es un género literario enteramente español, y que aunque ha sido imitado en otras lenguas, principalmente en francés, no ha sido igualado. En España misma, cuando floreció el género, medio siglo después de haber aparecido el *Lazarillo*, ya fue con variantes, complejidades, y elementos que alteraron la actitud, la temática inicial, la sencillez admirable del pícaro de Tormes. No entraremos aquí en detalles más amplios sobre este género, excepto para mencionar lo más selecto de la numerosa descendencia que tuvo el *Lazarillo*.

El *Guzmán de Alfarache* es, en muchos sentidos, la novela picaresca después del *Lazarillo*: la vida de Mateo su autor, es (conológicamente y en muchos otros detalles) paralela a la de Cervantes. El *Guzmán* es el pícaro puro que lleva el género a su momento culminante, y lo lleva (geográficamente) a todas partes dentro y fuera de España. Más o menos al mismo tiempo publicó Quevedo su obra picaresca famosa) *La Vida del Buscón*: sencilla en la acción pero bien compleja en la forma. El *Buscón* completa la trilogía cumbre de la picaresca. No obstante, el género sigue evolucionando hasta que en 1641 aparece el (más elaborado y divertido) pícaro que ya entra en el terreno del costumbrismo: *El diablo cojuelo*, por Luis de Guevara.

Traducido por Lesage, el libro de Vélez de Guevara tuvo gran influencia en el costumbrismo francés de los siglos XVIII y XIX, del que nace a su vez, por un juego de influencias recíprocas, el costumbrismo español de la época de Larra y Mesonero. (13)

(13) A. del Río, *Antología*, I-767.

Nota: Es posible ver la galería completa de pícaros y pícaras de la literatura española (dentro del género) en *La novela picaresca española*, Madrid, Aguilar (ed. de Angel Valbuena y Prat) 1956.

Volviendo a la novela pastoril, debemos mencionar aquí (cronológicamente) dos importantes obras: *La Galatea* de Cervantes, y *La Arcadia*, de Lope de Vega, publicadas en 1585 y 1598 respectivamente. Y llegamos ahora al momento y al nombre más importante, más trascendental en la literatura española, en la literatura universal, al creador de la novela (y de la literatura) moderna:

Don Miguel de Cervantes Saavedra

Aquí nos limitaremos, desde luego, a Cervantes como novelista. Ya vimos que había cultivado el género pastoril y su interés en el mismo no le abandonará nunca pues reaparece en la segunda parte de Don Quijote, y aún en su lecho de muerte se recordaba de su Galatea. Pero pasemos a la obra maestra de Cervantes, de la literatura española y (después de la Biblia, como muchas autoridades lo afirman) la obra maestra de la literatura universal: *Don Quijote de la Mancha*.

La primera parte del *Quijote* salió en 1605. Gozó de inmensa popularidad; se repitieron las ediciones dentro de España y se tradujo a las otras lenguas europeas, de modo que su influencia en la literatura occidental comenzó en seguida. Diez años más tarde salió la segunda parte, la de Cervantes, pues entretanto una segunda parte falsa (la de Avellaneda) había aparecido en 1614: una de las numerosas imitaciones que se escribieron dentro y fuera de España. En una forma o en otra, Cervantes y Don Quijote han sido desde entonces una inagotable fuente de inspiración en las letras, en el arte, en el pensamiento, y hasta en el diario vivir del pueblo español ¿Quién de nosotros que lea el *Quijote* no encuentra muchísimos elementos cervantinos (hoy, 350 años más tarde y en la América) en nuestro lenguaje, en nuestros conceptos, en nuestra

conducta? En menor grado hallaríamos lo mismo en las otras culturas y lenguas extranjeras, y en cuanto a España misma, su alma y su vida están saturadas de Cervantes y Quijote.

En 1613 publicó Cervantes sus *Novelas ejemplares*, un grupo de novelas cortas. En el prólogo dice: "Heles dado el nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso." (14) Dice Ludwig Pfandl:

En las doce narraciones cervantinas (las Novelas ejemplares) hallo en sustancia las líneas directivas y el modelo de todo el arte de la novela corta del siglo XVII... las formas imaginadas por Cervantes vienen a ser el modelo de todas las posteriores... el maestro de los novelistas, Cervantes... ha ensayado y creado con ello los siguientes géneros, nuevos para España: la novela romántica, el cuadro satírico de costumbres y el saber proverbial en forma de novela. (15)

Pero oigamos al mismo Cervantes, que habla con Apolo en *El Viaje del Parnaso*, en 1614.

*"Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
al pecho melancólico y mohino
en cualquiera sazón, en todo tiempo.*

*Yo he abierto en mis Novelas un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino". (16)*

La última novela de Cervantes, su obra póstuma, fue el *Persiles (La historia de los trabajos de Persiles y Segismunda)* publicada un año después de su muerte. Como las otras novelas

(14) M. de Cervantes Saavedra, *Novelas Ejemplares*, Barcelona, Ed. Sopena, 1948, p. 10.

(15) Ludwig Pfandl, *Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro*, Barcelona, Ed. G. Gili, 1952, págs. 334-335.

(16) Angel del Río, *Antología General de la Literatura Española*, Nueva York, Dryden Press, 1954, p. 1-481.

y el *Quijote*, el *Persiles* gozó de inmediata popularidad dentro y fuera de España. Tal vez corresponde mencionar a este punto en nuestra trayectoria de la novela en lengua española a *La Dorotea* de Lope de Vega, que Ludwig Pfandl tacha de novela-drama de arte híbrido celestinesco, y dice que es "la última imitación libre de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*... que funde la novela con el drama y no es por lo tanto ni drama ni novela..." (17)

Del siglo XVII debemos mencionar una obra más: *El Criticón*, de Baltasar Gracián, que es una novela alegórico-filosófica y la obra maestra de Gracián (publicada en tres partes separadamente en 1651, 1653, 1657) y cuyo tema es la vida humana. "Gracián no es sólo uno de nuestros clásicos más vivos, sino también uno de los espíritus españoles más universales". (18)

Del siglo XVIII, pobre en casi todos los géneros literarios, sólo podemos mencionar una novela importante: *Fray Gerundio* (La historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes) del Padre José Francisco de Isla, publicada en dos partes (1758 y 1768) y que es una deliciosa sátira que expone la pedantería y falsa erudición de algunos predicadores y otros hábitos de mal gusto de la época. El Padre Isla tradujo a *Gil Blas* del francés. Debemos recordar que el XVIII fue el siglo de los Borbones en España y que la literatura francesa, como todo lo francés, gozaba de gran boga entre los españoles.

Entramos ahora en el siglo XIX y tenemos que seguir dos rutas en vez de una sólo, dos trayectorias paralelas, pues florece la novela nuevamente en España y se inicia como género literario en la recién independizada América española. De los brotes y titubeos novelísticos en los países americanos de habla española hablaremos más adelante. Por ahora recojamos nuevamente el hilo de nuestro estudio panorámico de la evolución de la novela en España. Después de un eclipse casi

(17) Pfandl, *Historia*, p. 499.

(18) Guillermo de Torre, "Introducción" a *El Criticón*, ed. de Pedro Henríquez Ureña, Buenos Aires, Ed. Losada, 1941, p. 1-14.

total y de casi dos siglos, la novela no solamente resurgió sino que llegó a un apogeo y a una popularidad fabulosa.

Pocos triunfos ofrece la literatura española tan meteóricos como el de la novela romántica. Después de una larga etapa en que apenas aparece una novela en el panorama literario, se produce una extraordinaria avidez hacia tal género, se traducen intensamente novelas extranjeras, los editores lanzan, no títulos aislados, sino colecciones, se forma un público lector, femenino en gran parte, del que nos han dejado testimonio, articulistas satíricos y de costumbres, se aclimata la novela histórica y surgen de ella los folletones y las novelas por entregas, que divulgan hasta las capas menos letradas de la sociedad una lectura "de evasión"... (19)

Y surge la novela romántica española, siguiendo los pasos de la nueva corriente, de la que podría considerarse tal vez como primer asomo: *Las noches lúgubres*, de José Cadalso. Por su trama novelesca es ya romántica. En 1803 se tradujo *Atala*, de Chateaubriand, al español. A los traductores siguieron pronto los autores y surgió una novela histórica española a la manera de Scott. Aparecieron los costumbristas (Larra, Mesonero-Romanos y los otros) y sus artículos y "cuadros" de costumbres que satirizaban las "malas" costumbres inspiraron luego la novela de costumbres que a su vez se incorporó al fin a la novela realista que dominó la segunda mitad del siglo. La primera novela que fue costumbrista, regionalista, y ya naturalista fue *La gaviota*, de Fernán Caballero (Cecilia Bohl), en 1849.

Lo que ha perdurado del romanticismo español lo encontramos en la poesía y el drama. A pesar de su inmensa popularidad, la novela de la primera mitad del XIX no ha perdurado y son muy pocas las que se consideran hoy de algún valor literario aunque conserven muchas su valor histórico.

(19) Jorge Campos, "El movimiento romántico, la poesía y la novela" en *Historia General de las Literaturas hispánicas*, IV-217.

Durante la segunda mitad del siglo XIX logró la novela española, como la de los otros países, sobre todo de Francia, su mayor esplendor. Mencionaremos solamente los novelistas más distinguidos de esa media centuria de realismo literario: los llamados "la primera generación": P.A. de Alarcón, Juan Valera, J.M. de Pereda, y los de la segunda generación, la Pardo Bazán, Clarín, Palacio Valdés, y casi Blasco Ibañez. La obra de todos estos novelistas es demasiado conocida para entrar en detalles, como lo es también la del más insigne novelista del siglo y de toda la historia literaria española, Benito Pérez Galdós, "síntesis de la novela y del espíritu de su época" — como lo designa Angel del Río. Además del costumbrismo y regionalismo que se integraron dentro del realismo de la época, debemos mencionar el "naturalismo" que (venido de Zola) cultivó la segunda generación arriba mencionada, y a Galdós mismo, durante la penúltima década del siglo. Algunas de sus mejores novelas corresponden a este ciclo.

En las postrimerías del siglo XIX surgió en la América española el movimiento literario que se ha llamado modernismo y que coincidió con un momento crítico en la vida literaria, intelectual, social y política de España. Hubo un momento de entusiasmo "modernista" en las letras españolas, pero entonces surgió la generación que hoy se ha llamado "del 98" y que (cada uno a su modo) buscando la realidad de España la interpretó a su modo. En la novela se destacaron: el formidable Unamuno (sus novelas contienen la lucha, la angustia del hombre con su vida: su destino y lo que siente); Valle Inclán, que fue el único que realmente cultivó el modernismo en sus novelas; Pío Baroja, cuya "importancia consiste en ser acaso el único gran novelista español del siglo XX. En él continúa el realismo de los novelistas anteriores..." (20) El siglo XX, sin embargo, no se distingue en España por la novela sino por el ensayo y la poesía. Debemos mencionar la segunda generación de novelistas: Pérez de Ayala, Gabriel Miró, y Gómez de la Serna, y con ellos cerramos este análisis de la evolución de la novela en España,

(20) A. del Río, *Historia*, p. 11-190.

para devolvernos cronológicamente y analizar la evolución de la novela en la América española.

Durante el período colonial de la América española no hubo novela: ni se escribió en América ni se trajo (oficialmente) de España, excepto de contrabando. No es de extrañar, pues, que la primera novela americana sea de la época de la independencia: *El Periquillo Sarmiento* de Lizardi (1816) que también escribió *La Quijotilla y su prima* y (póstuma) *Don Catrín de la Fachenda*. Las novelas de Lizardi, primer novelista de América, corresponden al género costumbrista, a la picaresca, a la protesta social y política de la época (estertores de la colonia) y, como periodista que era, (describen) la sociedad de su tiempo, bajo un punto de vista realista, divertido y apasionado. De modo que la novela surgió en América al mismo tiempo que la independencia y ambas lucharon y titubearon paralelamente por establecerse y afirmarse durante todo el siglo XIX, para sólo llegar a su mayoría de edad (y no en todos los países hispanoamericanos) hacia nuestros días.

En cuanto a las razones por las cuales no hubo novelas en la América colonial hay, además de las razones históricas, muchas teorías. Luis Alberto Sánchez expone una que es sumamente interesante; él dice que la vida en las colonias era tan novelesca que no hubo necesidad, o impidió, el crear aventuras y personajes ficticios — que no hacía falta inventar cuando la vida era tan rica... Pero que los elementos novelscos estaban en todo lo que se escribía y en la vida misma. Luego, hay que recordar las prohibiciones imperantes, y el hecho de que los pocos que leían recibían sus libros de España con regularidad (de una manera o de otra) y los leían sus amigos también.

Ya a fines de la colonia surgieron conatos de novela. “El más representativo fue el de Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes...*, pero en general, el tema americano produjo novelas en Europa mucho antes que en la misma América. Empero después de la independencia llegaba el romanticismo a las nuevas naciones hispanoamericanas, corriente literaria que encontró un clima muy favorable en ellas; a tal punto que la poca novelística que surgió de este lado del

Atlántico durante el siglo XIX fue del tipo (o cuando menos de elemento) romántico. Dentro del romanticismo imperante surgió el tema americano del "indianismo", nada menos que importado de Francia, bajo la influencia de los románticos franceses como Chateaubriand.

Siguiendo la influencia que venía desde España se cultivó también el "costumbrismo" y, en algunos casos, la novela histórica. También, integrándose en uno u otro de los tipos mencionados, hubo novela de tema local que en la Argentina, por ejemplo, alcanzó gran éxito novelístico a mediados del siglo con las novelas que atacaban la tiranía de Rosas. Sobre ese tema debemos mencionar al llamado primer romántico de América (cronológicamente) por su poesía, pero que también nos dejó un temprano conato novelístico; nos referimos a Esteban Echevarría y su *Matadero* (1838), y después tenemos que continuar con los dos más importantes: Domingo F. Sarmiento y su formidable "novela-ensayo" *Facundo,, Civilización y Barbarie* (de que tanto se ha hablado y escrito que no diremos nada más en este momento); y José Mármol que nos dejó una de las mejores novelas románticas al mismo tiempo que una denuncia tremenda de las condiciones en Buenos Aires bajo Rosas: su *Amalia*, que puede también designarse como costumbrista en cuanto a que es un cuadro de las costumbres y condiciones del momento, y escrita por un testigo ocular y participante de la escena.

Amalia se publicó en 1855 completa, pero fue en 1867 cuando salió la obra maestra del romanticismo hispanoamericano, la *María* de Jorge Isaacs. Con *María* alcanzó nuestra novela su plenitud romántica; contenía todo lo que las influencias románticas europeas venían introduciendo hacía ya mucho, y también presentaba la naturaleza americana en todo su esplendor: las descripciones del valle del Cauca son una joya literaria del género. *María* fue la primera gran novela en nuestra América. Algunos años más tarde apareció en el Ecuador nuestra obra maestra del indianismo romántico, *Cumandá, Un drama entre salvajes*, de Juan León Mera. Además de las influencias europeas, hubo en Mera y en el romanticismo

indianista de Hispanoamérica la influencia del norteamericano Fenimore Cooper. Desde luego que nuestro indianismo venía de mucho más lejos, desde Las Casas y El Inca Garcilaso.

Otro tipo de indianismo que se cultivó también fue el de la novela histórica, y ahí encontramos al Padre Las Casas de cuerpo entero (y uno de los protagonistas de la novela) en la obra maestra del género, el *Enriquillo* del dominicano Manuel de Jesús Galván, edición completa: 1882. Dice otro distinguido hombre de letras dominicano que “en esta novela no hay nada legendario ni fantástico: todo lo que no es rigurosamente histórico es claramente verosímil”. (Pedro Henríquez Ureña, en “Enriquillo”) y una autoridad en la materia, Concha Meléndez, dice en su *Novela indianista en Hispanoamérica* que el horizonte histórico de la novela no puede ser más vasto, y el novelesco es una derivación de lo histórico, y dice también que es una novela “sentimentalmente sobria, un inusitado caso de romanticismo atenuado que fluye con ritmo grave, con dignidad clásica”.

El realismo y el costumbrismo florecieron en Colombia, y debemos mencionar a este respecto a sus dos principales exponentes, José M. Marroquín y Tomás Carrasquilla. Carrasquilla fue el novelista costumbrista por excelencia y (por su regionalismo) se le ha comparado con Pereda. Pero volviendo al realismo, en 1889 salió una novela de un indianismo revolucionario, *Aves sin nido* de Glorinda Matto de Turner, del Perú, que fue una precursora de la novela de “protesta social” que es tan importante ahora. De modo que la Señora de Turner fue la Fernán Caballero de Hispanoamérica.

En cuanto al costumbrismo, pero de tipo histórico, debemos mencionar a Ricardo Palma y sus “*Tradiciones Peruanas*” que contienen tantos elementos novelísticos. Tal vez sea aquí el momento de recordar que antes que la novela, la prosa hispanoamericana se ha distinguido por los géneros cortos: el cuento y (sobre todo) el ensayo. Las “tradiciones” de Palma tienen un poco de todo y representan un género aparte. Naturalmente que hoy día nuestra novela ha alcanzado una estatura literaria y social de primer orden.

No debemos despedir el siglo XIX sin incluir en este (por necesidad) breve estudio de la novela hispanoamericana la novela chilena que tuvo también su florecimiento propio. Se distinguieron sobre todo: José Victoriano Latarria y Blest Gana. Alberto Blest Gana escribió novelas con mucho costumbrismo (la más importante *Martín Rivas*, 1862) y después, viviendo por muchos años en Europa sin volver a Chile, escribió muchas novelas enteramente chilenas, pero "su Chile" como él lo recordaba y añoraba. También cultivó un género similar al del norteamericano Henry James, y que dio el título a una de sus obras: *Los trasplantados*, en que pinta a sus compatriotas en Europa.

Durante el apogeo del modernismo, la novela en América seguía tanteando y buscando climas (literarios) propicios. Por supuesto que surgió una "novela modernista" que encontró su más entusiasta intérprete nada menos que en España: Ramón de Valle Inclán escribió sus *Sonatas* con todos los ingredientes literarios del género y en una de ellas se trasladó a América, llevando la escena hasta México. Valle Inclán usó el tema americano en otra de sus novelas importantes, *Tirano Banderas*. En realidad, Valle Inclán se distinguió en dos géneros americanos: el modernismo y el caudillismo. Pero los que realmente lograron las mejores novelas modernistas fueron los suramericanos Enrique Larreta y Carlos Reyles, que a su vez, trasladaron su escena a España. El argentino Larreta escribió *La gloria de Don Ramiro* que tuvo tan buena acogida en España como en América, y el uruguayo Reyles escribió *El embrujo de Sevilla* donde pinta admirablemente la vida y el ambiente de la ciudad andaluza. Reyles se distinguió también en el naturalismo, con sus excepcionales novelas, *Beba* (1894) y *La Raza de Caín* (1900).

Surgió la "novela gauchesca" como natural consecuencia de la literatura gauchesca que había surgido durante la segunda mitad del XIX. Pero la novela gauchesca es ya un fenómeno de nuestro siglo, y su mejor exponente es *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes, que se considera la obra maestra del género en prosa, como Martín Fierro lo es en

verso. Debemos incluir aquí en Benito Lynch que se considera el mejor novelista gauchesco contemporáneo; su obra maestra del género es *El inglés de los güesos* (1924).

Pero ya estamos en la década (1920-1930) en que se inició el florecimiento de la novela hispanoamericana, y se inicia el género que iba a dominar el panorama americano de la novela, la novela social. Las preocupaciones de países que comenzaban a llegar a cierta mayoría de edad en muchos sentidos, después de un siglo de luchas y problemas internos, resultaron en una literatura cada día más rica y madura y extensa, pero sobre todo una novela de tesis. Históricamente, el problema social, como el problema político, ha existido siempre en Hispanoamérica, pero hemos llegado a una era en que la sociedad está interesada en sus problemas e impulsa su expresión y denuncia en la literatura, y la novela es el mejor vehículo para ese fin.

En 1925 sonó dentro y fuera de nuestra América un verdadero cañonazo literario con la aparición de *La vorágine*, del colombiano José Eustacio Rivera. La inmediata resonancia que tuvo esta novela fue bien merecida; no solamente es una novela extraordinaria, sino que inició un tipo nuevo en la novelística hispanoamericana. Su inmediata buena acogida en el extranjero informó al mundo que en nuestra América había novela, y muy pronto aparecieron las del venezolano Rómulo Gallegos que también gozaron de inmediata fama y popularidad, sobre todo su *Doña Bárbara*, que ha pasado a ser uno de los clásicos de nuestra novelística. Gallegos ha escrito muchas novelas, algunas tal vez de más mérito artístico, pero ninguna del vigor y potencia de *Doña Bárbara*. Esta es la novela del llano venezolano, una especie de pugna entre la civilización y barbarie en esa "frontera" venezolana, como *La Vorágine* es la lucha desesperada entre el hombre y la selva; también una especie de pugna implacable entre civilización y barbarie en la "frontera" colombiana. Hay tantas "fronteras" que civilizar para provecho del hombre en nuestra América, que fue inevitable que este género novelístico lograra una calurosa acogida en todas partes.

Una de nuestras autoridades en la novelística, Arturo Torres-Rioseco, hace una de las divisiones populares de la novela

hispanoamericana de hoy: novelas de la tierra y novelas de la ciudad. En su selección de los *Novelistas de la Tierra* (1941) él incluye los seis autores que considera más representativos, y lo mismo en su selección de los seis que incluye en *Novelistas de la Ciudad* (143). Sigue una lista de estos doce autores y las novelas de que Torres-Rioseco ofrece selecciones respectivamente:

1. Mariano Azuela, *Los de Abajo*
2. Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*
3. Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*
4. Benito Lynch, *El inglés de los güesos*
5. Carlos Reyles, *La raza de Caín*
6. José Eustaquio Rivera, *La Vorágine*

- | | |
|------------------------|--------------------------|
| 1. R. Arévalo Martínez | 4. Joaquín Edwards Bello |
| 2. Eduardo Barrios | 5. Manuel Gálvez |
| 3. Ml. Díaz Rodríguez | 6. Pedro Prado |

Ya vimos que a fines del XIX había surgido la novela indianista de "protesta social" y pronto se cultivó este tema (apasionadamente) en todos los países "indios" — se desvistió al indio del ropaje romántico del siglo pasado y se le enfocó (literariamente) desde su propio punto de vista. En 1911 lanzó el boliviano Alcides Arguedas su ya famosa novela *Raza de bronce*, de gran fuerza. En 1934 aparece *Huasipungo* que dió inmediata y merecida fama a su autor, Jorge Icaza, del Ecuador; la que más cruda y vigorosamente relata su argumento. El peruano Ciro Alegría cuenta con una trilogía impresionante entre las novelas indianistas: *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939), y su obra cumbre, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) que ya es un clásico en su género. Como este tipo de novela indianista floreció paralelo al ciclo de la "revolución mejicana" y su literatura, el tema indianista se ha casi integrado con el tema de la revolución y el tema de la injusticia social, y de México han salido algunas de las mejores novelas contemporáneas, que vamos a tratar separadamente.

Un médico de provincia en el México tumultuoso de la revolución escribía más bien como entretención, y produjo muchas novelas; una de ellas, *Los de abajo*, escrita en 1915 como folletín de un periódico de El Paso. Apareció en libro al año siguiente pero no hizo ruido hasta que en 1925 lo publicó una revista de México y en seguida fue aclamada como la “novela de la revolución” por excelencia. Se publicó y se tradujo en el extranjero, y es hoy también un clásico de nuestra novelística contemporánea. Este médico de provincia y prolífico novelista fue don Mariano Azuela, que siguió escribiendo novelas imperturbablemente hasta el fin de sus días. El otro mexicano que comparte la supremacía de “mejor novelista de la revolución mexicana” es Martín Luis Guzmán, con *El águila y la serpiente* (1928), y *La sombra del caudillo* (1930), que no son exactamente novelas sino una mezcla de biografía, ficción, revolución, Pancho Villa, y todos los demás ingredientes verídicos o calculados que hacen sus libros amenos y populares.

Y habiendo seguido la evolución de la novela en nuestra América tan a grandes rasgos, concluiré con las palabras que cierra Luis Alberto Sánchez su *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*:

“Pese a que en el siglo XIX tuvimos una buena docena de excelentes novelistas, y es sólo en la actual centuria cuando nuestra novela tiende el vuelo, hunde las manos en sus propias entrañas, aprende a auscultar el corazón de su tiempo y de su circunstancia. Por eso, este trabajo, escrito al comenzar la segunda mitad de la vigésima centura, deberá ser considerado como el largo prólogo a un género literario cuya historia, en América, ha empezado a escribirse ahora. Lo anterior es sólo prehistoria novelística. A lo sumo, protohistoria”.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA SOBRE LA NOVELA HISPANOAMERICANA

- Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Ed. Gredos, 1953.
- id, *América: novela sin novelistas*, Chile, Ed. Ercilla, 1939.
- Arturo Torres-Rioseco, *Grandes Novelistas de la América Hispana*, Berkeley, U. of California Press, 1943.
- id, *La novela en la América Hispana*, Berkeley, U. of California Press, 1949.
- Luis Alberto Sánchez, *Nueva Historia de la literatura americana*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1944.
- E. Anderson Imbert, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- E. Herman Hespelt et al, *An outline history of Spanish American Literature*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1942.
- Angel Flores, *Historia y antología del cuento y la novela hispanoamericana*, New York, Las Américas, 1959.
- Agustín del Saz, *Resumen de la historia de la novela hispanoamericana*, Barcelona, Ed. Atlántida, 1949.
- Hugo D. Barbagelata, *La novela y el cuento en Hispanoamérica*, Montevideo, 1947.

Arturo Uslar-Pietri, *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1954.

Germán García, *La novela argentina*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1952.

Ralph E. Warner, *Historia de la novela mexicana del siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953.

Agustín del Saz, "La novela hispanoamericana del XIX" en *Historia general de las literaturas hispánicas*, Ed. de Guillermo Díaz-Plaja, Barcelona, Ed. Barna, 1957, Vol. IV, pp. 477-609.

Concha Meléndez, *La novela indianista en hispanoamérica*, Madrid, U. de Puerto Rico, 1934.

Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

id, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

id, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1952 (Contiene "Apuntaciones sobre la novela en América").

id, *Plenitud de América*, Buenos Aires, Peña, Del Giudice ed, 1952.

LOPE DE VEGA Y CALDERON DE LA BARCA
ESTUDIO COMPARATIVO DE SU TEATRO
EN "EL ALCALDE DE ZALAMEA"*



LOPE de Vega creó el drama nacional en España y llamó a su género de producción teatral la "comedia" española. Con la fecunda obra dramática de Lope y la de sus continuadores, floreció su género literario, constituyendo el grandioso teatro del Siglo de Oro que se cierra gloriosamente con Calderón de la Barca. El objeto de este ensayo es el de hacer un análisis comparativo entre la comedia de Lope, que inició el género, y la comedia de Calderón que lo llevó a su mayor magnitud.

Para guiarnos en dicho análisis estudiaremos una comedia de cada uno. En realidad, estudiaremos la misma comedia, pues, como era la costumbre entonces, Calderón usó de los argumentos de Lope para sus propias presentaciones. *El alcalde de Zalamea* fue una de la comedias de Lope que Calderón reprodujo. Con ligeros cambios en el argumento y las diferencias de técnica estilística, presentó Calderón esta comedia hasta con el mismo título del original de Lope. Se trata de una de las comedias históricas españolas, en la que se combinan el sentido del honor y el sentido de la autoridad. Estos temas tuvieron mucha importancia en el drama del Siglo de Oro.

* En *Aula*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, No. 20-21, 1977, pp. 25-36

Lope Félix de Vega Carpio (1562-1635) fue un madrileño de pura cepa, ni noble ni plebeyo, y conoció a fondo tanto la vida cortesana como la vida del pueblo. Como resume Carlos Vossler, "Lope es un verdadero hijo de su tiempo y de su pueblo". (1) Lope "estiliza poéticamente en su teatro la vida, los sentimientos y las ideas del pueblo español". (2)

Los personajes del teatro de Lope son sumamente humanos, al natural, sin artificios, que se mueven dentro de la acción y el diálogo con espontánea expresión de sus pasiones y de sus actos. Los conceptos preponderantes de la época: el honor, la justicia, la fe religiosa, dominan el teatro de Lope de Vega. El concepto del amor, como tema en el teatro lopesco y de todo el drama del Siglo de Oro, no cabe dentro de los límites de este estudio. Como dice Angel del Río, "el amor es, en una forma u otra, el motivo central en todas las comedias. Mas rara vez aparece como sentimiento, sino como pasión". (3) Nos dice que los intermedios líricos por lo común no intervienen "en la motivación dramática ni en la acción como tal. El amor es, ante todo, fuerza vital." (4)

Lope de Vega ha sido llamado por muchos nombres. Sus legiones de admiradores, en su culto lopesco, le llamaron el Fénix de los ingenios. Cervantes le llamó "Monstruo de la naturaleza" y, un contemporáneo nuestro, Ramón Menéndez Pidal, le ha llamado "campeón mundial de fertilidad poética" de las más lozana y espléndida fertilidad que jamás se vió en lo antiguo ni en lo moderno. (5) Y de su obra se puede decir que es un mundo, un universo en la literatura española. Y de la gran lírica de toda su obra, que corre como un torrente fácil, caudaloso, y continuo.

(1) Carlos Vossler, *Lope de Vega y su tiempo*, Madrid, 1933.

(2) Angel del Río, *Historia de la literatura española*, New York, The Dryden Press, I, 247.

(3) *Ibid.*, I, 265.

(4) *Ibid.*, I, 266.

(5) R. Menéndez Pidal, *De Cervantes y Lope de Vega*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940, p. 121.

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) fue la última gran figura clásica de España. Con él se cierra el Siglo de Oro. Al morir Calderón declinó el drama español, pero a él cupo la gloria de haberlo llevado a su mayor altura. "Calderón no fue creador en el sentido que lo fue Lope... Su importancia suma — consiste en haber llevado a la perfección el sistema dramático de la "comedia" española. Calderón no inventa nada. Su drama es culminación de un rico proceso artístico." (6)

El drama de Calderón es también la culminación de un largo proceso cultural, el barroco, o sea el período de decadencia del Siglo de Oro. En todas las manifestaciones del gusto y del arte, en esa época barroca del siglo diez y siete, encontramos exceso de ornamentación. Dice Julián Marías que "en la literatura española el barroco significa el triunfo de la complejidad y, más aún, de la complicación... (y que) la doble vertiente en que se escinde esta actitud barroca es la del conceptismo y el culteranismo... y el drama de Calderón es... ambas cosas". (7)

El teatro de Calderón encierra, en sus comedias, un marcado paralelismo. Encontramos sus comedias de tipo u origen lopesco como *El alcalde de Zalamea*, que vamos a analizar en este estudio, y sus comedias de tipo conceptual o filosófico, como *La vida es sueño* — en que "alcanza Calderón su mayor universalidad. Se trata, sin disputa, de la obra suprema del teatro español" (8)

Entre el teatro de Lope y el de Calderón hay paralelos y hay contrastes. Convenimos con Angel del Río en que "la sustancia del teatro de Lope es vital; la del de Calderón abstracta, conceptual". (9)

Podría decirse que "Lope es la acción y Calderón es la reflexión. Estas diferencias son el reflejo de muchos contrastes en la personalidad de ambos hombres. Lope fue un hombre de

(6) Del Río, *Historia*, I. 327.

(7) Julián Marías, *Diccionario de literatura española*, Madrid, Revista de Occidente, 1953, - p. 79.

(8) del Río, *Historia*, p. 332.

(9) *Ibid.*, p. 328.

acción, de natural dinámico, de gran energía productiva, un hombre apasionado y muy humano. Su lenguaje es como el hombre, natural y sincero. Calderón fue un hombre de reflexión, de temperamento apacible, un sacerdote, y un filósofo. Su lenguaje es barroco: ornamentado y artificial.

En sus primeros años, Calderón estuvo muy influenciado por Lope y su teatro, pero poco a poco fue haciéndose más reflexivo y conceptista. Siguiendo sus comedias, cronológicamente, se ve como su lenguaje se hace más retórico y culto, y va perdiendo la naturalidad que era característica del teatro de Lope. A la postre, llegó Calderón a la síntesis del pensamiento dramático y del estilo retorcido y ornamentado que caracterizó el barroco. Ese tono de exageración barroca se interrumpe aquí y allí, pero domina toda la obra del teatro calderoniano, y se extiende a su poesía, tan barroca, de retorcidos pensamientos y multitud de adornos.

“El de Lope es un teatro rápido, impresionista, dinámico. El de Calderón, lento, expresionista, estático”. (10) En Lope impera la espontaneidad imaginativa, mientras que en Calderón impera el dramatismo conceptual. La comedia de Lope es un drama en conjunto, en que los personajes y la trama se unen en la visión total de drama. La comedia de Calderón es un drama de detalles, de filigrana, de artificios. Lope representa el espíritu espontáneo y apasionado del siglo diez y seis, mientras que Calderón representa el espíritu reflexivo y complejo del siglo XVII.

II

Dice Menéndez Pelayo “basta leer *El alcalde de Zalamea*, ya en el texto de Calderón, ya en el de Lope, para comprender que se trata de un drama profundamente histórico, de una *historia verdadera*, como Calderón la llama”. Y expone sus razones para afirmarlo. La verdad es que, al leer sobre todo la versión de Lope, opina uno también que “es una anécdota

(10) *Ibid*, p. 329.

histórica, sin más fuente que la realidad misma". (11) Vamos, pues, a hacer nuestro análisis Comencemos con la "comedia famosa" de Lope de Vega.(12)

Una de las innovaciones del teatro de Lope fue el reducir la comedia de cinco a tres actos, o jornadas. En la jornada primera de *El alcalde de Zalamea*, Lope inicia el argumento del drama por medio de escenas rápidas y precisas. Pedro Crespo, villano de Zalamea, se entera de que sus dos hijas se están viendo con dos capitanes de los que están estacionados en el lugar. En ese momento llegan a anunciarle que lo han hecho Alcalde de Zalamea. Después de adecuada sorpresa y titubeo, Pedro Crespo acepta "la vara" que simboliza la autoridad real investida en su alcaldía. En seguida se advierte la importancia de que va revestida la aceptación del cargo, importancia que verificaremos al final del drama.

El nuevo alcalde comienza en seguida a ejercer sus funciones. Los ejemplos que en seguida presenta Lope, para dar oportunidad a Pedro Crespo de aplicar la justicia entre los querellantes que aparecen, son de sabor enteramente cervantino. Tal como Sancho en su ínsula, aplica Crespo la justicia. Con la simple astucia del campesino sabe determinar quién es inocente y quién es culpable. Aplica la misma justicia a las cuestiones de su propia vida y hacienda, tanto en el caso del dinero que debe a un amigo como en el caso de la fuga de sus hijas con los dos capitanes.

En la versión de Calderón, de *El Alcalde de Zalamea*, (13) la acción no es tan simple ni los personajes tan definidos. Es verdad que el número de capitanes se reduce a uno, y los mismo pasa con las hijas del alcalde, pero en cambio hay muchos nuevos personajes que no existen en la versión lopesca. El diálogo se retuerce y la acción se complica. Las

(11) Marcelino Menéndez Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, vol. VI, (Obras completas de Menéndez Pelayo, vol. 34) Santander, 1949, págs.175-76.

(12) Lope de Vega, *Obras*, vol. XII, "El alcalde de Zalamea" págs. 565-596. Madrid, Ed. La Real Academia Española, 1901.

(13) *Las cien obras maestras*, vol. 13, "El alcalde de Zalamea" págs. 95-169, Buenos Aires, Ed. Losada, 1947.

escenas calderonianas tienen títulos que designan el sitio; esto indica que ya en el siglo XVII disponían de elaborados escenarios y era posible cambiar de escena para mayor efecto dramático. El primer cambio notable que encontramos en los personajes creados por Lope, es el mismo Pedro Crespo, cuando el sargento lo describe el capitán como “el hombre más rico del lugar... más vano del mundo, y que tiene más pompa y más presunción...” Que no pensaríamos se refiere al mismo Pedro Crespo que conocimos en la comedia de Lope.

Hasta don Quijote y Miguel de Cervantes figuran en las primeras páginas de la versión calderoniana, y en efecto, se refiere el que habla a las cervantescas figuras de don Mendo, su famélico rucio, y su “escudero” Nuño. A medida que avanzamos en ese diálogo de la jornada primera nos parece como si Calderón hubiera juntado los elementos lopescos con elementos cervantinos, y mezclándolos hubiese vestido el conjunto con un ropaje barroco, a fin de crear su versión de *El alcalde de Zalamea*.

La (única) hija de Crespo, en la segunda comedia, es la recatada y discreta Isabel que nada tiene de parecido a las hijas del Crespo lopesco. Además, en la segunda comedia Pedro Crespo tiene un hijo, Juan Crespo, que tiene un papel bastante importante en la historia. Y por último, otra notable diferencia es que el histórico personaje don Lope de Figueroa, no solamente aparece mucho antes sino que adquiere, en la versión calderoniana, mucho mayor magnitud; “adquiere toda la plenitud de sus rasgos característicos de mal humor, de franqueza brutal, de nobleza de sentimientos y de espíritu justiciero llevado hasta la rigidez”. (14)

Volviendo a referirnos a la versión original, de Lope de Vega, allí encontramos acción pura y simple en esa primera jornada. En la de Calderón, sin embargo, la palabrería y la lírica barroca nos confrontan ya. La reflexión conceptista es la esencia del Pedro Crespo calderoniano, sea cuando le advierte a su hijo que

(14) Manuel de Montoliu, *El alma de España*, Barcelona, p. 69.

“honra no la compra nadie” e insiste que él “no quiere honor postizo”. Y llega a lo sublime cuando, habiéndole dicho don Lope que está obligado a sufrir ciertas imposiciones de parte de los oficiales del Rey por su condición de villano, le contesta Crespo:

*Con mi hacienda;
pero con mi fama no.
Al Rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.*

En la jornada segunda, de Lope, llegan los dos capitanes a la casa del alcalde, acompañados por el famoso Lope de Figueroa de carácter endiablado y violento, a exigir la libertad del sargento, pero el alcalde se lo niega y es inflexible en su determinación. Con absoluta simplicidad dice: “Yo soy el Rey” y el belicoso don Lope tiene que avenirse a que la “vara” del alcalde es, simbólicamente y en efecto, para los fines de la justicia, la vara del Rey. Pedro Crespo sabe, pues, que él está investido con la autoridad real en Zalamea. Los dos capitanes, mientras tanto, están enfurecidos con el alcalde, y más determinados que nunca a raptarle las hijas, y así lo hacen. Se las llevan, las engañan, se burlan de ellas, y las dejan abandonadas. Las dos incautas se lamentan, pero todavía creen posible ablandar los corazones de sus desertores. Así se expresa una de ellas.

*Con las lágrimas tiernas
De una mujer humilde
Se han ablandado peñas*

En la jornada segunda, de Calderón, comenzamos con un diálogo entre el quijotesco don Mendo y su leal Nuño, para en seguida enterarnos de otro diálogo, entre el capitán y su sargento. El primero cuenta al segundo sus rabias y sus emociones por no poder llegar hasta Isabel, de quien se ha

prendado, y juntos planean raptarla. Don Lope, alojado en la casa de Pedro Crespo, está midiendo sus astucias con éste. Crespo le advierte lo que él piensa.

*La cortesía,
tenerla con quien la tenga,
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.*

A lo cual se dice don Lope para su fucro: "Que ladino es el villano, o como tiene prudencia!" Y el resultado es que don Lope y Pedro Crespo se aprecian y se respetan. Juan Crespo desca ingresar en el ejército y don Lope patrocina su alistamiento. Al despedir al hijo, Crespo le dirige un largo discurso; éste es uno de los muchos ejemplos en que si se compara un largo discurso calderoniano con las pocas palabras que usaron los personajes de Lope en las mismas circunstancias, es como comparar dos yardas de encaje fino con dos pulgadas de tela fuerte pero burda.

La jornada segunda de Calderón concluye con el rapto de Isabel. Esta escena es conmovedora porque el rapto fue a la fuerza, y tanto la hija como el padre han sido víctimas de una emboscada ruín. En la comedia de Lope el rapto no fue tal puesto que las hijas del alcalde lopesco se fugaron con sus capitanes. Después de burladas y abandonadas por sus capitanes, encontraron a su padre atado a un árbol y, temerosas de su castigo, allí lo dejaron. Estas fueron dos aldeanas sin recato ni decencia, que no se pueden comparar con la Isabel de la segunda comedia. Calderón ha creado una heroína llena de recato y dignidad, que realmente es víctima de la maldad del capitán que, a la fuerza, la deshonorra.

Los lamentos de Isabel, en el interior de un monte donde la han dejado abandonada, son una filigrana poética. Es la misma técnica calderoniana que hizo famosa Segismundo: el largo soliloquio reflexivo y filosófico en que el personaje relata sus cuitas. La lamentación de Isabel se refiere a su deshonorra y a su vergüenza, y pide a gritos la muerte. Cuando descubre a su

padre se renuevan sus lamentos (que llenan páginas y páginas) y, al desatarle, concluye diciéndole que la mate.

*Tu hija soy, sin honra estoy,
y tu libre: solicita
con mi muerte tu alabanza
para que de ti se diga
que por dar vida a tu honor
diste la muerte a tu hija.*

Entre tanto Juan, que ha comprobado la deshonra de su hermana y asaltó e hirió al capitán, ha desertado de su plan original y está de nuevo en su casa rugiendo por venganza y por limpiar su deshonra matando a su hermana. Crespo e Isabel vienen, bajo el peso de su tragedia, camino de su hogar, cuando le avisan a Crespo que ese día le han hecho alcalde del lugar, y hay “dos grandes acciones” que requieren su inmediata atención: una es la próxima llegada del Rey y la otra el herido capitán que está de nuevo en Zalamea. Es un momento de gran intensidad dramática. Como padre deshonrado, Pedro Crespo clama venganza; como alcalde del lugar, tiene que proceder con “la vara de la justicia” que ahora está en sus manos.

Los conceptos del honor y de la venganza forman un paralelo muy en boga, desde la Edad Media, en España. Lo tradicional es que se mezclen el honor y la venganza, ya que por ley inmutable de esas épocas, un honor ultrajado requería un honor vengado. Dice Menéndez Pidal, hablando del carácter social de la venganza, que “la venganza es un deber doloroso; el héroe la cumple quejándose de su destino”. (15) Pero Crespo se sobrepone a su necesidad de venganza por el agravio recibido, y busca una manera más discreta de salvar su honor y el de su hija.

Pone a un lado la “vara de la justicia” que es el símbolo de su nueva autoridad, y como padre acongojado le ruega y le implora, llorando y de rodillas, durante varias páginas, que se

(15) Menéndez Pidal, *De Cervantes y Lope de Vega*, p. 159.

case con su hija y le dará toda su cuantiosa hacienda. Esta es una escena noble y conmovedora y ni por lo largo ni por lo elaborado ofende el discurso del agraviado padre. Es el momento en que el alcalde calderoniano alcanza mayor altura. A las insolencias del capitán, le implora Crespo una vez más.

*Mirad que echado en el suelo
mi honor a voces os pido.*

En la tercera jornada de la versión original, de Lope de Vega, la acción es más sencilla y la venganza es más cabal. Al consumar el alcalde de Lope su venganza, matando los dos capitanes, los dejó burlados también pues antes los casó con sus hijas. Su explicación al Rey revela el punto de vista de la época dentro del ambiente de la escena. Le dice el Rey: "Para haber de ahorcallos, ¿por qué los casásteis?" A lo cual responde el alcalde que así sus hijas quedaban viudas y no rameras. Y el Rey responde simplemente: "Muy bien". En la tercera jornada de la versión calderoniana, el ambiente, los personajes, y sobre todo Crespo, están revestidos de una dignidad barroca que presta fuerza a los conceptos que se representan. Al no poder ablandar al capitán con sus ruegos, Crespo recurre a su autoridad de alcalde y lo hace preso. Al actuar de esta manera, se expresa con cierta socarronería lopesca y ordena que todo lo referente a la prisión del capitán se haga "con respeto" y hasta jura a Dios que "con muchísimo respeto" lo ha de ahorcar.

Aquí hay un juego de conceptos: el honor, la venganza, y la autoridad del Rey. En el desenlace del drama se ve Pedro Crespo confrontado con ese triple dilema. Ya en la jornada primera nos había definido su concepto del honor como él lo entendía.

*Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.*

La venganza es un tema vital de la épica española. “El héroe épico se afianza y engrandece con la venganza, pues con la venganza repara su honor y restablece los principios sociales en que su honor se funda”. (16) Y en lo referente a la autoridad real, “el rey y la patria se honran, ganan fuerza moral, con la venganza del agraviado. Y muy lejos de poder tacharse de egoísmo, la venganza de honor ha de mirarse como una heroicidad”. (17)

Habíamos dejado a Juan Crespo de vuelta en su casa, después de haber herido al capitán, clamando venganza aún. Al ver a su hermana llegar quiere matarla también, lo cual impide su padre. Es más, como alcalde y para ser cabalmente justiciero, hace preso al hijo también, aunque dice en un aparte: “Yo le hallaré la disculpa”. Se llevan a Juan preso. Se retira Isabel. Y llega, con el consabido estrépito, don Lope de Figueroa a la escena. Explica a Crespo que su hijo “no ha aparecido por allá” y que él mismo ha regresado al lugar precipitadamente porque lo enteraron que “un alcaldillo... al capitán tiene preso” y, jura don Lope que al gran desvergonzado a palos ha de matar. A esto contesta Crespo con aquel sabor lopesco hereado de la primera comedia.

*Pues habeis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.*

Al fin le pregunta don Lope “quien es el alcalde” y Crespo, que también se ha ido exaltado, le contesta lacónicamente: “Yo”. Aquí sigue el más animado, picante, y sabroso diálogo entre los dos, todo lleno de “¡Vive Dios!” y otros juramentos. Pero al fin y al cabo es el alcalde quien lleva la ventaja.

La escena final es casi idéntica en ambas comedias. Llegan el Rey, y como dice Manuel de Montoliu, “en la obra de Lope, lo mismo que en la de Calderón, aparece en escena, con la misma

(16) *Ibid.*, p. 166.

(17) *Ibid.*, p. 162.

rigidez, la figura de Felipe II, refrendando el acto de justicia ejecutado por Pedro Crespo" su alcalde. (18) O como dice Menéndez Pelayo, "el triunfo de la justicia concejil, en Calderón, como en Lope recibe al fin del drama la sanción regia del prudentísimo Felipe II" (19) De lo que pueda significar esta escena, bajo el punto de vista político-social, no vamos a referirnos aquí, pero no podemos dejar de notar que si la repitió Calderón, exacta a la de Lope, es porque también en su siglo se aceptaba ese concepto democrático en el cual el alcalde lugareño está revestido con "la vara de justicia" del Rey.

(18) M. de Montoliu, *El alma de España*, p. 70.

(19) Menéndez Pelayo, *Estudios*, p. 191.

LARRA Y SU CRITICA LITERARIA*



MARIANO José de Larra ha sido considerado como el primer crítico moderno de España. En vez del criticismo moralizador y amonestador de los siglos XVII y XVIII, surgió en Larra y su grupo de contemporáneos un nuevo punto de vista, un estilo de crítica ideológica más bien que moralizadora. Estos “modernos” racionalizaban y estudiaban las costumbres del día. Su preocupación con las costumbres literarias de la época se unió a su comprensión del temperamento español en un marcado esfuerzo por identificarse con la escena literaria del resto de Europa, pero con un valor netamente español y no influenciado por valores ajenos. Dijo Larra entonces: “La literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso” de un pueblo.

*Ref. y citas en este ensayo:

LARRA, *Artículos de Crítica Literaria y Artística*, (Clásicos Castellanos, 52) Madrid, Espasa-Calpe, 1950, Prólogo y Notas de José R. Lomba y Pedraja.

* En *Aula*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1978, p. 9-15.

Tan prominentemente representativo de su época y circunstancias fue Larra que se le considera hoy como figura prominente en cada uno de los movimientos literarios de su tiempo, juicio que es principalmente significativo si se considera lo brevísimo de su carrera. Al hablarse del romanticismo, llámasele "el primer romántico" y, al tratarse del costumbrismo que floreció entonces, llámasele "el padre del costumbrismo" y, en el campo del periodismo, se le ha considerado igualmente excelente como crítico teatral, literario, político y de costumbres. Su estilo fue unas veces "serio" pero por lo general satírico y deliciosamente entretenido; en un caso o en otro, sus artículos contenían verdad y realismo que al mismo tiempo interesaban y divertían al público y, en su conjunto, nos revelan la superioridad de Larra como escritor.

Mariano José de Larra nació en Madrid en 1809 y parte de sus estudios los cursó en Francia. Estos datos por si solos indican un sin número de circunstancias e influencias que se deben tomar en cuenta al estudiar a Larra, tanto como los más "sensacionales" de su corta, pero intensa carrera, que terminó en suicidio en 1837.

A los diecinueve años de edad publicó Larra, por cuenta propia, un periodicucho que llamó el *Duende Satírico del Día*. Con el título del periódico y, sobre todo, con el uso de seudónimos tan en boga entonces señalaba el autor su "posición" como observador y crítico. Además de El Duende y "el Pobrecito Hablador" y otros, usó varios nombres propios ficticios. El que se inmortalizó, sin embargo, fue el de "Fígaro" que ha venido a ser un seudónimo de su propio nombre.

En el segundo cuaderno de *El Duende*, en marzo de 1828, ya publicó Larra su primer crítica importante y reveladora de sus brillantes dotes literarias. En ese primer brote crítico-literario, aunque admirable y casi genial, estaba el autor aún bajo la influencia intransigente del clasicismo y los preceptos del siglo XVIII. A pesar de sus flechazos satíricos a París y los

franceses, no se había sacudido todavía de sus antecedentes neoclásico-didácticos. Como dijo él mismo años más tarde, en una de sus críticas:

Nada hay más natural en los principios de cualquier carrera que el no atreverse a volar el discípulo por sí solo; únicamente la reflexión, la confianza y el tiempo van dando a cada uno un aire peculiar suyo y la facilidad de crear, según su propia inspiración... (Revista Española, número de abril 23, 1833.)

En su obra literaria de los primeros años de su carrera, le falta a Larra la madurez de criterio y de expresión que alcanzó luego con "la reflexión, la confianza y el tiempo" y, además, debemos tomar en cuenta que su temperamento apasionado y la versatilidad de sus preocupaciones hacían bien difícil el lograr un estilo "nuevo" como él quería, y como logró luego. Los artículos y críticas de *El Duende* son la obra de un jovencuelo impulsivo con más entusiasmo y genio que autoridad. Dice Rafael Lapesa en su *Historia de la Lengua Española*:(*)

Precisamente la mediocridad de Larra como estilista se debe en gran parte al conflicto entre la formación que había recibido y el deseo de modernidad; no quiso obedecer por completo al neoclasicismo, pero tampoco acertó a crear un arte nuevo. De ahí el contraste entre la idea penetrante, intencionada, y la expresión árida unas veces, ampulosa otras.

Pero el mismo Lapesa cita lo que decía Larra, que "las lenguas siguen la marcha de los progresos y las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles" que nos revela uno de los argumentos de Larra durante el proceso formativo de su estilo propio, si bien dentro del estilo libre y festivo de la nueva era.

* Segunda edición, 1950, p. 268.

La crítica literaria en sí, como la conocemos hoy, había nacido en el siglo XVIII como resultado del afán de aprender, de investigación, y como una necesidad de justificar la literatura — ya que los humanistas condenaban la literatura que no enseñase algo en el sentido didáctico. En su artículo “*Literatura*”, que apareció en *El Español* el 18 de enero de 1836, se expresó Larra con los siguientes términos:

El espíritu de análisis, disecador, digásmolo así, y el espíritu filosófico francés hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ella, queriendo, con todo, creerse independientes de ella, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio la expresión; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales.

Pero volviendo a su tema de que “la literatura es la expresión del progreso de un pueblo” advierte Larra que:

Lo más que pueden los puristas exigir es que, al adoptar voces y giros y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible al tipo, a la índole, a las fuentes, a las analogías de la lengua.

La escuela neoclásica dominó el horizonte literario del siglo XVIII y hasta los principios del XIX y comienzos del romanticismo. El concepto de la *ética* se discutía mucho en el siglo de las luces, y había marcada preocupación con la pedantería, en nombre del buen gusto.

Paralelamente con el clasicismo del siglo XVIII, sin embargo, surgió un teatro y una literatura populares en España que se manifestó como plebeyismo primero, pero que a fines de siglo habíase ya convertido en el teatro de género chico, el sainete, y la sátira literaria. La sátira progresa en épocas de polémicas, y en el siglo XVIII surgieron muchas polémicas y preponderó la sátira. La mayoría de las figuras literarias del siglo

fueron víctimas de sátiras personales, y muchos descendían a la pedantería y el mal gusto. A este respecto podemos citar del artículo de Larra *La Satírico-Manía*, que publicó en la Revista Española el 15 de marzo de 1833:

Reconozcamos, pues, a una voz que el inconveniente de la sátira (es) la dificultad que le es inherente para manejarla, dirigirla y no hacer de ella un arma alevosa que, en lugar de campear por la virtud, emponzoñe más y más sus tiros delicados.

Algunos años más tarde, publicó Larra otro artículo, “*De la Sátira y de los Satíricos*”, en *El Español* del 2 de marzo de 1836, del cual citaremos lo siguiente:

Como el que censura las acciones y opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar más dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir a su clara vista el arte no menos importante de decir...

Y refiriéndose a su propia época, continúa así:

Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no sólo permitidas, sino lícitas, llegan a ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón por que el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo a que pertenece...

Y Larra comprendió el espíritu de su siglo y lo interpretó como un escalón en la marcha progresiva de la sociedad en que vivía. Expresó su concepto muy claramente, en el artículo a que nos venimos refiriendo:

Pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, o mejor dicho, nunca mueren sino aparentemente; marchan constantemente a un fin... sus muertes aparentes no son

sino crisis... son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior evoltura y pasar a la existencia inmediata.

Y en su propio esfuerzo por sacudir su "anterior" envoltura, dieciochesca, decía:

Esperamos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos, toda de verdad... sin más regla que esa verdad misma... enseñando verdades a aquéllos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es...()*

Y si lo anterior parece el grito de protesta de toda y cada generación, es porque cada "generación nueva" busca *la verdad* de aquí que surjan los *ismos*, que siempre parecen ser algo *nuevo* pero en realidad son las crisis de la misma crisálida, la sociedad en que vivimos, al cambiar de vestidura para la nueva etapa de su marcha progresiva.

En busca de la *verdad*, cada generación descubre un arte *nuevo*. Larra llevó a la mayor perfección el costumbrismo, que se venía desarrollando durante el siglo anterior, y con su "nueva era" formó parte también del romanticismo. En su persona y temperamento, Larra fue enteramente romántico, es decir, enteramente *moderno*. Tan moderno y de su siglo, que siguió la corriente imperante y transformó luego el romanticismo en nacionalismo.

Dentro de ese nacionalismo romántico, una de las preocupaciones de Larra era "el caso de España" y fue él quien primero percibió el golfo que separaba la España del siglo XIX del resto de Europa, y aunque admitía "que la cuestión del género clásico y del romántico no puede ser nunca absoluta, sino relativa a las exigencias de cada pueblo" y "que no siendo la literatura sino la expresión de la sociedad, no puede ser toda

* "Literatura" en *El Español*, 18 de enero 1836.

literatura igualmente admisible en todo país indistintamente” comprendía la necesidad de una literatura española que formara parte integrante de una literatura europea.

En una de sus críticas, sin embargo, explica Larra las circunstancias que impiden en España el desarrollo de una literatura propia y al mismo tiempo europea.

Hay en ella (en España) tres pueblos distintos: 1) una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria; 2) una clase media que se ilustra lentamente, que empieza a tener necesidades... y que quiere reformas; 3) y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada o deslumbrada en el extranjero, víctima o hija de las emigraciones, que se cree ella sola la España. (El Español, 23 de junio, 1836.)

Y en una sociedad tan mal organizada se necesita un ideal común a todos, a todas las clases, y tal es el nacionalismo que adoptó, para mayor éxito, el espíritu romántico del momento.

El romanticismo, del cual el costumbrismo formó parte, se sirvió del periodismo como medio de comunicación con el público y así logró influir todas las clases sociales. El periodismo, un arte nuevo, se convirtió en el vehículo popular de la literatura moderna. Esa misma popularidad convirtió el periodismo en un vehículo importante de la opinión pública, y por ende, un medio poderoso para la crítica.

Dice su prologuista Lomba y Pedraja, que Larra “es un periodista ante todo. A base de un literato, ciertamente, más con el gusto y además con el pie forzado de la actualidad periodística”. Sus críticas de la sociedad, la literatura, y la política de su tiempo alcanzaron un éxito rotundo e imperecedero. Su entusiasmo, su talento, y su don satírico contribuyeron a tal éxito. Le favoreció el carácter pintoresco, de un sabor picaresco, que ha sido siempre tan popular en España, y que caracterizaron sus “Cuadros de Costumbres” y sus “Críticas Satíricas” y que se percibe hasta en sus artículos más serios.

El escritor del clasicismo escribió para una minoría selecta, pero Larra y sus contemporáneos escribían para “el público en general” y su éxito y popularidad correspondían al éxito y popularidad del “periódico” en que escribían. Dentro de ese nuevo tipo literario, y basándonos en sus artículos, podemos considerar a Larra como el más grande crítico, en prosa y en sátira, del mundo hispánico de su siglo.

COSTUMBRISMO REGIONALISTA EN ALGUNAS NOVELAS NATURALISTAS DE ESPAÑA*



VAMOS a estudiar en este ensayo el elemento costumbrista que prepondera en la novela naturalista española de tipo regionalista. Incluiremos las tres novelas más distintivas de este tipo, por los tres autores más distinguidos en el género. Junto con Pérez Galdós, se distinguieron estos autores en el movimiento naturalista español que siguió al movimiento naturalista francés en la literatura europea del siglo pasado. Por encima de ese movimiento del momento, sin embargo, sus novelas contienen en esencia el elemento regionalista que ellos cultivaron en muchas de sus obras. Las novelas naturalistas de Galdós, por ser enteramente de la ciudad, del ambiente madrileño, no caben dentro de este estudio.

Las tres novelas que vamos a analizar sobresalen aún hoy dentro de la novelística española. Cronológicamente corresponde primero *Sotileza*, de J.M. de Pereda; seguirá *Los pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán. Y concluiremos con *La Regenta*, de Leopoldo Alas. Estos autores coinciden "en cultivar la novela regional que se distingue por presentar los tipos, las costumbres, el carácter y el espíritu de una región determinada". (1) Por su

(1) Angel del Río, *Historia de la literatura española*, New York, The Dryden Press, 1953, II, 124-25.

definición y por su propósito, el "costumbrismo" es un elemento integrante de la novela regional, y lo es también del "naturalismo" en cuanto la novela naturalista estudia y analiza la sociedad del momento y sus problemas y, por tanto, estudia y analiza sus costumbres. "El costumbrismo, inspirándose en la experiencia inmediata del ambiente, conduce al realismo y desemboca, en cierto modo, en el naturalismo".

)

Nos interesa, pues, el ambiente regional que se encuentra en estas novelas y que, desde entonces, se sigue cultivando en la novela contemporánea. En *Sotileza*, nos presenta Pereda la novela de la gente de mar, de los pescadores santanderinos: sus vida y su mundo. En *Los pozos de Ulloa*, nos presenta la Pardo Bazán un aspecto del mundo rural gallego que ella cultivó tanto. En *La Regenta*, nos presenta Alas la novela de Asturias, el análisis de una ciudad de provincia que es en realidad Oviedo. Cada una de estas tres novelas sobresale no solamente dentro de la novelística española, sino dentro del movimiento naturalista del momento, del regionalismo español, y también, como es de suponerse, dentro de la obra literaria de cada uno de sus autores.

Hay que tener en cuenta el elemento de "realismo" que dominó la novela moderna española a mediados de siglo, que se identifica con el temperamento realístico español y se encontrará ya como parte integrante de todo movimiento literario y de la técnica novelística. Realismo fue la base donde se asentó el naturalismo en España y realismo es la base donde descansa el regionalismo de que nos veníamos ocupando, y por ende lo será también del costumbrismo. Si costumbrismo es el reproducir "en obras de arte las costumbres de la época y del ambiente en que vive el artista que las crea" (3) debemos considerar a estos autores regionalistas como costumbristas

(2) Germán Bleiberg, "Costumbrismo" en *Diccionario de Literatura española*, Madrid, REvista de Occidente, 1953, págs. 169-70.

* En *Aula*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 19 , p.

(3) *Loc. cit.*

también, puesto que nos presentan el ambiente de su región que conocen a fondo. En ese sentido debemos incluir a Galdós como el más grande costumbrista de todos, puesto que nos pinta las costumbres y el ambiente de Madrid en sus novelas.

El tema de que nos estamos ocupando se explica mejor si consideramos los elementos que lo componen. El regionalismo y el costumbrismo más o menos coincidieron en su desarrollo como géneros literarios. Ambos surgieron del espíritu realista que se iba imponiendo como reacción al romanticismo. Más tarde, se integraron, como veníamos notando, al naturalismo español también.

Para mejor apreciar este aspecto regional costumbrista que aquí nos interesa, vamos analizar ya las tres novelas que hemos seleccionado, separadamente, a fin de llegar a una interpretación del conjunto y poder formarnos un juicio sobre dicho aspecto del naturalismo español.

SOTILEZA

José María de Pereda (1833-1906) es el novelista por excelencia del regionalismo costumbrista español. Pereda se identifica absolutamente con su ambiente: la montaña y el mar de Santander, y pinta en sus novelas sus montañeses y sus santanderinos, sus costumbres, y cómo viven y cómo hablan y sienten. La esencia del regionalismo de Pereda es su tradicionalismo. Como dice Barja, "su mismo regionalismo literario es parte de su tradicionalismo". (4)

Sotileza es la novela de Santander. Es, como ha dicho alguien, la gran epopeya de su gente de mar. "Cada novela de Pereda es una galería de cuadros; paisajes, escenas y retratos... escenas montañesas y marineras, yuxtapuestas las unas a las otras". También es cierto que sus *Escenas montañesas* son

(4) César Barja, *Libros y autores modernos*, Los Angeles, 1933, p. 205.

“pequeños cuadros de costumbres” y que su novela regional es una “novela esencialmente popular, y como tal, novela de costumbres”. (5) Si *Sotileza* fue su novela del mar, *Peñas arriba*, escrita mucho más tarde, fue su novela de la montaña. “Ni *Peñas arriba* ni *Sotileza* tienen verdadera acción. Son, sencillamente, de costumbres y de tipos”. Y de no menos significación costumbrista es el hecho de que “el lenguaje popular es media novela en las de Pereda. Lo reproduce con exactitud”. Su arte como novelista “es arte regional, costumbrista y pictórico, de pueblo. (6)

La biografía de Pereda es, como su obra, netamente regional. Excepto cortas ausencias, su vida se deslizó entre su pueblo y Santander, entre su montaña y su mar, y en ese ambiente que le rodeaba encontró su expresión literaria. Refiriéndose a *Sotileza*, dice un historiador de Pereda que con su instinto tradicionalista, Pereda “encontró a flor de tierra, y con sólo clavar su mirada en las pintorescas costumbres marineras” el Santander que quiso inmortalizar la avalancha del progreso moderno. (7)

El mismo Pereda, en su “prólogo” de *Sotileza*, pone por testigos a sus contemporáneos de Santander de si es o no la lengua con sus caracteres la que usa en sus páginas la que hablaban, y si eran o no sus costumbres, sus leyes, sus vicios y sus virtudes. Y trata también de los que sean o no “temas obligados de la buena novela de costumbres”. (8) Pero el costumbrismo de Pereda es auténtico, como ya hemos sugerido, y está integrado con su tradicionalismo que le hace describir sus tipos y cuadros de costumbres con simpatía y con cierta nostalgia. Su regionalismo, por sus limitaciones geográficas, es cerrado, de caracteres propios. Los personajes se nos presentan por si mismos, por medio del diálogo o la escena, sin necesidad de introducción ajena.

(5) *Ibid.*, págs. 204-05.

(6) *Ibid.*, págs. 215-19.

(7) J. M. de Cossío, *La obra literaria de Pereda, su historia y su crítica*, Santander, 1934, p. 219.

(8) J. M. de Pereda, *Sotileza*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, págs. 9-10.

La escena se abre, en *Sotileza*, con la realidad sucia y cruda del mundo santanderino de los pescadores: sus casas, sus mujeres, sus cabildos, sus disputas, sus muelles, sus lanchas, y sus conversaciones. En pocas palabras: su mundo, sus costumbres, su ambiente. Con su rudeza pintoresca, nos pinta Pereda sus caracteres por medio de su lenguaje popular. Debajo de la suciedad con que se revisten, nos deja ver las almas que encierran esos caracteres. Comenzamos por encontrar al Padre Apolinar, que es, dentro de su descuido y abandono, el espíritu del bien, de la fortaleza y de la bondad humana. El Padre Apolinar nos ofrece de por sí un verdadero cuadro de costumbres: el tipo de cura español que se ha dedicado a socorrer la humanidad y es "el paño de lágrimas" de sus feligreses a quienes protege con absoluta y pintoresca devoción. Se entiende con sus toscos feligreses admirablemente pues hasta les habla en su propia lengua y los comprende, compartiendo con ellos su mundo de cada día.

Además de los cuadros que nos presenta Pereda en su realismo descriptivo, encontramos en su novela cuadros de índole cívico-social tal como el de los cabildos santanderinos, el de Arriba y el de Abajo, que representan los barrios correspondientes y que ejercen la consabida influencia sobre sus gentes, sus problemas y sus feudos.

El Padre Apolinar, los pescadores y sus familias, así como Cabildos representan el pueblo: lo popular. Don Pedro Colindres y don Venancio Liencres, y sus respectivas esposas, representan la clase acomodada del Santander de *Sotileza*. El Capitán don Pedro, aristócrata entre la gente de mar, y el comerciante don Venancio aristócrata entre los acomodados, siguen las leyes atávicas de la sociedad donde viven y juntan a sus hijos, quienes al fin y a la postre se identifican el uno con el otro y se alejan, juntos, del otro mundo santanderino: el de los pescadores y el populacho.

Cada uno de los tipos que figuran en la novela, dentro de su ambiente correspondiente, es el centro de un cuadro costumbrista. Pereda junta lo social y lo psicológico en sus

personajes y en sus cuadros santaderinos. Algunas de las descripciones de sus tipos resultan deliciosas.

La señora de don Venancio Liencres... hocico de asco, mirada altiva, cuatro monosílabos entre dientes, mucho lujo en la calle, percal de a tres reales en la casa, mala letra y ni pizca de ortografía. De estirpe, no se hable: la más vanidosa. (9)

Y al otro extremo de la escala social encontramos la descripción de la Sargüeta, la mujer del tío Mocejón.

Cuya lengua venenosa y genio avinagrado y voz dilacerante, eran el espanto de la calle, con haber en ella tantas reñidoras de primera calidad. Era más alta que su marido, pero muy delgada, pintarrosa, con hocico de merluza, dientes negros, ralos, y puntiagudos; el color de las mejillas, rojo curado; y lo demás de la cara, pergamino viejo; el pecho hundido, los brazos largos... y apestaba a parrocha. (10)

Los capítulos, en la novela de Pereda, tienen títulos, algunos de los cuales son provocativos y otros descriptivos. Entre los primeros encontramos "De la Maruca a San Martín" y "Del patache y otros particulares" y "El diablo en escena" y "El paño de lágrimas" y "La noche de aquel día" y "El perejil en la frente" y otros. Entre los otros figuran "Un Cabildo" y "Los marinos de entonces" y "Un día de pesca" y "Los de Arriba y los de Abajo" y otros. Y cerca del final hay varios capítulos que se refieren al escándalo provocado por "las hembras de Mocejón" y que se describen por sí mismos.

Capítulo XXIV, Frutos de aquel escándalo.
XXV, Otras consecuencias.
XXVI, Mas consecuencias.

(9) *Ibid.*, p. 100.

(10) *Ibid.*, p. 32.

- XXVII, Otra consecuencia que era de temerse
 XXIX, La más grave de todas las consecuencias.
 XXIX, En que paró todo aquello.

Encontramos escenas que nos revelan costumbres que luego desaparecieron, tal como la de alumbrarse las señoras al salir de noche.

Ya en la calle, la consabida ringlera de farolones de mano en las de las doncellas que aguardaban a sus respectivas señoras. Porque todavía en aquel tiempo, y no obstante haberse estrenado el gas el año anterior, quedaban bastantes restos de aquella antiquísima vanidad de clase, expresada en un gran farol de cuatro cristales... Esta observación acerca de los faroles... como nota expresiva del cuadro de aquellos tiempos. (11)

Lo mismo las descripciones de la famosa regata o "regateo" entre los del Cabildo de Abajo y los del Cabildo de Arriba, que "era un Cabildo en masa desafiando al otro Cabildo, nada menos que para el día de los santos patronos del retador, patronos, a la vez, del Obispado, fiesta solemnísimas en Santander". (12) Resultarían largas las descripciones de los preparativos y de la regata misma, pero el acontecimiento entero es un interesante y animado cuadro de esa vida santanderina y de su pueblo, que pinta Pereda en su novela.

El tradicionalismo regionalista de Pereda es el del "Castellano viejo" que se rebela contra lo nuevo, contra lo que representa progreso innovador en su Santander o en sus costumbres montañosas. "Se trata de un escritor fuerte, de un gran pintor de costumbres, de tipos, y, dentro de la estrechez de su ambiente, de seres humanos". (13) Sus cuadros, de costumbre y de tipos de la vida santanderina del momento que

(11) Pereda, *Sotileza*, p. 164.

(12) *Ibid.*, p. 195.

(13) del Rfo, *Historia*, p. 134.

describe, tienen mucho mérito literario, tanto dentro del género costumbrista como del regionalista.

Porque Pereda perteneció a lo que se ha llamado primera generación de los novelistas, del realismo español, del siglo pasado, su novela naturalista es diferente a la de los otros autores incluidos en este estudio, que pertenecieron a la llamada segunda generación. En Pereda dominaba aún cierto espíritu romántico y nostálgico que tiñe todo su tradicionalismo, y lo que se considera su novela naturalista. Los novelistas de la segunda generación, en cambio, escriben ya dentro de un espíritu realista y científico sus novelas psicológicas y de análisis sociológico.

Pero antes de pasar a los otros novelistas, diremos con Pereda, como conclusión a nuestro análisis de *Sotileza*: "Y como no queda otro asunto por ventilar de los tocantes a este libro, dejémoslo aquí..." (14) Y busquemos en las novelas de esos otros también lo que haya, dentro de su naturalismo, de costumbrismo regionalista.

LOS PAZOS DE ULLOA

Emilia Pardo Bazán (1851-1920) fue la gran escritora de Galicia y además, figuró a la cabeza de la segunda generación de novelistas de que ya hablamos, y a la cabeza del movimiento naturalista en España. La novela suya que vamos a analizar pertenece también a dicho movimiento literario.

La novela de la Pardo Bazán, como la de Pereda, fue esencialmente regionalista. La suya fue la novela de Galicia. *Los pazos de Ulloa* (15) figura prominentemente entre las novelas naturalistas y entre las novelas regionalistas de España, y, porque nos pinta una escena de vida y costumbres en Galicia, sobre todo en una región rural, encontramos en ella el elemento costumbrista que estamos estudiando. Además de ser la novela

(14) Pereda, *Sotileza*, p. 273.

(15) Emilia Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*, Madrid, Aguilar, Colección Crisol Núm. 255, 1954.

regional por excelencia, *Los pazos de Ulloa* representa la síntesis del naturalismo, tal como lo interpretó la ilustre autora.

La naturaleza es un elemento principal en esta novela, el paisaje gallego pintado con entusiasmo y con fuerza. Parece que en su exaltación naturalista, la Pardo Bazán nos pinta la naturaleza y el ambiente en su novela con más realismo que sensibilidad poética. Es como si la misma autora pensara y sintiera como el Julián, de la historia cuando se acercaba por primera vez a los pazos de Ulloa y experimenta “indefinible malestar... frente a frente con la ruda y majestuosa soledad de la Naturaleza”. (16)

El tema de la novela es un estudio psicológico de la sociedad rural que describe. Se trata de una sociedad que se derrumba, que está en absoluta decadencia. Es el último baluarte, ya carcomido, del feudalismo gallego. El verdadero personaje central es el caserón ancestral del título “los pazos” de Ulloa, que atrapa a los personajes de carne y hueso en su ambiente de barbarie y, los destruye o los transforma. Una serie de cuadros de costumbres constituyen el marco en que se desarrolla la novela. Primero se nos presenta la casona y sus habitantes, y el ambiente malsano que allí predomina. Luego, como contraste, encontramos un capítulo con el pintoresco relato de las fiestas del patrón de Naya. Esta fiesta se celebraba, con mucha abundancia de comida y demás, en la rectoral de Naya. “Allí se juntaba lo más grande de la comarca”. Y en cuanto a la consabida comilona, “empezó a desfilar interminable serie de platos, los veintiséis tradicionales en la comida del patrón de Naya”. (17) Los mozos y las mozas se divertían “bailando a su sabor... en el atrio lleno de luz” después de terminada la misa. (18) En otro capítulo más adelante, seguimos a Pedro Moscoso y su joven esposa haciendo visitas de cotesía a “la aristocracia circunvecina” y cada una de las visitas es un entretenido cuadro de costumbres. “La tanda

(16) *Ibid.*, p. 25.

(17) Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*, p. 94.

(18) *Ibid.*, p. 90.

empezó por la señora jueza de Cebre” y tanto la descripción de la señora jueza como de la visita toda, es un éxito humorístico de la Pardo Bazán. Los tipos que aparecen en las otras visitas, comparados con las figuras cómicas del juez y la jueza, resultan figuras patéticas que no pasan de ser reliquias de una clase social que desaparece, fantasmas de un mundo que ya no existe. Así lo sintieron los mismos visitantes, que al despedirse de los Limiosos, a quienes habían hecho la última de las visitas, “salieron del goteroso pazo cuando ya anocheecía, y sin que se lo comunicasen, sin que ellos mismos pudiesen acaso darse cuenta de ello, callaron todo el camino, porque los oprimía la tristeza inexplicable de las cosas que se van”. (19)

Hay cuadros de vida urbana, durante la visita de Pedro Moscoso a Santiago. Pero la escena urbana que se nos pinta carece también de vida y vigor, parece ser una capital de provincia en franca decadencia, que completa el cuadro regional de decadencia que nos presenta la Pardo Bazán en su realismo naturalista.

El contraste entre el mundo de la ciudad y el del campo se puede apreciar por la reacción de los que dejan uno de esos mundos para ir al otro. Cuando el curita de la ciudad, el santo Julián, llegó a las tierras de Ulloa, dijo para sí “téticamente impresionado: ¡qué país de lobos!” (20 En cambio al marqués de Ulloa, en Santiago “nada le agradó, y experimentó mil decepciones”. (21)

Una escena poderosa en la novela, en la que se ponen en juego muchas pasiones y en que figuran más personajes que en ninguna otra, y que incluye la serie de cuadros de costumbres más complejas, es la de las elecciones y compañía política que abarcan varios capítulos de la obra y que ocupó por entero a toda la región mientras duró, y cuyas consecuencias se comentaron y se sintieron por mucho tiempo más. “Sufrió una

(19) *Ibid.*, págs. 217-29.

(20) *Ibid.*, p. 26.

(21) *Ibid.*, p. 144.

metamorfosis el vivir entumecido y seoliento de los pazos. Entró allí cierta hechicera... la política, si tal nombre merece el enredijo di intrigas y miserias que en las aldeas lo recibe". (22)

Y para concluir debemos anotar que "el lenguaje de la Pardo Bazán es uno de los más castizamente españoles, sin que apenas se registren en el localismos, a pesar del tono regional de sus grandes novelas". Y es verdad que "su acento gallego queda reducido a unos cuantos modismos usados por alguno de los campesinos que pasan apresuradamente por sus obras". (23) Pero hay que admitir que si los personajes de la Pardo Bazán "usan generalmente el castellano (es) porque si emplearan la lengua gallega como medio de expresión de su diálogo obscurecerían la comprensión de la obra". (24)

LA REGENTA

Leopoldo Alas (Clarín) 1852-1901, es el otro autor, de la llamada segunda generación, que incluimos en este estudio. En 1884 publicó su novela naturalista *La Regenta*, que es considerada por muchos no sólo la mejor de las novelas naturalistas españolas, sino también la mejor novela española después de *El Quijote*. *La Regenta* es ya una novela moderna y tiene tantos méritos, dentro de sus diversos aspectos, que resulta en verdad una novela sobresaliente en la novelística moderna.

El interés y el entusiasmo de Leopoldo Alas por el naturalismo francés fue simultáneo con el de la Pardo Bazán, de modo que sus novelas naturalistas corresponden al mismo momento literario, surgen de la misma inspiración. La coincidencia no pasa de ahí, sin embargo, pues la novela de Alas es en muchos de sus aspectos distinta a la de Pardo Bazán. También es una novela regional puesto que es la novela de Asturias; nos pinta a Oviedo, la ciudad del autor, bajo el nombre supuesto de Vetusta, que en sí apunta ya a la característica

(22) *Ibid.*, p. 334.

(23) Emilio González López, *Emilia Pardo Bazán*, New York, Hispanic Institute 1944, p. 147.

(24) *Ibid.*, p. 148.

predominante de la vieja ciudad asturiana: su vejez histórica y eclesiástica. En una serie de cuadros, así como en el conjunto, nos permite Alas ver las tradiciones, los prejuicios, las intrigas de clases, las luchas personales, la ambición y otras pasiones; el alma desnuda, en fin, de esa capital de provincia.

Encontramos que hay dos elementos que sobresalen en *La Regenta* (25) un marcado realismo y un gran sentido humorístico que a veces toca en divertida sátira. Sus escenas, llenas de momentos dramáticos unas y de hilaridad otras, son con frecuencia perfectos cuadros de costumbres de la vida intensa y compleja de Vetusta. En ciertos aspectos, sobre todo en la sátira realística, la novela de Alas tiene un sabor cervantino. Como crítico literario, su sátira llegó al sarcasmo y se comparó al "Clarín de guerra" que él mismo se llamaba, a otro resonante crítico de su siglo, Mariano José de Larra.

Con fina ironía nos pinta en su novela cuadros magníficos de la decadencia de la sociedad y la corrupción del clero de su Vetusta.

La Regenta es una pintura realista (naturalista) de una rancia capital de provincia dominada por tradiciones, prejuicios, pasiones, e intrigas. El tema saliente es la lucha entre lo clerical y lo laico que predominó en la España del siglo pasado y que Leopoldo Alas ahonda aquí por medio de todos los recursos novelísticos a su alcance.

El argumento de *La Regenta* es la historia de un doble adulterio. Ana Ozores, La Regenta, como ejemplo del erotismo reprimido, comete adulterio pseudo-espiritual con su nuevo confesor, el formidable Magistral, que personifica el poder y la corrupción clerical. Ana comete adulterio carnal, casi al final del segundo tomo, con el Tenorio de Vetusta, el elegante solterón don Alvaro, y este fue el natural desenlace del argumento, previsto desde el principio por el lector y por el mismo don

(25) Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta*, Buenos Aires, Emecé Ed., 1946, 2 volúmenes. (Biblioteca Emecé, núms. 48 & 49.)

Alvaro. La víctima del enredo fue, desde luego, el tonto marido: el bueno de don Víctor, símbolo de un honor quijotesco que lo redimió al mismo tiempo que lo destruyó.

Los caracteres secundarios forman una verdadera galería de tipos magníficamente pintados. Cada uno presenta, y el conjunto también, un admirable cuadro costumbrista de provincia. La novela toda es una colección de cuadros de costumbres, de gran interés cada uno y de gran autenticidad en el conjunto. Los personajes y las escenas se integran con gran intensidad.

La historia comienza con Vetusta, la verdadera protagonista. "La heroica ciudad dormía la siesta" son las primeras palabras del autor. La vemos en seguida, desde el campanario de la catedral, a través del antejo del Magistral. Es una visión rápida de la vetusta ciudad, pero llena de tonalidades que auguran la galería de cuadros costumbristas que vamos a encontrar en la obra.

Comienza Clarín su obra con un cuadro de vida clerical, prodigio de verdad y gracia, sólo comparable a otro cuadro de vida de casino provinciano que más adelante se encuentra' (26)

Y en realidad, el autor nos lleva de la mano para enseñarnos cada escena y cada tipo de interés, unas veces con marcado realismo y otras con fina ironía. Cuando introduce al clero lo hace con aparente mansedumbre. "El coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplidos por aquel día su deber de alabar al Señor entre bostezo y bostezo". (27) Y así continúa, con la más amena descripción del cabildo eclesiástico, muy larga para incluir aquí.

Se perfila el retrato del Magistral con su manteo, símbolo de su aparente elegancia, y su actitud de estudiada santidad que no lograba disimular su ilimitada arrogancia y ambición. como

(26) Alas, *La Regenta*, p. 16. (Prólogo de Benito Pérez Galdós.)

(27) *Ibid.*, p. 69.

contraste interesante encontramos al Arcipreste. "Era don Cayetano un viejecillo de setenta y seis años, vivaracho, alegre, flaco, seco, de color de cuero viejo, arrugado como un pergamino al fuego, y el conjunto de su personilla recordaba... la siueta de un buitre". (28) Allí en la catedral se mezcla lo divino y lo profano, el olor de incienso con el olor de feligresas perfumadas, en un cuadro de hipocresía salpicado de descaro, y sobre todo, un cuadro de pasiones mundanas.

Los varios mundos que componen la ciudad se distinguen y definen entre sí: la aristocracia, la Vetusta de abolengo, por un lado; los ricos indianos en sus nuevos y modernos barrios por el otro; y los barrios de obreros, de ese grupo que apenas se vislumbra en la novela, se encuentran aún más lejos, aparte de los otros. Después penetramos en esos mundos, sobre todo en el de la aristocracia, incluyendo la del clero, y con ojeadas al indiano rico y su mundo en el mundo de Vetusta.

Hay dos elaborados cuadros descriptivos de mano maestra: el del cabildo y el del casino de la vieja capital de provincia. El casino ocupa tanto espacio y es tan importante en la novela como lo es la catedral. En el primero reina el buen mozo don Alvaro y en la segunda el Magistral, los dos rivales que se disputan la Regenta. La vida del casino que nos describe Alas es una serie de cuadros característicos de un casino de provincias. La Regenta es una novela costumbrista de la ciudad, la novela costumbrista de Oviedo. Vetusta es real, de un realismo costumbrista. Esta novela es un juego de elementos ambientales que determinan la serie de cuadros y la galería de personajes que la integran y su tipo de costumbrismo regionalista.

(28) *Ibid.*, p. 70.

UNA NOVELA DEL NATURALISMO ESPAÑOL*



DE los escritores que se destacaron durante el movimiento naturalista español de fines del siglo pasado, Emilia Pardo Bazán fue la figura sobresaliente. Aristócrata de Galicia, la Condesa de Pardo Bazán fue una mujer culta y de mundo, que se interesaba por el resto de Europa y seguía, sobre todo, las noticias literarias que venían de Francia. Se interesó vivamente por el naturalismo francés y, con el gran entusiasmo que le era característico, escribió una serie de artículos sobre el tema. Reunió dichos artículos en un libro que llamó significativamente "La cuestión palpitante" (1883) y que desató una interesante polémica literaria.

Habiendo así introducido el tema del naturalismo en España, doña Emilia procedió entonces a escribir novelas naturalistas. El resultado fue sus novelas regionales *Los Pazos de Ulloa* (1886) y *La madre naturaleza* (1887) "estudios acabados de la decadencia de la ariatocaracia gallega con detalles de extrema perversión sobre un fondo de vida rural admirablemente descrito". La primera de dichas obras tuvo gran éxito y es una gran novela. La segunda no obtuvo el mismo

* En *Aula*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1980, p. 9-16.

éxito porque no alcanzó la superioridad de la primera. Queremos hacer a continuación un análisis crítico de *La madre naturaleza*, pero como ambas novelas están estrechamente vinculadas por el tema y por los personajes, será inevitable que hagamos comparaciones con la primera.

La polémica que provocó "La cuestión palpitante" no cabe dentro de nuestro análisis, pero debemos referirnos a la contribución de don Juan Valera a dicha polémica, con sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*. Establece Valera con sus argumentos que la Condesa de Pardo Bazán no era realmente naturalista a pesar de su entusiasmo por el asunto y de su interés en la escuela naturalista francesa de Zola. Lo que ella defiende es su interpretación del naturalismo francés, sus propias ideas y opiniones del momento. El resultado de esta polémica y de la corriente literaria que la provocó fue que a las ideas francesas se integraron muchos elementos netamente españoles y se produjo el ciclo novelístico que se ha llamado el naturalismo español.

Los elementos integrantes de ese naturalismo español difieren de un autor a otro. En las novelas de la Pardo Bazán predomina su regionalismo, la naturaleza y las gentes de la región gallega que describe. Este naturalismo retiene, sobre todo, la esencia del realismo español. Después de todo, ni la Pardo Bazán ni los otros naturalistas pudieron modificar la interpretación de la vida que más tarde expuso Ortega y Gasset tan atinadamente, el "yo soy yo y mis circunstancias" que une el mundo interior con el mundo exterior, aunque pueda decirse que lo intentaron.

Si en otras de las novelas naturalistas de la época parece como si el hombre creara su ambiente, en las de la Pardo Bazán parece como si el ambiente creara el hombre, y a su vez la naturaleza hubiera creado el ambiente. Nos parece que en ese concepto descansa mucho del regionalismo de la Pardo Bazán. Es decir, nos queda la impresión de que su regionalismo es en

gran parte una cuestión de concepto, como parece haberlo sido también su naturalismo, más bien que una cuestión de principio.*

Con su acostumbrado entusiasmo, la Condesa de Pardo Bazán empieza la novela con el inmediato propósito de justificar el título. Los primeros párrafos describen "la madre naturaleza" con gran energía poética. La descripción asume proporciones románticas, dentro de la escena de espíritu bucólico, mientras cae un chubasco. Habiendo descrito la escena y habiendo introducido los personajes que la ocupaban, la joven y alegre pareja, nos los coloca la autora (en la página nueve) dentro del tema de la obra: "se encontraban así, juntos y lejos de toda mirada humana, sin más compañía que la madre naturaleza, a cuyos pechos se habían criado". De modo que encontramos en seguida la idea de que esa sabia madre había sido la nodriza de la joven pareja. Más adelante, en la página once, nos dice que ellos "impremeditadamente se escudaban con la naturaleza, su protectora y cómplice". Y no falta el simbolismo del arco iris que muestra sus coloridos desde lejos y se esfuma prontamente.

Vemos pues, en el primer capítulo, como la madre naturaleza acoge, cuida, deslumbra, y domina a la pareja inocente. Doña Emilia no pone títulos a sus capítulos, pero podríamos llamar el segundo y el tercero "tipos y costumbres de la región", tema importante en sus novelas, ya que ella es una de las figuras más destacada en el género regionalista de la literatura española. Cuando la filosofía del viejo montañés hace que el muchacho le pregunte: "Resulta, señor Antón, que a V. no le parece diferente un buey de un cristiano?" la respuesta (página 29) sigue pronta: "No sea tan *materialista*, señorito". Y ya se comienzan a introducir conceptos equívocos. Pronto, sin embargo, vuelve al tema regional, cuando el joven Pedro contesta a ciertas niñerías de la muchacha: "Vaya una montañesa, que tropieza en cualquier cosa como las señoritas del pueblo!" Y así se recalca, al través de la obra, el que ellos son montañeses.

* Emilia Pardo Bazán, *La madre naturaleza*, (Obras completas, Tomo 4) Madrid, Ed. Prieto, 1910.

El primer contraste que nos llama la atención entre esta novela y su predecesora, *Los pazos de Ulloa*,* es que ciertas situaciones que en esta primera novela eran conflictos sociales, tal como el amancebamiento de un hombre de cierta clase social con una mujer de otra inferior, se ha resuelto ya en la segunda novela con soluciones prosaicas o con el simple andar del tiempo. Así vemos que el médico Juncal se ha casado con su *Catuxa*, y en los Pazos encontramos a Sabel respetablemente casada con el Gallo. En la segunda novela, sin embargo, encontramos conflictos sociales de inaudita magnitud, tal como el amor incestuoso de la joven pareja. Los problemas de una generación, como pasa en la realidad de la vida, se han resuelto de una manera u otra, pero llega la nueva generación con sus problemas propios, más intensos por su actualidad.

En *La Madre Naturaleza* son Perucho y Manola, la nueva generación, los personajes centrales de la historia, de los conflictos intensos de la vida. Los de la otra generación ya han sobrevivido sus dramas y, con su juventud, ha pasado también su vulnerabilidad. Encontramos al Julián de la primera novela convertido en una sombra que pasa silenciosa e inalterable por el segundo episodio de esta historia. Al marqués de Ulloa, de diabólico carácter, lo encontramos ahora ya un viejo de poca monta, un poco gruñón pero relativamente pacífico. La Isabel ya no es una aldeana moza, bonita y excitante, sino una típica. Y por último el "Gaitero de Naya" de la primera novela es ahora una figura llena de importancia, conocido por el apodo el Gallo, y que representa para sus paisanos el perfecto erudito y caballero.

En este mundo, de valores tan trocados pero, no obstante, tan definidos, cae el nuevo personaje de la historia, Gabriel Pardo, que no pertenece realmente a una generación ni a la otra. Por su edad y parentesco puede catalogarse de la vieja generación, pero su papel en la novela lo une a la generación joven. En aquel ambiente rural gallego creado por la Pardo

* Emilia Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*, Madrid, Aguilar (Crisol, No. 255) 2da. ed., 1954.

Bazán, Gabriel Pardo es un anacronismo, y nos parece que a eso se debe cierta falta de unidad que resulta notable en esta segunda novela. Nos deja esta obra una sensación de que los personajes se mueven en un plano falso, que ni es el plano de lo regional precisamente, ni es lo natural y realístico que se nos ha anticipado. Hay un poco de todo. Los personajes se dividen en dos categorías: Perecho y Manola representan, en el centro de la escena, la acción y el drama de la vida; los demás ocupan las posiciones de meros espectadores o provocadores del aleteo de emociones que invaden la escena. Otra vez Gabriel Pardo es la excepción; él representa la intromisión de la ciudad, como elemento perturbador, que viene a alterar las cosas.

Esta intromisión de la ciudad, dentro de la vida rural de la región, ofrece algunos contrastes interesantes al comparar las dos novelas. En *La madre naturaleza* se trata del tío que viene con intenciones de casarse con la sobrina que ni conoce. Pardo de la Lage, culto y desapasionado, es quien viene a provocar la acción y el drama en esta novela, con desastrosos resultados. En *Los pazos de Ulloa* la intromisión de la ciudad dentro de aquella escena de corrupción y decadencia rural fue en la persona de Julián que, inocente y apasionado, y armado con su fe civilizadora y su religiosidad, quiso redimirlos a todos y sólo consiguió mayores desastres, incluyendo el suyo propio.

Es verdad que en la primera novela el verdadero y principal personaje fue "los pazos" pero, en segundo plano, los caracteres tienen individualidad enérgica. En la segunda novela el personaje central es "la naturaleza" pero ni esta ni los caracteres tienen esa misma individualidad enérgica. Es como si el personaje principal, la región, también fuera ya en la segunda novela un viejo cansado y sin mucha vida. Si una novela nos dejó la sensación de que los Pazos seguiría su proceso de desmoronamiento progresivo, la segunda nos parece enseñar que la Naturaleza ejercerá su dominio sobre el hombre caprichosamente.

En una cosa concuerdan ambas novelas. En cada una fracasa el hombre de la ciudad que quiere introducir cambios en el estado de cosas que encuentra en los Pazos. Fracasó Julián, y su bondad redentora sólo resultó en desastre y en dos vidas

tronchadas, la de Nucha y, en un sentido, la suya propia; y fracasó Gabriel; su buen propósito de casarse con la hija de Nucha resultó también en desastre y en otra vida tronchada, la de Manola. Esa es otra de las interesantes comparaciones que se pueden hacer entre las dos novelas: el paralelo en los destinos de la madre y de la hija, ambas víctimas de la naturaleza brutal de Pedro Moscoso y de su ambiente malsano, a pesar de su diferencia fundamental en que una había sido hija de la ciudad y por tanto vulnerable a tan desigual lucha mientras que la otra era montañesa y llevaba la sangre de Pedro Moscoso en sus venas. No obstante resultó igualmente vulnerable cuando descendió sobre ella, como un rayo, el pecado de su padre.

Además de sus espléndidas descripciones de la naturaleza, encontramos en la segunda novela algunas buenas descripciones de personajes secundarios. "El señor Antón, el algebrista" llena de interés muchas páginas. "Goros, el criado del cura" nos entretiene y nos interesa en muchas páginas más. En el capítulo catorce encontramos a "la ex-bella fregatriz Sabel, causa de tantos disturbios, pecados y tristezas. Quien la hubiese visto cosa de diez y ocho años antes" y como pasa con todas las campesinas gallegas, había perdido toda lozanía y hermosura muy joven aún. "A los cuarenta y tantos años, era lastimoso andrajo de lo que algún día fue la mejor moza diez leguas en contorno". Y a continuación encontramos la descripción, hecha con entusiasmo y locuacidad, de "su marido Angel de Naya, por remoquete Gallo... Ajada y lacia ella, él conservaba su tipo de majo a la gallega y su triunfadora guapeza de sultán de corral". Y así vemos como la autora va creando unos personajes, o recreando otros que ya conocimos en la primera novela, no tanto en su individualidad sino en su nicho social y regional. ¿Será ésto por mero realismo? ¿O simplemente una falta de habilidad artística?

En estas novelas, no son el progreso ni la influencia de afuera los que provocan la decadencia y el conflicto de ese mundo rural que nos describe la Pardo Bazán, es pura y simplemente el desmoronamiento de una cultura feudal que habiendo perdido

desde hace mucho tiempo su "razón de ser" y sin nuevos valores que la sustenten tiene que desaparecer. El Pedro Moscoso de la historia y su caserón en ruinas representan el último estertor de ese feudalismo moribundo.

Resulta interesante comparar la reacción de Julián, al comienzo de la primera novela, y la de Gabriel Pardo en la segunda novela, al verse confrontados con los libros que encontraron en el archivo de los Pazos. Cuando Julián encontró los viejos libros que formaban la biblioteca de algún Ulloa de principios de siglo, se turbó de sólo abrir el primer tomo que cogió y ver qué era de Voltaire. "Volvió a su sitio el volumen, con los labios contraídos y los ojos bajos, como siempre que algo le hería o escandalizaba" y ahí tenemos en seguida una visión del personaje que va a ser tan decisivo en la historia de los Pazos de Ulloa. En cambio Gabriel Pardo, años más tarde, buscó en el mismo estante y con el punto de vista y la curiosidad del intelectual, característicos del siglo, llevóse para su cuarto lo más aceptable, a pesar de lo que, con los libros, salió del estante.

Salió una turfarada de moho, de polvo, de humedad; cenicientas polillas huyeron despavoridas de su refugio predilecto. No se arredró; fue sacando volúmenes. Cada libro que abría era un depósito de larvas, una red de túneles abiertos por el diente del insecto bibliófilo, y el cadáver del siglo XVIII todo comido de gusanos, se alzaba de su sepulcro.

El mismo Gabriel Pardo, cuando se vió cara a cara con el Cura de Ulloa por la primera vez se dijo: "Nada de cuanto diga yo puede interesar a este santo: estamos en dos mundos diferentes: a él le parece raro mi lenguaje, y no me entiende, y lo que es yo tampoco le entiendo a él".

En la primera novela nos guiaba el monólogo interior de Julián por entre los vericuetos de la historia. En la segunda es el monólogo de Gabriel el que nos guía. En el capítulo XXV, a través de este monólogo de Gabriel, nos ofrece la autora algunas filosofías pertinentes a la obra. Incluye la pregunta: "¿Por qué

causa tal impresión la naturaleza? ” Y otra que va acompañada de su respuesta: “¿Qué no existe el mundo exterior; que lo creamos nosotros?” — ¡Puf! Idealismo trascendental...”

En el capítulo XXXII encontramos a Gabriel Pardo monologando nuevamente. Aquí está filosofando sobre la tragedia de la historia, el drama que su presencia desató en los Pazos. Concluye por juzgar con indulgencia naturalista el incesto de Perecho y Manola. La nota dominante en sus cavilaciones es la tolerancia, que tiende a atenuar los hechos, pero que no los define. A Gabriel le faltaban convicciones para definir las situaciones de la vida con decisión positiva. El cura de Ulloa, con su religiosidad infalible, ofreció a Gabriel la convicción de su fe. “La ley de la naturaleza, aislada, sola, invóquenlas las bestias: nosotros invocamos otra más alta. Para eso somos hombres, hijos de Dios y redimidos por él”.

A lo cual, poco después, se responde Gabriel: “Cura de Ulloa, ni tú ni yo... tú un ituso y yo un necio”. Y con ese grito parece, el hombre de la ciudad, confesar el secreto del fracaso de ambos al intervenir en esas vidas ajenas, y en ese ambiente de barbarie que rechaza la influencia que viene de afuera.

LINGÜÍSTICA

LEXICO Y NOMENCLATURA
EN DOCUMENTOS DEL DESCUBRIMIENTO*

I

INTRODUCCION

1. Propósito y plan



UNO de los resultados inmediatos más interesantes del Descubrimiento hecho por Cristóbal Colón en 1492 fue la necesidad de entenderse los españoles con los aborígenes de las islas y tierras descubiertas y, además, la necesidad de describir en su propia lengua europea la multitud de cosas y costumbres nuevas que iban encontrando.

El propósito de este estudio será el de investigar el efecto inicial que las lenguas y todo lo extraño o nuevo que encontraron los españoles en estas Indias tuvieron sobre el idioma castellano de los descubridores y conquistadores, y de cómo resultó un castellano muy enriquecido, aunque sin haber sufrido alteraciones básicas.

Esperamos que el análisis de ciertas áreas lexicográficas contribuirá a la interpretación de la complejidad lingüística y cultural que resultó a causa del descubrimiento del Nuevo Mundo.

* Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. IX, Santo Domingo, 1975, 87 páginas.

El mejor plan de investigación para este estudio nos parece que será el de investigar los diarios, crónicas, y demás documentos escritos por los primeros descubridores y exploradores que vinieron de España y continuar con las crónicas de los más importantes historiadores de Indias del siglo XVI, y como soporte a nuestras conclusiones referirnos a estudios y otros trabajos posteriores que se refieren a nuestro tema.

Comenzando con el mismo Colón que escribió diarios de sus viajes, así como un número de cartas, y continuando con los otros descubridores y exploradores y luego los funcionarios de la Corona y los sacerdotes y evangelizadores, muchos se ocuparon de escribir descripciones de sus experiencias y lo que veían y oían.

Fue necesario limitar el material de estudio. Desde luego infortunadamente hay una división natural en tiempo y espacio entre las primeras exploraciones, en las Antillas, y las exploraciones subsiguientes en Tierra Firme. Limitamos, pues, este estudio a las primeras exploraciones, llevadas a cabo durante los tres primeros lustros poco más o menos.

2. Fuentes originales de investigación.

Como acabamos de indicar, Colón fue el primer historiador de sus descubrimientos y de sus observaciones. Sus diarios originales no existen sino extractados por el Padre Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*. En dicha obra el Padre Las Casas se basa en los diarios y crónicas de Colón, ampliando y clarificando las confusas impresiones del Almirante en la parte que trata de los primeros viajes y descubrimientos. A partir de esos primeros años, se sirve el Padre Las Casas de sus propias experiencias y observaciones durante sus muchos años en las Indias. Vino primero como Licenciado joven a la primera colonia, donde tuvo tratos con Colón y sus hermanos. Muy pronto se dedicó a la religión y se ordenó como sacerdote, hizo innumerables apuntes y escribió mucho.

Del primer viaje de Colón tiene la *Historia* de Las Casas un diario minucioso con innumerables extractos del original Diario de Colón que indudablemente tuvo en su poder, acompañados de sus propios comentarios y clarificaciones con respecto al texto del Almirante. Las Casas escribió con el mismo espontáneo entusiasmo con que lo hizo Colón, y no resulta difícil descartar de sus crónicas lo que es, en ambos, pura exageración o excesiva elocuencia. Del segundo viaje nos queda relación del mismo Colón, pero Las Casas parece haberla tenido también cuando escribía su obra.

Para los fines de nuestro estudio histórico-filológico, el diario del primer viaje de Colón, tan bien y fielmente extractado por Las Casas, así como las cartas que relatan sus otros viajes, resultan de inestimable valor porque contienen el texto original del Almirante en su propio lenguaje pintoresco y casi ingenuo, sea cuando relata lo que ve, sea cuando escribe como suplicante de corte, o sea cuando se siente iluminado por visiones extraordinarias.

El lenguaje de Colón ofrece un marcado contraste con el de Las Casas y el de los otros cronistas de Indias, no solamente por el estilo en sí sino porque escribía en una lengua que no era suya y la cual había aprendido ya hombre. Escribe Menéndez Pidal, quien ha estudiado la lengua de Cristóbal Colón según aparece en sus crónicas y cartas, que "ese español imperfecto de Colón es, por lo demás, una lengua fácil, de vocabulario extenso y expresivo, si bien a veces dialectal" (1) Y lo cierto es que escribió en un castellano fluente y espontáneo y que sus escritos dieron principio a las *Historias* de Indias.

Al lado del Padre Las Casas se debe considerar otro autorizado historiador, Gonzalo Fernández de Ovido. Oviedo residió también una gran parte de su vida en las Indias; durante sus últimos años fue Cronista Real y tuvo a su alcance toda clase de informes, documentos y datos que prestan a su *Historia*

(1) Ramón Menéndez Pidal, "La lengua de Cristóbal Colón", 2da. ed., Buenos Aires, Esasa-Calpe, 1944, p. 28.

General y Natural de las Indias la mayor autoridad y la establecen como una de las principales fuentes de información para los primeros años de la colonia.

Además de Colón, Las Casas, y Oviedo hay otros dos historiadores importantes de la época cuyas obras hemos estudiado también para los fines de este estudio. Ellos son Antonio Herrera y Tordesillas, que escribió una extensa *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar oceano: 1492 – 1531*, y Pedro Martir Anglería que escribió sus interesantes *Décadas del Nuevo Mundo*. Hemos estudiado otras fuentes originales de información, de la época y posteriores, pero las cinco enumeradas ya son las más importantes. Con igual cuidado hemos consultado muchos documentos, crónicas y cartas correspondientes a esos primeros años de España en América, a fin de analizar el efecto que dichos primeros años tuvieron en la lengua.

Debemos hacer mención de un número de obras y estudios filológicos que han aparecido acerca del lenguaje y otros aspectos de la literatura de la época que nos concierne en la colonia y no podemos menos que reconocer lo valioso que ha sido para este estudio tan interesante caudal de observaciones y conclusiones. Encontramos particularmente interesantes algunos trabajos de Menéndez Pidal, Amado Alonso, y Pedro Henríquez Ureña, y esencialmente útiles algunas obras de referencia y consulta entre las cuales se destaca la de Emiliano Tejera que contiene una extensa lista informativa de palabras indígenas que los primeros historiadores recogieron en sus crónicas.

Toda obra estudiada o consultada que forme parte de este estudio o haya influido en su composición, aparecerá en la bibliografía incluida al final de la tesis.

3. Fondo histórico

El ser España la que primeramente colonizara el continente que luego se ha llamado América, fue una de esas casualidades históricas que parecen inexplicables, pero que

generalmente resultan con un cúmulo de circunstancias. Cristóbal Colón había ofrecido sus servicios y sus proyectos a los soberanos europeos de mayor importancia en su tiempo, pero en España encontró mejor acogida y permaneció más tiempo, hasta que, después de la rendición de Granada, los Reyes Católicos prestaron atención a sus ofertas de ir a buscar una ruta directa para llegar al oriente simplemente navegando directamente hacia occidente.

El significado de tal teoría en esa época no cabe dentro del alcance de este estudio, pero baste recordar que había suficientes vacilaciones ya en las mentes de los europeos cultos respecto a la posibilidad de que la tierra fuera de forma esférica en realidad. Una razón más poderosa, sin embargo, decidió la balanza política en favor de Colón. Los navegantes portugueses ya habían encontrado una ruta al oriente valiéndose de sus progresivas exploraciones de las costas de Africa hasta doblar el Cabo de Buena Esperanza y llegar a la India. España debía encontrar su propia ruta. También que, habiendo completado sus guerras de reconquista y unificación de la península, los Reyes Católicos debían buscar nuevas tierras para continuar su expansión política y su propagación de la fe. Con la ayuda financiera de varios individuos y de los soberanos, organizó y realizó Colón su memorable viaje de descubrimiento.

Cristóbal Colón no llegó a saber, antes de morir, que había descubierto un mundo nuevo y no las Indias que buscaba. Tan seguro estaba de haber encontrado lo que buscaba que llamó a las tierras "Indias" y a sus habitantes "indios", nombres que se siguieron usando aún después de saberse que se trataba de no sólo un continente, sino todo un hemisferio enteramente nuevo. A partir del descubrimiento de Colón vinieron muchos españoles a estas Indias: los exploradores que descubrían nuevas tierras, sus soldados y servidores, los representantes de la Iglesia, licenciados, bachilleres, y escribientes, y todos traían algo de lo español a estas tierras nuevas y los que regresaban llevaban a España algo de ellas. Nos interesa en particular el intercambio lingüístico que inevitablemente resultó entre el castellano y las lenguas indígenas. Como todo lo demás, este intercambio

lingüístico se limitó, durante los primeros años, a las Antillas, y sobre todo a la isla de Santo Domingo donde se estableció la primera colonia, y que vino a ser por varios lustros la base de operaciones de los españoles en las Indias.

4. El español de entonces

Hacia fines del siglo XV el romance castellano había adquirido madurez y se había impuesto como idioma nacional de España; esto facilitó el que se impusiera también en las nuevas tierras ultramarinas que iban los españoles conquistando. El castellano recibió mucho de las lenguas aborígenes de América, pero no era la primera vez que se veía enriquecido, más o menos de súbito, por su contacto con lenguas extranjeras. Dentro de la misma península, el castellano se había ido enriqueciendo con las mismas lenguas que suplantaba, sobre todo del árabe, y hacía siglos que se defendía ventajosamente de la influencia de las otras lenguas romances. De todas esas otras lenguas con que venía en contacto interrumpió su rápido progreso.

En efecto, el mismo año del descubrimiento de Colón quedó el castellano definitiva y "simbólicamente" establecido como idioma al aparecer la gramática de Nebrija, primera en lengua romance. Al mismo tiempo, habiéndose completado la consolidación política de la península ese mismo año, el castellano vino a ser el idioma nacional español.

Hasta el descubrimiento de América, nuestra lengua se llamó casi siempre "castellana", rara vez "española", porque hasta entonces fue solamente la lengua de Castilla, uno de los reinos cristianos peninsulares. En tiempo de los Reyes Católicos, España logra su unidad nacional bajo la dirección de Castilla. El idioma de Castilla pasa a ser el de España, no sólo porque toda España lo usa sino porque toda España contribuye ahora a su evolución y perfección.(2)

(2) Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, "Gramática castellana, primer curso," 9a. ed., Buenos Aires, Losada, 1950, p. 11.

Cuando apareció la gramática de que ya hablamos, su autor, Antonio de Nebrija, escribió en el prólogo de su obra que "siempre la lengua fue compañera del imperio, i de tal manera lo siguió que juntamente començaron, crecieron i florecieron". También cuenta en su dedicatoria a la Reina Católica, de un incidente que había tenido lugar.

Cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad, i me preguntó que para que podia aprovechar, el mui reverendo padre Obispo de Avila me arrebató la respuesta, i respondiendole por mi dixo: que, despues que Vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos barbaros y naciones de peregrinas lenguas, i conel vencimiento aquellos ternian necesidad de recibir las leies que vencedor pone al vencido i con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi "Arte" podrían venir enel conocimiento della, como agora nos otros deprendemos el arte dela gramática latina para deprender el latin. (3)

Y ese mismo año se iniciaba la realización del pronóstico que había hecho el Obispo de Avila y comenzaban los españoles a imponer su lengua castellana en "pueblos bárbaros de peregrinas lenguas" y ya el año siguiente, 1493, publicaba Nebrija su *Vocabulario*, incluyendo ya el vocablo indígena "canoa" que trajo Colón a España a la vuelta de su primer viaje de Descubrimiento. De la obra de Nebrija ha dicho Amado Alonso que:

La *Gramática Castellana* era en su concepción general un calco de la latina acomodado en los detalles a nuestro idioma; el *Vocabulario* era una ordenación inversa del "latino-castellano". La *Gramática* es importante sin duda por el material concreto

(3) Antonio de Nebrija, "Gramática castellana", prólogo de J. Ibañez Martín, Madrid, 1946. (Texto sobre ed. de 1492.) p. 10.

de cuyo uso nos informa, pero lo es mucho más por el espíritu mismo de su creación. En ninguna lengua moderna se había intentado todavía constituir su gramática (4).

Hablando de la base lingüística del español de América, dice el mismo Amado Alonso que "la conquista y colonización de América se hizo con los pueblos de todas las regiones españolas" y entonces surge la pregunta: "¿Qué lenguaje llevaban consigo estos españoles al entrar en los barcos expedicionarios"? Y explica Alonso que "los expedicionarios cambiaban su proporción de lo regional y de lo español, con desmedro de lo regional y con preferencia de lo español – castellano, desde el momento en que salían del recinto de la región". (5)

Estos españoles de la conquista y colonización de América se empeñaron en implantar, al igual que su religión y sus costumbres, su lengua española en las nuevas tierras. Aunque más tarde se trató de estudiar y conservar algunas lenguas indígenas, en los primeros años faltó interés y en pocas décadas desaparecieron de las Antillas no solamente las lenguas y costumbres de los aborígenes, sino los indios mismos. Hasta tal punto desaparecieron las lenguas antillanas que resulta hoy difícil estudiarlas. La parte que pasó al español está representada por el vocabulario, bastante extenso, que adoptaron los primeros españoles, y que vamos a estudiar analizando el léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento.

La influencia que tuvieron esas lenguas aborígenes de las Antillas en el español, a raíz del Descubrimiento, y lo que de esto se encuentra en el español de hoy en América, es un tema de esta tesis.

(4) Amado Alonso, "Estudios lingüísticos, temas hispanoamericanos," Madrid, Editorial Gredos, 1953, p. 20.

(5) *Ibid.*, p. 53.

5. Las lenguas indígenas

Ya en su segundo viaje pudo hacer Colón la observación siguiente: "Es verdad que como esta gente platican poco los de una isla con los de la otra, en las lenguas hay alguna diferencia entre ellos, según como están más cerca o más lejos" (6) De estas islas, la que Colón llamó Española (hoy Santo Domingo) constituyó el primer asiento europeo en las Indias, y aún en ella había suficiente variación dialectal entre una región y otra, como lo explica Las Casas.

Tres lenguas había en esta Isla distintas, que la una a la otra no se entendía; la una era de la gente que llamábamos Macorix de abajo, y la otra de los vecinos de Macorix de arriba... La otra lengua fue la universal de toda la tierra, y ésta era más elegante y más copiosa de vocablos, y más dulce el sonido. (7)

A propósito de estas lenguas aborígenes de La Española, explica el Padre Las Casas que "Macorix quiere decir como lenguaje extraño, cuasi bárbaro, porque eran estas lenguas (del Macorix arriba y del Macorix abajo) diversas entre sí y diferentes de la general desta isla". (8)

En todas las Antillas Mayores se hablaba, con variantes dialectales, una misma lengua que se llamó "taíno" y que permitía a los nativos de las mismas el entenderse entre sí sin mayores dificultades. Esta lengua taína pertenecía a la familia arahuaca que venía de la América del Sur. Antes de medio siglo después del Descubrimiento, sin embargo, se había extinguido la lengua taína en dichas islas, sobre todo en La Española donde el puñado de indios que aún quedaba, hablaba el idioma de sus conquistadores, un castellano salpicado de taíno. No quedó

(6) Cristóbal Colón, "Los cuatro viajes del Almirante y su testamento", Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946, p. 164.

(7) Bartolomé de las Casas, "Historia de las Indias", Madrid, 1875-1876, V, p. 486.

(8) Bartolomé de las Casas, "Apologética historia de las Indias", Ed por Serrano y Sanz, Madrid, 1909, p. 9.

del taino ningún estudio ni escrito que nos permita hoy estudiarlo. "Con lo poco que se conoce de ese idioma", dice Tejera, "algunos centenares de palabra, la mayor parte sin significación conocida, i cuatro o seis frases completas — no me parece posible entrar en disquisiciones gramaticales". (9)

Hacia la época del Descubrimiento y el arribo de los españoles, los taínos de las grandes Antillas se veían amenazados por los "caribes" que se habían establecido no hacía mucho en las Antillas Menores. Estos caribes habían emigrado, desde las costas de lo que es hoy Venezuela, a las islas de Barlovento, y desde dichas islas efectuaban sus irrupciones y ataques sobre los habitantes de las grandes islas. "La palabra 'caribe' es del vocabulario "arahuaco" y es usada por primera vez por Fernandez de Oviedo para designar un indio de diversa raza que el habitante de las cuatro grandes Antillas". (10) En tanto que la palabra "taíno" parece haber significado bueno, según el relato del Dr. Chanca. "En llegándose alguna barca a tierra a hablar con ellos, diciendoles "tayno", "tayno", que quiere decir "bueno". (11)

La lengua de la islas Lucayas hacia el norte, donde había explorado Colón en su primer viaje, y las que se hablaban en las Antillas Mayores eran la misma con sólo ciertas variantes en su léxico. En la entrada del 22 de diciembre dice el *Diario* de Colón, refiriéndose a como se entendían los intérpretes que traía de las otras islas con los de La Española: "Primero que los entendiese, pasó alguna parte del día; ni los indios que él traía los entendían bien, porque tienen alguna diversidad de vocablos en nombres de las cosas". (12) Y Oviedo, en su *Historia*, confirma este punto. "La gente de la isla de Cuba o Fernandina

(9) Emiliano Tejera, "Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo", Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1951, p. VIII.

(10) Gustavo Adolfo Mejía, "Historia de Santo Domingo", Ciudad Trujillo, Pol Hermanos, 1948, I, 73.

(11) D. A. Chanca, "Carta del Doctor Diego Alvarez Chanca al Cabildo de Sevilla", en "Cristóbal Colón" por Asensio y Toledo, Barcelona, Espasa, 1891, p. 94.

(12) Colón, op. cit., p. 105.

es semejante a la desta Isla Española, aunque en la lengua difieren en muchos vocablos, puesto que se entienden los unos á los otros". (13)

En cuanto a los caribes de las Antillas Menores, desde el primer momento oyeron los españoles hablar de ellos. Los taínos de las grandes Antillas hablaban continuamente de esos enemigos feroces que los atacaban periódicamente y que se comían a sus prisioneros. El nombre de esos indios caribes, o caníbales, que comían carne humana, infundía terror en los pacíficos taínos.

Se desprende de las crónicas de la época que los caribes hablaban una lengua diferente. También se encuentra en esas crónicas la relación de que cuando los caribes invadieron ciertas islas menores mataron a todos los hombres, reservándose sólo las mujeres, las cuales conservaron su lengua y la usaban entre sí. Así se explica la información de que en una isla u otra hablaban los hombres una lengua y las mujeres otra.

Las lenguas antillanas que se hablaban a la llegada de los españoles eran pues, la lengua taína (de la familia arahuaca) en las Antillas Mayores y sus islas adyacentes, y la lengua de los caribes en las Antillas Menores.

Para evitar la confusión entre caribes y arahuacos, en que incurre la Academia en sus Diccionarios, recuérdese que las Grandes Antillas y las Bahamas o Lucayas estaban habitadas por arahuacos; las pequeñas del sur, por caribes. (14)

Más tarde, cuando se conquistaron México y Perú, se despertó cierto interés entre algunos españoles hacia sus lenguas, pero con respecto a las lenguas antillanas parece que no quedó ningún estudio ni datos apropiados.

Hoy resulta muy difícil interpretar el sentido exacto de muchas palabras, en razón de que no ha subsistido del

(13) Gonzalo Fernández de Oviedo i Valdez, "Historia General y Natural de las indias", Vol. I, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851, p. 498.

(14) Pedro Henríquez Ureña, "El español en Santo Domingo", Buenos Aires, Instituto de Filología, 1940, p. 128.

"taíno" ninguna gramática, ni siquiera ligeras explicaciones, que permitieran apreciar el sistema básico de su estructura gramatical. (15)

Un vocabulario bien extenso, sin embargo, pasó del taíno al castellano. Y con las ideas y cosas nuevas, pasaron a Europa muchas de las palabras y de los conceptos aborígenes de América, sobre todo de las Antillas, durante el período de que nos venimos ocupando.

6. Lenguas en contacto

Contact breeds imitation and imitation breeds linguistic convergence. Linguistic divergence results from secession, estrangement, loosening of contact... Linguistic convergence may be observed and studied in all places and at all times, but its study becomes particularly rewarding when it results from the contact of two clearly distinct structures. (16)

En el contacto del español y las lenguas indias, el español gozó de prestigio sobre las otras desde el primer momento. En las regiones de América donde han subsistido las lenguas aborígenes, este fenómeno continúa hoy. En las Antillas, sin embargo, donde el español no solamente ganó ascendencia sobre las lenguas indias sino que las eliminó en poco tiempo, el único material que hoy tenemos a la mano para estudiar dichas lenguas es el vocabulario que de ellas absorbió el español durante ese período de contacto.

(15) Luis Padilla D'Onis, "Historia de Santo Domingo, Primera parte", México, 1943, p. 249.

(16) A. Martinet, en el "Preface" de "Languages in contact", por U. Winreich, New York, 1953, p. VIII.

El primer problema lingüístico de los españoles al llegar a las islas fue el de adoptar una terminología en común para entenderse con los indios. De aquí la necesidad de usar muchos vocablos indígenas, sobre todo para cosas y usos que no podían describir en su lengua de España.

Con lo que llevaban los españoles, de las Indias, al regresar a la península, y con las crónicas que hacían de sus experiencias, llevaban también un caudal de expresiones y vocablos nuevos: fuera la terminología exótica de las lenguas aborígenes, o fuera dando a su propio español expresiones y significaciones nuevas y extrañas.

La contribución más importante y segura de las lenguas indígenas está en el léxico. Los españoles se encontraron ante aspectos desconocidos de la naturaleza, que les ofrecía plantas y animales extraños a Europa, y se pusieron en contacto con las costumbres indias, también nuevas para ellos. A veces aplicaron términos como "níspero," "plátano," "ciruela" a árboles y frutas que se asemejaban a los que en España tienen esos nombres, o llamaron "león" al puma y "tigre" al jaguar. Pero de ordinario se valieron de palabras tomadas a los nativos. (17)

Refiriéndose al extraordinario esfuerzo lingüístico requerido de parte de los exploradores y colonizadores al ponerse en contacto con el mundo indígena por primera vez, escribe Tomás Navarro Tomás:

Colón se lamentaba en sus escritos de no saber dar los nombres de las infinitas especies de árboles, frutas, aves y peces desconocidos que las Antillas ofrecían a su vista... El Descubrimiento no se completó en realidad mientras los seres y cosas del Nuevo Mundo no se incorporaron al caudal del idioma con denominaciones propias. Los

(17) Rafael Lapesa, "Historia de la lengua española", 2da. ed. Madrid, Escelicer, 1950, p. 325.

camino seguidos en la ejecución de esta empresa consistieron, según los casos, en la adopción de nombres indígenas, en la adaptación de denominaciones españolas de objetos semejantes, en la amplificación semántica de vocablos profesionales y en la invención de nombres nuevos. (18)

El historiador Herrera ilustra este punto, refiriéndose al contacto de los españoles con los indios de Cuba, contando como estos últimos hablaban de "Cubanacán" y los españoles pensaban que querían decir el Gran Can que Colón buscaba. "Pero no tardó mucho en saberse que Cubanacán era provincia en medio de Cuba, porque "nacán" significa "tanto", como "en medio." También habla de como "por Bohío, que era La Española, parecía que querían los indios dar a entender, que era tierra poblada de muchos bohíos". Y de como "preguntando el Almirante por su isla de Cipango (que buscaba Colón y creyó lo fuera Cuba) entendían por Cibao". (19)

Pero donde Colón y los primeros españoles establecieron un verdadero y permanente contacto con los aborígenes en seguida fue en La Española, que sus habitantes llamaban "Haití". Allí dejó Colón la primera guarnición europea en América, y allí se estableció la primera colonia. El hermano del Almirante, don Bartolomé Colón, fundó en la costa sur de la isla la ciudad de Santo Domingo, que luego dió nombre a la isla, y que en seguida se convirtió en la capital de la colonia y por muchos años fue el punto de partida para todas las actividades de los españoles en el Nuevo Mundo. Se llegó a tal punto en este propósito, por razones políticas, que se lee en un Memorial del segundo Almirante, Diego Colón, lo siguiente:

(18) Tomás Navarro Román, "El español en Puerto Rico", Río Piedras, 1948, p. 177.

(19) A. de Herrera y Tordesillas, "Historia general de los hechos de los castellanos, en las islas y tierra firme de el mar océano", Asunción, Ed. Guaranía, 1944-1945, I, 237-41.

Y que ningún navío venga a estas partes, ora a poblar o a descubrir, que primero no venga a la Española; y que derechamente venidos de Castilla los tales navíos para Santo Domingo, de allí tomen su derrota y ayan de volver de fuerza allí, y de ay a Castilla; lo uno, por ennoblecer la ysla, que es razón que sea cabeça destas tierras; lo otro porque no aya tantas derrotas para estas tierras. (20)

La población española en Santo Domingo, por tanto, llegó a ser numerosa en esos primeros años de la colonia, y allí se formó la base lingüística de la América española. Como dice Pedro Henríquez Ureña: "Santo Domingo fue el primer centro de americanización del español, tanto en la adaptación de palabras europeas a cosas o hechos del Nuevo Mundo como en la adopción de palabras indias, actividad importante... pero detenida luego, al desaparecer las lenguas aborígenes de las Grandes Antillas". (21)

Como los españoles tocaban primero en la Española, allí aprendían los vocablos nuevos de las Antillas y los llevaban a las otras regiones que exploraban. De aquí que muchas voces y usos de las lenguas antillanas pasaron al vocabulario general de América con las primeras olas de españoles que pasaron por La Española y siguieron de ahí en todas direcciones.

En esta isla vivieron, i de aquí salieron a realizar su temeraria empresa, casi todos los hombres que conquistaron el continente, i cuando en la fauna i en la flora de los países recién descubiertos encontraban algo igual o parecido a lo que habían conocido en la Española, le aplicaban los mismos nombres que habían aprendido en ella. Muchas de esas voces sustituyeron, al menos en las rejiones ocupadas por los conquistadores, a los nombres aborígenes. (22)

[20] Diego Colón, "Memorial por el Almirante D. Diego Colón" en "Autógrafos de C. Colón", Ed. por M. Berwick, Madrid, 1892, p. 80.

[21] Henríquez Ureña, "op. cit.", 41.

[22] Tejera, "op. cit.", p. VIII

De México y Perú recibió el castellano más tarde otro considerable contingente lingüístico y cultural, pero sus lenguas respectivas, el "náhuatl" y "quechua", hicieron su aparición en el horizonte colonial años después de la época a que estamos limitando este estudio. Durante esa época que estudiamos, la lengua que ejerció la mayor influencia en el castellano y en los españoles fue, como hemos dicho, el "taíno" de las Antillas Mayores que pertenecía a la familia lingüística "arahuaca", y que aunque desapareció tan pronto, nos legó lo que se mezcló con el español y que vamos a analizar en este estudio.

La venida de los españoles al Nuevo Mundo ofrece una oportunidad única de estudiar ciertos problemas en el campo de la lingüística y al mismo tiempo nos ofrece cierta percepción del carácter o espíritu del español mismo.

Los "americanismos" que figuran hoy en el español, se encuentran catalogados en diccionarios, como el de Augusto Malaret y el de Coll y Toste y otros que abarcan áreas grandes de la América española, o en diccionarios y vocabularios más o menos extensos pero limitados a estudios nacionales o regionales como el de Tejera que tenemos a la mano para consultar. De estos diccionarios y listas de "americanismos" hay ya muchos, pero un análisis sincrónico, como este estudio, nos parece que revelará hasta cierto punto el papel individual que tuvo el escritor o cronista de Indias en la introducción de los términos nuevos y además nos deja sentir la actitud del español de la época y su receptividad hacia lo nuevo y exótico.

Desarrollaremos este análisis siguiendo las categorías anotadas en la cita que aparece en la página 14, de Tomás Navarro Tomás, en el orden siguiente: 1) la adopción o adaptación de denominaciones españolas de objetos semejantes, 2) la adopción de nombres indígenas, y 3) la invención de nuevas denominaciones. La primera categoría se puede interpretar como reveladora de cierto grado de imaginación, la segunda como reveladora de un sentido práctico, y la tercera de pura inventiva. Las "conclusiones" se harán, dentro de dichas categorías, y de acuerdo con los historiadores y cronistas estudiados, individualmente y en conjunto.

II EL ESPAÑOL SE EXTIENDE

Las crónicas y documentos de los primeros exploradores, y el diario y las cartas de Colón en particular, revelan cierta transición de lo conocido a lo desconocido, así como también los problemas lingüísticos del caso. Las primeras identificaciones hechas en ruta hacia las Indias son, como es natural, de cosas familiares, pero luego, sin embargo, la identificación no resulta completa y es necesario describir muchas cosas por medio de comparación. Estos son los pasos preliminares que ya conducen a lo completamente nuevo y diferente. El español se extiende, pues, en el mismo orden de continuidad terminológica: primero, la identificación completa o terminología idéntica; luego, por medio de comparaciones o terminología comparada; y por último, lo completamente nuevo y diferente que, al identificarlo los españoles en su propia lengua, produjo una extensa terminología improvisada.

1. Terminología idéntica

Durante su primer viaje Colón apuntaba en su *Diario* todo lo que veía, y sobre todo, durante su osada travesía, de las evidencias de fauna o flora que pudieran indicar la proximidad de tierra. Así en las entradas de septiembre 14 y 17 se lee:

Aquí dijeron los de la carabela "Niña" que habían visto un garjao y un rabo de junco; y estas aves nunca se apartan de tierra cuando más veinticinco leguas... Vieron muchas más hierbas y que parecían hierbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo. (1)

(1) Colón, "Cuatro cajes", p. 20.

En sus extractos del *Diario* de Colón, el Padre Las Casas también tiene muchos términos de cosas enteramente idénticas a las de España. "Pescaron muchos pescados de los de Castilla, albuces, salmonetas, pijotas, gallos pámpanos, lizas, corvinas, camarones, y vieron también sardinas". (2) También el otro historiador contemporáneo de Las Casas, Fernández de Oviedo, repite listas de fauna acuática idéntica a la de España.

Todos estos pescados hay (también) en los mares de España; y los que dellos son de rios, en los rios de allá assi mesmo: assi como licas grandes y pequeñas, o rurales, o bermejuelas, o moxarras, guabinas, palometas, dihabacas, sávalos, robalos, parquetes, corbinetes, cornudas, pulpos, tollos, caçones, sardinetas, agujas, lenguados, acedias, salmonadas (no digo salmones), hostias, almejas, ó marisocos de muchas maneras; langostas, cangrejos, xaybas, camarones, rayas muchas, anguillas, morenas, mucho ó muy grandes tiburones, lobos marinos, tortugas muy grandes, muchas doradas, pero vihuela, pescados voladores, muchos marraxos ó votos, toñinas, ballenas saz
(3)

Como lo revela esta lista, había abundancia de peces en las aguas americanas que eran conocidos en Europa. El pescado constituía la carne principal en la dieta de los aborígenes, y relativamente pocos eran desconocidos para los españoles. Había en cambio, muy pocos cuadrúpedos en las Antillas, y casi todos extraños. Así se explica que en esta lista de terminología idéntica aparecen solamente ejemplos de fauna acuática. En cuanto al "tiburón" (incluido en esta lista de Oviedo) encontramos en la *Historia* de Las Casas una interesante descripción como si fuera una especie desconocida en Europa.

(2) Las Casas, "Historia", I, 368.

(3) Oviedo, "Historia", p. 424.

Hay en la mar y entran también en los rios, unos peces de hechura de cazones o al menos todo el cuerpo, la cabeza bota, y la boca en el derecho de la barriga, con muchos dientes, que los indios llamaron "tiburones", bestia bravísima y carnicera de hombres. (4)

Oviedo incluye muchas aves también, pero no siempre determina cuales encontraron los españoles en las Antillas y en cuáles casos fueron traídas de España en los primeros años de la colonización.

Hay en esta isla de Haytí o Española muchas palomas torcaças, e de las çoritas por consiguiente tórtolas muy buenas; golondrinas, mayores que las de España. Hay assi mismo vencejos, garças reales, garçotas, halcones, neblis; aguilas pequeñas... Lechuças, alcatraces, candones, gaviotas, gavinas, galillos, calamones, cernícolas, carpinteros... Todas estas aves... son naturales en esta isla, assi como en España. (5)

En otros casos puede pensarse que más bien se trata de una identificación por comparación que de especies idénticas.

Los murciélagos de aquesta isla son pequeños. Hay assi mismos muchas lechuças en esta isla... pero son menores. Hay buhos, pero muy chiquitos o no mayores que las lechuças. Mochuelos hay assi mismo, pero pequeños. (6)

En las listas de la flora cita "de las hiervas que hay en esta Isla Española, que so como las de España é que acá las avia" y aclara que son "naturales de la tierra: chicoria, cerrajes, verdolagas, berbena, hiervamora, llantón, altamisa, albahaca,

(4) Las Casas, "op. cit.", V. 303

(5) Oviedo, "op. cit" p. 442.

(6) Ibid., p. 446.

culantrillo, trébol". (7) De manera que se extendió el español, en primer lugar, por la identificación completa o idéntica a la de Castilla. Sólo cuando esto no era posible se recurrió a la comparación o a la improvisación para identificar las cosas del Nuevo Mundo.

2. Terminología por comparación.

Tanto Colón como los cronistas que le siguieron hacían continuamente comparaciones con las cosas de España para describir las que, siendo idénticas, en ciertos aspectos, no lo eran en otros. En otros casos usaban comparaciones provocadas por una asociación de ideas del momento.

Colón apuntó en su *Diario* el 20 de septiembre que "tomaron un pájaro con la mano, que era como un garjao; era pájaro de río y no de mar: los pies tenía como gaviota" (8) Y hacían comparaciones hasta en sentido negativo, como con asombro. Las Casas menciona que "otras raíces había que llamaban "yahubías", que no halló en las cosas de Castilla a que comparallas". (9) Y Colón apunta en su *Diario*, el 17 de octubre, que "los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas y así las hierbas y las piedras y todas las cosas". (10)

Cuando una cosa se les parecía a algo de España, los primeros españoles a menudo le daban ese mismo nombre a lo que fuera, sin adoptar el nombre indígena ni improvisar uno nuevo. Tal fue el caso con la "piña", que por parecerse a las piñas de los pinos europeos, pusieron el mismo nombre a la

(7) *Ibid.*, p. 374.

(8) Colón, *op. cit.*, p. 22.

(9) Colón, "*op. cit.*", V, 309.

(10) Colón, "*op. cit.*", p. 39.

fruta que encontraron en las Antillas, en vez "de los nombres taínos de "boniama", "yayama" y "yayagua" que registra Oviedo". (11)

Hasta durante su regreso del primer viaje, tenía que identificar Colón algunas cosas por medio de comparación con lo que fuera. Un día apuntó que "vino a la carabela un ave muy grande que parecía águila". (12) Y durante una que otra descripción de las islas, se sirvió Colón de dicho método comparativo, a veces con gran ingenuidad imaginativa. Escribió un día que "antes que llegase a tierra saltó una lisa como las de España propia en la barca, que hasta entonces no había visto pece que pareciese a los de Castilla". Y a continuación se contradice en la siguiente línea. "Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peces como los de Castilla". Ya antes había citado numerosos peces idénticos a los conocidos en España, pero tales contradicciones resultan frecuentes en los escritos del Almirante. En esa misma entrada de su *Diario* anotó que "halló arrayán y otros árboles y hierbas como los de Castilla, y así es la tierra y las montañas". Y fue ese día cuando "oyó cantar el ruiseñor y otros pajaritos como los de Castilla". (13)

Colón había también encontrado en las otras islas "cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras" y "halló verdolagas muchas y bledos". (14) Y usó variadas comparaciones. "Estas tierras son muy fértiles: ellos las tienen llenas de manos, que son como zanahorias, que tienen sabor de castañas, y tienen faxones y febas muy diversas de las nuestras". (15) Antes de aprender el nombre de "canoa" que daban los indios a sus embarcaciones, Colón las describe como

(11) Henríquez Ureña, "Español en Santo Domingo", p. 215.

(12) Colón, "op. cit.", p. 152.

(13) *Ibid.*, p. 85.

(14) *Ibid.*, p. 48.

(15) *Ibid.*, p. 55.

“almadías”, que “son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla”. (16)

De los pocos animales cuadrúpedos que encontraron los españoles en las Antillas, había uno tan importante en la dieta de los aborígenes, que Las Casas lo describe repetidas veces. “Hay unos animalitos... tan buenos y mejores de comer que conejos y liebres, los cuales los indios llamaban “guaminiquinajes”. (17) Luego los compara con “ratones grandes como de la India” y dice que “eran unos animales como perrillos muy buenos de comer” y cuenta que “los indios vinieron con canoas a los navíos y trajeron mucho pescado y de aquellos conejos de la isla”. (18) Y cuando se llegó al momento en que hasta por comparación se hizo difícil el identificar las cosas nuevas, se recurrió a la improvisación.

3. Terminología improvisada.

Dar nombres a las cosas de América que no ofrecían semejanza con las de España, y que probablemente no poseían denominación indígena acomodada al español fue una de las más altas y delicadas empresas a que el ingenio de los colonizadores tuvo que tender. (19)

Cualquier peculiaridad provocaba un nombre para algo diferente o nuevo. En sus *Décadas*, cuenta Pedro Martir de un pez “guaicano”; los nuestros “vuelto”, “porque lo pescan boca arriba”. (20) En otros casos la improvisación resultaba como consecuencia de comparaciones algo dudosas.

(16) Ibid., p: 31.

(17) Las Casas, “op. cit”, I, 333.

(18) Ibid., I, 343.

(19) Navarro Tomás, “Español en Puerto Rico”, p. 200.

(20) Pedro Mártir Anglería, “Décadas del Nuevo Mundo”, Buenos Aires, Ed. Babel, 1944, p. 37.

Hay una hierva que huele muy bien e parece mucho en la hechura é manera de ella á la que en Castilla llamamos hiervabuena, é en el color es propiamente como "torongil", o assi la llaman los españoles. (21)

Del término maíz, que se adoptó del vocabulario taíno de La Española, formaron los españoles el derivado "mizal", para identificar el sembrado o campo de maíz. Cuenta Oviedo, hablando de los papagayos, que "vienen muchos a comer los dichos maizales". (22) De la misma manera, como es natural, se formaban derivados de todos los vocablos adoptados de las lenguas indígenas, de modo que generalmente con cada término indio adoptado se enriquecía el castellano, no con una palabra solamente sino con un grupo de derivados también.

Según el vocablo "maíz" o "mahíz" fue llevado de La Española a la Tierra Firme y suplantó los nombres que allí daban a dicho alimento y grano. Así sucedió con gran número de voces aborígenes que primero aprendieron los españoles en las Antillas y de allí trasplantaron al resto de América.

Lo mismo sucedió con términos improvisados en los primeros tiempos coloniales, principalmente en La Española.

Allí se llamó "estancia" a la granja o cortijo, y "estanciero" al que en ella hacía trabajar a los indios (voz que luego ha pasado a significar el que tiene o guarda una estancia); allí "quebrada" se hizo sinónimo de arroyo; se generalizó el sentido de "ramada"; y se aplicó a las puches o gachas que de maíz hacían los indios el nombre de "mazainorra" con que gente de mar llamaba el potaje hecho de pedazos de bizcocho hervidos en agua; allí empezó a decirse que los indios o los animales se "alzaban" y a hablarse de culebras o tigres "cebados". (23)

(21) Oviedo, "op. cit." p. 384.

(22) Oviedo, "Sumario de la natural historia de las Indias", ed. de J. Miranda, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 93.

(23) Rufino José Cuervo. "El castellano en América, Bogotá", Ed. Minerva, 1935, p. 73.

De modo que hemos visto cómo en La Española, donde primero se hacía escala en los principios de la colonia, “se aprendió el nombre indígena de muchas cosas que ha venido a ser el común castellano”. (24) Fue también donde se improvisaron muchos vocablos que también pasaron, con los conquistadores y colonizadores, al resto de las Indias y al castellano en general.

En esta categoría de términos improvisados hay un gran número de palabras que sin duda comenzaron a usarse durante los primeros tiempos pero que aparecen solamente en períodos subsiguientes de la colonia. Estas son las palabras que tienen un significado particular en español que no se encuentra en el español moderno, algunas reflejando un significado regional español, otras conservando un significado de castellano medieval, y otras son “americanismos” que se han formado realmente en América. Muchas de estas palabras aparecen en los diccionarios de la lengua, y las otras aparecen en los diccionarios nacionales o regionales y en algunos estudios lingüísticos de ciertas áreas.

Así vemos que el español se extendió, con los conquistadores y colonizadores de los primeros años, por la región antillana del Caribe. Hemos considerado tres aspectos de este fenómeno de transplatación del idioma al Nuevo Mundo: por identificación completa o idéntica, identificación por comparación, y por último, identificación improvisada.

El preciso momento en que el español se extendió al Nuevo Mundo es importante desde el punto de vista histórico-lingüístico. El descubrimiento de Colón se efectuó, como hemos dicho, en el momento culminante del romance castellano, que se había constituido en lengua nacional de España. Ese momento, de los Reyes Católicos y la unificación de España, marcó el fin de la formación orgánica del castellano; pasó éste a ser no ya un mero romance peninsular sino una lengua europea de primer orden.

(24) *Ibid.*, p. 75.

A medida que los españoles se derramaron por las Indias, extendieron su lengua castellana por todas las partes. El español de América es, básicamente, ese castellano del siglo XV al XVI que, como en España misma, ha sufrido las modificaciones que el tiempo impone en toda lengua viva. La historia del español en América, posterior a los primeros años de la colonia en las Antillas, está fuera del alcance de este estudio. En los próximos capítulos vamos a estudiar otros aspectos de nuestro tema dentro de la época a que nos venimos limitando.

III VOCABLOS INDIGENAS ADOPTADOS

Ahora entramos en la parte más extensa de este estudio: la gran cantidad de vocablos que absorbió el español de las lenguas aborígenes de las Antillas. Luego absorbió también el español mucho de las lenguas "nahuatl", "quechua", "et al.", pero la primera importante influencia y enriquecimiento de la lengua provino de las Antillas, y principalmente de La Española.

Puede decirse que La Española fue en América el campo de aclimatación donde empezó la lengua castellana a acomodarse a las nuevas necesidades. Como en esta isla ordinariamente hacían escala, y se formaban o reforzaban las expediciones sucesivas, iban estas llevando a cada parte el caudal lingüístico acopiado, que después seguían aumentando o acomodando en los nuevos países conquistados. (1)

Y así como llevaban los españoles las palabras aprendidas en las Antillas a las nuevas tierras que conquistaban, también las llevaban a España y las introducían en el lenguaje peninsular. Estudiaremos los antillanismos que penetraron en el español, separándolos por categorías y agrupando dicha clasificación de la manera siguiente: la flora, la fauna, las costumbres, los alimentos, la agricultura y otros de menor importancia, en este capítulo. Las dos categorías predominantes, la toponimia y los nombres, las estudiaremos por separado en el capítulo siguiente.

(1) Cuervo, "Castellano en América", p. 73.

1. Flora

Las primeras noticias de la flora americana se pueden encontrar en el *Diario de Colón*. Tres días después del Descubrimiento escribió: "En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más hermosa de ver que otra se haya visto" y continúa su descripción "veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía" pero allí mismo advierte que "los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche". (2)

Algunos días más tarde apunta Colón en su Diario, con su entusiasmo dado a la exageración, que veía "mil maneras de árboles... y mil maneras de hierbas... y de todo no se cognoscí salvo este linaloe de que hoy mandé traer a la nao". (3)

Cuando el Padre Las Casas vino a escribir su obra, sin embargo, ya se habían incorporado a la lengua los nombres de ciertos árboles americanos, y de otras especies de la flora aborigen de las Antillas.

Arboles

Las Casas cita árboles que son tan importantes hoy día en la flora tropical americana como lo fueron para los aborígenes: el guayacán, la ceiba, el caimito, la guácima o guşima, la caoba, y la jagua. Lo mismo puede decirse de otros muchos.

El árbol que se llama "guayacan" en lengua desta Isla, la sílaba postrera luenga. (4)

Hay en esta Isla, y comunmente en todas estas Indias donde no es la tierra fría sino mas caliente, unos árboles

(2) Colón, "Cuatro viajes", p. 39.

(3) Ibid., p. 46.

(4) Las Casas, "Historia", V. 321.

que los indios desta Isla llamaban "ceybas", la "y" letra luenga, comunmente gradísimos y grosísimos y admirables. (5)

Otros árboles hay... que los indios llamaban "caymitos", la penúltima luenga. Hay otros que llamaban los indios "guacimas", la media sílba breve. (6)

Tiene tambien otros árboles esta Isla, que llamaban "caoban", la "o" letra luenga, los indios; tienen muy buena madera para arcas y mesas, algo colorada o encarnada. Hay en esta Isla eso mesmo unos árboles que los indios llamaban "xaguas" (7)

Otro árbol hay muy provechoso en esta Isla, y es el que llamaban los indios "hibuero", la sílba penúltima luenga. (8)

Hay otras infinitas especies de árboles silvestres, a muchos de los cuales tenían puestos nombres los indios y de otros creo que no curaban nombrallos. (9)

Fernández de Oviedo hizo un estudio mucho más minucioso y extenso que los otros historiadores sobre la flora y la fauna de las Antillas y la Tierra Firme. Como Oviedo vivió los últimos años de su vida en La Española, y allí escribió mucho de su obra, pudo tratar de las especies de la isla con mayor autoridad.

(5) *Ibid.*, V, 322.

(6) *Ibid.*, V, 324.

(7) Las Casas, "Apologética", p. 35.

(8) *Ibid.*, p. 36.

(9) *Ibid.*, p. 39.

"Hobos" es árbol grande y hermoso, fresco o de buen ayre e sombra muy sana(10)

"caymito" es un árbol el mas conocido en el mundo para quien una vez le oviere visto. (11)

"Higüero" es árbol grande, como los morales de Castilla o mas ó menos. (12)

"Xagua" es un árbol hermos y alto. (13)

El árbol de este nombre era muy importante para los aborígenes. Oviedo escribió páginas acerca del árbol y de su fruta, pero Pedro Mártir es más concreto en su descripción.

Hay otro árbol llamado "xagua", de cuya fructa verde el jugo azul obscuro tiñe cuanto toca, pegándose tanto que con ninguna cosa que se lave se quita en menos de veinte días; cuando la fruta ha sazonado, el jugo pierde aquella virtud. La fruta se come y saben bien. (14)

"Guacuma" es un árbol grande é que echa una fruta como moras. (15)

"Guama" es un árbol grande é de las mas común é abundancia madera que hay en esta Isla Española, é de la que mas se gasta (para la lumbre de las calderas de los ingenios...) (16)

(10) Oviedo, "historia", I, 293.

(11) Ibid., p. 295.

(12) Loc. cit.

(13) Ibid., p. 296.

(14) Mártir, "Décadas", p. 278.

(15) Oviedo, "op. cit.", p. 298.

(16) Ibid., p. 299.

"Hicaco" es un árbol que en la hoja quiere parecer mucho al madroño, y muy desemejante en la fructa. (17)

"Yarum" es un árbol muy grande é á manera de higuera loca. (18)

"Macagua" es un gentil é grande árbol. Su fructa es como aceytunas pequeñas: el sabor es como de çereças. (19)

"Copey" es un árbol muy bueno é de gentil madera. (20)

"Caguey" es un árbol que echa una fructa, como higos, y no mayor que avellanas. (21)

"Cibucan" es un árbol de los buenos que hay en estas partes. (22)

"Guanábano" es un árbol de gentil parecer, hermoso, grande é alto árbol, e su fructa hermosa é grande como melones en la grandeza, porque son tamañas las guanábanas, y verdes. (23)

"Hanon" es un árbol, el qual é su fructa tienen mucha semejança con el guanábano. (24)

(17) Loc. cit.

(18) Ibid., p. 300.

(19) Loc. cit.

(20) Ibid., p. 302.

(21) Loc. cit.

(22) Ibid., p. 303.

(23) Loc. cit.

(24) Ibid., p. 304.

"Guayabo" es un árbol que los indios prescian. (25)

"Mamey" es uno de los más hermosos árboles que puede aver en el mundo. . Son tan grandes, como nogales en España. La fructa deste árbol es la mejor que hay en esta Isla Española. (26)

"Acnu" es un árbol grande, é la hoja quassi como la del peral. (27)

"Caoban" es un árbol grande de los mayores é mejores é de mejor madera é color que hay entre todos los desta Isla Española. (28)

La lista de árboles que figuran en la *Historia* de Oviedo, es mucho más extensa, pero los que hemos incluido aquí han sido verificados, en el *Diccionario de Indigenismos* de E. Tejera, una autoridad en la materia.

Frutas

Como es de imaginarse, no había frutas propiamente cultivadas en la rudimentaria agricultura de los aborígenes. En seguida trajeron los españoles de todas sus frutas europeas, y muchas prosperaron y se propagaron en las colonias. Las que ellos encontraron allí, sin embargo, han seguido siendo populares hasta nuestros días. El Padre Las Casas cita las principales frutas de la Española.

Había en esta isla algunas frutas silvestres por los montes, y dellas muy buenas; ninguna, empero, doméstica, porque no curaban de tener huertas ni frutales los indios. Había las que llamaban "guayabas", la penúltima sílaba luenga. Otra

(25) Loc. cit.

(26) Ibid., p. 305.

(27) Ibid., p. 309.

(28) Ibid., p. 341.

fruta que se llama "hovos" propios como ciruelas, sino que son amarillos. Hay otra en esta isla que llaman "guanábanas", la penúltima sílaba breve. Otra se llamada "pitahaya". (29)

En su *Historia*, el Padre Las Casas explica que las frutas "que llamamos 'piñas' que es fruta en olor y sabor admirable no la había en esta Isla, sino que de la isla de San Juan se trujo" y que "había las que llamaban "guayabas", la penúltima sílaba luenga... pero las desta Isla eran chiquitas; las que hoy hay, y está las Islas llena dellas, que son muy mayores y muy más hermosas y más sabrosas y más olorosas, fueron traídas de Tierra Firme". Menciona también otra fruta que había "mucho buena y suave... la cual llamaban los indios "annona". (30)

En las riberas de la mar hay una fruta que llamaban los indios "tunas". En las mismas riberas de la mar hay otros arbolitos... que llamaban los indios "hicacos", la penúltima luenga. (31)

Estos hicacos abundan en las Antillas, todavía silvestres, y sus fruticas son igualmente populares con algunos animales y con algunas gentes. Los "hovos" o jovos han sido un alimento favorito de los cerdos desde los primeros días de la colonia. Muchos de los árboles ya enumerados son árboles frutales. El caimito, la guanábana, el mamey, son frutas muy sabrosas y populares hoy día. La jagua, que era tan importante para los indios por su zumo, el cual usaban para teñir y para pintarse el cuerpo, es hoy una de las frutas usadas para dulces y preserves. No podemos dejar de mencionar, a propósito de frutas usadas hoy para dulces y reserves, las más popular y al mismo tiempo la que más se consume, que es la guayaba.

(29) Las Casas, "op. cit," p. 32.

(30) Las Casas, "Historia", V. 316.

(31) Ibid., p. 319.

La principal dieta de los aborígenes antillanos consistía en los alimentos que provenían de ciertos granos y de ciertas raíces. Aunque volveremos a tratar de ambas categorías al estudiar la alimentación de los indígenas, haremos mención aquí de las especies más importantes dentro de la flora antillana.

Colón se refería en sus escritos a algunos de los alimentos que los indios hacían con esos granos y raíces, pero no sabía sus nombres. El Padre Las Casas, y también Oviedo, cuando escribió sus crónicas conocía ya y había estudiado las plantas de que provenían. Las Casas habla de "las raíces "yuca", la primera sílaba luenga, y la planta "yucubia". Hay otras raíces que llamaron los indios "ajes" y "batatas", y son dos especies dellas". (32) Y también habla de otras plantas: el "lerén", la "yehubía", el "maní", el "axí", y sobre todo, del "mahíz".

Había en esta Isla y ponían los vecinos naturales della otra raíces tan gruesas y redondas como unas chicas pelotas, que llamaban lerenes. (33)

Otras raíces había que llamaban yahubias, que no hallo en las cosas de Castilla á que comparallas. (34)

Sembraban y cogían dos veces en el año el grano que llamaban mahíz, no para hacer pan dél, sino para comer tierno por fruta crudo, y asado cuando está en leche... era menudo y de muchas colores, morado, y blanco y colorado y amarillo, todo esto en una macora, llamábanlo mahíz, y desta Isla salió este nombre. (35)

(32) Ibid., p. 307.

(33) Ibid., p. 308.

(34) Ibid., p. 309.

(35) Ibid., p. 315.

Refiriéndose al “maní”, que los indios cultivaban y apreciaban como alimento importante, tanto Oviedo como Las Casas lo catalogan como fruta a pesar de que crece debajo de la tierra con las raíces.s,

Una fructa tienen los indios en esta Isla Española, que llaman “maní”, la que ellos siembran, e cogen, e les es muy ordinaria planta en sus huertos y heredades(36)

Había otras plantas alimenticias importantes para los aborígenes. La “yahutía”, por otros llamada “diahutía”, es una planta de las más ordinarias que los indios cultivan con mucha diligencia o especial cuidado”. (37) La “yahutía” sigue siendo un alimento importante en las islas, aunque no goza de la popularidad de la yuca y la batata.

En esta Isla Española y en todas las otras islas é Tierra Firme, é en mucha parte della, hay una planta que se llama “ajes”, los cuales quieren parecer algo en la vista a los nabos de España. (38)

Oviedo incluye árboles y plantas que los indios usaban con fines medicinales. El “guayacan”, que da una resina medicinal, lo usaban para curarse de las “buas” o bubas.

El origen donde los cristianos vieron las buas i experimentaron i vieron curarlas i experimentar el árbol del “guayacán” fue en esta Isla Española. (39)

(36) Oviedo, op. cit., p. 274.

(37) Loc. cit.

(38) Ibid., p. 272.

(39) Ibid., p. 363.

"Perebecenué" es una hierva o planta así llamada e hay mucha della en esta isla. Los chripstianos la llama la hierva de la yagas: otros la dicen hierva de los remedios. (40).

También hace mención del "bejuco" o "behuco" que, además de servir de cuerda, servía "para purgar, no sé para qué enfermedades" (41)

Hierbas

Los españoles encontraron abundantes y variadas hierbas en las Antillas. El tipo más importante y que ha pasado a todas las lenguas con el mismo significado, es el de la "sabana", "zabana", "cabana", o "savana", que Oviedo describe en su Historia. "Este nombre "savana" se dice a la tierra que está sin arboledas, pero con mucha e alta hierva, ó baxa". (42)

Las Casas hace mención de "los herbazales, que eran grandísimos por las innumerables campiñas llanas y rasas que había, y que ellos llamaban en su lengua "zabanas". (43)

La categoría de hierbas más importante para la vida indígena era la de plantas textiles, que usaban los indios para hacer cuerdas y para otros fines utilitarios.

La "cabuya es una manera de hierva que quiere parecer en las hojas a los cardos o lirios. El "henequén" es otra hierva que tambien es assi como cardo. (44)

Una hierva muy útil e nescessaria en estas partes, la cual se llama "maguey" é tiene mucha semejanza con la yuca. (45)

(40) Ibid., p. 377.

(41) Ibid., p. 164.

(42) Ibid., p. 144.

(43) Las Casas, "Historia", I, 384.

(44) Oviedo, "op. cit.", p. 277.

(45) Ibid., p. 278.

Esas tres variedades de hierbas textiles son igualmente importantes hoy por la variedad de productos que se pueden fabricar con sus fibras. En las Antillas sigue usándose la cabuya para cuerdas y para tejer artículos de cuerda, y las cosas hechas "de cabuya" gozan de la misma popularidad que tuvieron entre los indios.

2. Fauna

La fauna tropical que encontraron los españoles en las Antillas fue tan exuberante como la flora e igualmente difícil de identificar. También se usaron los términos castellanos conocidos para las especies idénticas con que estaban familiarizados e improvisaron nombres para otras, pero en muchos casos adoptaron los nombres aborígenes. Esta última es la agrupación que nos interesa en este momento.

Los primeros comentarios sobre la fauna de América se encuentran, naturalmente, en el Diario de Colón. Su primera impresión, el día del Descubrimiento, fue la falta de animales. "ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla". (46) Unos días más tarde volvió a escribir lo mismo. "Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos". (47) Casi en seguida advierte, refiriéndose a otra isla, que "ahí había perros mastines y branohetes". (48) Y luego repite varias veces el comentario de que "había perros que jamás ladraron". (49) Todavía el 6 de noviembre, después de haber explorado muchas islas, apunta que "bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban" (50)

(46) Colón, "op. cit.", p. 31.

(47) *Ibid.*, p. 38.

(48) *Ibid.*, p. 40.

(49) *Ibid.*, p. 50.

(50) *Ibid.*, p. 57.

Se deduce por lo anterior, que no existían muchas variedades de animales en las islas. La mayor parte de la fauna que existe allí hoy fue traída de España al iniciarse la colonización, y también de otras partes luego. Los pocos cuadrúpedos que encontraron los españoles en las Antillas, sin embargo, eran importantes para los aborígenes y los mencionaremos a continuación.

Animales

Trataremos aparte de los peces, las aves, y los insectos, limitándonos aquí a los cuadrúpedos. Además de los perros mudos a que se refería Colón, había algunos animalitos importantes en la dieta de los indios.

Hay unos animalitos.. tan buenos y mejores de comer que conejos y liebres, los cuales los indios llamaban "guaminiquinajes". (51)

En su *Historia* dice Las Casas que "entre la hierva se criaban los conejos desta isla, que nombraban "hutías". (52) Y Oviedo escribió, desde La Española, que "en esta isla ningún animal de cuatro pies había, sino dos maneras de animales muy pequeños, que se llaman "hutia" y "cori" (Curiel) que son casi a manera de conejos". (53) Y luego aclara que "las 'hutías' son como ratones casi... y los "cories" son como conejos o gazapos chicos y son muy lindos." (54) El cori o curie, hoy curía, abunda todavía en la isla de Santo Domingo, donde los llaman curíes (singular; curí) pero hoy en día no se comen.

Entre los animales acuáticos que encontraron los españoles en las Antillas, pueden citarse las tortugas, grandes y pequeñas,

(51) Las Casas, "Historia", I, 333.

(52) *Ibid.*, p. 384.

(53) Oviedo, "Sumario", p. 87.

(54) *Ibid.*, p. 99.

y muchísimos que los españoles nombraron por sus designaciones castellanas, ya porque fueran idénticos, ya por su similitud con especies conocidas. En algunos casos, sin embargo, adoptaron los nombres indígenas a pesar de su similitud a las especies europeas.

Las "hícotéas" ó menores tortugas, de que se hizo de suso mención, la mayor dellas será de dos palmos de luengo, é de allí abaxo menores. Estas se hallan en los lagos y en muchas partes de aquesta Isla Española. E son una cierta especie de tortugas, o ninguna diferencia en la forma dellas, sino en el tamaño, sino en el tamaño é grandeza; é estas pequeñas llaman los indios "hícotéas". (55)

Las Casas mencionó que "hay en los arroyos también unos cangrejos, que los indios llamaban "xaybas". (56) Y Oviedo específico que esos cangrejos "aunque los hay de agua, también los hay de tierra" (57) Tanto las "hícotéas" como las "jaibas" son igualmente abundantes en Santo Domingo hoy en día, habiendo conservado dichas denominaciones.

Peces

Aunque Colón hace mención de peces muchas veces en su Diario, no había aprendido los nombres de los que no fueron conocidos para él y su tripulación, y usaban los nombres castellanos o hacían comparaciones. El Padre Las Casas y Fernández de Oviedo nos dan los nombres de los peces americanos de importancia que eran desconocidos antes del Descubrimiento.

(55) Oviedo, "Historia", p. 433.

(56) Las Casas, "Historia", V. 279.

(57) Oviedo, "op. cit.", p. 437.

"Manatí" es un pescado de los mas notables é no oydos de quantos yo he leydo o visto... En este rio Oçama hay hiervas en algunas partes cubiertas del agua cerca de las costas, y el "manatí" pasce alli e vénle los pescadores, e desde barcas o canoas le harponan. (58)

Dice López de Gomara en su *Historia* que el "manatí" es un pez que se cría "en mar y en ríos". (59) De otro pez importante en las agus antillanas, el tiburón, hemos tratado ya.

Aves

De las aves tampoco pudo Colón decir mucho, ni conocer nombres específicos. Había mencionado muchas aves, en su Diario, durante la travesía, pero nombrándolas en castellano o al menos describiéndolas. Anotó durante sus exploraciones de las primeras islas, después del Descubrimiento, que "había avecitas salvajes mansas por sus casas". (60) Y unos días más tarde anotó que "vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdices y ruiseñores que cantaban y ánsares, y de esto hay allí harto". (61) En realidad, Colón no era exacto en sus identificaciones, como tampoco lo era en sus descripciones, pero de todos modos, fue el primero en identificar o describir las cosas de América.

Dice Las Casas en su *Historia* que "allí hallaron los primeros papagayos que llamaban "guacamayos", tan grandes como gallos de muchos colores". (62) Y un poco más adelante dice algo más acerca de éstos. "Hay por allí unos papagayos

(58) Ibid., p. 433.

(59) Francisco López de Gómara, "Historia general de las Indias, Madrid, Espasa-Calpe, 1932, p. 73.

(60) Colón "op. cit.", p. 50.

(61) Ibid., p. 57.

(62) Las Casas, "Historia", II, 6.

grandes, como lorados, que llaman "guacamayos", que dan gritos y hacen grandes alharacas". (63)

El historiador Herrera, al igual que sus predecesores, dijo que había gran diversidad de pájaros en las islas, y que eran "mui diferentes de los nuestros, i entre ellos "perdices" y "ruiseñores" (64). Pero de los nombres aborígenes solamente menciona, al igual que los otros cronistas, el guacamayo. "Allí tomaron los primeros papagayos, que llamaron "guacamayos", grandes como gallos, de muchos colores". (65) Y hablando de la isla de Cuba menciona que "hai unas aves, que vuelan casi junto con el suelo, que los indios llamaban "bambiayas..." y se tenían en lugar de faisanes". (66)

Oviedo introduce otra especie, en su *Historia*, "otros que llaman acá "guaraguaos" que son como milanos" (67) y que abundan aún en las Antillas y es una especie de gavilán.

Insectos

Como en las otras categorías de la fauna antillana, los españoles nombraban aquellos insectos que eran idénticos o parecidos a los que conocían por sus nombres castellanos. Encontraron algunos insectos, sin embargo, no solamente desconocidos para ellos, sino de muchísima importancia por sus efectos dañinos. En primer lugar el "jején" (plural: jejenes) que los indios llamaban "jojenes".

Abunda de una poco menos que plaga mas que otra, y es de muchos mosquitos de los que los indios llamaban "xoxenes", que son tan chiquitos que apenas con buenos

(63) *Ibid.*, III, 295.

(64) Herrera, "Historia", I, 237.

(65) *Ibid.*, p. 271.

(66) *Ibid.*, II, 185.

(67) Oviedo, "Historia", p. 592.

ojos, estando comiendo la mano y metiendo un ahijón que parece aguja recién quitada del fuego se vea. (68)

Entre las variedades de hormigas, se encontraron un tipo que no pudieron identificar y ha conservado su nombre aborígen. No se podría hacer mejor descripción de esta especie que la hecha por los historiadores y cronistas de la época. Oviedo, sobre todo, le dedica muchas páginas.

Dando principio en las hormigas, digo que hai muchas en esta Isla Española... Hai otras que se llaman "comixen" las quales son pequeñas, e tienen las cabezas blancas, o son muy perjudiciales en los edificios, así en los muros e paredes, como en las maderas e cubiertas e suelos de las casas... En fin, destruye las cassas, i es menester tener cuidado de quemar o desarraygar este "comixen", porque es mui dañoso. (69)

Otro insecto que constituyó una terrible plaga para los españoles, y que resultó peor pues el "comején" destruía sus propiedades, pero éste atacaba su persona, fue la nigua, una pulga pequeñísima que se entra en la piel, sobre todo de los piés, y ahí se reproduce rápidamente.

Lo otro que afligió algunos españoles a los principios, fue las que llamaban los indios "niguas..." éstas se meten comunmente en las cumbres de los dedos de los piés, junto a la uña, y van comiendo y cavando todo el cuero hasta la carne, i allí paran, cuando comen causan la comezón. (70)

(68) Las Casas "op. cit.", V. 252.

(69) Oviedo, "op. cit", p. 451.

(70) Las Casas, "op. cit.", V. 349.

Esto de las niguas no es enfermedad,, pero es mal acaso; porque la nigua es una cosa viva é pequeñísima, mucho menor que la pulga que se puede ver. Pero en fín es género de pulga, porque assi como ella salta, salvo que es más pequeña. (71)

Ya que hemos tratado de los insectos dañinos y nocivos, debemos mencionar la excepción: el "cocuyo" o "cucuyo" que por ser "cazador de los mosquitos" y por sus facultades luminosas, eran y son los insectos más populares en la Antillas. Dice el Padre Las Casas que había en la Española "unos gusanos o avecitas nocturnas que los indios llamaban "cocuyos", la media sílaba luenga, i en Castilla llamamos luciérnagas, o quizás son escarabajos que vuelan". (72)

3. Fenómenos naturales

El fenómeno natural por excelencia en los mares antillanos, tan temible para sus habitantes de hoy como lo era para los aborígenes, es el "huracán".

Oviedo dice que "huracán", en lengua desta isla, quiere decir propiamente tormenta o tempestad muy excesiva".(73) Pero Pedro Mártir describe este fenómeno natural más gráficamente. "Los indíjenas llaman "huracanes" a los furiosos torbellinos de viento que solían arrancar de raíz grandes árboles y muchas veces destruirles las casas". (74) Y en otra página de sus *Décadas* lo identifica a la vez que lo compara con el tifón. "A estas tempestades del aire, como los griegos los llaman "typhones", éstos las apellidan "huracanes". (75) En la *Historia*

(71) Oviedo, "op. cit.", p. 56.

(72) Las Casas, "op. cit.", V. 250.

(73) Oviedo, "op. cit.", p. 167.

(74) Mártir, "Décadas", p. 212.

(75) *Ibid.*, p. 49.

del Padre Las Casas encontramos específica referencia a la adopción del nombre en el castellano.

Gran tempestad, que era lo que llamaban los indios en su lengua "huracán", y agora todos las llamamos huracanes, como quien, por la mar y por la tierra, casi todos los habemos experimentado. (76)

Colón no introduce el vocablo "huracán" como hicieron luego los cronistas arriba citados, pero lo describe en su famosa "Carta a los Reyes Católicos" que contiene la crónica de su cuarto y último viaje a las Indias.

Esa noche que allí entré fue con tormenta y grande y me persiguió despues siempre. La tormenta era terrible, y en aquella noche me desmembró los navíos: a cada uno llevó por su cabo sin esperanzas, salvo de muerte. (77)

4. Productos naturales

Si en la categoría de "fenómenos naturales" sólo podemos ofrecer el ejemplo dado, en esta de "productos naturales" pasa lo mismo, sólo podemos ofrecer un ejemplo, aunque de no menor magnitud. Se trata de lo que más buscó Colón, y buscaron todos los europeos en estas Indias, el oro.

Los españoles encontraron oro por todas partes, en más o menos cantidad, pero no adoptaron ninguno de los nombres que le daban los indígenas. Ya unas tres semanas después del descubrimiento apuntó Colón en su Diario algo del "oro, a que ellos llaman "nu cay" (78) y con fecha 13 de enero, o sea tres meses después del Descubrimiento, anotó que cierto indio "llamaba al oro "tuob" y no entendía por "caona", como le

(76) Las Casas, "Historia", II, 114.

(77) Colón, "Cuatro viajes", p. 195.

(78) Ibid., p. 52.

llaman en la primera parte de la isla, ni por "nozav", como lo nombran en San Salvador y en las otras islas". (79) Y también explica que "al alambre o a un oro bajo llaman en la Española "tuob". (80) De ésto se desprende que Colón, o el indio en cuestión, estaba confundido. No dudamos fuera el Almirante, quien en la misma entrada. de su Diario habla de otra isla en la cual "hay mucho tuob, que es oro o alambre". (81) Corresponde al Padre Las Casas, como siempre, el aclarar o confirmar las interpretaciones de Colón.

Dice Las Casas en su *Historia* que "cierta especie de oro bajo que llamaban "guanín", que es algo morado" (82) era muy estimado por los indios de ciertas islas. Aplicaban el mismo término a ornamentos hechos de dicho metal. "Guanines, que eran ciertas joyas muy bien hechas y artificiasas". (83) Pero "oro" siguió y sigue siendo el ansiado metal, cual que fuese su calidad o procedencia.

5. Costumbres

Tanto Colón como los historiadores subsiguientes escribieron mucho acerca de las costumbres de los aborígenes dondequiera que estuvieron, y sus relatos y descripciones son de un valor histórico antropológico. Dento de lo poco que nos ha quedado de las lenguas de los aborígenes antillanos esas primeras crónicas son la fuente principal donde encontramos términos que describen o se aplican a algunas de sus costumbres.

El primero de esos términos, y primero que ingresó en la lengua castellana de la península, pues apareció ya en 1493 en el *Vocabulario* publicado por Nebrija, fue "canoa". Colón y su

(79) *Ibid.*, p. 130.

(80) *Loc. cit.*

(81) *Loc. cit.*

(82) Las Casas, "op. cit.", I, 435.

(83) *Ibid.*, II, 420.

tripulación, al regreso de su viaje de descubrimiento, llevaron a Europa el nombre y la descripción de dicha embarcación usada por los indios.

El mismo día del Descubrimiento describió Colón las canoas en su Diario. "Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla". (84) Pero es dos semanas más tarde cuando describe su nombre aborigen por primera vez. "Sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. Estas son las canoas". (85) Aún dos días más tarde está vacilando acerca del vocablo. "Cuando iba a tierra con los navíos salieron dos almadías o canoas". (86) Y todavía vacila una semana más tarde cuando habla de "almadías o canoas" al introducir otro neologismo igualmente interesante. "Vinieron en aquel día muchas almadías o canoas a los navíos a resgatar cosas de algodón filado y redes en que dormían, que son "hamacas". " (87) De estas "hamacas" encontramos mejor descripción en la *Historia* de Oviedo.

Bien es que se diga qué camas tienen los indios en esta Isla Española, á la qual cama llaman "hamaca"; y es de aquesta manera. Una manta texida en partes y en partes abierta, á escaques cruzados hecha red, porque sea mas fresca, y es de algodón hilado (de mano de las indias), la cual tiene de luengo diez o doce palmos y mas o menos y del ancho que quieren que tenga. De los extremos desta manta están asidos é penden muchos hilos de "cabuya" o de "henequén..." a las cuales sogas llaman "hicos", porque "hico" quiere decir lo mismo que sogá, o cuerda; y el un hico atan a un árbol o poste y el otro al otro, y quedan en el ayre, la hama tan altoa del suelo como la quieren poner.

(84) Colón, "op. cit.", p. 31.

(85) Ibid., p. 47.

(86) Ibid., p. 49.

(87) Ibid., p. 54.

Pero si en casa duermen, sirven los postes o estantes del buhío en lugar de árboles, para colgar estas hamacas o camas. (88)

De la "cabuya" y el "henequén" ya tratamos al estudiar las hierbas. De la primera dice el Padre Las Casas que son "unas cuerdas muy delgadas y bien hechas y torcidas, de mejor materia que de cañamo... y ésta llaman "cabuya", la penúltima lengua". (89) Luengo hace la distinción entre la cabuya y el henequén. "Hay dos maneras dello, cabuya y nequen; la cabuya es más gruesa y áspera, y el nequen más suave y delgado; ambos son vocablos desta isla Española". (90) Oviedo confirma la misma información. "Las camas en que duermen se llaman "hamacas", que son unas mantas de algodón... y en los cabos están llenas de cordeles de "cabuya" y de "henequén". (91)

Tanto la "hamaca" como la "cabuya" y el "henequén" pasaron al uso y al vocabulario europeo. Lo mismo sucedió con algunas otras costumbres aborígenes y los vocablos correspondientes. Dice Luis Padilla en su *"Prehistoria dominicana"* que "acostumbraba el "taíno" a mascar de día la hoja de "tabaco", el cual fumaba de noche, convertido en "túbano" o cigarro a la puerta del hogar". (92) Sobre esta costumbre encontramos una descripción muy entretenida en la *Historia* de Las Casas, la cual revela lo nueva y extraña que fue dicha costumbre para los europeos.

Siempre los hombres con un tizón en las manos, y ciertas hierbas secas metidas en una cierta oja, seca también, a manera de mosquete hecho papel... y encendido por la una

(88) Oviedo, "Historia", p. 131.

(89) Las Casas "op. cit.", V. 486.

(90) Ibid. , II, 135.

(91) Oviedo, "Sumario", p. 138.

(92) Padilla, "Historia", p. 195.

parte dél, por la otra chupan, ó sorben, ó reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y asi, dizque, no sienten el cansancio. Estos mosquetes, ó como los llamaremos, llaman ellos "tabacos". (93)

Otra palabra interesante es la que significa "bailes y cantos y fiestas" y que Las Casas definió como muy aptamente, en su *Historia*. "Areytos, que eran sus bailes, y fiestas, y alegrías". (94) Y hablando de su llegada a la "residencia" donde los caciques celebraban la fiesta, dice: "pónense á la puerta del "caney" ó casa grande". (95)

Tenían estas gentes una buena o gentil manera de memorar las cosas passadas o antiguas; y esto era en sus cantares é bayles, que ellos llamaban "areyto", que es lo mismo que nosotros llamamos bailar cantando. (96)

Otra de las diversiones de los indios era el juego de pelota, y parece que llamaban por el mismo nombre la pelota, el juego, y el sitio o plaza donde se jugaba. Oviedo dice que en la plaza "que avía en el pueblo o villa estaba lugar diputado para el juego de pelota". (97) Y Las Casas es quien aclara que "la pelota llamaban en su lengua "Batéy", la letra "e" luenga, y al juego, i también al mismo lugar, "batéy" nombraban". (98)

(93) Las Casas, "op. cit.", I, 332.

(94) *Ibid.*, III, p. 52.

(95) *Ibid.*, III, p. 53.

(96) Oviedo, "Historia", p. 127.

(97) *Ibid.*, p. 163.

(98) Las Casas "Historia", V, 507.

En sus guerras usaban los indios el arma que llamaban ellos "macana". "Unas como espadas de forma de una paleta chata; estas son de palma y duras y pesadas: llámanlas "macanas". (99) Y Pedro Mártir las describe en sus *Décadas*. "Pelean de ordinario mano a mano con largas espadas que llaman "macanas", pero de madera, pues no tienen de hierro". (100) Y más tarde las identifica Herrera en su *Historia*. "Traían "macanas" de palma, que es como de acero, de que usaban, como de Porras a dos manos, aunque eran chatas". (101) Y más adelante las menciona nuevamente. "No tenían flechas, ni otras armas, sino las "macanas", que llamaban en la Isla Española". (102)

Para sus guerras se pintaban los indios el cuerpo. "Embixados" todos ó pintados de cierto color roxa, como almagre, o mas subida color, que se llama "bixa". (103) Tanto se pintaban el cuerpo con la tintura roja de la "bija" como con la tintura negra de la "jagua" y no solamente para sus guerras, sino también para sus ceremonias y también para simplemente protegerse de los insectos y del sol.

El Padre Las Casas, como también los otros historiadores de la época, explica muchos términos aborígenes describiendo las costumbres de los indios antillanos. En otros muchos casos encontramos solamente la definición de objetos que usaban los aborígenes, los cuales explican de por sí costumbres que tenían. Muchos de estos se conservan hoy con la misma aplicación más o menos. Así se le llaman "bohío" a las casitas rústicas de los campesinos antillanos, que hoy también las hacen de las tablas y las "yaguas" de la palma. Estas últimas son las "hojas de palmas que llamaban "yaguas", " (104) y que son las grandes hojas de

(99) *Ibid.*, II, 57.

(100) Mártir, "*Décadas*", p. 142.

(101) Herrera, "*Historia*", II, 234.

(102) *Ibid.*, p. 235.

(103) Oviedo, "*op. cit.*" p. 146.

(104) Las Casas, "*op. cit.*", II, 173.

la corteza que se forma en la parte alta de la palma y que al desprenderse, una a una, se colocan al sol para secarlas antes de usarlas para la costumbre de protegerse con ellas del sol y la lluvia al igual que usarlas en la construcción de los bohíos.

Unas hojas que los indios llamaban "yaguas", la última breve, de las cuales tiene (la palmera) 10 y 12, tantas como son los ramos de la palma y unas sobre otras. Con una se cubre un hombre del sol y del agua. Con estas se pueden cubrir y cubren las chozas, y aun en los pueblos las casas.
(105)

Las Casas menciona las hibueras o higüeras que se usan tanto en las islas. "Una calabaza de las que llaman "hibueras" (que hoy se llaman "higüeras") por aquellas islas, que sirven de escudillas". (106) Y Oviedo las menciona también. "Ciertas calabazas muy más hermosas y útiles que las nuestras, que los desta isla Española llamaban "hibueras". (107) Otra vasija para uso doméstico que se usa tanto hoy también es la "batea", que hacen en todos los tamaños; las "higüeras" también se hacen en diferentes tamaños. Las Casas dice en su Apologética que "en la lengua general de la Española decían "batea" por dornajo." (108) Generalmente las bateas son bien grandes, cada una cavada de un sólo pedazo de madera.

"Las "enaguas" o faldas que usan las mujeres debajo de su ropa exterior, derivan ese nombre de la especie de falda usada por las indias. El historiador Herrera las describe como "cosas de algodón, como "Naguas" para las mujeres, que son como medias faldillas". (109) Oviedo dice que "las "naguas" son una

(105) *Ibid.*, V. 330.

(106) *Ibid.*, II, 61.

(107) Oviedo, "op. cit.", p. 293.

(108) Las Casas, "Apologética", p. 633.

(109) Herrera, "op. cit.", II, 150.

manta de algodón que las mujeres desta isla, por cubrir sus partes vergoncosas, se ponían desde la cinta hasta media pierna, revueltas al cuerpo; é las mugeres principales hasta los tobillos". (110) Y desde luego, Las Casas también las describió.

Todas desnudas en cueros, solo cubiertas sus vergüenzas con unas medias faldillas de algodón, blancas y muy labradas, en la tejedura dellas, que llamaban "naguas," que les cubrian desde la cintura hasta media pierna. (111)

Y es en la *Historia* de Las Casas donde también encontramos mención de las "coas" o palos que utilizaban los indios en sus la labranzas, y que aún hoy se usan para hacer los hoyos en la tierra cuando siembran el maíz y otros granos. Las Casas quería especificar que ciertos indios vinieron sin armas, solamente con "su "coas", que son unos palos tostados que usan por azadas". (112)

6. Alimentos

Todos los cronistas de Indias, comenzando por Colón, observaron y apuntaron mucha información acerca de las cosas de comer que encontraron en el Nuevo Mundo. Muchos de los alimentos aborígenes de América han pasado a los otros continentes, desde los primeros tiempos de la conquista, y en muchos casos han conservado sus nombres aborígenes. Estos que han conservado sus nombres americanos son los que nos interesan para los fines de este estudio.

Una de las cosas que, hacia fines de la Edad Media, les interesaba a los europeos traída del Oriente eran las especias, que usaban para condimentar sus comidas, y que representaban una parte importante del tráfico comercial con Asia. Al buscar

(110) Oviedo, "op. cit.", p. 134.

(111) Las Casas, "Historia", II, 139.

(112) *Ibid.*, II, 174.

Colón un camino más corto para ir a la India esperaba encontrar antes que nada oro, pero de las otras cosas que buscaba tal vez las más importantes fueron las especias. Colón no encontró ni las especias ni la India que buscaba, pero creyó haber llegado a la India y encontró allí el "ají" que era, y es todavía, muy usado como condimento en la cocina antillana.

Colón apuntó en su Diario, hablando de las cosas que había encontrado en La Española, y refiriéndose al ají, que "también la especería es mucha y más vale que pimienta y manegueta" (113) Pero después fue más explícito, aunque sin dejar de exagerar como era su costumbre.

También hay mucho ají, que es su pimienta, della que vale mas que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana: puédense cargar cincuenta carabelas cada año en aquella Española. (114)

En su Apologética, dice Las Casas, que los indios tenían varias especies de esta pimienta o ají, y que "en todas las cosas que comían estas gentes, cocidas o asadas ó crudas, echaban de la pimienta que llamaban "axí", la última sílaba aguda". (115) Y también Oviedo hace una buena descripción del ají.

"Axí" es una planta muy conocida e usada en todas las partes destas Yndias, é provechosa é necesaria, porque es caliente é de mi buen gusto e apetito con los otros manjares, assi al pescado como a la carne; é es la pimienta de los indios. (116)

(113) Colón, "Cuatro viajes", p. 119.

(114) Ibid., p. 134.

(115) Las Casas, "Apologética", p. 27.

(116) Oviedo, "op. cit.," 275.

Muy importantes en la dieta de los aborígenes eran ciertas raíces y ciertos granos. Comían ambos alimentos, principalmente en forma de pan hecho a manera de tortas, tal como se comen aún hoy entre la población rural de las Antillas. De las raíces la más importante era la "yuca". Hay dos clases, una dulce y otra amarga. La dulce, que se cultiva y se come tanto en toda la América tropical hoy, se encontró en la Tierra Firme más tarde. Colón y los primeros españoles sólo encontraron en las Antillas la yuca amarga que no se puede comer como es porque resulta venenosa, pero sacándole el agua que contiene y secándola y haciéndola "cazabi" o "cazaba" constituía el principal alimento de los indios taínos.

Esta "yuca" de este género, que el zumo de ella mata, como es dicho, la hay en gran cantidad en las islas de San Juan y Cuba y Jamaica y La Española; pero también hay otra que se llama "boniata", que no mata el zumo de ella, antes se come la yuca asada, como zanahoria... y en Tierra Firme toda la yuca es de esta "boniata". (117)

El casabe se hace aún siguiendo el mismo método que empleaban los indios. "Quitando el jugo a la "yuca", la extienden para cocerla en láminas de barro preparadas con ese fin, como nuestro queso prensado. Este es el pan principal de ellos y le llamarán "cazabi". (118) En su obra ya citada dice Padilla que "la alimentación del taíno era sumamente frugal, y consistía a mas de las frutas, en "casabí" o pan de yuca; "arepa" o pan de maíz, patatas asadas o salcochadas, condimentado todo con "ají caribe" en vez de sal". (119) Entonces compárese ese comentario reciente con el de Colón en su Diario.

(117) Oviedo, "Sumario", p. 98.

(118) Mártir, "op. cit.", p. 344.

(119) Padilla, "op. cit.", p. 195.

Cada uno les traía de lo que tenía de comer, que es pan de niames, que son unas raíces como rábanos grandes que nacen, y plantan, en todas sus tierras, y es su vida, y hacen de ellas pan y cuecen y asan y tienen sabor propio de castañas. (120)

Las Casas menciona en su *Historia* las "otras raíces que llamaron los indios "ajes" y "batatas", y son dos especies de-llas". (121) Y a continuación explica que esas raíces de ajos y batatas pueden comerse crudas y asadas y cocidas, pero asadas son más buenas. Empero es Pedro Mártir quien las describe mejor, y Oviedo quien establece la diferencia entre las dos especies.

Cavan tambien de la tierra unas raíces que nacen naturalmente, y los indígenas las llaman "batatas". De cualquier modo que se aderecen, asadas o cocidas, no hay pasteles ni ningún otro manjar de mas suavidad y dulsura: la piel es algo más fuerte que en las patatas y los nabos y tienen color de tierra, pero la carne es muy blanca. (122)

Batatas es un grand mantenimiento para los indios en aquesta Isla Española é otras partes, é de los preciosos manjares que ellos tienen, y muy semejantes á los "ajos" en la vista, y en sabor muy mejores. (123)

En cuanto a estos últimos, aclara Oviedo que "estos ajos haylos blancos y colorados que tiran a morados". (124) Y en cuanto a la "yahutía", que ya hemos mencionado al tratar de

(120) Colón, "op. cit.", p. 89.

(121) Las Casas, "Historia", V, 307.

(122) Mártir "op. cit.", p. 182.

(123) Oviedo, "Historia", p. 273.

(124) Ibid., p. 272.

las plantas, dice que "por otros llamada "diahutía", es una planta de las mas ordinarias... Es de comer della la rayz é también las hojas". (125) Y también habla de otro tubérculo que ocupaba un lugar importante en la dieta de los indios y que también cultivaban en las islas tal como aún se cultivaba hoy.

Lirén (o lerén) es una fructa que nasce en una planta que los indios cultivan, e aún al presente algunos de los españoles en sus labranzas en esta Isla Española, e debaxo de tierra echa su fructo... y es de buen sabor. (126)

En cuanto a las dos clases de pan, el cazabe de la yuca y la torta o arepa que hacían del maíz. "El "mahiz" es grano, y el "caçabi" se hace de rayces de una planta que llaman "yuca". Nasce el mahíz en una cañas que echan unas espigas o macorcas. Aqueste pan que (tambien) llaman mahiz..." (127) Entonces, como ahora, se comía mucho el maíz en el grano.

Sembraban y cogían dos veces en el año el grano que llamaban "mahiz", no para hacer pan dél sino para comer tierno por fruta crudo, y asado cuando está en leche, y es muy sabroso y también hacian dél cierto potaje, molido y con agua; era menudo y de muchos colores, morado y blanco y colorado y amarillo, todo esto en una macora, llamábanlo mahiz, y desta Isla salió este nombre. (128)

Otro alimento importante tenían los indios americanos y que se considera igualmente importante en la dieta de nuestros pueblos modernos. "Una fructa tienen los indios en esta Ysla Española, que llaman "maní", la qual ellos siembran, é cogen, e les es muy ordinaria planta en sus huertas y heredades". (129)

(125) Ibid., p. 274.

(126) Ibid., p. 279.

(127) Ibid., p. 264.

(128) Las Casas, "op. cit.," V, 315.

(129) Oviedo, "op. cit.," p. 274.

Las carnes que comían los habitantes de la islas no se consideran de interés en este caso pues ninguna se comió otra vez después que los españoles introdujeron sus animales y, sobre todo, después que desaparecieron los indios aborígenes. De los pocos cuadrúpedos que había en las Antillas y que servían de alimento, hemos tratado en el capítulo de la fauna.

Cuanto a la carne, había unos conejos.. muy sabrosa y muy buena carne... Estos eran de cuatro especies; una que se llamaba "quemí", la última sílaba aguda, y eran los mayores y más duros; la otra especie era los que se llamaban "hutías", la penúltima luenga; la tercera los "mohíes", la misma sílaba luenga; la cuarta era como gazapitos que llamaban "curíos", la misma sílaba también luenga, los cuales eran muy sanos y delicatísimos. (130)

También explica Las Casas que "tenían otro mantenimiento la gente de esta Isla, y este era la abundancia del pescado. Los pescados de la mar..." (131) principalmente, pero también de los ríos y los lagos. Pocos peces eran desconocidos para los españoles, y ya dimos sus nombres cuando tratamos de la fauna.

También tratamos ya de otro elemento importante en alimentación indígena, las frutas. En la sección de la flora antillana mencionamos aquellas frutas que han conservado sus nombres indios: "guayabas", "caimitos", "guanábanas", "mameyes", "jaguas", "hicacos", y también los "jobos", los "hanones", y las "pitahayas".

7. Agricultura

A la llegada de los españoles la agricultura antillana estaba aún en un estado primitivo y muy rudimentario. No podía compararse con la avanzada agricultura que más tarde encontraron en México, y, sobre todo, en Perú.

(130) Las Casas, "Apologética", p. 26.

(131) Las Casas, "Historia", V, 302.

Ya hemos tratado de las raíces y granos y frutas que eran tan importantes en la alimentación antillana. A lo más que alcanzaba su cultivo era a tener algunas labranzas o huertos. "Esta labranza en el lenguaje de los indios desta isla, se llamaba "conúco", la penúltima luenga". (132) Lo cual confirma Oviedo.

Vivían los indios desta Isla de Hayti o Española... o junto a sus lugares tenían sus labranzas e "conucos" (que assi llamaban sus heredamientos) de mahizales o yuca, o arboledas de fructales. (133)

Colón apuntó en su Diario que las tierras eran muy fértiles y que los indios "las tienen llenas de "mames" que son como zanahorias, que tienen sabor de castañas, y tienen. ." (134) Más adelante habla de "niames, que son unas raíces como rábanos grandes... y tienen un sabor propio de castañas" (135) y a poco se detiene a contar que los indios tienen campiñas y "tienen sembrado en ellas "ajes", que son unos ramillos que plantan, y al pie de ellos nacen unas raíces como sanahorias, que sirven de pan, y rallan y amasan y hacen pan de ellas". (136) A propósito de esta raíz dice el historiador del Monte y Tejada que "niame, o ñames, eran los "ajes", especie de "batas" o de cuyas raíces hacían pan y tenían el sabor o gusto de las castañas". (137) Estos vocablos han provocado estudios y polémicas, pero nos limitaremos a incluir la explicación que ofrece Alfredo Zayas en su *Lexicografía antillana*.

(132) Las Casas, "Apologética", p. 28.

(133) Oviedo, "op. cit.", p. 163.

(134) Colón, "Cuatro Viajes", p. 55.

(135) *Ibid.*, p. 89.

(136) *Ibid.*, p. 93.

(137) Antonio del Monte y Tejada, "Historia de Santo Domingo", 3a ed., Ciudad Trujillo, Biblioteca Dominicana, 1952-1953, 3 tomos, I, 104.

No existió en la lengua hablada por los indios antillanos sonido equivalente al de la Ñ, como lo demuestra la circunstancia de no emplear los escritores coetáneos y próximos al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, no ya el signo peculiar de esta consonante, aún no conocido, sino tampoco sus progenitores la doble N (nn) y la CN agrupada. La fecha más remota en que hemos encontrado la palabra "ñame", es en una descripción de Panamá, del año de 1607. Es propio atribuir a aquella (la voz ñame) origen americano, y admitir que más tarde se dijo ñame, tal vez por influencia africana. (138)

Pero volviendo al cultivo y labranza de los indios, encontramos un informe interesante en otro trabajo reciente, la *Prehistoria de Puerto Rico*, de Coll y Toste, sobre "conuco" y "yuca". "El indio de "Boriquén..." llamaba a sus labranzas "kunúku", vocablo que ha pasado a nosotros conservado en el castellanizado "conuco"." (139)

El cultivo de la "yucubía" se extendía en el "Boriquén" a grandes plantíos... Al año ya se cosechaba la raíz, o fruto, llamado "yuca". Lavada la yuca y raspada... reducíanla a una grosera harina, la "catibía". (140)

En cuanto al cultivo de otras plantas debemos repetir lo que hemos dicho antes. "Sembraban y cogían dos veces al año el grano que llamaban "mahíz..." y desta isla salió este nombre". (141) Y de la *Historia* de Oviedo. "Una fructa tienen los indios en este Isla Española, que llaman "maní", la qual ellas siembran, e cogen, e les es muy ordinaria planta en sus huertos y heredades", y en seguida trata de la "yahutía, por otros llamada "diahutía" que "es una planta de las más ordinarias que los

(138) Alfredo Zayas y Alfonso, "Lexicografía antillana", Habana, 1914, p. 405.

(139) Cayetano Coll y Toste, "Prehistoria de Puerto Rico," San Juan, 1907, p. 131.

(140) *Ibid.*, p. 132.

(141) Las Casas, "Apologética", p. 31.

indios cultivan con mucha diligencia o especial cuydado". (142) Y también dice que el lerén o "lirén es una fructa que nasce en un planta que los indios cultivan". (143) Y a eso se reduce la agricultura que encontraron los españoles en las Antillas.

Ninguna fruta ni árbol, los indios desta Isla y aún de las demas islas, tenían cuidado sembrar ni plantar despues de su pan y "ajes" y "batatas", y el "axi", que es la pimienta, y el "mahíz" y las otras raices, sino solos arbolillos de las manzanillas, con que cuando se sentían enfermos se purgaban... Estos arbolillos plantaban junto a sus casas, como cosas que mucho estimaban. (144)

(142) Oviedo, "op. cit.", p. 274.

(143) Ibid., p. 279.

(144) Las Casas, "Historia", V, 319.

IV TOPONIMIA Y NOMBRES ADOPTADOS

Una ojeada a la toponimia de las Antillas, de la América toda, nos convence cuán extensa fue la contribución indígena al vocabulario castellano. Aunque en menos proporción, también fue importante la contribución indígena en los nombres que pasaron al castellano, sobre todo en la onomástica, pero también en nombres geográficos y de jerarquías y de ocupaciones.

1. Toponimia

De la nomenclatura indígena de América. el grupo mayor es el de la toponimia, sin duda porque es en este grupo donde hay más necesidad de nombres nuevos cuando se extienden los límites geográficos de una lengua. Resulta muy natural el adoptar para la lengua invasora los nombres geográficos que encuentran ya en uso, y esto hicieron en gran parte los españoles en América.

Nada más lógico que comenzar el estudio de los nombres de lugares con los de las islas, ya que hemos limitado este estudio no solamente a los primeros años de la exploración y colonización española en estas Indias, sino porque por eso mismo nos vemos geográficamente limitados a las Antillas. Además, al seguir la ruta de Colón, llegamos antes que nada a las islas.

Se ha comprobado que la primera isla que pisó Colón, el 12 de octubre de 1492, fue la llamada por sus habitantes "Guanahani". Así consta en el Diario de Colón a que nos hemos venido refiriendo. "Llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahani". (1) Lo cual confirmaron los otros cronistas de su tiempo.

La isla "Guanahani" que tengo dicho, é otras muchas que allí hay, que se llaman islas de los "Lucayos" generalmente todas ellas, no obstante que cada una tiene su propio nombre y son muchas; assi como "Guanahani", "Caycos", "Jumeto", "Yabaque", "Mayaguana", "Samaná", "Guania", "Yuma, "Curatheo", "Ciguateo", "Bahama"; (que es la mayor de todas), el "Yucayo", y "Noquea", "Habacao", é otras muchas isletas pequeñas que por allí hay. (2)

Más específicamente las determina Gómara en su Historia. "Las islas "Lucayos" o "Yucayas" caen al norte de Cuba y Haití, y son cuatrocientas y más, segun dicen." (3) Y el Padre Las Casas se refiere a "tantas islas, que llamamos de los "Lucayos" o "Yucayas"." (4) Y hace un comentario muy interesante.

Todas estas islas de los "lucayos", porque así se llamaban las gentes de estas islas pequeñas, que quiere decir, cuasi moradores de cayos, porque "cayos" en esta lengua son islas. (5)

A propósito del término "cayos" debemos advertir que es todavía un misterio etimológico, y citaremos un párrafo que incluye Guillén Tato en su recientemente publicada *Perla Marinera de Cristóbal Colón*.

(1) Colón, "Cuatro Viajes", p. 29.

(2) Oviedo, "Historia", p. 25.

(3) Gómara, "Historia", p. 87.

(4) Las Casas, "Historia", III, 230.

(5) *ibid.*, I, 291.

Como a los escollos, a las piedras, le declan los caribes "cayos", algunos creyeron muy posible que de esa voz se derive la de "encallar", que en este caso, sería neologismo del Diario del Almirante. (El Almirante no cita ni una sola vez el por allí tan frecuente "cayo".) (6)

Siguiendo el itinerario de Colón, después de haber explorado la isla de "Guanahaní", vemos que exploró otras varias islas del mismo grupo antes de llegar a la de Cuba. A la dos o tres primeras les puso nombres en español, pero no aparece otro nombre indígena hasta que al cuarto día escribió que "dió la vela con el viento Sur para pujar a rodear toda la isla, y trabajar hasta que halle "Samaot", que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos". (7)

Partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que no dan estos indios, lo cual ellos llaman Colba, en la cual dicen que ha unos y mercantes mucho y muy grande, y de esta isla otra que llaman Bosio, que también dicen que es muy grande. (8)

Colón sin duda se refería a las islas de de "Cuba" y "Bohío". Dos días después escribió que "quisiera hoy partir para la isla de "Cuba", que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza de ella". (9) De ahí en adelante sigue hablando de "Cuba" y creyéndose que sería Cipango, con esa certeza que tenía de que había llegado al Oriente.

Después de haber explorado a "Cuba", seguía Colón oyendo a los indios hablar de la otra isla grande que llamaban "Bohío". "Parecía que se apartaba la tierra de Cuba con aquella

(6) Julio F. Guillén Tato, "La perla marinera en el Diario del primer viaje de Cristóbal Colón," Madrid, 1951, p. 65. .

(7) Colón, "op. cit.," p. 37.

(8) Ibid., p. 44.

(9) Ibid., p. 45.

de Bohío y esto decían los indios por señas". (10) Y al fin llegó a dicha isla, a la cual puso la Española, y después de unas dos semanas explorándola a lo largo de su costa norte, habla de "los grandes de esta isla Española, que así la llamó y ellos le llaman "Bohío"." (11) A esto se refiere Las Casas también.

La nombraban llamándola "Bohío"; no supo por qué tal nombre le pusiesen, siendo toda una lengua la de los de Cuba y de la Española, pues no se llamaba sino Haytí, la última sílaba luenga y aguda. Por ventura llamaban aquel cabo della Bohío, como llamaban y llamamos hoy las casas que los indios tienen que son de paja por algún respecto ó acaecimiento que no supimos. (12)

El historiador Fernando Colón, hijo del Almirante, dice que "aquel mismo día, que fué 13 de noviembre, hizo rumbo a oriente para ir a la isla que llamaban de "Babeque" o de "Bohío"" y ya antes dijo que su padre se encontraba en "una tierra llamada "Bohío", que ahora es la isla Española". (13) Gómara explica en su *Historia* el significado de los nombres aborígenes de la Española.

En las lenguas de los naturales de aquella isla se dice "Haití" y Quizqueia. Haití quiere decir aspereza, y Quizqueia, tierra grande. Cristóbal Colón la nombró Española; agora la llaman muchos Santo Domingo por la ciudad más principal que hay en ella. (14)

Pedro Mártir se extiende aún más, en sus *Décadas*, refiriéndose a los nombres de la isla.

Los nombres que los primeros habitantes pusieron a la Española fueron primero, "Quizquella", después "Haití", y no solo por voluntad de los que le pusieron el nombre

(10) *Ibid.*, p. 61.

(11) *Ibid.*, p. 109.

(12) Las Casas, "op. cit.", I, 359.

(13) Fernando Colón, "Vida del Almirante Don Cristóbal Colón", México, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 102.

(14) Gómara, "op. cit.", p. 64.

sino por el efecto que ellos creían. Llamam Quizquella la interpretan grandeza, universo, todo... Más Haití significa aspereza en su lengua nativa, y así llamaron a toda la isla Haití... por el aspecto áspero de sus montañas. (15)

Pero volviendo a Colón y sus interpretaciones erróneas de los nombres que les oía a los naturales, aún cuatro días después de estar costeano la isla que llamó Española y que sus habitantes aparentemente llamaban "Bohío" y ya hemos visto que en realidad se llamaba "Haití" y, en parte, "Quisqueya", todavía le asignaba el Almirante otros nombres, unas veces Babeque y otras parece ser Caritaba, pero no está del todo claro y es posible que se estuviera refiriendo a otras posibles islas.

Respecto a las otras grandes Antillas, encontramos también referencias de sus nombres aborígenes en las crónicas de los mismos historiadores. El padre Las Casas, hablando de ciertos indios dice que "no eran de aquella isla, sino de "Borinquen" y esta es la que agora llamamos la isla de San Juan". (16) Gómara da su posición geográfica. "La isla "Borinquén", dicha entre cristianos Sant Juan, está en diez y siete y diez y ocho grados". (17) Pedro Mártir parece haber traducido o interpretado el nombre erróneamente. "Hay una isla que los indígenas llaman "Burichena". A esta la llamó la isla de San Juan". (18) Y más adelante "dijimos que la isla de San Juan está próxima a la Española y que los indígenas la llamaban "Burichona". (19) Pero Oviedo tiene el nombre correcto. "Llaman los indios "Borinquen" á la isla que agora los chriptianos llaman Sanc John, la cual está al Oriente desta Isla Española". (20)

(15) Mártir, "Décadas", p. 260.

(16) Las Casas, "op. cit.", I, 6.

(17) Gómara, "Op. cit.", p. 94.

(18) Mártir, "op. cit." p. 19.

(19) Ibid., p. 246.

(20) Oviedo, "op. cit.", p. 465.

En cuanto a la cuarta y última de las Antillas Mayores, Colón pasó allí la época más trágica de su vida, con los otros náufragos, durante su último viaje a las Indias. En el memorial que allí escribió dice: "llegué a "Jamaica" en fin de junio. Cometí el camino para me acercar a lo más cerca de la Española, que son veintiocho leguas, y no quisiera haber comenzado". (21) De la misma habla Pedro Mártir en sus *Décadas*: "Al lado meridional de Cuba encontró primeramente la isla que los indígenas llaman "Jamaica"" (22) Oviedo la menciona en su *Historia*. "La isla de "Jamáyca", que agora se llama Sanctiago". (23) Y Gómara confirma ambos nombres, y se refiere a cuando la descubrió el Almirante. "La isla "Jamaica..." que agora llaman Santiago... descubrióla Cristóbal Colón en el segundo viaje a Indias". (24)

Lugares y sitios

En su afán de averiguar dónde se podía encontrar mucho oro, el Almirante creía que lo que los indios llamaban "Civao" era el Cipango que él buscaba. Otros sitios o regiones de la misma Española, la "Haití" de los indios y hoy Santo Domingo, y que aparentemente llamaban "Bohío" también, le parecían a Colón que eran diferentes sitios donde encontraría oro. Se comprende fácilmente, leyendo el Diario de su primer viaje, que los naturales se daban cuenta de que él buscaba principalmente oro y todos le decían que más adelante, en otra isla, había mucho. Así exploró una isla tras otra, y en las grandes Antillas una región después de otra creyéndose que al fin había llegado al Asia.

(21) Colón, "Cuatro Viajes", p. 203.

(22) Mártir, "op. cit.", p. 33.

(23) Oviedo, "Historia", p. 48.

(24) Gómara, "op. cit.," p. 106.

Creyendo los indios que el Almirante no acertaba el nombre, decían ellos: "Cibao", "Cibao", pensando que por decir Cibao decía Cipango; porque Cibao es donde e esta isla Española están las minas mas ricas y de mas fino oro. (25)

En realidad, los aborígenes de la Española llamaban "Cibao" o "Civao" a una región pedregosa de la parte montañosa, pero hoy se le dá ese nombre a todo el norte de la parte dominicanaa de la isla. Fernando Colón definió la palabra. "La provincia del "Cibao", que en lengua india quiere decir 'pedregosa'." (26) Y no queremos dejar de incluir la explicación de un historiador contemporáneo:

La vasta planicie que se extiende desde la bahía de Samaná hasta Manzanillo... los oriundos la denominaban Valle de "Maguá", que quería decir en su dialecto "llanura de muchas aguas" forma el valle de "Cibao". (Fr. Bartolomé de las Casas en su Apologética traduce: "Maguá, llanura grande"; el historiador Antonio del Monte y Tejada, le da el vocablo el significado de llanura donde hay agua, y Alberti... en medio de las aguas.) (27)

Volvamos a Cristóbal Colón, El Almirante entendía todo a su manera, y como buscaba particularmente dos cosas, Cipango y oro, todos los nombres o palabras que oía las relacionaba con una de estas dos cosas. Por eso, por ejemplo, apunta que al preguntarle a unos indios "donde se cogía oro, dijeron Cipango, al cual ellos llaman "Civao"." (28) Pero la peor confusión de Colón fue con respecto a las regiones de la isla y algunos de los gobernantes o "caciques", creyendo que eran todas islas en las cuales había oro.

(25) Oviedo, "op. cit.", p. 25.

(26) Colón, "Vida del Almirante", p. 162.

(27) Mejía, "Historia", I, 23.

(28) Colón, "Cuatro viajes", p. 108.

Aquel mancebo le dijo que a cuatro jornadas había una isla al Leste que se llamaba "Guarionex", y otras que se llamaban "Macorix", "Mayonic", "Fuma", "Cibao" y "Coroay", en las cuales había infinito oro, los cuales nombres escribió el Almirante. (29)

Esto lo aclara Herrera en su *Historia* cuando explica que Colón "entendió que á quatro jornadas havia una Isla, ácia elLeste, que llamaba "Guarionex", i otra "Macorix", "Mayonis", "Fumay", "Cibao", i "Corya..." estos lugares no eran Islas, sino Provincias de la Isla... y Señores." (30) El mismo Herrera explica acerca de la "Corriente del Golfo" que cruza el Océano Atlántico.

Bahamá, que dió nombre al canal cuias corrientes son furiosísimas... porque se descubrió por esta causa la navegación, que poco después se halló para venir á España, por la "Canal de Bahama". (31)

Más ampliamente que Herrera, aclara el Padre Las Casas la confusión del Almirante con los nombres que oía de parte de los indios de la recién descubierta Española.

Entendió que a cuatro jornadas había una isla hácia el leste, que se llamaba "Guarionex", y otras "Macorix", y "Mayonis", y "Fuma", y "Cibao", y "Coroay..." En esto parece que el Almirante no entendía nada de los indios porque los lugares que le nombraban, no eran islas por sí, sino provincias desta isla, y tierras de señores, y esto significaban por los nombres: "Guarionex" era el Rey grande de aquella Vega Real... en la tierra y reino de Guarionex estaba la provincia "Cibao", abundantísima de oro. "Macorix" era otra provincia. . y los otros nombres

(29) *Ibid.*, p. 116.

(30) Herrera, "*Historia*", I, 249.

(31) *Ibid.*, I, 212. •

eran provincias, puesto que les faltan o sobran sílabas o letras que no las debiera escribir bien el Almirante como no los entendiese bien. (32)

Las Casas se refiere a "provincias" cuando trata simplemente de las subdivisiones de los reinos que había en la Española antes de la llegada de los españoles. En su *Apologética* incluye Las Casas los nombres de treinta "provincias" en la isla, y como muchos de esos nombres existen hoy, formando parte de la toponimia de Santo Domingo, ya sea idénticos ya sea españolizados, vamos a enumerarlos todos tal como los presenta Las Casas.

La primera, pues, de las provincias de esta isla por la parte susodicha, fue la provincia de "Baynoa", la sílaba penúltima luenga. (33)

Creo que se distingue desta de Bainoa otra que se dice de "Guahaba". Despues desta se sigue la provincia del "Marien" siguiendo la costa de la mar del Norte; aqui viene a parar y acabarse la Vega Real. Despues desta provincia del Marien se continúa la que llamábamos en aquellos tiempos el "Macorix" de abajo. Después está otra provincia que dura más de veinte lenguas... que es una de las que hacen la Vega Real. (34)

Luego está la provincia de "Cubao". (35)

(32) Las Casas, "Historia", I, 410.

(33) Las Casas, "Apologética", p. 6.

(34) *Ibid.*, p. 7.

(35) *Ibid.*, p. 8.

Sigue la provincia de los Ciguayos y creo que pertenece a esta provincia de los "Ciguayos" el golfo que el Almirante llamó de las Flechas. Pasada esta de los Ciguayos, viene luego allí, por la costa de la mar, la provincia grande de "Higüey". La isla de la Saona... pertenece a esta provincia de Higüey. (36)

Yendo por esta costa Sur al Poniente, ocurre luego después desta de Higüey, otra provincia que se llamaba "Cayacoa" o "Aueybana". Está un pedazo desta provincia, donde sale a la mar un lindo río que se llama el "Macorix" (37)

Adelante desta hallaremos la provincia de "Acua". Otra provincia está delante desta, que se llama el "Baoruco". La costa abajo y por la tierra dentro, al descender de las sierras desta provincia, se continúa otra que llamamos el "Yaquimo". A ésta se junta la provincia de "Haniguayagua" que comprende todo el resto, por aquella parte, desta Isla. (38)

Por otra parte, a mano derecha, teniendo las espaldas al Norte, la provincia de "Iguamuco". Sigüese, lo que pienso, otra... que los indios llamaban "Banique" la media sílaba breve. Tornando, pues, a la mano derecha destas dos provincias que nombré, Iguamuco y Banique, ocurre la provincia que en lengua de los indios se decía el "Hatíey", la penúltima sílaba luenga. A esta ocurre, por la ribera de la mar, la provincia del "Cahay". Pero á ésta y á otras excede otra... y ésta es "Baynoa". Estamos en la provincia de "Xaraguá..." donde fue la corte de toda esta isla. (39)

(36) *Ibid.*, p. 9.

(37) *Ibid.*, p. 11.

(38) *Ibid.*, p. 12.

(39) *Ibid.*, p. 14.

La provincia que luego se continúa despues de Xaraaguá es y se llama el "Cayguaní". (40)

No queda mas tierra que descubrir por aquí, tornemos a la tercera vuelta, describiendo... la gran provincia y rios de "Cibao". (41)

Resta decir de otra... y esta es la "Maguana" en la cual despues se pobló una villa de españoles que llamaron San Juan de la Maguana... Tornemos a Cibao, y de allí á la mano izquierda hallaremos la dicha provincia del "Bonaó". (42)

Por la mano derecha desta provincia, teniendo todavía al Norte las espaldas, se sigue otra grande que nombraron los indios "Maniey", la penúltima luenga. (43)

Tornando á la mano izquierda de la provincia del Bonaó, yendo adelante hay otra continua que ha por nombre "Cotuy", la última aguda... en ella está hoy una villa de españoles que se nombra el Cotuy. (44)

A esta del "Macao", que es ya el cabo de la Vega... se consigue la de "Samaná", en la misma Vega y tiene un valle muy hermoso donde fue asentada una villa, una legua de la mar, que se llamó Sancta Cruz de Icaгуá, la última sílaba aguda, porque se debía llamar así el valle ó el pueblo de los indios que allí estaba; a la de Samaná sigue la de "Canabacoa", la penúltima sílaba luenga, y paréceme que deben ser diversas provincias estas dos. (45)

(40) Ibid., p. 15.

(41) Ibid., p. 16.

(42) Ibid., p. 19.

(43) Ibid., p. 20.

(44) Ibid., p. 21.

(45) Ibid., p. 25.

Pienso que se debía llamar todo su estado deste rey "Guarionex", "Maguá", la última sílaba aguda. (46)

Entre los muchos nombres toponímicos que han perdurado en Santo Domingo, figuran la mayoría de esos que Las Casas cataloga como provincias. Hemos podido verificar personalmente los siguientes: "Macorís" es nombre de dos ciudades y del mismo río al cual los indios llamaban "Macorix"; "Higüey es la provincia y es el pueblo todavía; Açuá se conserva y en su forma actual de "Azua" también se aplica a la provincia y al pueblo correspondientes. "Baoruco" sigue siendo la sierra histórica. "Cibao" ya lo hemos explicado. "Jaragua", "Maguana", y otros, aparecen todavía. "Bonaó" y "Cotuí" siguen siendo los mismos descritos por Las Casas. "Samaná" es provincia y es la ciudad y puerto de la misma. Y así muchos más que en un estudio más completo que éste, dedicado exclusivamente a la toponimia de la isla, podrán confirmarse.

En las costas se conservan muchos nombres indígenas, en cabos: Samaná y Macorís, etc., en puntas: Hicacos y Macao, etc., en puertos y otras entradas: Güibía, Hayna, Guayacanes, Neiba, Ocoa, Samaná, Yuma, y posiblemente otros. Y a continuación pasaremos al grupo toponímico que tal vez sea el más rico, al menos para Santo Domingo, dentro de la investigación hecha para este estudio.

Ríos

Otro grupo importante de nombre aborígenes que se han conservado e incorporado al español es el de los ríos. Aunque muchos recibieron nuevos nombres, en castellano, el número de los que retuvieron su nombre original es considerable. El primero, y más importante, en la Española fue el "Yaqui" o "Yaque" del Norte (ya que hay otro en el Sur) que nace en el

(46) Loc. cit.

centro de la isla, recorre toda la mitad occidental del gran valle que tiene hoy el nombre de "Cibao", y desemboca en Monte Cristi.

En su larga trayectoria, recibe el Yaque las aguas de otros muchos ríos. El más importante de estos afluentes es uno que también ha retenido su nombre aborigen. "Era otro río muy grande que en lengua de indios se nombraba "Mao", que también mete su agua en el grande Yaque." (47) En *Historia del Padre Las Casas* es donde también encontramos una lista de nombres para los ríos de esa región. Más o menos la misma lista aparece en su *Apologética*, pero con ciertos comentarios acompañando cada nombre.

Los principales ríos grandes que en esta Vega entran: "Xagua", "Guahaba", "Guanahuma", "Bao", "Yaque", "Xanique", "Agmina", "Maho", "Paramaho", "Guayobin", "Dahabon"; todos los estos once desaguan en la mar del Norte. (48)

Los ríos y arroyos que desta provincia de Cibao salen son: los siguientes... uno se llama "Xagua", otro "Guanahoma", la última luenga; otro "Baho", la última breve; otro "Yaque", la misma breve; otro "Xanique", la media breve; otro "Agmina", la misma breve; otro "Maho", otro "Paramaho", la penúltima luenga; otro "Goayobin", la última aguda, todos nombres del lenguaje de los indios. (49)

Del mismo punto, en la Cordillera Central de la isla, pero hacia el flanco sur, nace otro río "Yaque" que por tanto se le llama el Yaque del Sur. No es tan largo ni tan importante como el del Norte, pero también recoge afluentes de importancia antes de desembocar en el Mar

(47) Las Casas, "Historia", II, 31.

(48) *Ibid.*, V, 296.

(49) Las Casas "Apologética", p. 17.

Caribe. Durante su trayecto recibe las aguas de "un río muy poderoso que se llamaba y hoy llamamos como los indios "Neyba". (50)

Hay mención de otros ríos importantes del sur de la isla. "Un lindo río que se llama "Macorix". Sale á la mar el río "Nigua..." Sale otro poderoso río, que se llama "Niçao". Uno está en el río "Ocoa"." (51) Todos estos ríos han conservado sus nombres, al igual que el río del puerto de la ciudad capital. "Este río llamado "Oçama", que por esta cibdad passa." (52) Y encontramos también en la *Historia* de Oviedo mención de otro río importante que ha conservado su nombre indígena, en que explica el "ser posible traerse el agua a esta cibdad (de Santo Domingo) desde un río que se llama "Hayna", que está á tres leguas de aquí. (53) Oviedo menciona los dos "Yaque": deste nombre hay en esta isla dos ríos: el uno dellos se junta con "Neyba", que es otro mayor río." Y continúa con otros. "Hatibonico" es otro río muy grande e poderoso. Otro buen río hay que llaman "Macorix", de mucho pescado... Entre los cuales ríos el que llaman "Cotuy"..." (54)

Y por último el río que en realidd es el más grande y poderoso de esta isla. "Yuna se llama otro río que es de los más poderosos de esta, el cual pasa por la villa del Bonaó". (55) Este río, naturalmente, lo mencionan todos los historiadores. "Hay otro que se llama "Yuna..." Al cabo de esta vega sale otro río grande, que llamaban los indios "Maymon"." (56) Y juntando estos dos con otro que también se les allega y es grande; el río

(50) Las Casas, "Historia", II, 138.

(51) *Ibid.*, V, 263.

(52) Oviedo, "Historia", p. 52.

(53) *Ibid.*, p. 82.

(54) *Ibid.*, p. 176.

(55) *Ibid.*, p. 175.

(56) Las Casas, "op. cit.", V, 285.

“Camú”. Estos ríos, aunados con las aguas de muchos otros de menor importancia que también son afluentes del “Yuna” “van a parar al golfo de mar” (57) que es la Bahía de Samaná.

Volviendo al norte de la isla, “pasa un río... que se llama, en lenguaje de los indios, “Bahabonico”. (58) Y Gómara también menciona algunos de estos principales ríos de la Española. “Grandes y provechosos ríos, como son “Hatibonico”, “Yuna”, “Ozama”, “Neiba”, “Nizao”, “Nigua”, “Hayna”, y “Yaques...” Hay otros menores, como son “Macorix”, “Cibao” y “Cotuy”. Dellos, el primero es rico de pescado, y los otros, de oro”. (59)

Todos los ríos que hemos citado, y muchos más, conservan esos nombres indios, generalmente idénticos, en algunos casos habiendo sufrido algún cambio, en otros habiéndose extendido a pueblos u otra toponimia.

Aunque las lenguas de las grandes Antillas eran todas variaciones dialectales de la misma, la lengua taína, había suficientes diferencias entre una isla y otra, sobre todo de léxico. Oviedo incluye una recopilación de los ríos. Menciona “Cayrabon”, “Tayniabon”, “Bayamón”, “Canuy”, “Guaorabo”, “Mayagnex” é “Corigner”, “Barahamaya”, “Xacagua”, “Guayama”, “Guaybana”, “Macao”, “Manatuabón”, “Cebuco”, “Duyey”, “Horomico”, “Ican”, “In”, “Quiminen”, “Canyo”, y otros, pero no siempre especifica que son nombres aborígenes. (60)

2. Onamástica.

En este es un grupo grande entre los nombres indígenas adoptados en el castellano. Numerosos nombres indios son comunes a muchos países hoy porque vinieron a formar parte integrante del español desde los primeros tiempos de la conquista. Aquellos que subsisten solamente en determinadas

(57) *Ibid.*, V, 296.

(58) *Ibid.*, V, 253.

(59) Gómara, “Historia”, p. 65.

(60) Oviedo, “*op. cit.*,” p. 465.

regiones o áreas, sin embargo, son más. En primer lugar, fue necesario para los españoles el usar los nombres propios o personales de los indios a medida que los iban conociendo y tenían tratos con ellos. Algunos, por motivos históricos o literarios, inmortalizaron sus nombres y encontramos la onomástica de América salpicada de nombres indígenas.

En el Diario de Colón encontramos nombres propios aplicados a los aborígenes, pero con la acostumbrada confusión del Almirante. Seguro como estaba de haber llegado al Asia, y según creyó que Cívao era Cipango, así creyó que "Cami" era el Can que buscaba y para quien llevaba una carta de los reyes de España. "El rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Can, al cual ellos llamaban "Cami", y a su tierra o ciudad "Fava", y otros muchos nombres". (61) Lo cual era mera suposición. Dos días más tarde apuntaba otros nombres igualmente erróneos.

Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas estas islas, y que tengan guerra con el Gran Can, a que ellos llaman "Cavila" y a la provincia "Bafen". (62)

Más tarde, refiriéndose a su primer amigo indio, anotó Colón su nombre correcto. "Habían venido cinco reyes sujetos a aqueste que se llamaba "Guacanagarí", todos con sus coronas". (63) Y este fue el primer rey o cacique importante que salió al encuentro de Colón y fue su amigo. Guacanagarí reinaba en la región noroeste de la isla Bohío o Española. Esta región o provincia era el Marién. Los otros caciques o reyes importantes de la isla eran: Guarionex, Maguá en la Vega Real; Caonabo, de la Maguana; Bohechío, de Xaraguá; e Higuanamá, del Higüey.

En ella (isla Española) cognoscimos cinco principales reyes que la gobernaban, principaban y regían, cuyos nombres eran: del primero, "Guarionex", que reinaba en lo más

(61) Colón, "Cuatro Viajes", p. 51.

(62) *Ibid.*, p. 53.

(63) *Ibid.*, p. 117.

felice de toda la Real Vega... del segundo, "Guacanagari", y este principaba... en "Marien". El rey tercero se llamaba "Bohechío", la penúltima luenga, y reinaba en la provincia llamada "Xaraguá", en la parte del Occidente. El cuarto rey fue "Caonabo", la última luenga, que señoreaba en la provincia llamada "Maguana". El rey o reino fué del todo oriental, y cuya tierra se nos ofrece primero cuando á esta Isla venimos de Castilla, que llamaban los indios "Higuéy", la letra e luenga, y el nombre del rey era "Hyguanamá", la última luenga tambien. (64)

La lista que da Oviedo difiere en algo de la anterior. "Los nombres de los cinco (caciques) eran estos: "Guarionex", "Caonabo", "Bohechío", "Goacanagari", "Cayacoa". (65) El Padre Las Casas menciona otros caciques o reyes, así como a la celebrada reina Anacaona, esposa de Caonabó y hermana de Bohechío. Al morir su esposo Caonabó, se fue a Xaraguá donde gobernó al morir Bohechío, hasta que fue inhumanamente ahorcada por los españoles. Los descendientes de esta reina Anacaona fueron más tarde los últimos caciques de la isla, entre ellos "un señor, llamado "Guarocuyá", la última luenga, sobrino de la reina Anacaona". (66)

Las Casas menciona otros. "Un cacique que se llamaba "Guatiguaná". (67) Y "áquel rey é señor tenía por nombre Mayobanex." (68) Y habla de "un rey que se llamaba "Haniguayabá". (69) Y a poco se refiere a "un señor llamado "Cotubano" o "Cotubanamá" (en Higuéy) la penúltima sílaba del primer vocablo y la última del segundo luengas". (70) Y también a "la gran señora vieja, que arriba dijimos llamarse "Higuanamá", la última sílaba luenga". (71) Aunque respecto a

(64) Las Casas, "Apologética", p. 515.

(65) Oviedo, "op. cit.," p. 65.

(66) Las Casas, "Historia", III, 56.

(67) Ibid., II, 76.

(68) Ibid., II, 165.

(69) Ibid., II, 418.

(70) Ibid., III, 42.

(71) Ibid., III, 46.

este último nombre hubo cierta duda, pues hay también reportes de que el primer cacique o rey que encontraron los españoles en Higüey también se llamó "Higuanamá", y se ha pensado que dicho nombre fue "común de los reyes de aquel reino" (72) o fue sinónimo de cacique o rey.

Hubo un cacique que se escapó de la Española y cuando más tarde fue capturado en Cuba le ofrecieron el bautismo antes de ejecutarlo, pero lo rehusó "por no encontrarse en el cielo con los españoles" y fue éste "un señor y cacique de la provincia de "Guahába", llamado en su lengua "Hatuéy", la "é" letra luenga". (73) Y aunque el cacique no fue al cielo de los españoles, su nombre de Hatuey pasó al español de las Antillas.

Además de encontrarse estos nombres en la literatura y en la historia, algunos se han popularizado como nombres cristianos de pila. Hoy se usan muchos, en Santo Domingo, de los que hemos incluido en estas últimas páginas, tales como Anacaona, Guarionex, Caonabo, Guarocuya, y otros. Y hubo en la época colonial, según Henríquez Ureña, algunos apellidos indígenas en uso.

Hubo apellidos indígenas, como en doña Inés de Caycoa, Pero Anaurex, Catalina de Ayalibix, Andrés de las Yeguas, Martín Vacarex, Rodrigo Urbanex, Alonso Macorix, Diego de Acaonex. En general, los apellidos indios... han desaparecido. (74)

Debemos también mencionar, a propósito de la onomástica, una interesante costumbre que existía entre los indígenas, de cambiar unos su nombre con el de otro como prueba de amistad y cortesía, según nos cuentan los españoles, con respecto a algunos caciques. Esta costumbre se llamó "guaitiao".

(72) Ibid., V, 483.

(73) Las Casas, "Historia", III, 464.

(74) Henríquez Ureña "Español en Santo Domingo", p. 208.

A éste, como a señor principal y señalado, el Capitán General dió su nombre, trocándolo por el suyo, diciendo que se llamase desde adelante Juan de Esquivel, i que él se llamaría Cotubano, como él. Este trueque de nombres en la lengua común desta isla, se llamaba ser yo y fulano, que trocamos los nombres, "guatiaos" i así se llamaba el uno al otro... teníase por gran parentezco. (75)

No era ésta costumbre solamente de una parte, sino generalizada por las islas, pues también en Borinquen la encontraron los primeros españoles.

- . El cacique trocó su nombre con él, que era hacerse "guatiaos", llamándose Juan Ponce, Agueynabá; i Agueynabá, Juan Ponce, que era señal, entre los indios de aquellas Islas de perpetua confederación, i amistad. (76)*

3. Jerarquías y ocupaciones

En lo de las jerarquías político-sociales de los indígenas, no estuvo Colón tan confundido como con la toponimia y la onomástica. Desde que estuvo en contacto con los habitantes de las islas se pudo dar cuenta de las diferencias de rango entre ellos. Así dice que "vieron a uno que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia, que llamaban "cacique". (77) A poco de eso "supo el Almirante que al rey llamaban en su lengua "cacique"." (78) Y muy acertadamente reporta unos días más tarde que "también dicen otro nombre por grande que llaman "nitayno"; no sabía si lo decían por hidalgo o gobernador o juez". (79)

(75) Las Casas "Op. cit.," III, 47.

(76) Herrera, "Historia", II, 99.

(77) Colón, "op. cit.," p. 95.

(78) *Ibid.*, p. 98.

(79) *Ibid.*, p. 107.

El Padre Las Casas confirma que “al rey llamaban, en la lengua desta isla, “Cacique (80) y que “la verdad es, que, “Cacique” era nombre de Rey, y “Nitayno” era nombre de caballero y señor principal”. (81) También presenta Las Casas una explicación de la gradación de los nitaynos, comparándolos con las jerarquías de la cortes de España.

Había en esta isla y en cada reino della muchos nobles y estimados por de menor sangre que los demas... en la lengua común desta Isla se llamaban “nitaynos”, la “y” letra luenga, nobles y principales. Tres vocablos tenían con que pronunciaban el grado y la dignidad ó estado de los señores, el uno era “Guarionex”, la última sílaba luenga, el cual ser el menor de los tres grados, como nosotros decimos á los caballeros “vuestra merced” significaba; el segundo era “Baharí”, la misma última luenga, y éste como á mayor señor que el primero, como cuando a los señores de título decimos “señoría” ellos Baharí lo llamaban; era el tercero y supremo “Matunherí”, asimismo el acento en la postrera sílaba, que á solos los reyes supremos, como nosotros decimos “Vuestra Alteza” ellos Matunherí lo aplicaban. (82)

Otros términos encontramos en la “Apologética” del Padre Las Casas, como “naboria” que quería decir sirviente ó criado, y “daca” quiere decir yo”. (83) Pero Oviedo explica el primero de estos términos mejor en su “Sumario”. “Naboría” es un indio que no es esclavo, pero está obligado a servir aunque no quiera.” Acompaña lo anterior una nota del Editor del “Sumario” en la cual explica que “se llamó “naboría” al indio repartido para prestar servicio doméstico obligatorio”. (84)

(80) Las Casas, “op. cit.,” I, 382.

(81) Ibid., I, 394.

(82) Ibid., V, 484.

(83) Las Casas, “Apologética”, p. 447.

(84) Oviedo, “Sumario”, p. 142.

Pedro Mártir cuenta en sus "*Decadas*" que, "se tuvo noticias de que había cierto rey... al cual llamaban el cacique "Caunaboa" esto es, señor de la casa de oro; pues a la casa la llaman "boa"; al oro "cauni"; y al rey "cacique". (85) También cuenta que al cielo le llaman " 'turei', a la casa 'boa', al oro 'cuni' al hombre de bien 'tayno', nada 'mayani'..." (86) pero es posible que alguno de estos vocablos no fuera antillano, sino de la Tierra Firme. Refiriéndose a ciertos indios, dice Pedro Mártir que "gritaron que eran "taynos", o sea nobles, no caníbales". (87) Pero debemos referirnos a una obra reciente para encontrar una lista de títulos en forma resumida.

Dado las tres castas establecidas por la organización social existente en los cacicazgos; "nitaínos", "bohíques", y "naborías", cada miembro de la comunidad estaba obligado a cumplir las funciones que les eran inherentes dentro del mecanismo político. Al "cacique" principal todos le debían respeto y obediencia, y en ausencia de éste el "nitaíno", que a nombre de aquél, ejercía el mundo de la comarca en calidad de gobernador. El "bohíque" o sacerdote, se entendía con todo lo relacionado con el culto... El ejercicio de la medicina estaba a cargo de los "buitíos". Los "naborías" se dividían en cuadrillas para atender a los diferentes cultivos... (y a la caza y a la pesca.). (88)

De todos estos términos, el que ha prevalecido en el vocabulario y en la estructura social de la América Hispana, es el de "cacique", y su derivado el "caciquismo", que se refiere al sistema político de jefezuelos o "reyezuelos" casi idéntico al que existía entre los cacicazgos de las Antillas a la llegada de los españoles.

(85) Mártir, "*Décadas*", p. 24.

(86) *Ibid.*, p. 10.

(87) *Ibid.*, p. 23.

(88) Padilla, "*Historia*", p. 193.

(89) Oviedo, "*op. cit.*," p. 124.

En el grupo de las ocupaciones no habrá muchos términos porque no había muchas entre los indígenas. Dice Oviedo que "a cualquiera que es señalado en cualquier arte, así como en ser mejor montero o pescador... le llaman "tequina"; y quiere decir tequina tanto como maestro". (89)

Dentro del grupo que acabamos de tratar, de jerarquías y títulos, hemos visto que cada uno denota al mismo tiempo cuál es la ocupación que le corresponde. Los "caciques" y "nitaínos" tenían la ocupación de gobernar, y los que servían a otros "estos se llamaban "naborías", que quiere decir en la lengua desta isla, criados". (90)

4. Calificativos geográficos

En este grupo, de nombres o calificativos dados a las gentes por razones geográficas, se adoptaron muchos que correspondían a las islas, regiones, y otras cosas de la nueva geografía. De esos nombres geográficos aplicados a personas, como de la toponimia que ya hemos estudiado, se conservan muchos en el lenguaje actual.

Uno de los primeros calificativos que aprendieron los españoles fue el de "caribe" que apareció en el Diario de Colón tan pronto como estableció contacto con los aborígenes de las grandes islas. Colón reporta que el comienzo de una conversación, con un rey o cacique, "fue sobre habla de los de "Caniba", que ellos llaman "caribes", que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro... (91) Y Oviedo los menciona como "indios flecheros llamados 'caribes', que en lengua de los indios quiere decir bravos é osados." (92) Pero Pedro Mártir dice en sus *Décadas* que al llegar a las Indias "se da en innumerables islas de hombres que llaman "caníbales" o "caribes", los cuales aunque desnudos, son guerreros bravos". (93)

(89) Oviedo, "op. cit.," p. 124.

(90) Las Casas, "Historia", III, 5.

(91) Colón, "op. cit.," p. 113.

(92) Oviedo, "historia", p. 34.

(93) Mártir, "op. cit.," p. 28.

Se trataba de los indios guerreros que moraban en las pequeñas islas que flanquean el Mar Caribe por el este, por eso tal nombre para dicho mar antillano y que habiendo procedido de las costas que hoy son venezolanas, se habían establecido allí, y, a la llegada de los españoles, ya venían haciendo irrupciones en las grande Antillas. El calificativo de "caribe" pasó a ser sinónimo de fuerte, y de picante también. Así como el de "caníbal" con que los primeros españoles confundían el de caribe, vino a significar "antropófago" por la reputación que adquirieron los "caribes" o "caníbales" de que se comían a sus prisioneros.

Los primeros aborígenes que encontró Colón al hacer su descubrimiento, en cambio, eran absolutamente pacíficos. Oviedo y Las Casas los mencionan; el primero los identifica y el segundo identifica las islas o "cayos" al mismo tiempo que a sus moradores.

Hay ciertas islas, cercanas desta isla Española y de la isla de Cuba, por la parte del Norte, y son 30 ó 40, que llamamos de los "Lucayos", las cuales fueron la primera tierra que el Almirante viejo descubrió. (94)

Todas estas islas de los "lucayos", porque así se llaman las gentes de estas islas pequeñas, que quiere decir, cuasi "moradores de cayos", porque "cayos" en esta lengua son islas. (95)

El Padre Las Casas no solamente habla de los aborígenes que vivían "en tantas islas, que llamamos de los "Lucayos" ó "Yucayos" (96) sino también de un "gran número de gente, que llamaban "ciguayos" (97) con respecto a la región de la

(94) Oviedo, "op. cit.," p. 25.

(95) Las Casas, "op. cit.," I, 291.

(96) Ibid., III, 230.

(97) Ibid., II, 165.

Española “poblada de una gente que le llamaban “mazoriges”, y otras “cyguayos.” (98) También se refiere a “los indios ‘Guacayarima’ ” (99) y otros.

Oviedo habla también de la “provincia que se dice de los ‘Ciguayos’, en el señorío de Caonabo” (100) y se refiere a otros indígenas. Menciona Oviedo una categoría de indios que aunque no corresponden a ninguno de nuestros grupos, es un calificativo muy interesante para omitirlo aquí. Nos dice que los indios “son innumerables los que hay bravos o “cimarrones”, que quiere decir en la lengua desta isla fugitivos.” (101)

Como se ha visto en este capítulo y en el anterior, la parte más rica de léxico y nomenclatura que entraron al castellano con el descubrimiento del Nuevo Mundo, y por tanto la parte más rica de este estudio, es la de los vocablos indígenas adoptados por los españoles. Fue inevitable que así fuera. El efecto inicial que las lenguas y mundos nuevos tuvieron sobre el español fue de identificar las cosas nuevas con palabras nuevas. Lo natural y práctico fue adoptar el vocablo indígena para algo que no podían adecuadamente identificar en español. Una ojeada a los ejemplos que hemos incluido en estos dos capítulos nos revela que en la flora se adoptaron tres veces más denominaciones aborígenes que en la fauna, o que en los alimentos, o que en las costumbres; pero en cambio, en la toponimia se adoptaron tres veces más que en la flora. Y ahora nos falta solamente un grupo más de vocablos por estudiar: las nuevas denominaciones en español.

(98) *Ibid.*, I, 434.

(99) *Ibid.*, V, 266.

(100) Oviedo, “*op. cit.*,” p. 67.

(101) *Ibid.*, p. 400.

V NUEVAS DENOMINACIONES EN ESPAÑOL

Como ya hemos visto una de las formas en que se extendió el español a consecuencia del advenimiento del Nuevo Mundo dentro de su órbita cultural y, lo que es más importante para nosotros, lingüística, fue creación de denominaciones nuevas. Para todo lo nuevo que no se creó una terminología por comparación o que no se adoptó la terminología aborigen, se improvisó de una manera u otra una nueva terminología en español.

Dentro de esta categoría, la toponimia forma el grupo más grande, como es de esperarse tratándose de todo un mundo geográfico nuevo. Si extensa fue la toponimia indígena adoptada, más lo tuvo que ser la toponimia nueva en español. Cada sitio o cosa tenía que hacerse conocer por medio de un nombre, y lo más fácil resultaba ponerle un nombre improvisado en el idioma propio.

1. Toponimia

Desde el momento en que Colón descubrió este hemisferio comenzó a crearse la toponimia americana en español. A la isla que primero tocó la llamó Colón "San Salvador", y ese fue el punto de partida para la larga lista de nombres españoles que llenan el mapa de la América hispana.

Por lo general, los nombres nuevos en español que iniciaron la toponimia de América se podían clasificar entre nombres religiosos, nombres de la onomástica española, nombres geográficos, y nombres descriptivos. Sobre todo los nombres religiosos y geográficos estaban siempre en los labios de los conquistadores cuando por primera vez plantaban el pabellón de Castilla en las nuevas tierras. Para los fines de nuestro estudio, sin embargo, clasificaremos la toponimia nueva en español de la misma manera que lo hicimos para estudiar la toponimia indígena adoptada.

Islas y costas

En primer lugar queremos aclarar cómo aparentemente vino el nombre de Antillas a aplicársele al grupo de islas que principalmente nos concierne.

El nombre de "Antilia" (Antilla) usado por Aristóteles, refiriéndose a las tierras situadas en el Océano al Oeste de las islas de Canaria... se usó... por los portugueses con el significado de primeras tierras, en cuyo concepto llamaron, durante cierto tiempo, "Antilla" á la Española (1)

Siguiendo el itinerario del viaje de descubrimiento de Colón, notamos en su Diario los nombres que fue dando a las islas y a los puntos de sus costas donde tocaba. Ya dijimos que a la primera isla la llamó San Salvador.

A los dos días llegó a otra a la cual puso por nombre "la isla de "Santa María de la Concepción". (2) A otras dos puso la "Fernandina" y la "Isabela" en honor a los Reyes Católicos. En seguida comenzó a usar nombres descriptivos: el "Cabo Hermoso" y el "Cabo de la Laguna" y el "Cabo Verde" y

(1) "Vocabulario Geográfico", en "Cartas de Indias", Madrid, 1877, Vol. II, págs. 669-699, p.

(2) Colón, "Cuatro viajes", p. 34.

después de una de sus paradas “levantó las anclas salido el sol, de aquellas islas, que llamó las islas de “Arena” por el poco fondo que tenían.” (3)

Cuando Colón llegó a la isla de Cuba, ya la había oído nombrar mucho con dicho nombre, por los indios que venían en sus carabelas desde San Salvador, pero la llamó oficialmente “Juana” en honor al Príncipe Juan. En cambio llamó a cierta punta de la costa el “Cabo de Cuba”, pero queriendo volver a honrar al Príncipe Juan, llamó a un hermoso puerto natural que encontró el “Puerto del Príncipe”. Otros puntos que nombró en Cuba o Juana fueron el cabo “Campana”, el cabo “Lindo, y el Puerto Santo. De Cuba navegó el Almirante hacia el este. Llegó frente a la isla Bohío, a la cual puso “Española”.

Cuando amaneció, se halló cuatro leguas del puerto; púsole nombre “Puerto Marí”, y vido un cabo hermoso al Sur, cuarta del Sudeste, al cual puso nombre “Cabo de la Estrella...” Quedábale otro cabo muy hermoso y bien hecho, a quien puso nombre “Cabo del Elefante...” Quedábale otro cabo, al que puso nombre del “Cabo de Cinquin”. (4)

Siguió Colón costearlo y pasó por la que llamó “Isla de la Tortuga” y “a la hora de vísperas entró en el puerto dicho, y púsole nombre “Puerto de San Nicolás”, porque era día de San Nicolás”. (5) En los días subsiguientes designó Colón los nombres siguientes: “Puerto de la Concepción”, “Punta Pierna”, “Punta Lanzada”, “Valle del Paraíso”, río “Gudalquivir”, la isla de “Santo Tomás”, “Cabo Alto y Bajo”, “Cabo del Becerro”, “Punta Roja”, “Punta del Hierro”, “Punta Seca”, cabo “Redondo”, cabo “Tejado”, Cabo de Padre e Hijo, Cabo del Enamorado, el Puerto Sacro, y por último, “el Golfo de las Flechas (6)

(3) *Ibid.*, p. 47.

(4) *Ibid.*, p. 81.

(5) *Ibid.*, p. 82.

(6) *Ibid.*, págs. 90-134.

El hijo del Almirante, el historiador Fernando Colón, explica en muchos casos los razonamientos de su padre al poner dichos nombres a muchas de las islas.

La primera llamada por los indios "Guanahaní, gloria de Dios que se la había manifestado y le había salvado de mucho peligro, la llamó "San Salvador"; y la segunda, por la devoción que tenía a la Concepción de Nuestra Señora, y porque su amparo es el principal que tienen los cristianos, la llamó "Santa María de la Concepción"; y la tercera... en memoria del rey D. Fernando, la llamó Fernandina; y la cuarta "Isabela", en honor de la serenísima reina Doña Isabel; y despues la que primero encontró, esto es Cuba, la llamó "Juana", en memoria del príncipe D. Juan, heredero de Castilla, a fin de que con estos nombres se satisficiese la memoria de lo espiritual y de lo temporal. (7)

Relatando otro de los viajes del Almirante su padre, F. Colón nombra otro grupo de islas y de cómo recibieron sus nombres. Como se puede ver, a Colón no le faltaba imaginación.

Una isla alta y montuosa, a la que puso el nombre de "Dominica", por haberla descubierto el domingo de mañana... Pasaron a otra isla a la que el Almirante puso el nombre de "Marigalante", porque así se llamaba la nave capitana. El lunes 4 de noviembre, el Almirante partió de la isla Marigalante con rumbo al norte hacia otra isla grande, que llamó "Santa María de Guadalupe". (8)

Halló mas de cincuenta islas que dejaba a la parte del Norte; a la mayor la llamó "Santa Ursula" y a las otras las "Once Mil Vírgenes". Despues llegó a la isla que llamó de "San Bautista", y que los indios decían Borinquén. (9)

(7) F. Colón, "Vida del Almirante", p. 97.

(8) *Ibid.*, págs. 90-134.

(9) *Ibid.*, p. 150.

Dice Navarro Tomás que “los indios daban a la isla el nombre de Borinquén” y que “el nombre de Puerto Rico empleado al principio para designar la ciudad de San Juan se convirtió después en denominación de todo el país”. (10)

El historiador Herrera se refiere a otro viaje del Almirante y a la otra isla de las Antillas Mayores, cuando “dió la vuelta sobre la Isla de Jamayca, que llamó “Santiago”.” (11)

También habla Herrera de cómo “procuró de entrarse en una isleta que los indios llamaban Adamano, i los castellanos la “Saona...” y continúa que “desde allí tocaron en la “Isla de La Mona”, que esta diez leguas de la Española, i ocho de San Juan”. (12) El nombre de “Saona” que dice Herrera daban los españoles a una isla, debe ser que lo adoptaron de los habitantes, que daban ese nombre a una fruticosa comestible. El historiador Oviedo, incluyendo mayor número de ellas, menciona también las Antillas Menores y Puerto Rico y las Islas Vírgenes.

Se vió luego otra isla, é llamóla “Marigalante”, porque la nao capitana en que el mismo Almirante venía se llama assi: é puso nombre á todas las otras islas que están en aquel parage de norte a sur: “Guadalupe”, la “Barbada”, el “Aguja”, el “Sombrero”, é otras; é más cercanas a ella, el Anagada, desde la qual al poniente están muchas isletas que llaman las “Vírgenes”, é mas adelante está la isla “Borinquen” (que agora se llama “Sanct Juan”). A la parte austral de la dicha isla “Desseada”, la mas próxima á ella es la isla “Dominica”, a la qual el Almirante nombró assi, porque en domingo fue vista. Y los Todos Sanctos es otra isla... Hay otras islas por allí, assi como “Sancta Lucia”, “Sanct Chrisptóbal”, los “Barbados” y otras que no hacen mucho el caso, porque son muchas y pequeñas. (13)

(10) Navarro Tomás, “Español en Puerto Rico,” p. 226.

(11) Herrera, “Historia”, I., 290.

(12) Ibid., I, 291.

(13) Oviedo, “Historia”, p. 33.

También se refiere a que “corren los navíos la vuelta del Norte é van en demanda de la isla “Bermuda” (que también se llama la “Garcça”) que está en treynta é tres grados”. (14) Y menciona “la que llaman el “Antigua” (15) y, volviendo a las razones del Almirante para dar ciertos nombres a las islas y demás, habla de “la isla de la “Trinidad”, el qual nombre le puso el Almirante, porque llevaba pensamiento de poner a la primera tierra que viesse la Trinidad”. (16)

La isla de “Cubagua”, o de las “Perlas”, está quasi cinquenta leguas del poniente. Otra que también descubrió el Almirante... se llama Coraçao. (17)

En el mismo sitio menciona Oviedo “la isla “Beata”, que es una isleta cerca desta isla de “Hayti” o “Española”.” (18) Hablando de Cuba dice que “tiene assimismo al Sur la isla de “Jamáyca”, é las islas que llaman de “Lagartos”, é las que he dicho de los “Jardines”.” (19) Más adelante, hablando de Jamaica, dice que “yendo por la costa arriba está una isla pequeña llamada “Molilla”.” (20) Y vuelve a referirse a la Isla de las Perlas.

De allí passó adelante y descubrió la “Isla Rica”, llamada “Cubagua”, que los chripstianos al presente llaman “Isla de las Perlas”. Junto a esta está otra mayor, llamada la “Margarita” porque así la nombró el Almirante.(21)

Las varias islitas que rodean la de Santo Domingo y tienen nombres españoles son “Beata”, “Catalina”, “Catalinita”, “Tortuga”, y otras. Entre las bahías, ensenadas y puertos se cuentan la ensenada de las Aguilas, Agua de la Estancia, bahía

(14) Ibid., p. 38.

(15) Ibid., p. 39.

(16) Ibid., p. 62.

(17) Ibid., p. 63.

(18) Loc. cit.

(19) Ibid., p. 494.

(20) Ibid., p. 580.

(21) Ibid., Ibid., p. 589.

de Andrés, bahía o puerto de las Calderas, ensenada de Clara, Estero Balsa, Estero Hondo, puerto de la Goleta, ensenada de Juan Dolio, bahía de Manzanillo, Puerto Palenque, ensenada de Pedernales, el Placer de los Estudios, Bahía del Rincón, Bahía de San Lorenzo, o de las Perlas, Puerto Escondido, Puerto Francés, Puerto Grande, Puerto Hermoso, Puerto Viejo, y otros. (22)

Entre cabos y puntas en Santo Domingo con nombres en español se cuentan Punta Avarena, Punta Balandra, Cabo Beata, Cabo Cabrón, Punta Caucedo, Cabo o Punta Engaño, Punta Espada, Cabo Falso, Cabo Francés, Cabo Francés Viejo, Punta Gorda, Cabo o Punta Isabel, Punta de la Granja, Punta Luna, Punta de Marigarrote, Punta Martín García, Cabo Mongón, Punta de la Palmilla, Cabo Rafael o San Rafael, Punta Regalada, Cabo Rojo, Cabo San Nicolás, Punta Salinas, Punta de Tres Amarras, Punta Torrecilla, y posiblemente otros. (23)

Pero volviendo a consultar a los historiadores de Indias, encontramos citas que hace Herrera en su "*Historia*". Dice refiriéndose al primer viaje de Colón que "once de enero navegó a un Cabo, que llamó "Belprado", desde donde se vió una Sierra que por estar cargada de nieve, como plateada, llamó "Monte de Plata" i á un Puerto, que está al pié de ella, "Puerto de Plata", que es hechura de herradura de caballo; i andando por la costa" dice que "halló muchos Cabos, que llamó del Angel, la Punta del Hierro, el Redondo, el Francés, el Cabo de Buen Tiempo, el Tajado" (24) y otros. Lo que vió Colón en la Sierra, que le pareció de plata, fue la niebla que generalmente cubre la misma. Conserva el nombre de Monte de Plata y el puerto y ciudad el de Puerto Plata, de importancia histórica y económica en Santo Domingo. Pero volvamos a las crónicas de los historiadores que estamos estudiando.

En su *Vida del Almirante*, relata Fernando Colón los viajes de su padre. Refiriéndose al fuerte que dejó Colón en la Española con una parte de sus hombres, construido con los

(22) Henríquez Ureña, "Español en Santo Domingo", p. 211.

(23) *Ibid.*, p. 212.

(24) Herrera, "Op. cit.," I, 254.

restos de la carabela naufragada en aquella costa, dice que “dejando el puerto de los cristianos, por él llamado Puerto de la Navidad, en memoria de que tal día había bajado a tierra salvándose del peligro del mar”. (25) Y así como se refirió a ese primer asiento español en América, también se refirió al primer encuentro bélico entre indios y españoles, y como “el Almirante llamó aquel golfo... de las “Flechas”.” (26)

Lugares y pueblos

En su viaje de descubrimiento, Colón dió nombres nuevos a lugares y regiones que exploró, además de la islas y sus costas. Como ejemplo citamos el ya mencionado “Monte de Plata” que se levanta detrás del Puerto Plata, y todo el grupo anterior de bahías, ensenadas, puertos, cabos y puntas de Santo Domingo que recibieron, y han conservado, denominaciones en español.

Con el segundo viaje de Colón se emprendió la colonización de América. Se iba poblando, creando pueblos y fuertes y villas a medida que avanzaba la conquista. Al encontrar Colón destruido el “Fuerte de la Navidd”, fundó en otro sitio de la costa la primera ciudad española a la que dió el nombre de la “Isabela” en memoria de la reina Doña Isabel”. (27)

La cibdad de la “Concepción de la Vega”, é la villa del “Bonaó” é la villa de “Sanctiago”. Estas tres poblaciones hizo el almirante en esta isla, é primero que todas ellas la cibdad “Isabela”, de la qual se pasó la gente á dar principio a esta cibdad de “Sancto Domingo”. (28)

Herrera menciona en su *Historia* los lugares que señaló y asignó el Rey Católico para los obispados de la primera colonia. Uno en “la Villa de la “Concpción”, que es en la Vega grande; i

(25) F. Colón, “op. cit.,” p. 116.

(26) *Ibid.*, p. 120.

(27) *Ibid.*, p. 155.

(28) Oviedo, “Historia”, p. 65.

el otro en la del Puerto de "Santo Domingo"; i el tercer obispado en el Pueblo más principal que hubiese en la Isla de "San Juan". (29)

Asignó por sujetas á Santo Domingo, las villas de la Buena Ventura, Azua, Salvaleón, San Juan de la Maguana, la Vera Paz... i la Villa de Yaquimo. Al obispado de la Concepción, sujetó la Villa de Santiago, Puerto Plata, Puerto Real... i la de Santa Cruz. (30)

El mismo Herrera cuenta de cómo unos españoles "fueron de la Isabela a la Fortaleza de la Magdalena i de allí a la Concepción, todo por la Vega Real..." y a las minas de Hayna y que "a estas mismas llamaron de Cristoval, por una fortaleza que el Almirante dexo ordenado". (31) Y Oviedo también proporciona un detalle de la fundación de varias villas de la Española.

Fundó allí una villa el comendador mayor que se llamó "Sancta María de la Vera Paz", cerca del lago grande de Xaragua... otra villa que fundaron á par de la mar, que se llama "Sancta María del puerto de la Yaguana". Fundó assi mismo... la villa que se llama la "Buena Ventura". Fundó la villa de "Sanct Juan de la Maguana" en la costa del rio de Neyba. Fundó la villa del "Puerto de Plata". Fundó a "Puerto Real" en la misma costa. (32)

Citaremos algunos nombres de pueblos y lugares que han mantenido hasta hoy sus denominaciones en español: Altamira, Barahona, Cevicos, Comendador, Concepción de la Vega Real, Esperanza, Constanza, Isabela, Matanzas, Matas de Farfán, Monte Plata, Puerto Plata, La Romana, San Carlos, San José de las Matas, Santiago de los Caballeros, Santo Domingo, y

(29) Herrera, "op. cit.," II, 163.

(30) Loc. cit.

(31) Ibid., I, 300.

(32) Oviedo, "op. cit.," p. 91.

Santomé, en la parte dominicana de Santo Domingo, Citaremos además, montañas, sierras, cerros y picos, también de Santo Domingo.

Cerro de los Indios, Cerro de las Torres, Cucurucho, Diego Campo o Diego de Campo, Gallo, Loma de la Medianía, Loma de la Paciencia, Loma Pelada, Loma del Peligro, Loma Rosilla, Lomas de San Cristóbal... Los Dos Hermanos, Los Montes Altos, Monte Tina o Loma Tina, Pedro García, La Pelona, El Pico, Pico del Valle Nuevo, Pilón de Azúcar, Santo Cerro, Sierra de los Altos, Silla de Caballo, Sillón de la Viuda, Subida de la Palma...(33)

Hemos tratado de incluir arriba solamente nombres que a nuestro entender provienen de los primeros años de la colonia.

Ríos

Hemos visto que la mayoría de los ríos conservaron sus nombres aborígenes. Relativamente pocos, en Santo Domingo así como en las otras Antillas Mayores, tienen nombres españoles. Colón dió nombres españoles a algunos de su primer viaje, pero no todos subsistieron.

Al buscar Colón la isla que los indios llamaban Cuba, y donde creía que encontraría a Cipango y el Gran Can que buscaba, llegó a un sitio de la costa y "llamó el Almirante aquel río y puerto de "San Salvador..." Alzó las anclas de aquel puerto y navegó al Poniente" y "andada otra legua vido un río, al cual puso nombre el río de la Luna" y "vido otro río muy mas grande que los otros" "al cual" llamó el río de Mares." (34) Y dos semanas más tarde "partió del puerto y río de Mares. Toda aquella costa era poblada mayormente cerca del río, a quien puso por nombre el "río del Sol". (35)

En la Española vio, en ese primer viaje de descubrimiento, y al recorrer su costa septentrional, numerosos ríos a los cuales

(33) Henríquez Ureña, "op. cit.", p. 212.

(34) Colón, "Cuatro viajes", p. 49.

(35) *Ibid.*, p. 58.

no se detuvo para explorar ni les dio nombre sino a muy pocos. De esos que exploró y a los cuales dio un nombre español el más importante es el que luego retuvo, y tiene hoy, su nombre de Yaque que le daban los indios de la isla.

Llegaron al "Río Grande", llamado por los indios, Yaqui, tan poderoso... i el Almirante le llamó, el "Río de las Cañas"; no se acordó que en el primer viaje, cuando estuvo en su Boca, le llamó "del Oro", que sale á Monte Christo. (36)

Volviendo a referirnos al Diario de Colón, vemos que al encontrar en las arenas de ese río Yaqui muchos pedacitos de oro, en su entusiasmo "puso por nombre el Amirante al río "el 'Río de Oro'. " (37) Y dos días después "llegó a un río, al cual puso nombre "Río de Gracia". " (38)

Hemos consultado las autoridades en la materia, para verificar los ríos que han retenido sus nombres en español, pues como ya dijimos casi todos los ríos antillanos son conocidos por sus nombres aborígenes. Pedro Henríquez Ureña incluye algunos de Santo Domingo: Bermejo, Caña, Capotillo, Cuevas, Hondo, Isabela, Limón, Masipetro, San Juan, Verde, y eso es todo. (39) Así como Tomás Navarro Tomás cita algunos de Puerto Rico.

Los toponímicos hispanos aluden en gran parte a la naturaleza del país... Cada nombre suele dar además alguna circunstancia específica de la unidad designada: Río "Grande", Río "Hondo", Río "Blanco", Río "Prieto", Río "Piedras..." (40)

Todo lo cual confirma lo que el mismo Navarro Tomás ha dicho, que el Descubrimiento no se completó, en realidad, hasta que las cosas del Nuevo Mundo se incorporaron al idioma español. En los ejemplos de orden descriptivos, que hemos dado

(36) Herrera, "op. cit." I, 281.

(37) Colón, "op. cit.", p. 126.

(38) Ibid., p. 127.

(39) Henríquez Ureña, "op. cit." p. 211.

(40) Navarro Tomás, "op. cit.", p. 204.

arriba, así como en los nombres dados por el mismo Colón y que hemos visto, se pone de manifiesto el genio imaginativo de los españoles de la conquista.

2. Denominaciones mixtas

Como es fácil imaginarse, al ponerse dos lenguas y dos mundos en contacto, resultaron muchos vocablos mixtos de ambas lenguas, sobre todo en la toponimia.

Como ejemplos de esta categoría de la toponimia americana, podemos citar algunos pueblos y lugares de Santo Domingo. Denominaciones mixtas, semejantes a éstas, se encuentra por toda la América, como podemos comprobar con sólo una ojeada a un mapa americano.

El término geográfico descriptivo "sabana, zabana, o savana" ha dado lugar a fáciles combinaciones; Sabanaa Alta, Sabana Buey, Sabana de la Mar, Sabana de los Muertos, Sabana Grande, Sabana Real, y el diminutivo Sabaneta. Otro sustantivo geográfico indígena que se usa combinado con nombres castellanos es Macorix; San Francisco de Macorís, San Pedro de Macorís. Estas ciudades se conocen también, sobre todo en lengua literario, por Macorís del Norte y Macorís del Este. Otras combinaciones de nombres de santos en español con vocablos indígenas: San José de Ocoa, San Juan de la Maguana, San Lorenzo de Guayubín, Santa Bárbara de Samaná, Santa Cruz del Seibo, y otras.

Hemos visto que por medio de un proceso de adopción y adaptación el castellano se aclimata en América, ganando considerablemente como es natural. El español de América fue luego tomando características regionales en las distintas áreas del Nuevo Mundo, aunque sin llegar realmente a alcanzar un carácter dialectal. El español posterior a los primeros años de la colonia, sin embargo, está fuera de los límites de este estudio. Debemos meramente indicar que ya en esos primeros años se comenzaron a perfilar las tendencias que llevaba la lengua en América, adoptando de lo indígena y adaptándose al ambiente.

En cuanto a los dialectos de la península en la época del Descubrimiento, ninguno ejerció influencia marcada en ese español de América fuera del castellano. Al Nuevo Mundo vinieron españoles de todas partes de la península desde el principio, pero su lengua en común era el castellano, que al ponerse en contacto con la lengua y el mundo antillano se enriqueció considerablemente.

Al extenderse el castellano por el resto de América, y al volver a la península, llevaba ya consigo ese extenso vocabulario antillano, parte del cual ha pasado del castellano a otras lenguas modernas. También había adquirido, como hemos visto, muchas nuevas denominaciones en español, sobre todo nombres toponímicos. De estos últimos, hemos visto cuántos sitios tienen los nombres españoles que les dio el mismo Colón, sobre todo en Santo Domingo.

VI CONCLUSIONES

Hemos visto cómo desde el momento en que Colón y los españoles que le siguieron cruzaron el océano, tuvieron que aprender vocabulario nuevo y extraño y familiarizarse con las cosas y costumbres del Nuevo Mundo. El idioma castellano por igual, una vez que se salió de los confines de la península, tuvo que adoptar léxico y nomenclatura nuevos para adaptarse a las cosas y costumbres nuevas.

Como indicamos al comenzar este estudio, nuestro objeto ha sido analizar esa terminología y nomenclatura que penetraron en el castellano entonces, por medio de una investigación más o menos comparativa de los documentos del Descubrimiento, incluyendo las crónicas de los historiadores de la época. Dentro de los límites a que sometimos este análisis hemos querido ver cuáles interpretaciones se pueden hacer del tipo de vocabulario adoptado, según lo encontramos contenido en los tales documentos y crónicas.

Hemos encontrado el mayor caudal de información y ejemplos en las crónicas de Colón, Las Casas, y Oviedo; y aunque menos, pero igualmente importante, en las de Pedro Mártir y el historiador Herrera. Al incluir sus ejemplos, hemos tratado de evitar repeticiones innecesarias. Solamente en aquellos casos de análisis comparativo hemos presentado un mismo ejemplo según aparece en los distintos documentos, a fin de mejor apreciar la aceptación o interpretación del mismo por cada uno de los autores. Hemos puesto especial énfasis, desde el principio hasta el fin de este estudio, en el léxico y nomenclatura que han perdurado hasta hoy. A continuación comentaremos sobre cada uno de los autores arriba indicados, y de sus obras.

Cristóbal Colón describe en su Diario y crónicas todas sus experiencias y observaciones. Con su entusiasmo ingenuo, frecuentemente fue inexacto en sus apuntes e interpretaciones. Aun así, y a pesar de sus errores y exageraciones, los escritos de Colón sirvieron de base a todos los cronistas subsiguientes, sobre todo a Las Casas.

El Padre Bartolomé de Las Casas fue tan apasionado y al mismo tiempo exagerado como Colón, pero vivió muchos años en el Nuevo Mundo estudiando, observando, y escribiendo de todo lo que le rodeaba. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que el Padre Las Casas era un hombre culto, además de jurista primero y eclesiástico luego, y su cultura era más medioeval aún que la de otros de su época. Su criterio sufría, pues, de los errores de su tiempo, y a menudo su aceptación o apreciación de las cosas resulta errónea. Nos hemos servido tanto de su *Apologética* como de su *Historia*; mucho de su contenido está repetido en ambas, pero en ese caso preferimos referirnos a cual fuese más concreto.

Fernández de Oviedo también vivió muchos años de su vida en el Nuevo Mundo, y como Cronista Real pudo dedicarse especialmente a recoger información y datos para su *Historia General y Natural de las Indias*. Sus identificaciones y descripciones son bien claras y fáciles para el estudiante de hoy; sus datos son más precisos, y su criterio está menos influenciado

por las teorías de la época que los de su contemporáneo Las Casas. El contenido del *Sumario*, siendo simplemente un compendio del de la *Historia*, ha resultado en muchos casos más concreto para nuestras referencias.

En cuanto a los otros dos historiadores que han figurado prominentemente en este análisis, Antonio Herrera y Pedro Mártir, sus obras fueron basadas en las anteriores, pero a su vez esclarecieron muchos datos y organizaron mejor la parte de reinterpretación histórica.

Así nosotros reinterpretamos hoy esas Crónicas de Indias para estudios como éste. Hemos analizado el momento de contacto entre el castellano de los españoles y el el taíno de las Antillas. Aunque la lengua de los aborígenes iba a desaparecer muy pronto, su influencia y su aporte fueron inmediatos en el castellano, como hemos comprobado en este estudio.

En suma: 1) Las identificaciones de todo lo que encontraron los españoles en el Nuevo Mundo les resultó fácil siempre que pudieron hacerlo en su propia lengua. 2.) Por el contrario, cuando no les fue fácil identificar las cosas nuevas, aceptaron prontamente sus nombres indígenas. No existían entonces los prejuicios académicos que surgieron más tarde, y el español se apropiaba con naturalidad del léxico ajeno necesario. 3) Las denominaciones nuevas en español se limitaron casi exclusivamente a la toponimia. Debemos observar, sin embargo, en este análisis que más sitios o lugares retuvieron nombres indígenas que aquellos identificados con nombres españoles.

En aspecto más interesante de este estudio, para el autor, ha sido el comprobar cuanto ha quedado de las lenguas indígenas en lo que es hoy el español de las Antillas. Sobre todo es interesante si se considera que hace ya más de cuatro siglos que desaparecieron esas lenguas antillanas, pero tantos de sus vocablos se conservan en la flora, la fauna, las costumbres, los alimentos, y sobre todo, en la toponimia del español, que muchos hasta aparecen en los diccionarios de la lengua y han sido aceptados por la Academia española.

Haremos una comparación de los autores incluidos en este análisis. Colón puso poca atención a los términos aborígenes y de los pocos que anotó la mayoría son inexactos; para el oro, que tanto buscaba, aprendió cinco nombres indios pero no adoptó ninguno. En cambio, con metódico entusiasmo puso nombres españoles a casi todos los sitios que tocó, y hemos visto que casi todos esos nombres se conservan hoy. El Padre Las Casas, apasionadamente interesado en los indios, pone particular atención al léxico indígena y pudimos incluir unos doscientos ejemplos suyos en esta categoría, pero ninguno de particular interés en el grupo de nuevas denominaciones en español. Oviedo, interesado en registrarlo todo en sus crónicas, dio tanta atención al léxico indígena adoptado como a las denominaciones nuevas y viejas en español.

Y por último, vamos a resumir por capítulos, los resultados de nuestro análisis. En el capítulo segundo vemos como el español se extiende, pero el mismo Colón, y sobre todo Las Casas, tuvieron escasos ejemplos que catalogar específicamente. En cambio de Oviedo pudimos incluir doble número de ejemplos que de los otros cronistas juntos. En los capítulos tercero y cuarto que tratan de los vocablos indígenas adoptados, encontramos que Colón cita relativamente pocos correctos o que se han conservado, con la excepción de "canao", "hamaca", "axí" o "ají", y algunos otros igualmente famosos. Oviedo cita muchos, cuidadosamente catalogados, y pudimos incluir de sus ejemplos unos treinta en la flora, unos cuarenta en la toponimia, y otros tantos entre las otras categorías de este grupo. En Las Casas no encontramos más ejemplos que en Oviedo para la flora y la fauna y otras categorías, pero en la toponimia y la onomástica indígena pudimos usar más el doble de los ejemplos de Las Casas que de los de Oviedo.

En cuanto al capítulo quinto, de las nuevas denominaciones en español, vimos que Colón dio nombres nuevos a más de cuarenta o cincuenta lugares, muchos de los cuales confirmó su hijo Fernando Colón, y también Oviedo y los otros historiadores, inclusive Las Casas al extractar el famoso Diario de Colón.

VII BIBLIOGRAFIA

1. Fuentes originales y textos

Casas, Bartolomé de las *Apologética historia de las Indias*. Ed. por Serrano Sanz. Madrid, Bailly-Bailliére, 10.

Casas, Bartolomé de las. *Historia de las Indias*. Madrid, 1875, 5 vols.

Colón, Cristóbal. *Cartas sobre el descubrimiento, y testamento*. Veracruz, Librería La Ilustración, 1882.

Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Ed. y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946, 228 págs.

Colón, Cristóbal. *Relaciones y cartas*. Ed. Hernando. Madrid, 1927.

Colón, Fernando. *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*. Ed. prólogo y notas de Ramón Iglesia. México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 343 págs.

Gómara, Francisco López de. *Historia general de las Indias*. Madrid, Espasa-Calpe, 1932.

Herrera y Tordesillas, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de el mar océano*. Prólogo de J. Natalicio González. (Tomo I.) Asunción, Ed. Guaranía, 1944.

Mártir Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Ed. Bajel, 1944.

Oviedo i Valdez, Gonzalo Fernández de. *Historia general y natural de las Indias*, Vol. I. Con introducción de José Amador de los Rios. Madrid, Real Academia de la Historia, 1851, 632 págs.

Oviedo i Valdez, Gonzalo Fernández de. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Ed., introducción y notas de José Miranda. México, Fondo de Cultura Económica, 1950, 279 págs.

2. Referencias históricas

Asensio y Toledo, J.M. *Cristóbal Colón; su vida, sus viajes, sus descubrimientos*. Barcelona, Espasa, 1891, 2 vols.

Berwick, M. *Autógrafos de C. Colón*. Madrid, 1892, 203 págs.

Colón, et. al. *Cartas de Indias*. (Publicación por primera vez el Ministerio de Fomento.) Madrid, Imprenta Hernández, 1877, 2 vols.

Colón, Diego. "Memorial por el Almirante D. Diego Colón". En *Autógrafos de C. Colón*. Ed. por m. Berwick. Madrid, 1892, págs. 80-94.

Coll y Toste, Cayetano. *Prehistoria de Puerto Rico*. San Juan, 1907, 298 págs.

Chanca, Diego Alvarez. "Carta del Doctor Diego Alvarez Chanca al Cabildo de Sevilla". En *Cristóbal Colón*, por Asenencio y Toledo. Vol. I. Barcelona, Espasa, 1891, págs. 91-107.

Dantin Cereceda, Juan. *Exploradores y conquistadores de Indias*. (Selección, notas y mapas). Madrid, Instituto-Escuela, 1934, 349 págs.

Guillén y Tato, Julio F. *El primer viaje de Cristóbal Colón*. Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1943.

Henríquez Ureña, Pedro. *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Anejo II del Instituto de Filología. Buenos Aires, 1936, 191 págs.

Inchaustegui Cabral, J.M. *Cristóbal Colón y la isla Española*. Santiago (República Dominicana) 1942.

Mejía, G.A. *Historia de Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 148-152, 5 vols.

Delmonte y Tejada, Antonio. *Historia de Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 1952-1953, 3 vols.

Navarrete, M.F. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde el siglo XV*. Madrid, Imprenta Real, 1825-1829, 5 vols.

Padilla D'Onis, Luis. *Historia de Santo Domingo. Primera Parte: Prehistoria dominicana*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1943, 315 págs.

3. Referencias lingüísticas

Alonso, Amado. *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires, Losada, 1949, 174 págs.

Alonso, Amado. *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*. Madrid, Credos, 1953, 446 págs.

- Alonso, A., Henríquez Ureña, P. *Gramática Castellana, Primer curso*. Buenos Aires, Losada, 1950.
- Alonso, Amado. *El problema de la lengua en América*. Madrid, Espasa-Calpe, 1935.
- Bloomfield, L. *Language*. New York, Holt, 1951.
- Coll y Toste, C. *Colón en Puerto Rico; disquisiciones histórico filológicas*. Puerto Rico, 1893, vii, 193 págs.
- Coll y Toste, C. "Vocabulario de palabras introducidas en el idioma español, procedentes del lenguaje indoantillano". B.H.P.R., 1921, VIII, 294-352.
- Cuervo, R.J. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá, Imprenta Echeverría, 1876, 527 págs.
- Cuervo, R. J. *El castellano en América*. Bogotá, Ed. Minerva, 1935.
- Cuervo, R.J. *Disquisiciones filológicas*. Ed. N. Bayona Posada. Bogotá, 1939, 2 vols:
- Entwistle, W. J. *The Spanish language, together with Portuguese, Catalan, and Basque*. London, Faber and Faber, 1936.
- Gili y Gaya, S. *Tesoro Lexicográfico*. (Vol. 1, A; vol. 2, B; vol. 3, C). Madrid, 1947.
- Grey, L. R. *Foundations of Language*. New York, Macmillan, 1939, 530 págs.
- Guillén y Tato, J. *La perla marinera en el diario del primer viaje de Cristóbal Colón*. Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1951, 142 págs.
- Henríquez Ureña, Pedro *El español en Santo Domingo*. Buenos Aires, Instituto de Filología, 1940, 301 págs.
- Henríquez Ureña, Pedro "Observaciones sobre el español de América". *Revista de Filología Española*, 1921, VIII, 357-390; 130, XVII, 277-284; 1931, XVIII, 120-149.
- Henríquez Ureña, Pedro "Palabras antillanas en el Diccionario de la Academia". *Revista de Filología Española*, 1935, XXII, 175-186.
- Henríquez Ureña, Pedro "Papa y batata. Notas adicionales". *Revista de Filología Hispánica*, 1944, VI, 388-394.
- Henríquez Ureña, Pedro *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*. Buenos Aires, Instituto de Filología, 1932, 136 págs.
- Lapesa, R. *Historia de la Lengua Española*. Madrid, Escelicer, 1950, 383 págs.
- Martinet, A. "Preface" to Winreich, U. *Lenguajes in contact; findings and problems*. New York, 1953, XII-148 págs.
- Menéndez Pidal, R. *La lengua de Cristóbal Colón, y otros estudios sobre el siglo XVI*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944, 153 págs.

Menéndez Pidal, R. *Orígenes del español; estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI*. Madrid, Ed. Hernando, 1929, 585 págs.

Montoliu, M. de. "La lengua española en el siglo XVI". *Revista de Filología Española*, 1945, XXIX, 153-160.

Navarro Tomás, T. *El español en Puerto Rico*. Río Piedras, Ed. Universidad de Puerto Rico, 1948.

Nebrija, A. dc. *Gramática castellana*. Ed. por P. Galindo Romeo y L. Ortiz Muñoz. Prólogo de J. Ibañez Martín. Madrid. 1946. (Texto sobre ed. "princeps" de 1492.)

Pieter, H. "Contribuciones al estudio de voces y locuciones dominicanas". *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, Ciudad Trujillo, 1940, II, No. 3, 13-86.

Rodríguez Demorizi, E. *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 1944, 25 págs.

Valdés, Juan de. *Diálogo de la lengua*. Ed. y notas de Clásicos Castellanos. Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

"Vocabulario Geográfico" en *Cartas de Indias*. Madrid, 1877, Vol. II, 669-699.

Weinreich, U. *Languages in contact; findings and problems*. New York, 1953, XII-148 págs.

4. Diccionario de americanismos

Malaret, A. *Diccionario de americanismos*. San Juan de Puerto Rico, 1931, 520 págs.

Santamaría, F.J. *Diccionario General de Americanismos*. México, Ed. Pedro Robredo, 1942, 3 vols.

Tejera, E. *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo*. Con adiciones hechas por E. Tejera Bonetti y prólogo de Pedro Henríquez Ureña. Ciudad Trujillo, Ed. Caribe, 1951, 516 págs.

Zayas y Alfonso A. *Lexicografía Antillana*, (Diccionario de voces aborígenes de las Antillas). Habana, 1914, XXIV-487 págs.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en noviembre de 1982. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Domingo Abréu; Diagramación: Nelson Henríquez, Máximo García y Apollinar Cuevas; Fotomecánica: Francisco Tavares y Jose Altagracia Bussi; Impresión: Nelson Veloz, Máximo Saldaña y Rafael Socorro Mendoza; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José María Díaz, Héctor Santana, Santiago Ortiz, Agustín Batista y Eury Antonio Hernández.